

manipulaci3n planetaria. carisma individual divino o heroico para mostrarse como Carlomagno, Hern3n Cort3s y tantos otros pierden su su significado. Personajes como Jes3s, Buda, Mahoma, de 3st3s, sin llegar a comprender ni su real dimensi3n ni —siendo elemento clave del mismo— solamente es capaz de nuestro destino, en un juego que el ser humano c3smicas vienen empujando desde siempre las riendas de que, bajo el distar de la divinidad, otras razas los datos que la historia nos ofrece, llega a la conclusi3n presencia extraterrestre. Comparando y relacionando entre si prueba documental, el autor busca la raz3n de esta nuestra comunidad humana. Yendo m3s all3 de la pura planetario de seres inteligentes no pertenecientes a sup de demuestran la presencia en nuestro h3bitat suficientes en cantidad y en valor documental probado matem3tica, Andreas Faber-Kaiser aporta las pruebas Tras veinticinco a3os de estudios dedicados a esta historia de la humanidad.

La nuestra forma parte integrante y continuada de la y la intervenci3n de una o de varias inteligencias distintas el mundo y en todas las 3pocas prueba que la actuaci3n superciencia terrestre. La lista de tales avistamientos en todo evoluci3n de forma inteligente a pesar de todas las pruebas que ilustran la presencia permanente de objetos volantes que de la humanidad est3n saqueadas de testimonios que los tiempos han ido reflejando el acontecer de la historia recurrir a testigos budos, los textos que en el curso de de nuestra vida sobre este planeta. Sin necesidad de intermediarios — que intervienen directamente en el curso —dioses, 3ngeles, demonios y un sinn3n de inteligentes, de seres supestramente no humanos el hombre acepta como l3gica la existencia de fuerzas conscientes, desde los 3ndores de la humanidad como tal. Casi desde el momento en que adquiriere su propia

las

FAB

218

LC

M.A.O.



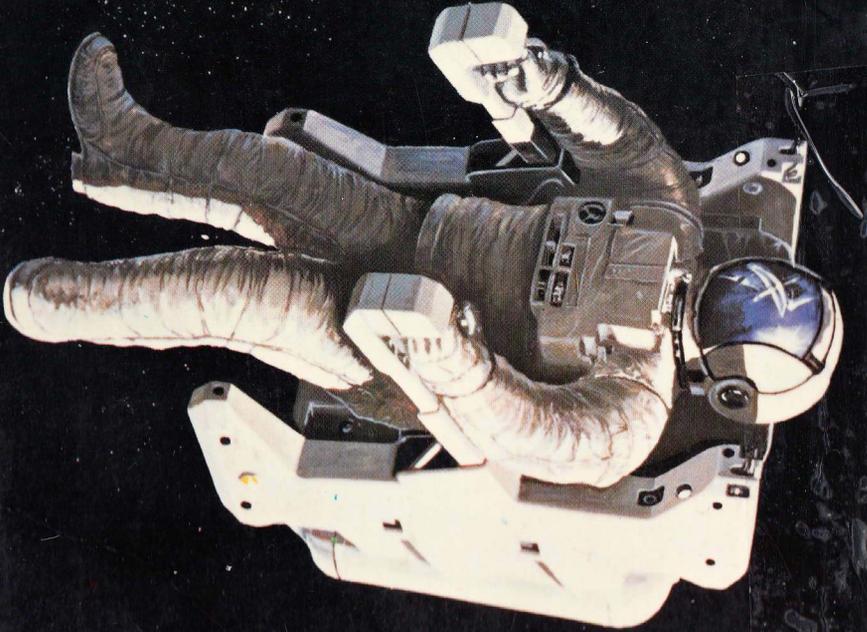
Las nubes del enga3o  
Andreas Faber-Kaiser

# Las nubes del enga3o

Cr3nica extrahumana antigua

Andreas Faber-Kaiser

Planeta



LC-618

Andreas Faber-Kaiser  
Las nubes del engaño



Andreas Faber-Kaiser (Barcelona, 1944), buscador incansable del sentido de nuestra existencia, es un viajero empedernido con pasaje de ida y vuelta de los límites del avance científico a los orígenes de la raza humana y del universo mismo, y viceversa, pasando por las sendas del conocimiento esotérico. Como autor, se ha especializado en la busca y captura de hechos, datos y documentos desconocidos por el gran público, para divulgarlos en obras que son herramientas de reflexión y de trabajo para toda persona que se plantee seriamente el conocimiento de nuestro origen y de nuestro destino. Licenciado en Filosofía y Letras, ha viajado en su búsqueda por buena parte de Europa, Asia, América y Oceanía. En 1972 obtuvo el Premio Nacional de Astronáutica Julio Marial. Es autor de los libros *¿Sacerdotes o cosmonautas?* (1971), *Cosmos. Cronología general de la astronáutica* (1972), *Grandes enigmas del cielo y de la Tierra* (1973), escrito en colaboración con el desaparecido Alejandro Vignati, *Jesús vivió y murió en Cachemira* (1976), traducido a siete idiomas, *OVNIS: el archivo de la CIA. Documentación y memorándums* (1980), *OVNIS: el archivo de la CIA. Informes de avistamientos* (1980), *OVNIS: archivos americanos. Documentos militares y de Inteligencia* (pendiente de publicación), *La caverna de los tesoros* (1984) y *Fuera de control*, en preparación. Desde su creación en 1976 hasta su desaparición, en noviembre de 1982, dirigió la revista *Mundo Desconocido*, prestigiada a nivel mundial como una de las tres primeras publicaciones en su género.

Documento/141

Andreas Faber-Kaiser

*Las nubes del engaño*

*Crónica extrahumana antigua*

Planeta

#### COLECCIÓN DOCUMENTO

Dirección: Rafael Borràs Betriu

Consejo de Redacción: María Teresa Arbó,  
Marcel Plans, Carlos Pujol y Xavier Vilaró

© Andreas Faber-Kaiser, 1984

Editorial Planeta, S. A., Córcega, 273-277,  
Barcelona-8 (España)

Edición al cuidado de María Teresa Arbó

Diseño colección y cubierta de Hans  
Romberg (realización de Jordi Royo)

Ilustración cubierta: En un remoto pasado,  
seres semejantes a nuestros propios  
cosmonautas se acercaron hasta la morada del  
hombre, por el que fueron recibidos como  
dioses. La foto reproduce a un astronauta que  
se desplaza libremente por el espacio, lo cual  
se logró por vez primera el 7 de febrero de  
1984 (foto Martin Marietta Aerospace,  
Denver, Colorado)

Procedencia de las ilustraciones: Archivo  
"Mundo Desconocido"

Primera edición: mayo de 1984

Depósito legal: B. 15.985-1984

ISBN 84-320-4325-7

Printed in Spain - Impreso en España

Talleres Gráficos "Duplex, S. A.", Ciudad  
de la Asunción, 26-D, Barcelona-30

## Índice

Introducción/VISTO PARA SENTENCIA: CONTACTOS CON OTRAS INTELIGENCIAS . . . . .	13
ANTES DE LA HISTORIA . . . . .	21
Visitantes sin boca . . . . .	21
Los sin rostro . . . . .	23
11 000 AÑOS DE CARTOGRAFÍA AÉREA . . . . .	24
CUANDO NADA EXISTÍA . . . . .	26
Errantes navegantes cósmicos . . . . .	28
EN CÁPSULAS Y HUEVOS DIVINOS . . . . .	29
EL «LIBRO DE LOS MUERTOS» . . . . .	32
Los círculos de fuego . . . . .	34
LA RAZA CRUZADA . . . . .	35
JESÚS Y EL OVNI DE BELÉN . . . . .	40
La caverna de los tesoros . . . . .	46
DEMASIADA AYUDA PARA EL HIJO DE DIOS . . . . .	51
La palmera mecánica . . . . .	52
La virginidad entre bastidores . . . . .	54
Adecuando el crisol . . . . .	56
La guardia cósmica . . . . .	61
La paloma y el altavoz . . . . .	63
¿RESURRECCIÓN O RESCATE? . . . . .	64
Y se fue... . . . .	66
LAS NUBES DEL ENGAÑO . . . . .	69
La teoría de la relatividad, anterior al siglo III . . . . .	71
Un faro en el desierto . . . . .	74
LAS BOMBAS DE DIOS . . . . .	80
LA NAVE QUE VIO EZEQUIEL . . . . .	81

Interpretación . . . . .	84
Análisis aeronáutico . . . . .	88
DIOS ES AL'LAH Y MAHOMA SE LO CREE . . . . .	102
EN UNA URNA DE CRISTAL . . . . .	106
EL ARQUITECTO DEL UNIVERSO . . . . .	110
LAS AVENTURAS DE RAMA . . . . .	114
El mono volador . . . . .	116
LOS ASTRONAUTAS DEL SÁNSCRITO . . . . .	117
No sudaban ni parpadeaban . . . . .	120
Sus naves . . . . .	121
EL MONSTRUO DE LOS 9 ABISMOS . . . . .	127
LOS HIJOS DEL CIELO . . . . .	129
Cielos imposibles . . . . .	130
Tang: una dinastía para los OVNI's . . . . .	134
EL ESPEJO DE IZANAMI . . . . .	136
Los primeros hombres . . . . .	140
Las gafas de la Edad de Piedra . . . . .	140
EL MENSAJERO VOLADOR . . . . .	141
TRÁFICO AÉREO EN LA ROMA ANTIGUA . . . . .	142
El Libro de los Prodigios . . . . .	144
LA GRAN OLEADA CLÁSICA . . . . .	146
Después de Belén . . . . .	156
LA VIRGEN DE CUBA . . . . .	162
La trampa mental . . . . .	165
MK-Ultra . . . . .	170
AYUDARON A CARLOMAGNO . . . . .	177
LOS DIOSES QUE NACIERON DEL HIELO . . . . .	178
El cerebro eterno . . . . .	180
AZTECAS: REESTRENO DE LA COMEDIA DE MOISÉS . . . . .	184
Reaparecen el Éxodo y el Arca de la Alianza . . . . .	186
KASSKARA Y LOS KATCHINAS . . . . .	190
LA PERLA DEL LAGO . . . . .	196
¿QUIÉN VIVE DEBAJO? . . . . .	197
Personas sin origen . . . . .	198
La historia de los niños verdes . . . . .	199
Plagio de un enigma inglés . . . . .	203
La primera versión . . . . .	205
Más humanoides subterráneos . . . . .	206
El hombre de la barba verde . . . . .	210
El temido Mala Cosa . . . . .	211
¿QUIÉN COMBATE EN EL CIELO? . . . . .	213
POEMA A UN OVNI . . . . .	214

LA MISTERIOSA LUZ DE MANRESA . . . . .	215
EL CABALLERO QUE BAJÓ DEL CIELO . . . . .	216
Los caballeros teleportados . . . . .	220
La leyenda del dragón . . . . .	221
MÁS CABALLOS EN EL CIELO . . . . .	223
SIGLO XV: OBJETOS VOLANTES SOBRE ITALIA . . . . .	226
Vuelan ruedas de carreta . . . . .	226
La Virgen del OVNI . . . . .	227
EXCURSIONES AÉREAS EN LOS ANALES DE LA INQUISICIÓN . . . . .	228
LOS NAVEGANTES DE LA MUERTE . . . . .	232
APOYO AÉREO PARA UNA CONQUISTA FULMINANTE . . . . .	235
20 días bajo el OVNI . . . . .	236
Reaparecen los caballos voladores . . . . .	238
La cristianización programada . . . . .	240
Exhibición paranormal . . . . .	242
El hombre resplandeciente . . . . .	245
La figura celestial . . . . .	245
LOS CILINDROS DE NUREMBERG . . . . .	246
La viga aérea de Benvenuto Cellini . . . . .	246
El sable volante . . . . .	248
Globos ígneos sobre Basilea . . . . .	248
La columna brillante de Lepanto . . . . .	248
EL CAMPESINO SECUESTRADO . . . . .	249
EL ALUCINANTE ESCUADRÓN NEGRO . . . . .	251
LA CUEVA DE LOS CARNEROS VOLADORES . . . . .	254
CRÓNICA DE OVNI'S EN 1584 . . . . .	256
COMBATE AÉREO SOBRE CATALUÑA EN 1604 . . . . .	257
EL CIELO ABRE SUS OJOS . . . . .	258
EL BATALLÓN AÉREO DE 1621 . . . . .	259
OVNI PARA UN FUNERAL . . . . .	262
UNA HOSTIA EN BRAGA . . . . .	263
LA NAVE FANTASMA . . . . .	265
EL DRAGÓN ROJO . . . . .	267
LA BOLA VOLANTE DE ROBOCERO . . . . .	267
LA TAPADERA VOLADORA . . . . .	268
EL DÍA EN QUE LLEGARON LOS NOMMOS . . . . .	270
Cada anciano que muere es una biblioteca que se quema . . . . .	270
El enigma de los dogones . . . . .	271
La ciencia confirma . . . . .	272
<i>Índice onomástico . . . . .</i>	<i>277</i>

*Para Monika, Sergi y Mercedes*

...y escrito en tu memoria, llanero solitario de nombre Alejandro Vignati, muerto por el veneno humano cuando ya tenías tu tercer milenio al alcance de la mano.

Y los Maestros Gigantes hablaron, así como los Dominadores, los Poderosos del Cielo. Dijeron entonces a Los de la Suerte, los de su Formación, a los augures: «Es tiempo de concentrarse de nuevo sobre los signos de nuestro hombre construido, de nuestro hombre formado, como nuestro sostén, nuestro nutridor, nuestro invocador, nuestro conmemorador. Comenzad, pues, las Palabras Mágicas, Abuela, Abuelo, nuestra abuela, nuestro abuelo, Antiguo Secreto, Antigua Oculadora. Haced, pues, que haya germinación, que haya alba, que seamos invocados, que seamos adorados, que seamos conmemorados, por el hombre construido, el hombre formado, el hombre maniquí, el hombre moldeado. Haced que así sea. Declarad vuestros nombres: Maestro Mago del Alba, Maestro Mago del Día, Pareja Procreadora, Pareja Engendradora, Gran Cerdo del Alba, Gran Tapir del Alba, Los de las Esmeraldas, Los de las Gemas, Los del Punzón, Los de las Tablas, Los de la Verde Jadeíta, Los de la Verde Copa, Los de la Resina, Los de los Trabajos Artísticos, Abuela del Día, Abuela del Alba.»

*Popol-Vuh, Libro del Consejo quiché*

Sabed, Maestros Gigantes, que vuestro hombre maniquí no es culpable de vuestro fracaso. Sabed que el hombre ha logrado acceder a la Magia y se niega a seguir siendo vuestro alimento. Nos estamos quitando la venda que urdisteis para cegarnos la visión. Expiró vuestro plazo y se acabó nuestra adoración.

*En sus mensajes, nunca han contado un chiste... (son tétricos).*

MANUEL PEDRAJO, Santander

*¡Oh humanos! Temed a vuestro Señor que os creó.*

Corán 4, 1

*Porque yo, Yahveh, soy tu Dios, un Dios celoso, que castigo la culpa de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que no me quieren.*

Éxodo 20, 5

*No adorarás a otro dios más que a mí.*

Éxodo 34, 14

*No comparecerás ante mí con las manos vacías.*

Éxodo 34, 20

Sabed también vosotros, los del disfraz de Yahveh, de Al'lah y demás, que dejamos ya de ser los esclavos engañados de unos creadores vanidosos y vengativos.

## INTRODUCCIÓN

### VISTO PARA SENTENCIA: CONTACTOS CON OTRAS INTELIGENCIAS

Casi desde el momento en que adquiere su propia consciencia, desde los albores de la humanidad como tal, el hombre acepta como lógica la existencia de fuerzas inteligentes, de seres supuestamente superiores no humanos —dioses, ángeles, demonios y un sinfín de intermediarios— que intervienen directamente en el curso de nuestra vida sobre este planeta.

Hasta el siglo pasado, esta aceptación prácticamente no varió, y para millones de personas sigue siendo hoy plenamente vigente. Pero a partir del siglo XIX, algunos hombres, aunque sea en un plano especulativo, comienzan a darle vueltas a la idea de que, tal vez, nuestro planeta no sea el único habitado en todo el vasto universo conocido. Disfrazando de ficción científica unas ansias latentes de despertar del letargo del aislamiento para volver a conectar directamente con lo que para los antiguos fueron los *dioses*, algunas mentes comienzan a fantasear —¿o no tanto?—, bajo el velo de las aventuras noveladas, con la posibilidad de vidas inteligentes en otros mundos. Y ya pronto, algunas personas se dedicarán a contabilizar tímidamente (para evitar caer en el ridículo ante los ciudadanos que no saben cruzar el monte más que por los senderos ya hollados) las injerencias de estos otros mundos en el nuestro.

Una escuadrilla de más de 15 aparatos volantes no identificados, que sobrevuelan en la madrugada del 25 de febrero de 1942 a las tropas norteamericanas que en la costa californiana están embarcando con destino al frente del Pacífico, abre paso a una interminable lista de incursiones —en los cielos de todas las latitudes del planeta— de objetos que vuelan inteligentemente guiados y cuyo origen, constitución y propósitos siguen siendo desconocidos para prácticamente la totalidad de los seres que integran la raza

humana contemporánea. Con el paso del tiempo, la acumulación de avistamientos de estos objetos ha sido tal, que el fenómeno no sólo merece, sino que *tiene* que ser tenido en cuenta. Porque existe, convive y posiblemente juegue con nosotros.

Se produce, sin embargo, un fenómeno común a la divulgación de cualquier tema cuyos elementos no sean estrictamente mensurables. El objeto de estudio en este caso no es susceptible de ser retenido, analizado, ni siquiera tocado. Valiéndose de esta peculiaridad, personas que no se guían por el faro de la verdad sino por el del egoísmo, han aprovechado la existencia de una fenomenología real para engañar con testimonios no verificables a sus lectores, desprovistos de puntos de referencia válidos.

Pero aparte del daño que estos charlatanes causan a la investigación del tema y a la información de las personas, existen buscadores probadamente cualificados y a la vez honestos que, ante la evidencia de unos hechos y frente a la aparente pasividad de la ciencia considerada oficial y de los responsables de cada una de las comunidades humanas, se sienten comprometidos con la humanidad toda y consigo mismos, en la averiguación y el esclarecimiento total —si es que a ello puede aspirarse— de la razón de la presencia del fenómeno extraterrestre en nuestro planeta, y de nuestra relación, sin duda alguna trascendente, con el mismo.

Sé perfectamente que sobre esta temática se han escrito en los últimos años infinidad de libros en todos los idiomas. Que escribir y publicar en estos momentos un nuevo libro sobre el fenómeno OVNI o la incidencia extraterrestre, podría incluso ser inoportuno. Si me decidí a escribir y a publicar ahora estos dos nuevos volúmenes, *Las nubes del engaño* y *Fuera de control*, que resumen la crónica extrahumana antigua y moderna, respectivamente, es precisamente porque creo imprescindible hacerlo antes de dejar aparcados momentáneamente a mis OVNIS particulares. Es precisamente porque después de estos dos volúmenes voy a dejar de publicar datos sobre actividades OVNI para dedicarme a divulgar, en la medida en que ello me sea posible, datos sobre los efectos de la actuación de manos sin nombre ni rostro conocidos ni revelados. Al final de este proceso, si logro recorrerlo, se vuelve a conectar ineludiblemente con esos entes que acuden a nuestro planeta desde otros puntos cósmicos y que, desde siempre y hasta hoy, juegan con nosotros un juego. Falta saber aún si beneficioso o perjudicial para nosotros. O ni una ni otra cosa; pero, para nuestra limitada lógica, absolutamente mal planteado y peor ejecutado. Claro que tampoco ninguna célula

de nuestra mano izquierda —todo un universo en sí misma— tiene noción alguna (ni se lo plantea) de por qué de repente los pies del mismo cuerpo del que forma parte se ponen en movimiento para que el cuerpo todo camine. Ni mano ni pies se enteran del juego, si bien lo están sufriendo y ejecutando directamente. Sólo una central computarizada en nuestro cerebro capta deseos, los asimila y transmite órdenes de actuación. Es posible que cada cual de nosotros sea simplemente una de esas células de la mano o de los pies para poner un ejemplo. Va siendo hora ya de que nos encaminemos al cerebro-centro de operaciones para enterarnos de una vez de qué disputa somos piezas apetecidas. Por ese motivo aparcaré de momento a los OVNI y a sus tripulantes.

Pero antes quería dejar aquí, en este trabajo, la constancia de un *dossier* suficiente de las pruebas que, a lo largo de toda nuestra historia, han ido conformando el testimonio de la presencia en nuestro hábitat planetario de seres inteligentes no pertenecientes a *nuestra* comunidad humana. Sin necesidad alguna de recurrir a testigos dudosos, los textos que en el decurso de los tiempos han ido reflejando el acontecer de la historia de la humanidad están salpicados de testimonios que ilustran la presencia, yo me atrevo a decir que permanente, de objetos volantes que evolucionan de forma inteligente a baja altura, sobre la superficie terrestre. La lista de tales sucesos y avistamientos, en todo el mundo, y en todas las épocas, se haría larga, larguísima. Tanto, que si los educadores explicaran la historia en su totalidad, sin omisiones ni retoques, sus alumnos asimilarían con naturalidad que los fenómenos que evidencian la actuación y la intervención de una o de varias inteligencias distintas a la nuestra, forman parte integrante y continuada de la historia de la humanidad. Sabríamos todos un poco mejor en dónde nos encontramos.

En estos dos volúmenes no voy a aportar la totalidad de las pruebas existentes de este permanente contacto; en primer lugar porque, por muchas que haya podido reunir, muchas más deben de existir en textos, documentos y vestigios a los que no he llegado a tener acceso; y, en segundo lugar, porque tal tarea correspondería a una obra realmente enciclopédica que acaso algún día acometa, pero no a una obra de divulgación, sería pero a la vez amena, como pretende ser ésta.

Lo que sí voy a hacer es aportar las pruebas suficientes en cantidad y en valor documental probado, para que cualquier tribunal (del que tú, lector, puedes ahora erigirte en juez) disponga de los testimonios precisos para dictaminar si existe contacto con otros entes inteligentes e injerencia

de éstos en nuestro quehacer terrestre, en el curso de nuestra historia. Yo no preciso ya de más pruebas que las que aquí aporto. A la vista de las mismas, y mientras nadie me demuestre con evidencias que esto no es así, hoy tengo que aceptar como un hecho real este contacto y esta injerencia. Lo cual me confiere la tranquilidad precisa como para, tal y como dije antes, aparcar de momento a los OVNIs en este *dossier* con el propósito de meterme detrás de los bastidores que mencionó Disraeli e ir en busca de algo más.

Lo que ahora sigue es, pues, una relación de todos aquellos hechos, legados, datos, incidentes históricos que no tienen explicación desde el punto de vista de su origen exclusivamente humano, acontecidos desde los tiempos prehistóricos hasta hoy. En esta relación aporto únicamente incidentes documentados, repito, y que —interpretados con lógica humana— no admiten como originaria de su presencia a la civilización en la cual se están manifestando.

Debo advertir igualmente que los orígenes de estas manifestaciones no parecen estar unificados. Para poner un ejemplo simple, existen testimonios de avistamientos de figuras humanoides desconocidas que portan escafandra, mientras otros testimonios hablan de apariciones de seres antropomorfos que no portan ningún tipo de aditamento tecnológico. La hipótesis de que son diversas las razas de seres inteligentes desconocidos que llegan al planeta Tierra parece tener mayor base que la que opina que el origen de estos visitantes es sólo uno. Igualmente, numerosos testimonios apuntan a que los desconocidos provienen del espacio exterior, mientras que otras manifestaciones parecen tener su origen en el interior mismo de nuestro planeta, o al menos inmediatamente debajo de su superficie. También parecen haberse producido disputas entre los desconocidos, combates incluso. Y, en los últimos años, hay que apuntar que algunas manifestaciones de origen desconocido pero inteligente, entran ya en un área en que fácilmente pueden ser confundidas con manifestaciones de los más avanzados sistemas de ataque y de defensa desarrollados por el hombre.

Se dan, manifiestamente, aspectos contradictorios y hasta decididamente absurdos en todo este conjunto de hechos cuya explicación final hoy todavía no tenemos. Pero lo que no voy a hacer es contemplar cómo se falsean los hechos y cómo —cuando no se los ignora u oculta— se manipulan los datos que la historia nos ofrece, sólo para que estos hechos adquieran una aparente pero engañosa lógica. No debemos adaptar los hechos a nuestra inteligencia, sino que debemos aspirar a elevar esta inteligencia a un grado en el que pueda entender y asimilar los hechos, aunque en

estos momentos aún se le antojen absurdos. También era un absurdo para los hombres de ciencia del siglo XVIII el hecho o la simple idea de que el hombre viajara algún día hasta la Luna y pegara torpes saltos sobre su superficie, y, sin embargo, ésta es una experiencia superada hoy en día y aceptada por todos. A lo que debemos aspirar, a mi entender, es a lograr comprender algún día la realidad subyacente y el sentido de los fenómenos inexplicados que se han venido produciendo a lo largo de la historia humana y que actualmente se siguen produciendo y prologando.

Quiero puntualizar que en este trabajo no intento interpretar ni dar soluciones. Únicamente enumero en él unos acontecimientos en una sucesión (hasta donde sea posible) cronológicamente ordenada, para que estos hechos no caigan en el olvido y sirvan en cambio de instrumento válido para todo buscador sincero. Es un repaso actualizado y seleccionado en cuanto a su rigor documental de la incidencia del fenómeno extraterrestre en nuestra propia existencia. Hilvanado de tal forma que se pueda conocer digamos al microscopio, con detalle, cada uno de los elementos aportados de esta incidencia extraterrestre, y contemplar luego —una vez leídos los dos volúmenes de esta crónica extrahumana antigua y moderna— la totalidad del conjunto de esta incidencia que se extiende sobre toda nuestra existencia como raza. Sólo así, combinando cada lector con sabiduría este juego de lentes de aproximación y panorámica para captar simultáneamente los detalles y el conjunto del fenómeno, podremos aventurarnos a intentar comprender nuestra posición activa en el universo. Así y todo, este trabajo no deja de ser más que un esquema, un esqueleto del inmenso cuerpo que sobre él puede construir cada lector por su cuenta, añadiendo nuevas piezas que están presentes en el fluir de nuestra historia y que no todas, ni muchísimo menos, están recogidas aquí. Quiere de paso servir también de respuesta esta obra a todos aquellos que, si bien tal vez llegan a aceptar la posibilidad de que alguien precedente del espacio exterior nos visite, siguen, con todo, preguntando: «Sí, pero... ¿qué pruebas tenemos realmente de su existencia y de sus visitas a nuestro planeta?» Estas que siguen son algunas de estas pruebas. Sólo algunas. Ahora, tú eres juez, lector.

ANDREAS FABER-KAISER

*Barcelona, febrero de 1984.*

*Por cierto que la tinta de los sabios es más preciosa  
que la sangre de los mártires.*

*Asistir a las lecciones de un sabio es más meritorio  
que hacer mil genuflexiones, que visitar mil enfermos,  
que seguir mil entierros.*

Muhammad Ibn Abdallah Ibn Abd al-Mutalib  
Ibn Hasim, Mahoma

*Aquel que busca no debe cesar de buscar hasta que  
encuentre, y cuando encuentre, quedará estupefacto,  
y, estando estupefacto, quedará maravillado, y reina-  
rá sobre el Todo.*

*Evangelio de Dídimo Judas-Tomás*

## ANTES DE LA HISTORIA

Ya mucho antes de que al hombre se le ocurriera la posibilidad de escribir su propia historia para ilustración de la posteridad, creyó oportuno darnos a entender que había sido testigo de la presencia de unos seres que le impresionaron especialmente. Lo suficiente, como para que sus retratos merecieran ser grabados en las rocas milenarias de, por lo menos, Australia, el Sahara y los Alpes.

### *Visitantes sin boca*

En la cordillera de Kimberley, en el noroeste de Australia, existen unas notables pinturas rupestres que se destacan de todas las demás halladas en el quinto continente. Son de figura antropomorfa, de notable tamaño (llegan a medir hasta seis metros), y presentan unos rostros blancos desprovistos de boca. Sus cabezas están rodeadas por uno o dos semicírculos en forma de herradura, con finas líneas que irradian el círculo exterior (simbolizando el aura, acaso un casco, pero eso no lo sabemos). Los nativos llaman a estas figuras *wandjina* y afirman que son las únicas representaciones rupestres no ejecutadas directamente por sus antepasados. Son, para ellos, representaciones de seres que inspiran un sentimiento profundamente sagrado. Tanto, que insisten en que estas figuras sin boca fueron trazadas por los propios seres a quienes representan, cuando éstos descendieron a la Tierra. Pues dicen los aborígenes que en los primeros días del mundo, cada *wandjina* creó la topografía de una zona determinada. Una vez realizada esta tarea, el *wandjina* se transformó en una serpiente mítica y

se refugió en un charco cercano. Antes de hacerlo, dejó su imagen plasmada en una pintura rupestre en un refugio adyacente y ordenó que antes de que diera comienzo cada estación de los monzones, los aborígenes tenían que renovar dicha pintura. La renovación de la imagen rupestre del *wandjina* no sólo origina el comienzo de las lluvias monzónicas, tan anheladas tras la larga sequía anual, sino que es el tributo que garantiza el aumento y la prosperidad de víveres, animales y vegetales. El incumplimiento del mandato de renovación acarrea la sequía y, con ella, el hambre. Cuando las pinturas de los refugios rocosos se vuelven borrosas, el *wandjina* correspondiente desaparece, llevándose consigo la lluvia y la fertilidad, y se le puede ver entonces de noche en forma de *luces que se mueven a gran altura*.

Entre 70 y 80 *luces que se movían a gran altura*, fue lo que declaró haber visto (es mera anécdota comparativa, pero referida probablemente a un mismo enigma) el catedrático Harley D. Rutledge, jefe del Departamento de Física de la Universidad de Saint Louis, en Missouri, cuando durante siete meses del año 1973 se dedicó con un grupo de universitarios a observar con atención el cielo. Comenzó sus investigaciones el 6 de abril de 1973 en Piedmont, en el sur del estado, tras haberse notificado allí el avistamiento de objetos voladores de origen desconocido. En el equipo de observadores de Rutledge figuraban miembros de la facultad, estudiantes de Física, pilotos, un catedrático de Ciencia y miembros del club de Astronomía del sudeste de Missouri.

El 19 de noviembre afirmaron que en 38 de las 78 noches de vigilancia, vieron *luces* de procedencia inexplicable. En total, catalogaron en estas 38 noches unas 70 *luces* de origen no identificado. «Hemos visto las *luces* y las hemos fotografiado. Allí están, no voy a intentar especular sobre lo que son. *Hay algo en ellas que no puede explicarse. Las luces se movieron, hicieron giros en ángulo recto y parpadearon.*» Junto con esta declaración suya, Rutledge se negó a calificar a estas *luces* de objetos volantes no identificados. Pero queda claro que volaban y no las identificó.

Volvamos a Australia. El *wandjina* es, pues, un personaje divino que trae la prosperidad, sabe transformarse en serpiente y además ascender al cielo para ser visible ahí en forma de luz que se mueve a gran altura. *Dios, fructificador, serpiente y cuerpo celeste*. En un mundo distante, Quetzalcóatl, dios celeste de los toltecas y nahuas (identificado con Gucumatz por los quichés y con Kukulkán por los mayas), creador de la civilización, quedaba simbolizado por una serpiente con plumas. Era un agente unificador del cosmos. Quetzalcóatl trajo las semillas fructificadoras más

ricas, como el maíz. Trajo también la escritura, el calendario, las artes y las leyes morales, y... *huyó por los aires*, fue por el espacio de un lado a otro, se consumió en las llamas del «fuego divino» y se convirtió en el planeta Venus. Allí quedó con el nombre náhuatl de «*la estrella que echa humo*». *Dios, fructificador, serpiente y cuerpo celeste*. Al igual que lo recuerdan los aborígenes australianos. Y los de tantos otros parajes en los que se conserva un más o menos vago recuerdo de nuestro inquietante origen.

Y ya de vuelta a los aborígenes australianos, sorprende por ejemplo en su primitivismo el famoso *boomerang* que, decididamente, no va con su nivel de desarrollo actual. Es fruto de un estudio profundo de las leyes de la aerodinámica. Y sorprenden los mismos aborígenes por sus detalladas —y para ellos sagradas— reglas de higiene, genética y protección de la caza. Las consideran legado de una raza superior. Al igual que aducen, insisto, los primeros recuerdos de casi todas las comunidades primitivas del planeta.

#### *Los sin rostro*

Portando serpientes sobre su tocado de cabeza de pájaro —al más elegante estilo egipcio faraónico—, un cuarteto de figuras femeninas bailan una danza petrificada en las rocas del importante enclave cultural prehistórico sahariano de Tassili n'Ajjer, en el este del actual Argel, cerca de la frontera libia. No lejos de estas bailarinas que remiten a las nociones divinas del *vuelo* (cabeza de pájaro) y de la serpiente (que portan en su tocado), aparece grabado en la roca el torso (sin piernas, al igual que sucede con las figuras de la cordillera de Kimberley en Australia) de una figura antropomorfa que por cabeza luce una cúpula con una sola marca ovalada en su centro, que podría representar un ojo único. Esta cúpula está unida al tronco por medio de unos aros horizontales, simulando el acople de un casco al resto de la figura. Tanto las aludidas bailarinas de influencia faraónica como este gigante monstruoso catalogado por su descubridor, Henri Lhote, como el gran dios «marciano», están ubicados, entre los millares de pinturas rupestres de Tassili n'Ajjer, en el enclave conocido por Yabbaren, que en el idioma de los tuareg significa «los gigantes», precisamente porque las figuras allí representadas alcanzan en ocasiones concretas tamaños realmente gigantes, de hasta 6 metros para una de ellas. (Recordemos que precisamente unos 6 metros alcanzaban también las figuras mayores de los *wandjina* australianos.) Más al norte de este enclave de Yabbaren, concretamente en Sefar,

alguien nos legó la representación de otro ser humanoide gigante, de cabeza achatada, a modo de martillo, en la que no se aprecian ojos, nariz, ni boca. Este ser es adorado por otros seres de tamaño más pequeño, que lo flanquean por ambos lados. Para explicar sin dar explicaciones estas estafalarias por monstruoides formas de cabezas, la arqueología ortodoxa se contenta diciéndonos que pertenecen al «período decadente de las cabezas redondas» (?).

Figuras toscamente humanoides, que igualmente lucen cabezas-martillo (como en este caso las cataloga la arqueología universitaria), vuelven a estar plasmadas en las rocas del conjunto rupestre de Valcamonica, en la vertiente italiana de los Alpes. Y en este mismo museo rupestre prehistórico aparece una figura humanoide cuya cabeza está encerrada en un casco.

Dado que una imagen vale más que cien palabras, remito al lector a las ilustraciones correspondientes que se aportan en el libro.

#### 11 000 AÑOS DE CARTOGRAFÍA AÉREA

«Las líneas costeras debieron ser cartografiadas antes de que la Antártida quedara cubierta de hielo. Hoy en día, el hielo alcanza en este sector un grosor aproximado de una milla. *No tenemos la más remota idea de cómo pueden encajar los datos de este mapa con los conocimientos geográficos de 1513.*» Tal fue la opinión del entonces comandante de la US Air Force Harold Z. Ohlmeyer, al comentar los mapas de Piri Reis el 6 de julio de 1960 en carta dirigida al profesor Charles H. Hapgood, cartógrafo de reconocida competencia.

Los citados mapas fueron trazados en el año 1513 en Gallipoli sobre piel de gacela, por el hijo de Hachi Mehmet, Piri Reis, quien fuera almirante de las flotas turcas en el mar Rojo y en el golfo Pérsico. Dos fragmentos de estos mapas —que en su conjunto total reflejaban toda la superficie terrestre— fueron hallados el 9 de noviembre de 1929 por B. Halil Eldem, director del Museo Nacional turco. Desde entonces se conservan en el antiguo palacio de Topkapi, en Estambul, transformado en museo en el mismo año 1929.

El propio almirante Piri Reis indicó, en los textos explicativos de sus mapas, que para su confección se había servido de un total de 20 mapas diferentes, empleando in-

cluso para el área de las Antillas un mapa anterior de Cristóbal Colón.

En 1954, los mapas llegaron a manos del cartógrafo americano Arlington H. Mallery. Su interés en los mismos se centraba en la constatación de que quedaban consignados en ellos sectores del planeta que en 1513 aún no habían sido descubiertos. Por ejemplo, la Antártida. A la vista de ello, Mallery llamó a consulta a su colega Walters, del Instituto Hidrográfico de la US Navy. Mallery y Walters confeccionaron una proyección que les permitiera reflejar aquellos antiguos mapas sobre un globo terráqueo moderno. Descubrieron entonces con sorpresa que no sólo estaban exactamente en su sitio los accidentes geográficos de las costas de América del Norte y del Sur, sino también los de la Antártida. Con la notable peculiaridad de que en el mapa de Piri Reis el extremo sur de la Tierra de Fuego enlaza a través de una estrecha lengua de tierra con la Antártida, allí donde hoy en día las aguas del estrecho de Drake enlazan entre sí a los océanos Atlántico y Pacífico. Se sometió entonces al mapa de Piri Reis a un meticuloso estudio de cotejo con las fotografías infrarrojas aéreas que reflejaban el perfil submarino y con los resultados que habían obtenido en aquellas latitudes los barcos oceanográficos. Se llegó a la conclusión de que realmente había existido este puente de tierra entre el continente sudamericano y la Antártida a finales de la última glaciación; o sea, hace ahora unos 11 000 años. Piri Reis había señalado en su mapa con asombrosa exactitud costas, islas, bahías y montañas que en parte hoy ya no son visibles, sino que están cubiertas por una considerable capa de hielo.

Con motivo de la celebración del Año Geofísico Internacional, en 1957 se interesó también por estos mapas, a instancias de Mallery y Walters, el igualmente cartógrafo de la US Navy y director entonces del observatorio Weston, padre Lineham. El cual expresó también la opinión de que los mapas eran de una precisión extraordinaria y que aportaban detalles que nosotros solamente conocemos desde que, entre los años 1949 y 1952, se efectuó la expedición británico-sueco-noruega a la Antártida.

En un coloquio celebrado el 28 de agosto de 1958 en la Universidad de Georgetown, el propio padre Lineham declaró sin rodeos que los modernos estudios en los que estaba participando iban confirmando la exactitud de los datos referidos a las masas de tierra, proyección de los montes, mares e islas señalados en los mapas. En el mismo coloquio, el cartógrafo Arlington H. Mallery afirmó que había que aceptar la evidencia de que los mapas de Piri Reis marcaban de forma absolutamente correcta los meridianos

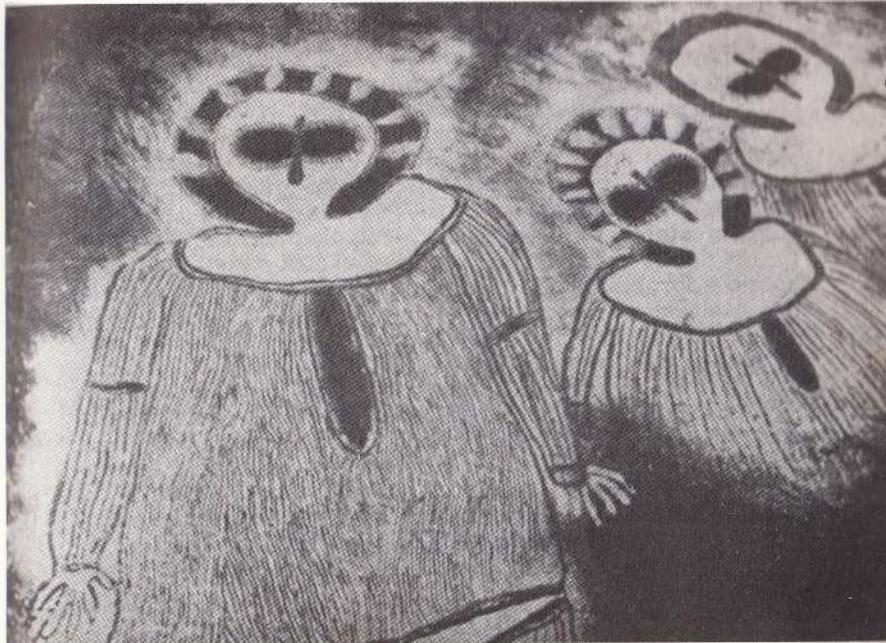
terrestres, algo que nosotros sólo éramos capaces de hacer desde hace dos siglos, y manifestó que «no podemos imaginarnos cómo pudo trazarse un mapa tan preciso *sin el concurso de la aviación*».

Para finalizar, y para no perder de vista la cronología de nuestra historia, conviene subrayar que si bien Piri Reis dibujó sus mapas en el año 1513, éstos se basaban en otros anteriores. Cuyos datos en parte —como quedaba dicho— se remontan a 11 000 años atrás.

### CUANDO NADA EXISTÍA

*«He aquí el relato de cómo todo estaba en suspenso, todo tranquilo, todo inmóvil, todo apacible, todo silencioso, todo vacío, en el cielo, en la tierra. He aquí la primera historia, la primera descripción. No había un solo hombre, un solo animal, pájaro, pez, cangrejo, madera, piedra, caverna, barranca, hierba, selva. Sólo el cielo existía. La faz de la tierra no aparecía; sólo existían la mar limitada, todo el espacio del cielo. No había nada reunido, junto. Todo era invisible, todo estaba inmóvil en el cielo. No existía nada edificado. Solamente el agua limitada, solamente la mar tranquila, sola, limitada. Nada existía. Solamente la inmovilidad, el silencio, en las tinieblas, en la noche. Sólo los Constructores, los Formadores, los Dominadores, los Poderosos del Cielo, los Procreadores, los Engendradores, estaban sobre el agua, la luz esparcida.»*

Así reza el *Popol-Vuh*, el libro del Consejo de los indios quichés, quienes mucho antes de la llegada de los europeos sabían que el poder se obtiene en Oriente («Ciertamente, pasaron por el mar al llegar allá lejos a Oriente, al ir a recibir sus poderes. He aquí el nombre del título del jefe a cuyo país llegaron: el *Gobierno de los Orientales*. Entonces llegaron ante el jefe Nacxit, nombre del gran jefe, supremo *Decididor* de Palabra, *de mucho poder*. He aquí que él les dio las *insignias del poder*, todos sus atributos»); que hubo un gran diluvio («Entonces fue hinchada la *inundación* por los Espíritus del Cielo, una *gran inundación* fue hecha, llegó *por encima de las cabezas* de aquellos maniqués contruidos de madera» [...] «se oscureció la faz de la tierra, comenzó la *lluvia tenebrosa*, *lluvia de día*, *lluvia de noche*»); que las aguas pueden separarse para permitir cruzar el mar sin riesgo («Su pasaje por mar no aparece; pasaron como si no hubiera habido mar, solamente sobre



Representaciones de «wandjinas» en la región australiana de la cordillera de Kimberley.



pedras pasaron, y aquellas pedras sobresalían en la arena. Entonces las llamaron *Piedras Arregladas* - Arenas Arrancadas, nombre dado por ellos al sitio por donde pasaron en el mar, habiéndose *separado el agua* allá por donde pasaron»; que conocían la montaña en donde se habla con la divinidad —parece que Moisés tenga que entrar en escena de un momento a otro— («Grande era su tristeza cuando estaban en la *montaña* ahora llamada *De la Consulta*, en donde *los dioses les hablaron* otra vez»); que para colmo adoraban a una piedra de igual nombre que la piedra sagrada de los musulmanes («Mansión Florida que se ve en *Cahbaha*, nombre de otro grandísimo edificio en donde estaba una *piedra adorada* por los jefes quichés, adorada por toda la tribu»). Y nos habla este libro del Consejo de los indios quichés de los constructores, de los *maçons* que formaron al planeta Tierra y a todo cuanto en él vive y existe. Los que nos construyeron a nosotros, para que los adoremos y les sirvamos de nutrición. Eso explica el *Popol-Vuh* y con alguna variante tantas y tantas otras narraciones orales y escritas que la memoria del hombre ha preservado como elemento constitutivo de nuestra programación global.

### *Errantes navegantes cósmicos*

Los nativos de las islas Gilbert, en el extremo este de la Micronesia, nos transmiten al respecto que «en el principio, hace mucho, mucho tiempo, sólo existía el dios Nareau, el creador. Nadie sabe de dónde vino, ni quiénes eran sus padres, pues Nareau *volaba a través del espacio* solo y dormido. En sueños oyó que alguien pronunciaba su nombre, pero ese alguien que le llamaba era "Nadie". Nareau despertó y miró a su alrededor. Estaba vacío, pero cuando miró debajo de sí advirtió un objeto grande. Era *te-bomatemaki*, lo que significa "el cielo y la tierra en una unidad". La curiosidad de Nareau le hizo descender hasta allí y posó cuidadosamente el pie sobre *te-bomatemaki*. No había allí ser viviente alguno, ni ningún otro ser humano excepto él, el creador. Por cuatro veces *rodeó* el mundo que acababa de descubrir, de norte a sur y de este a oeste, hasta convencerse de que estaba realmente solo. Entonces Nareau excavó un hoyo en *te-bomatemaki* y lo relleno de agua y tierra. Con el agua y la tierra formó una roca. Luego le ordenó a ésta que, en unión con el vacío, procrease a Nareau Tekikiteia. De esta forma nació, por voluntad de Nareau el creador, Nareau Tekikiteia, o sea "Nareau el Sabio". Nareau el creador reinaba ahora sobre *te-bomatema-*

*ki*, mientras que Nareau el Sabio residía en la Tierra. Dado que podían comunicarse entre sí, decidieron separar el Cielo de la Tierra, lo cual lograron tras algunos esfuerzos. Luego, Nareau el Sabio creó a los primeros entes dotados de razón».

Todavía en el siglo pasado, los etnólogos trajeron este otro relato, igualmente de Oceanía: «*Jo se movía en el infinito del universo*. El universo estaba oscuro. No había agua en ninguna parte. No existía la aurora, ni la claridad, ni luz de ninguna clase.»

Y en las islas de Samoa, los nativos recuerdan que «el dios Tagaloa *flotaba en el vacío*. Él fue el creador de todo. Antes de su llegada no había cielo ni tierra. Estaba completamente solo y dormía en la inmensidad del espacio. No había mar ni existía la tierra entonces. Su nombre era Tagaloafa'atutupu-nu'u, lo que significa "el origen del crecimiento"».

Pronto veremos cómo estos dioses creadores, estos seres que cruzaban el espacio infinito antes de nuestra propia existencia, usaban cápsulas para trasladarse de un lugar a otro.

### EN CAPSULAS Y HUEVOS DIVINOS

Sin movernos de escenario —aunque narraciones similares se repiten en otras áreas culturales del planeta—, los indígenas de las islas de la Sociedad recuerdan que «Ta'aroa se hallaba *en el interior de su concha*, en la oscuridad, desde el pasado infinito. La concha era *como un huevo que flotaba en el espacio infinito*. No había cielo, ni tierra, ni mar, ni luna, ni sol, ni estrellas. Todo estaba sumido en la oscuridad, espesa tiniebla que se extendía en todas direcciones».

«Un hombre *emerge* de un raro *ovoide* que, por sus colores y conformación interna, es a la vez una escarapela, un caracol o un *huevo*», escribe Henri Lhote refiriéndose a una de las figuras del conjunto rupestre del Tassili, concretamente enclavado en Auanguet, junto al grupo de Yab-baren, cuyas importantes representaciones vimos ya con anterioridad. Ahora, situado ligeramente al sur de las mismas, descubrimos a un ser aparentemente antropomorfo que surge de una especie de cuerpo *ovoide*.

Nos vamos a Europa. En la antigua mitología griega, los dióscuros Cástor y Pólux (entre otros personajes mitológi-

cos) brotaron a la vida de *huevos celestes*. En ocasiones se les representaba portando un casco en cuyo vértice brillaba una *estrella*, y Zeus los colocó como estrellas en el firmamento. Es más: Cástor y Pólux fueron dos de los integrantes de la expedición de los *argo-nautas* que a bordo de la nave Argos —nombre que indica la *rapidez* y la *blancura luminosa*— fueron en busca del Vello de Oro, que Frixos había ofrecido a Aetes, hijo del Sol, después de que el *carnero* Crisomalo, cuyo vellón era de oro, le rescatara de la muerte. En efecto, en el momento de ir a ser sacrificados Frixos y su hermana Hela, apareció una *nube* de la que salió el carnero, enviado por *Hermes*, y transportó a ambos, *atravesando los aires*, hacia la Cólquida. Hela cayó al vacío en el trayecto y Frixos llegó a la isla de Aea, país en donde «los rayos del sol se encierran en una cámara de oro». Y bajo el signo del carnero, bajo el signo de Aries, el 12 de abril, se celebraban en Roma las Cereales. En las procesiones, llevaban un *huevo*.

Pero es que descendientes herméticos de los *argo-nautas* fueron a su vez los *argotiers*, los que utilizan el *argot*, la lengua particular de todos los individuos que tienen interés en comunicar sus pensamientos sin ser comprendidos por quienes los rodean, lengua en que se expresaban y se siguen expresando todos los iniciados. Hablaban esta lengua los *frimasons* de la Edad Media, que edificaron los templos *argóticos*, las obras de *art goth* o de *argot*: las catedrales góticas. Junto al solar en que se estaba construyendo cualquiera de estas pétreas y monumentales claves *argóticas*, los constructores de las mismas instalaban su *Bauhütte* durante el tiempo que duraban las obras, viniendo a ser algo así como el «puesto de mando» y albergue de todo y todos los que intervenían en la construcción del templo, comunidad que se regía por unas normas muy estrictas y perfectamente delimitadas. La transmisión de las reglas por las que se rigen estas *Bauhütten* o *alpendes* se remonta —como se escribe en 1962 L. Schwartz— a la época de los egipcios, asirios e hindúes. Bastante tiempo antes, en el siglo XVIII, William Preston afirma que las huellas de estos iniciados constructores (*maçons*) se remontan hasta el momento de la *creación*, al tiempo que el doctor George Oliver no vacila en escribir que esta ciencia ya se cultivaba en otros sistemas planetarios antes de la formación de la Tierra. De modo que los *frimasons*, descendientes herméticos de los *argo-nautas*, fueron constructores y *nautas* que —también ellos— conocían el camino que conducía al Jardín de la Hespérides. Y si profundizamos un poco más, debemos hablar aquí también de la concha de Santiago, del

«señor Yago de *compos stella*», que dispensa ayuda, luz y protección. Cuya concha la llevan místicamente aquellos que emprenden la labor y tratan de obtener la *estrella (compos stella)*, y que tienen que realizar, con el cordón por guía y la concha por insignia, este largo y peligroso recorrido, una de cuyas mitades es por vía terrestre y la otra por vía marítima (también Ta'aroa, divinidad de las islas de la Sociedad, vimos que se hallaba en el interior de su *concha*, que era como un *huevo* que *flotaba* en el *espacio* infinito). Deben ser ante todo peregrinos y, después, *pilotos*. ¿Pilotos? En los pilares que decoran la credencia que se puede admirar en la Mansión Lallemand, en el Bourges, vieja ciudad del Berry, la susodicha concha está rematada por un par de *alas*: ¿pilotos de naves capaces de *volar*? ¿*Nautas voladores*? Terminemos observando que la voz *argonauta* nos remite a una familia de raíces —recorriendo a la *cábala* hablada— que permite establecer interesantes relaciones: es la familia de las raíces *arg-*, *arq-*, *arc-*, *apx-*, que relacionan entre sí a palabras tan interesantes como son el nombre de la nave *Argos*, los *argonautas*, la *arquitectura*, lo *arcano*, el *arca* de Noé, *apxη* (comienzo, origen, y en plural «potencias espaciales»), los *arcángeles*, etc.

«En los aparatos volantes vemos santos oficiando de *pilotos*», se afirmaba en el comentario que la revista yugoslava *Svet* dedicaba al descubrimiento en 1964 de unos singulares frescos en el monasterio serbio de Dečani, en Kosovska Metohija, en Yugoslavia. En los frescos estaban netamente reproducidas las figuras de ángeles *volando en el interior de cápsulas*. Son dos cápsulas que vuelan una detrás de otra. En la que abre el paso va un ángel sin aureola, que tiene las manos en posición de manipular algún mando, y mira hacia atrás, como atento al piloto que le sigue. Conduce la otra cápsula un personaje similar, haciendo clara alusión ambas imágenes a sendos *objetos esféricos en vuelo*, y con una figura humanoide en su interior. Otros seres angélicos que contemplan el vuelo se tapan los oídos con las manos. En el centro del conjunto aparece la figura de Jesús crucificado. Debajo de éste se halla el fresco de la Resurrección. En él, parece que Jesús se halle en un cohete a punto de despegar. En su parte superior, la supuesta nave lleva incluso dos alas.

En la Academia Conciliar de Moscú se encuentra el icono *La resurrección de Jesucristo*, en el que Jesús aparece en el interior de un receptáculo que recuerda una nave voladora posada en tierra. De su parte inferior, por ambos lados, sale humo que oculta los pies de los ángeles agrupados en derredor.

Estamos hablando de cápsulas y huevos divinos. En re-

lación con este último párrafo, ¿no conocemos acaso para el domingo de *Resurrección* la tradición popular del *huevo* de Pascua?

## EL LIBRO DE LOS MUERTOS

También en la antigua historia de Egipto, las divinidades salen, entran y viven en huevos y en discos.

«Salgo del *huevo* en el país recóndito», dice Osiris Ani en el *Libro de los muertos*, donde el triunfador Osiris Nu afirma ser «el que reside en las Utchat y en el *huevo*», opinando más adelante que «nadie puede entrar ni salir, sino el dios santo que *vive en su huevo*, y espanta a los inmortales y aterra a los jus»..., «nadie puede respirar los vientos, salvo el dios santo que *vive en su huevo*»..., etc.

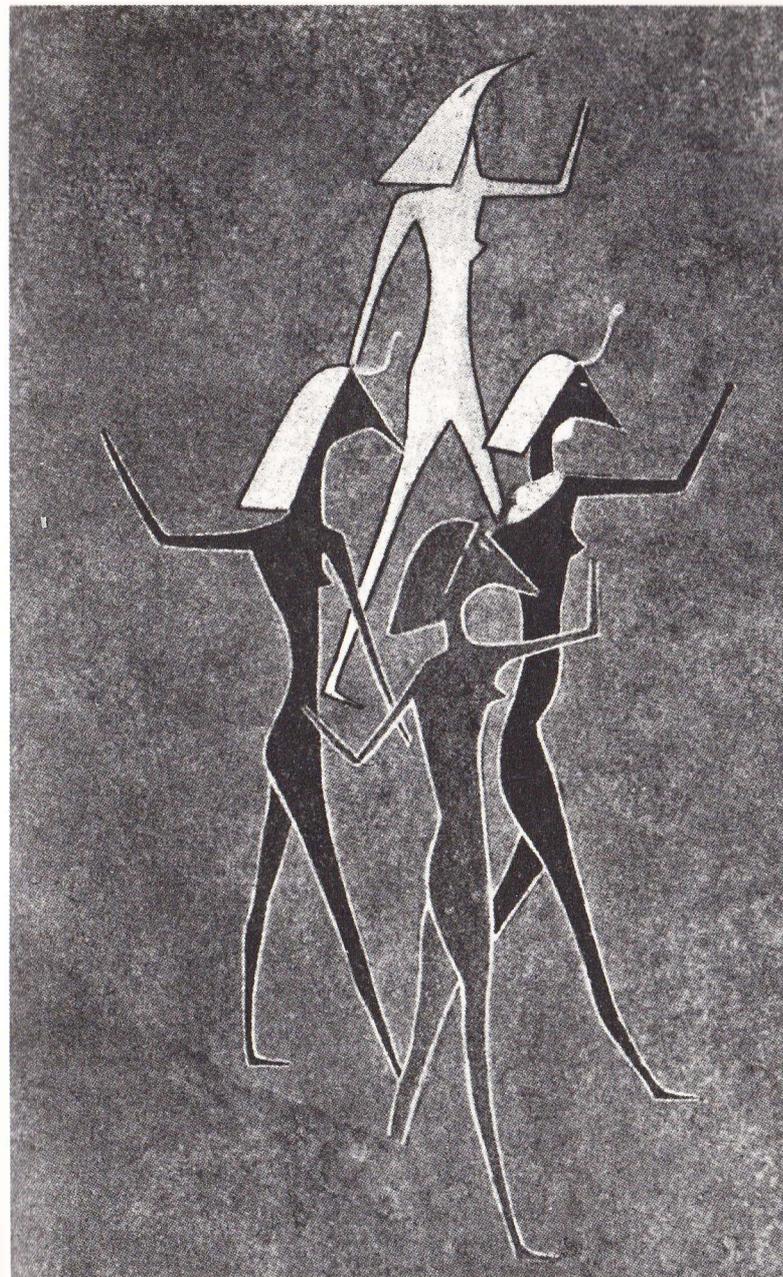
Prosigamos con la lectura de textos del *Libro de los muertos* de los antiguos egipcios, recordando una vez más ahora a los argo-*navatas*, ya que también aquí comienza a citarse la navegación. Así, el victorioso canciller en jefe Nu afirma que «Antebu es el guía de los dos países. Seb se constituye gracias a sus *timones*. El poder que abre el *Disco*. El príncipe de los seres rojos. Soy arrastrado como el naufrago...» «He abierto la casa de los tesoros del dios Hap, limpiado *los caminos del Disco*...» «Alabé y glorifiqué el *Disco*...» «Y hablaré con el *Disco*, y con los moradores del cielo.»

Y el triunfador Osiris Patha-mes, director de los escribas y diseñador, dice: «Enviad vuestra luz y disipad la oscuridad que os rodea y contemplad la faz de Osiris, ¡oh existentes, como él existió!, y ensalzad a aquel que *reside en su Disco*»... «Venciste a tus enemigos, oh tú que resides en tu *Disco*.»

«Déjame subir a bordo de tu embarcación, oh Ra», suplica el victorioso Nu refiriéndose a la barca celeste que se apareció, por ejemplo, como un milagro a Isis, estando ésta junto al cadáver de su esposo, en forma de un *disco de oro*, cuando *ya el Sol se había puesto*. Y la ofrenda 4.<sup>a</sup> de la sección IV reza: «Los que cantan loas dispensen que Osiris... sea como los *marineros divinos del cielo*.»

En el himno a Osiris Un-nefer se dice de este señor que su cuerpo es «claro y fúlgido *metal*», que «azul es su cabeza» y que «el brillo de la turquesa le cerca».

Osiris Ani, por su parte, afirma que «forzó *todos los caminos del cielo* y de la Tierra». «Honor a ti, oh tú que *vue-*



Grupo de bailarinas de clara influencia egipcia reproducidas en la roca del enclave prehistórico sahariano de Tassili n'Ajjer.

las por el cielo y brillas sobre el hijo de la corona blanca...», exclama Nu, el triunfador canciller en jefe. Obsérvese que no se habla de una divinidad que mora en los cielos, sino que, muy concretamente, *vuela* por el cielo. Y el mismo Nu dirá: «Yo, incluso yo, soy el que conoce las *rutas del firmamento...*», «he *andado* las remotas, las ilimitadas *comarcas celestiales...*», «*navego por el firmamento que separa el cielo de la Tierra*» —¿tenía noción Nu de lo que es la atmósfera terrestre, que separa el espacio infinito de la Tierra?—, «*viajé de la Tierra al cielo...*», etc.

De la Tierra al cielo viajó también el instructor Quetzalcóatl, al que anteriormente ya comparamos con la deidad *wandjina* australiana. Ambos se identificaban también con la noción de la *serpiente* divina. Quetzalcóatl —recordemos— era serpiente que se consumió en las llamas del *fuego* divino. Aquí, en Egipto, la serpiente tiene un nombre: «Residente en su *fuego*.» Así, al hablar el *Libro de los muertos* de las Almas del Oeste, cuenta que «Sebek, el señor de Bajau, habita al Este de la Montaña, y tiene un templo en aquella tierra. En la cima hay una *serpiente* de treinta codos de largo; los primeros ocho codos están recubiertos de placas de pedernal y» —singular serpiente— «de *brillantes piezas metálicas*. El victorioso Osiris Nu conoce el nombre de la *serpiente* que mora en su collado: se llama “Residente en su *fuego*”. Después de permanecer inmóvil, Ra dirige los ojos hacia ella, su *barca* vara, un sueño invencible domina al que rige la embarcación y traga siete codos de las vastas aguas». Y en el capítulo de las ofrendas, sección V, la ofrenda 8.<sup>a</sup> reza: «Los inmortales que *residen* en los anillos de la diosa *serpiente* Mehen permiten ver el *Disco* a Osiris...»

### *Los círculos de fuego*

El número 87 del *Boletín* de la Sociedad Astronómica de España y América reprodujo en setiembre de 1957 un extracto del informe de Boris Rachewiltz, quien halló un interesante documento en el Museo Vaticano mientras examinaba documentos dejados allí por el difunto profesor Alberto Tulli. El documento hace referencia a un papiro egipcio de la dinastía XVIII, que forma parte de los *Anales reales* de Tutmosis III el Grande. Durante su reinado (1501-1447 a. de J.C.) se produjo la siguiente visita de objetos circulares voladores, según reproducimos fielmente: «En el año 22, mes tercero del invierno, a la hora sexta del día, los escribas de la Casa de la Vida percibieron la llegada de un *círculo de fuego en el cielo*. Su cuerpo tenía una

vara de largo y un quinto de ancho. Aunque no tenía cabeza, su boca despedía un aliento de olor fétido. No tenía voz... Sus corazones quedaron turbados y echaron a correr. Después fueron a comunicárselo al rey. Éste meditó acerca de lo ocurrido. Dio la orden... ha sido examinado... como todo cuanto se ha escrito en los rollos de papiros de la Casa de la Vida... ahora, cuando ya han transcurrido muchos días desde estos acontecimientos... ¡Oh! Son numerosos como todo. Brillan más que el Sol en los cuatro puntos cardinales del cielo. Los *círculos de fuego* ocupaban una fuerte posición y el ejército del rey los vio, estando el rey en medio de él. Esto aconteció después de la cena. Allí arriba, ellos se elevaron en dirección sur. Cayeron del cielo peces y aves... una maravilla jamás vista desde que este país existe. El rey hizo traer incienso para apaciguar... en el Libro de la Casa de la Vida lo que había sucedido para que sea recordado durante toda la eternidad.»

### LA RAZA CRUZADA

En la primavera de 1947, un joven pastor llamado Muhammad ed-Dhib, buscando a una cabra que se había alejado de su rebaño, penetró en una cueva del desierto de Judea, en la que descubrió unas vasijas, rotas unas y otras intactas, llenas de manuscritos antiguos. Al cabo de veinte siglos de haber sido escritos, acababa de hallar a 13 kilómetros al sur de Jericó la primera de las grutas que a algo más de kilómetro y medio de la orilla occidental del mar Muerto, en el *tell* de Qumran y sus alrededores, había servido de cobijo y salvaguarda para la posteridad de los que se hicieron inmediatamente famosísimos *rollos del mar Muerto, de Qumran o de En Fešha*. Proceden de la comunidad parajudía de la secta de los esenios, herméticos iniciados conocidos también por *los silenciosos*. (La auténtica sabiduría siempre ha sido silenciosa, ya que en la ciencia, en el bien, el adepto que *sabe* debe siempre *callar*.) Con ocasión de la primera rebelión de los judíos contra la ocupación romana, los esenios ocultaron en los años 66 al 70 de nuestra era estos documentos escritos, pertenecientes a la Biblia o relacionados con ella, en las cuevas citadas. Hoy, los manuscritos de Qumran se conservan para su estudio en Jerusalén, expuestos en el Santuario del Libro.

Entre los primeros rollos recuperados, nos llama la atención el del *Génesis Apócrifón*, denominado *Manuscrito*

de Lamech antes de haber sido desarrollado. Fue escrito en arameo en la primera mitad del siglo I a. de J.C.

En él se cuenta cómo Lamech, padre de Noé, vuelto a casa tras larga ausencia, se encuentra con la sorpresa de que su mujer, Bathenosh, había dado a luz a un niño que no acababa de cuadrar en la familia. Su mujer le asegura que el niño no es hijo de ningún extraño ni de ninguno de los «Hijos del Cielo», como nos lo relata el propio Lamech: «Mi corazón estaba entonces sumamente afligido, y cuando Bathenosh, mi esposa, vio que mi semblante había cambiado... Entonces ella dominó su enojo y me habló diciendo, "¡Oh mi señor, oh mi [hermano, recuerda] mi placer! Te juro por el Gran Santo, el Rey de [los cielos]..., que esta semilla es tuya y que esta concepción es de ti..., no de ningún extraño, o Vigilante o *Hijo del Cielo*."» Pero si bien Bathenosh niega que el niño sea fruto de su coito con un visitante cósmico, Lamech sigue sospechando y envía a Matusalem, su padre, a visitar a Enoch, abuelo de Lamech, que está en el Paraíso, para que le diga la verdad. Nos vamos por ello al texto del *Libro de Enoch*, cuyo original probablemente hebreo se ha perdido, pero del que se conservan copias griegas, etiopes y latinas. Libro secreto, del que san Agustín afirmaba que la Iglesia lo rechazaba de su canon debido a su gran antigüedad, y que, sin embargo, fue plenamente aceptado por los primeros cristianos, entre ellos san Clemente de Alejandría, nos habla de este pasaje de las dudas de Lamech en su «Fragmento Noachico» (CVI, 1-19): «Y tras un tiempo, mi hijo Matusalem tomó para su hijo Lamech una mujer, y ella concibió de él y dio a luz a un hijo. Y su carne era blanca como la nieve y roja como la flor de la rosa; y los pelos de su cabeza y su cabellera eran blancos como la lana; y sus ojos eran hermosos, y cuando él abrió los ojos iluminó toda la casa como el sol, y toda la casa estuvo muy brillante. Y entonces él se levantó de las manos de la partera, abrió la boca y habló al Señor de justicia. Y su padre Lamech fue presa de terror ante él y huyó y fue ante su padre Matusalem. Y le dijo: "Yo he puesto en el mundo un hijo, *diferente* (a los otros); no es como los hombres, sino que *parece un hijo de los ángeles del cielo*"» —esta comparación que hace Lamech parece indicar que él, o incluso la gente de la época, estaban familiarizados con las características o peculiaridades que presentaban los «hijos de los ángeles del cielo»; «su naturaleza es diferente y no es como nosotros; sus ojos son como los rayos del sol; su rostro es espléndido. Y me parece que no es mío sino *de los ángeles*, y temo que se cumpla un prodigio sobre la tierra durante sus días. Y ahora te suplico, oh padre mío, y te pido que vayas al lado de

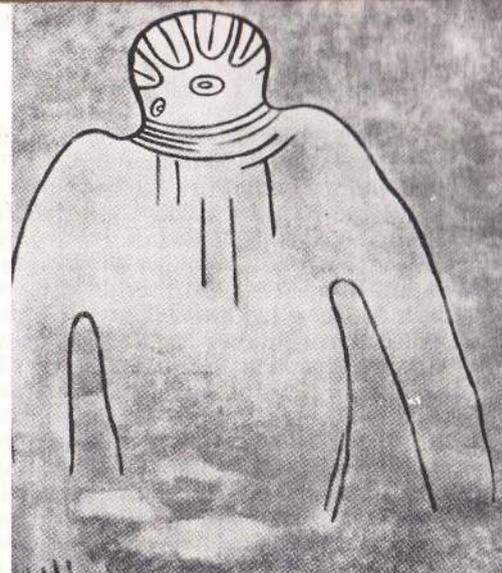
Enoch, nuestro padre, y que conozcas por él la verdad, porque su resistencia está con los ángeles. Así pues, cuando Matusalem hubo oído la palabra de su hijo, vino hacia mí en los confines de la tierra, porque se había enterado que yo estaba allí, y gritó y oí su voz y fui a él, y le dije: "Heme aquí, oh hijo mío, ¿por qué has venido hacia mí?" Él me respondió y me dijo: "He venido a ti a causa de una gran inquietud, y a causa de una asombrosa visión a la que me he acercado. Y ahora escúchame, oh padre mío: le ha nacido un hijo a mi hijo Lamech que no es parecido a él: su naturaleza *no es como la naturaleza de los hombres*, su color es más blanco que la nieve y más rojo que la flor de la rosa, los cabellos de su cabeza son más blancos que la lana blanca y sus ojos son como los rayos del sol, y ha abierto los ojos y ha iluminado toda la casa. Y se ha levantado de las manos de la partera y ha abierto la boca y ha bendecido al Señor del cielo. Su padre, Lamech, ha sido presa del terror, y ha huido hacia mí; no cree que sea suyo, sino (que cree que es) la *imagen de los ángeles del cielo*, y heme aquí que he venido a ti para que me des a conocer la verdad." Entonces le respondí, yo Enoch, y le dije: "El Señor cumplirá cosas nuevas sobre la tierra; yo ya he visto eso en visión y te he hecho conocer que en el tiempo de Jared, mi padre, ha habido quienes han transgredido *de lo alto del cielo* la palabra del Señor. Y he aquí que han cometido pecado, transgredido la ley: *se han unido a mujeres*, con ellas han cometido el pecado, se han desposado y *han tenido hijos*. Es por eso por lo que habrá una gran ruina sobre toda la tierra: habrá un agua de diluvio y una gran ruina durante un año. Pero ese niño que os ha nacido permanecerá sobre la tierra, y sus tres hijos serán salvados con él cuando mueran todos los hombres que están sobre la tierra; serán salvados él y sus hijos. Ellos (*los ángeles malos*) *engendrarán gigantes* sobre la tierra, no de espíritu sino *de carne*; por eso habrá un gran castigo sobre la tierra, y la tierra será purificada de toda corrupción. Y ahora anuncia a Lamech, tu hijo, que el que le ha nacido es verdaderamente su hijo, y dale el nombre de Noé, porque él constituirá una permanencia para vosotros, y él y sus hijos serán salvados de la destrucción que llegará sobre la tierra a causa de todo el pecado y a causa de toda la injusticia que se cumplirá sobre la tierra en sus días. Y tras eso vendrá una injusticia más grande que la que se ha cumplido al principio sobre la tierra, porque yo sé los misterios de los santos, porque el Señor me [lo] ha enseñado y me [los] ha dado a conocer y sobre las tablillas del cielo yo [los] he leído."»

En otro lugar de su legado, Enoch nos habla ya de la

unión de los celestes con las hijas de los hombres. Vuelvo a transcribir literalmente del *Libro de Enoch* (VI, 1-8, y VII, 1-6): «Así pues, cuando los hijos de los hombres se hubieron multiplicado, y les nacieron en estos días hijas hermosas y bonitas, y los ángeles, *hijos de los cielos*, las vieron, y las desearon, y se dijeron entre ellos: “Vamos, escojamos mujeres entre los hijos de los hombres y *engendremos hijos*.” Entonces, Semyaza, su jefe, les dijo: “Temo que quizá no queráis [realmente] cumplir esa obra, y yo seré, yo solo, responsable de un gran pecado.” Pero todos le respondieron: “Hagamos todos juntos un juramento, y prometámonos todos con un anatema no cambiar de destino, sino ejecutar realmente [ese destino].” Entonces todos juntos juraron y se comprometieron acerca de eso los unos hacia los otros con un anatema. Así pues, todos ellos *eran doscientos*, y *descendieron sobre Ardis*, la cima del monte Hermon; y lo llamaron “monte Hermon” porque es sobre él donde habían jurado y se habían comprometido los unos con los otros con un anatema. Y he aquí los nombres de sus jefes: Semyaza, su príncipe. Arakib, Aramiel, Kokabiel, Tamiel, Ramiel, Daniel, Ezequiel, Baraquel, Asael, Armaros, Batariel, Ananiel, Zaquile, Samsapeel, Satariel, Touriel, Yomeyal y Arazeyal. Ésos son sus jefes de decena. [Éstos] y todos los otros con ellos, tomaron mujeres, cada uno escogió una, y comenzaron a ir hacia ellas y a *tener comercio con ellas* y les enseñaron los encantos y los encantamientos, y les enseñaron el arte de cortar las raíces y [la ciencia] de los árboles. Así pues, éstas *concebieron y pusieron en el mundo grandes gigantes* cuya altura era de tres mil codos. Ellos devoraron todo el fruto del trabajo de los hombres, hasta que éstos no pudieron alimentarlos más. Entonces los gigantes se volvieron contra los hombres para devorarlos. Y empezaron a pecar contra los pájaros y contra las bestias, los reptiles y los peces, después ellos se devoraron la carne entre ellos, y se bebieron la sangre. Entonces la tierra acusó los violentos.»

Hasta aquí de momento el *Libro de Enoch*. Pero no es éste el único testimonio de la cohabitación de seres celestes con seres terrestres. En el *Génesis* (6, 1-4), se da fe igualmente del habitual nacimiento de gigantes resultantes de los ligues de los *playboys* cósmicos con las mozas terrestres: «Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la Tierra y les nacieron hijas, *los de raza divina* hallaron que las hijas de los hombres eran agradables y tomaron por mujeres a todas las que quisieron. Yahveh dijo: “Mi espíritu no permanecerá para siempre en el hombre, que es carne; su vida será de ciento veinte años.” Había *gigantes* en la Tierra, en aquellos años, y también después,

Henri Lhote denominó a esta figura de Tassili «el gran dios marciano».



Representación de una figura humanoide gigante, con cabeza achatada a modo de martillo, en el grupo prehistórico de Tassili n'Ajjer.



porque cuando *los de raza divina se unían con las hijas de los hombres*, ellas les daban hijos, que son los valientes de otro tiempo, hombres famosos.»

El mismo pasaje bíblico figura igualmente entre los manuscritos citados de Qumran, en un documento muy deteriorado clasificado como *Las eras de la creación*. Transcribo de allí (*Génesis* 6, 1-4) literalmente: «Y la interpretación alude a Azazel y los ángeles que (se unieron a las hijas de los hombres: y) parieron ellas gigantes.»

Muchas leyendas antiguas de todo el mundo nos hablan de relaciones amorosas de individuos terrestres con seres de otra u de otras razas, venidas desde lo alto, desde los cielos. Con estas leyendas entramos en el tema de los gigantes, conocidos por nuestros remotos antepasados, relacionados con los cruces de razas, relacionados con la mítica Atlántida, confusos, en una palabra. Pero fruto de un recuerdo. Del recuerdo de una raza de seres de talla distinta a la normal humana. Famosos son los enigmáticos gigantes de la isla de Pascua. Y los atlantes del templo de Tula, en México. Desde Grecia hasta la Polinesia, desde Egipto hasta México y hasta Escandinavia, numerosas tradiciones refieren que los hombres fueron iniciados por gigantes. Tradiciones, leyendas y mitologías nos hablan de esos seres. Gigantes y no gigantes. Pero de linaje decididamente no terrestre, de acuerdo con las referencias que de ellos nos legaron los antiguos; no humanos como nosotros. Distintos, diferentes, superiores, «divinos». Educadores casi siempre. Saben más que el hombre primitivo y le comunican parte de ese saber.

### JESÚS Y EL OVNI DE BELÉN

Hemos citado ya, hablando de los frescos del monasterio yugoslavo de Dečani y del icono de la Academia Conciliar de Moscú, la figura de Jesús encerrada en lo que aparentemente son cápsulas voladoras. Jesús es indudablemente el personaje cuya imagen ha influido más acusadamente en la evolución de la cultura occidental. Por ello merece la pena detenerse aquí en él, y en el fenómeno, íntimamente relacionado con Jesús, de la llamada «estrella de Belén».

Esta última es, como puede repasarse en los Evangelios, una estrella que se mueve y que, además, tiene la facultad de *pararse*. No es extraño que una estrella esté aparentemente «parada» en el firmamento, como nos parecen

estarlo las que vemos normalmente, ni tampoco que una estrella se mueva, como es el caso de las estrellas fugaces o de los cometas. Lo que en cambio realmente se sale fuera de lo usual es que una estrella haga ambas cosas: moverse y pararse. Y que, además, demuestre ser inteligente: «Salieron, y la estrella que habían visto en oriente iba delante de ellos hasta que se paró encima de donde estaba el niño.» (Mateo, 2:9.)

Recuerdo que Julio Africano, cronógrafo del siglo III, relata el *descenso* de una estrella en Persia, que anuncia el nacimiento de Belén, y que *guía* a los Magos. Calcidio informa que los caldeos vieron esta estrella *vajando* durante la noche. En el capítulo XIX de su estudio de la *Epístola de los efesios*, san Ignacio subraya la «novedad de esa estrella, que hacía que los que la contemplaban se quedaran mudos de estupor». Y el teólogo y exegeta Diodoro de Tarsos, que vivió en el siglo IV, afirma que «esta estrella no era una de esas que pueblan el cielo, sino una cierta virtud o fuerza urano-diurna, que había asumido la forma de un astro». También la narración apócrifa *Liber de infantia Salvatoris*, contenida en el códice Arundel 404 del British Museum, pone en boca de los Magos la afirmación de que la llamada estrella de Belén no era un cuerpo celeste usual, cuando dicen, hablando de ella: «Ésta no giraba en el centro del cielo, como suelen (hacerlo) las estrellas fijas y los planetas.»

Pero sigamos el rastro de esta singular estrella, que lo puede ser todo menos un astro del firmamento ni una conjunción de dos o más de ellos, como algunos estudiosos pretenden. Aquí viene lo que nos cuenta la historia, y recuerda, lector, que tú eres, de principio a fin de esta exposición de hechos, el propio y único juez de los mismos.

En el *Evangelio armenio de la infancia*, traducido en el siglo VI por los propagandistas nestorianos de Siria del previo original siriaco *Libro de la infancia*, leemos (V, 10) que «un ángel se apresuró a ir al país de los persas, para prevenir a los reyes magos, y para ordenarles que fuesen a adorar al niño recién nacido. Y ellos, después de haber sido guiados por una estrella durante nueve meses, llegaron a su destino en el punto y hora en que la Virgen acababa de ser madre».

A este respecto, la versión siriaca del *Evangelio árabe de la infancia* concreta (VII, 1) que «como el 25 del primer kanun había gran fiesta entre todos los persas, adoradores del fuego y de las estrellas, todos los magos, en pomposo aparato, celebraban magníficamente su solemnidad, cuando de súbito una luz vivísima brilló sobre sus cabezas. Y, dejando sus reyes, sus festines, todas sus diversiones y

abandonando sus moradas, salieron a gozar del *espectáculo insólito*. Y vieron que *una estrella ardiente se había levantado* sobre Persia, y que, por su claridad, se parecía a un gran sol. Y los reyes dijeron a los sacerdotes en su lengua: «¿Qué es este signo que observamos? Y, como por adivinación, contestaron, *sin quererlo*: Ha nacido el rey de los reyes, el dios de los dioses, la luz emanada de la luz. Y he aquí que *uno de los dioses ha venido* a anunciarnos su nacimiento». Ruego al lector que preste atención, en el párrafo precedente, a que el fenómeno de la aparición de una luz potentísima va unido al hecho de que *uno de los dioses se ha desplazado a Persia*; y que, además, en la respuesta que dan los sacerdotes a los reyes, parece quererse indicar que por sus bocas hablaba —por medio de un fenómeno paranormal— una inteligencia ajena a los mismos.

Más adelante continúa el texto del mismo apócrifo concretando que «al primer canto del gallo, abandonaron su país, con *nueve* hombres que los acompañaban, y se pusieron en marcha, *guiados por la estrella* que les había aparecido. Y el *ángel* que había arrebatado de Jerusalén al profeta Habacuc, y que había *suministrado alimento* a Daniel, recluso en la cueva de los leones, en Babilonia, aquel mismo ángel, por la virtud del Espíritu Santo, *condujo* a los reyes de Persia a Jerusalén, según que Zoroastro lo había predicho. Partidos de Persia al primer canto del gallo, llegaron a Jerusalén al rayar el día».

Auténtico viaje-relámpago, que en cuestión de brevísimas horas cubre una distancia que normalmente en aquella época requería largos días de viaje. El dato de los nueve meses que aparece en el anteriormente citado *Evangelio armenio de la infancia* no puede ser en modo alguno exacto, a menos que los magos llegaran desde muchísimo más lejos que Persia. Pero para explicar la rapidez del viaje, el propio redactor del texto apócrifo nos insinúa que éste pudo haberse efectuado por el aire, al decirnos que había guiado a los magos hasta Jerusalén el *mismo* ángel que había arrebatado de allí al profeta Habacuc. Y lo que mucho tiempo antes había hecho este ángel con Habacuc nos lo relata la *Biblia* en el libro de Daniel (14, 33-39): «Pero vivía en Judea el profeta Habacuc, que había preparado un cocido, había untado pan en una cazuela, y salía al campo para llevarse lo a los segadores. El ángel del Señor le dijo: «Lleva la comida que aquí tienes a Babilonia, a Daniel, dentro de la cisterna de los leones.» Habacuc respondió: «Señor, ¡yo no he visto nunca Babilonia, ni conozco la cisterna!» El ángel del Señor lo tomó por la coronilla y, asíéndole de los pelos *por los aires*, lo dejó en Babilonia sobre la cisterna, *con la fuerza de su ala*. Habacuc gritó: «Daniel,

Daniel, toma la comida que Dios te envía.» Y Daniel dijo: «Has pensado en mí, oh Dios, y no has abandonado a los que te quieren.» Daniel se levantó y comió. Y el ángel del Señor *devolvió inmediatamente* a Habacuc a su lugar.»

De esta forma, los desconocidos visitantes espaciales no tienen dificultad alguna, repitiendo una y otra vez semejantes golpes de efecto, en hacerse pasar por dioses, por ángeles o por emisarios de un dios omnipotente. Tienen así a la humanidad a sus pies. Pero conviene también que nos vayamos dando cuenta de que alguien (o algunos) tienen interés en intervenir en el curso y desarrollo de la historia del ser humano sobre el planeta Tierra. En ocasiones, incluso se diría que somos el objetivo por el cual están disputando en nuestras cercanías dos o más intereses que vienen de más allá de nuestra atmósfera. En el pasaje del profeta Daniel, aparte del efecto *deslumbrante* que automáticamente conlleva la adoración al protector, es manifiesta la intervención extrahumana a favor de Daniel y en contra de los babilonios. Y no debe olvidarse que, anteriormente, los protectores de Daniel le revelaron a éste con pelos y señales las características de los próximos reinados en la zona. Su intervención podía encauzar los destinos de los países, y esta situación se ha venido prolongando a lo largo de la historia de la humanidad hasta nuestros días. Daniel nos describe a sus «contactos» —e invito al lector a que no pierda de vista que estos contactos forman parte del mismo grupo al que pertenece el «ángel» que traslada por los aires a Habacuc, y que por ende se identifica con el que guió a los magos hasta el lugar de nacimiento de Jesús (!)— de esta forma tan poco divina y, en cambio, tan *tecnológicamente avanzada* (Daniel 10, 4-6): «El día veinticuatro del mes primero, mientras me hallaba a orillas del gran río (es el Tigris), alcé mis ojos y vi a un hombre vestido de lino, con el dorso ceñido de oro de Ufaz. Su cuerpo era como el crisólito; la cara, como el fulgor del relámpago; los ojos, como antorchas de fuego; los brazos y las piernas, como el reflejo del bronce pulido; el sonido de sus palabras, como el murmullo de una multitud.» (Daniel 10, 15-16): «Mientras así me hablaba, bajé la cabeza sin decir nada; y como una semejanza de mano de hombre me tocó los labios.» (Daniel 10, 18): «Nuevamente la *aparición humana* me tocó y me confortó.» Y más adelante, Daniel nos relata que este misterioso personaje humanoide no estaba solo (Daniel 12, 5-6): «Y yo, Daniel, vi a otros dos que estaban de pie, uno en esta orilla del río y el otro en la otra orilla del río. Y le hablé al hombre vestido de lino que se hallaba *por encima* del agua del río: «¿Hasta cuándo, el fin de las cosas extraordinarias?» Y oí al hombre vestido de lino que estaba

encima del río: alzó la mano derecha y la mano izquierda hacia el cielo y juró por aquel que vive eternamente: "Por un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo, y todas estas cosas se acabarán cuando se haya acabado el poder del que oprime al pueblo santo."» Insisto: ¿quién es ése, a quien tanto le interesa intervenir en nuestra historia?

Pero sigamos las andanzas de nuestros magos. Llegados a Jerusalén, hacen un alto en el camino y mantienen una entrevista con Herodes. Nos narra el *Evangelio armenio de la infancia* (XI, 3): «Y, cuando llegaron a la ciudad de Jerusalén, el astro que les precedía *ocultó momentáneamente su luz*, por lo que se detuvieron e hicieron alto. Y los reyes de los magos y las numerosas tropas de sus caballeros se dijeron los unos a los otros: "¿Qué hacer ahora, y en qué dirección marchar? Lo ignoramos, porque la estrella nos ha guiado hasta hoy, y he aquí que acaba de desaparecer, abandonándonos y dejándonos en angustioso apuro."»

Vuelven a ser guiados por la estrella en cuanto salen al exterior, una vez celebrada su entrevista con Herodes. Nos lo narra el mismo apócrifo armenio (XI, 14): «Y los magos, levantándose en seguida, se posternaron ante Herodes y ante toda la ciudad de Jerusalén, y continuaron su ruta. Y he aquí que la estrella, que habían visto antes, iba delante de ellos, hasta que, llegando, se puso sobre donde estaba el niño Jesús.»

Otros textos evangélicos dan testimonio del mismo fenómeno. Una variante aparece en el *Evangelio árabe de la infancia* (VII, 3): «Y los magos abandonaron la audiencia de Herodes, y vieron la estrella, que iba delante de ellos, y que se *detuvo* por encima de la caverna en que naciera el niño Jesús. En seguida, *cambiando de forma*, la estrella se tornó semejante a una *columna de fuego y de luz*, que iba de la tierra al cielo.» Esta columna de luz aparece en otros pasajes de la *Biblia*. El mismo apócrifo que acabamos de citar la menciona durante la presentación de Jesús en el templo (VI, 1): «Y, cuando María franqueó la puerta del atrio del templo, el viejo Simeón vio, con ojos del Espíritu Santo, que aquella mujer parecía una *columna de luz*, y que llevaba en brazos a un niño prodigioso.» Así reza en la versión siríaca del citado apócrifo, mientras que la versión árabe afirma que quien se transforma en columna de luz es el propio niño, y no María (VI, 1): «Y cuando su madre, la Virgen María, le llevaba gozosa en sus brazos, le vio el anciano Simeón resplandeciente como una *columna de luz*.»

Volvamos a nuestra singular estrella-ángel-columna-guía. «Y una ingente estrella irradiaba sobre la gruta desde la tarde a la mañana, y nunca, desde el principio del mundo, se había visto una *tan grande*», reza el *Evangelio del Pseu-*

*do-Mateo*. Pero la inteligente estrella no se contenta con pararse encima de la gruta, sino que se va acercando a baja altura al suelo y hasta llega a penetrar en la gruta, como veremos.

Dice el *Protoevangelio de Santiago* (XXI, 3) que: «Y en aquel momento la estrella aquella, que habían visto en el Oriente, *volvió de nuevo a guiarlos* hasta que llegaron a la cueva, y se *posó* sobre la boca de ésta.» Y un nuevo pasaje nos vuelve a insinuar que la estrella-guía va íntimamente ligada a un personaje-guía, como ya lo daba a entender el *Evangelio árabe de la infancia*, según vimos. Ahora es el *Liber de infantia Salvatoris* (Cód. Arundel 404 del British Museum) el que explica cómo José, antes de permitirles la entrada, interroga a los magos acerca de su procedencia, a lo que éstos responden (89): «Nuestro *guía* ha *entrado* aquí a vista nuestra.» Y más adelante (90): «Hemos visto en el cielo la estrella del rey de los judíos y hemos venido a adorarle, pues así está escrito en los libros antiguos acerca de la señal de esta estrella: que cuando apareciere este astro, nacerá el rey eterno y dará a los justos una vida inmortal.» Para continuar explicando de esta estrella (91): «Mas he aquí que la estrella, que se nos había aparecido, iba delante de nosotros desde que salimos de Jerusalén *hasta este lugar* y luego *entró* en esta cueva donde tú estás y no nos permites a nosotros penetrar.»

No contenta con todas estas ayudas, la estrella y el ángel que aparece una y otra vez en su presencia avisan a los magos del peligro que supone para ellos Herodes, y los acompañan de regreso a Persia. «Y, advertidos por el ángel de que no volviesen a Judea, regresaron a su país por otra ruta», afirma el *Protoevangelio de Santiago* (XXI, 4), al tiempo que nuevamente el *Evangelio árabe de la infancia* no duda en completar (VII, 4): «Y, cuando llegó la noche del quinto día de la semana posterior a la natividad, el *ángel* que les había servido antes de guía se les presentó de nuevo *bajo forma de estrella*. Y le siguieron, conducidos por su luz, hasta su llegada a su país.»

En las *Oeuvres de saint Jean Chrysostome, Patr. grecque*, tomo LVI, figura incorporado un fragmento de un texto del siglo VI titulado *Opus imperfectum in Mattheum. Hom. II*, cuyo autor hace referencia a un antiguo texto conocido por *Libro de Set*, el cual hablaba de la *aparición futura* de esta *estrella*, y de los presentes que había de llevar al Niño, cuya predicción se suponía transmitida por las generaciones de los Sabios, de padres a hijos.

«Eligieron entre ellos a doce de los más sabios y más aficionados a los misterios de los cielos, y se dispusieron a esperar esta estrella. Si moría alguno de ellos, su hijo o el

más próximo pariente que esperaba lo mismo, era elegido para reemplazarlo. Les llamaban, en su lengua, *Magos*, porque glorificaban a Dios *en el silencio*» —¿insinuación a la telepatía?— «y en voz baja. Todos los años, después de la recolección, estos hombres subían a un monte que, en su lengua, llamábase “monte de la Victoria”, en el cual había una *caverna abierta en la roca*, agradable por los riachuelos y los árboles que la rodeaban. Una vez llegados a este monte, se lavaban, oraban y alababan a Dios *en el silencio* durante tres días; esto lo hacían durante cada generación, por si casualmente aparecía esta *estrella de dicha* durante su generación. Pero al fin apareció, sobre este monte de la Victoria, *en forma de un niño pequeño y presentando la forma de una cruz*; les habló, les instruyó y les ordenó emprendieran el camino de Judea. La estrella les precedió, así, durante dos años, y *ni el pan ni el agua les faltaron jamás en sus viajes.*» Al igual que les sucediera muchos siglos antes a Moisés y sus seguidores, durante la huida de Egipto.

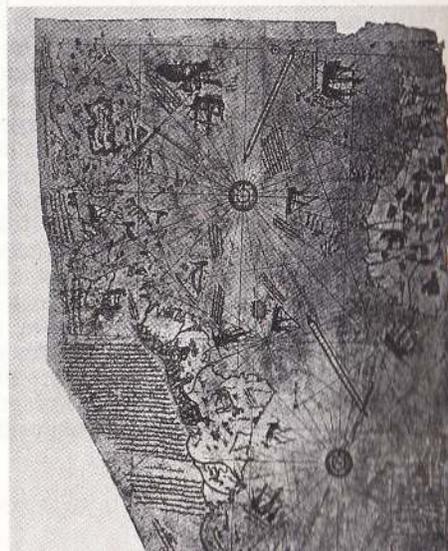
#### *La caverna de los tesoros*

En *La caverna de los tesoros*, recopilación de manuscritos siriacos y árabes conservados en el British Museum, en el Vaticano y en un manuscrito de propiedad privada localizado en Berlín y procedente de Mosul, encontramos la narración oriental más antigua del viaje de los Magos, y que confirma y amplía el texto del *Libro de Set* que acabamos de presentar. Dice así: «Y sabe ahora, oh amante de la sabiduría, nuestro hermano Nemesio, cómo en el año cuarenta y dos del gobierno de Augusto, nació el Mesías en Belén de Judá, tal y como está escrito en el sagrado Evangelio. Pero dos años antes de que naciera el Mesías, se les apareció a los magos la estrella; vieron una estrella en el firmamento, que brillaba con una luz *más intensa que todas las demás estrellas*. Y en su centro había *una muchacha que portaba un niño*, y sobre la cabeza de éste había una corona. (...) Y al ver ellos la estrella, cayeron en confusión y temor, y toda Persia se alborotó. Y los reyes y magos y caldeos y sabios de Persia estuvieron en consternación y tuvieron mucho temor de este signo, que vieron.» Continúa la narración explicando el temor que experimentaban de que acaso el signo significara que el rey de Nínive les declararía la guerra. Hasta que los magos, repasando sus libros de sabiduría, hallaron el significado para tan extraordinaria aparición: «Leyeron que nacería un rey en Judá; y todo el curso de la salvación del Mesías se les reveló. E in-

Especialistas  
del Centro Camuno  
di Studi Preistorici  
efectuando estudios  
sobre el terreno  
del enclave rupestre  
de Valcamonica.



Figuras humanoides  
prehistóricas del  
conjunto rupestre  
de Valcamonica,  
en el norte  
de Italia.



Mapa de Piri Reis.

mediatamente abandonaron de acuerdo con la tradición que habían recibido por la transmisión de sus padres, el Este, subieron a los montes de Nod, situados en las entradas hacia el este desde los límites del Norte, y tomaron de allí oro, mirra e incienso. Y de ello inferirás, oh hermano Nemesio, que reconocieron todo el ministerio de la salvación de nuestro redentor, y precisamente por los presentes que tomaron: el oro para el rey, la mirra para el médico y el incienso para el sacerdote. Averiguaron quién era y reconocieron que era un rey, médico y sacerdote. [...] Y los siguientes son quienes le llevaron los presentes al rey, reyes e hijos de reyes: Hormizd de Makhôzdi, el rey de Persia, que era llamado "rey de reyes" y vivía abajo, en Adhorgin; y Jazdegerd, el rey de Sâbâ, y Pêrôz, el rey de Seba, que está en el Este. Y cuando comenzaron a subir, se alborotó e intranquilizó el reino de los gigantes —y eran un potente ejército—, así como también todas las ciudades del Este se alborotaron ante ellos. Y también Jerusalén y Herodes se asustaron cuando subieron.» Más adelante, precisa el texto de la *Caverna de los tesoros*: «Fueron llamados magos por la indumentaria de la magia, que los reyes paganos vestían, quienes, cuando sacrificaban y ofrecían presentes a sus dioses, vestían dos indumentarias, la de la realeza por dentro y la de la magia por fuera. Así también éstos, cuando partieron en dirección al Mesías, portaban dos vestidos, para llevar sus ofrendas. Y cuando partieron de Jerusalén y de Herodes, se les apareció la estrella, que les supuso una guía en el camino, y se alegraron mucho. Y la estrella iba delante de ellos, hasta que penetraron en una cueva y vieron allí al niño envuelto en pañales y yaciendo en un pesebre. [...] Pero el Mesías contaba ocho días de vida cuando los magos le presentaron sus ofrendas. [...] Y cuando los magos habían permanecido tres días junto a él, vieron a los poderes celestiales, que subían y bajaban hasta el Mesías, y escucharon las voces de las alabanzas de los ángeles. [...] Y tuvieron gran temor y creyeron en verdad en el Mesías y dijeron: "Este es el rey que descendió del cielo y se transformó en hombre."» Unas líneas más adelante, el rey mago Pêrôz les comenta a los otros dos: «Dado que es como un humano, y los ángeles del cielo *descienden* hasta él, así en verdad es señor de los ángeles y de los hombres.»

Aparcamos por un momento al OVNI de Belén aquí, para dar un sucinto vistazo a otros pasajes de esta interesante *Caverna de los tesoros*, que indican una intervención de inteligencias no terrestres en la vida de los descendientes de Adán. Y en la de este mismo, por supuesto.

Ya antes, refiriéndose al primer día de la creación, este texto siriano roza las leyendas originarias de Oceanía al

afirmar que: «Al principio, en el primer día, o sea en el sagrado domingo, el principio y primogénito de todos los días, fabricó Dios el cielo y la tierra y el agua y el aire y la luz y las fuerzas invisibles, esto es los ángeles y los arcángeles y los tronos y los príncipes y los imperios y los poderosos y los querubines y los serafines: todos los órdenes y ejércitos de *espíritus*; y la oscuridad y la luz y la noche y el día y los vientos y las tormentas; todo esto fue creado en el primer día. Y este mismo domingo *flotaba* el espíritu santo, *una de las personas* de la trinidad, sobre el agua.»

Luego, y poco después de narrar la expulsión de Satanás de las huestes celestes por negarse éste a adorar al recién creado Adán, declarándole así la guerra a éste y a su creador, el texto siriano especifica: «Y cuando Satanás fue expulsado del cielo, Adán se vio elevado, de forma que *subió al paraíso en un vehículo con fuego.*»

Después de esto, «cuando Satanás vio a Adán y a Eva, quienes brillaban en el paraíso, el rebelde fue consumido y tostado de envidia. Y se introdujo en la serpiente y vivió en ella, la llevó y *voló con ella por el aire* hasta los límites del paraíso». En esta imagen, la serpiente adquiere toda la apariencia de una nave voladora, al igual que se nos aparecían anteriormente las serpientes divinas de los *wandjinas* australianos y del Quetzalcóatl, Gucumatz o Kukulkán de Centroamérica.

Otro tanto sucede en esta narración siriana con el arca de Noé, que igualmente aparece como una nave voladora: «Y el arca estaba cerrada y sellada; y el ángel del Señor permanecía en su techo, para conducirla. [...] Y el arca *voló* con las alas del viento *por encima* de las aguas, de Este a Oeste y de Norte a Sur, y describió una cruz sobre el agua. Y el arca *voló* sobre el agua durante ciento cincuenta días y llegó a un lugar de reposo en el séptimo mes.»

Mucho antes del viaje de los magos a Belén, otro viaje que también tenía por destino Jerusalén se vio favorecido por la especial ayuda de un ángel-guía semejante al que condujo a los magos. En efecto —y continuamos refiriéndonos al texto de la *Caverna de los tesoros*—, Noé da instrucciones a su primogénito Sem sobre la forma en que debe transportar, junto con Melquisedek, el cuerpo del primer hombre, Adán: «Y verás que el ángel del Señor *irá delante de vosotros* y *os indicará el camino* que debéis recorrer y también el lugar en el que debéis depositar el cuerpo de Adán.» Ya muerto Noé, Sem cumple su misión: «Y tomó Sem el cuerpo de Adán y a Melquisedek y salió de noche de su pueblo. Y fíjate que el ángel del Señor se les apareció y *fue delante de ellos*: y su camino fue muy fácil, debido a

que el ángel del Señor les fortalecía, hasta que llegaron al lugar preciso. Y llegados allí, *el ángel mostró a Sem el lugar exacto.*»

Hasta aquí, lo que para este libro nos interesa de los manuscritos siríacos y árabes conocidos por el nombre global de la *Caverna de los tesoros*, cuya versión castellana ha sido publicada por Ediciones Obelisco de Barcelona.

Pero regresemos al OVNI de Belén, que habíamos dejado aparcado para penetrar en los secretos de esta curiosa *Caverna*, ya que existe un libro popularísimo que es como la explicación definitivamente aceptada sobre la naturaleza astronómica del fenómeno de Belén. Y el análisis que plantea el mencionado libro con su correspondiente demostración definitiva, de rigor científico no tiene absolutamente nada. Y, en cambio, sus lectores se quedan tan convencidos como anchos. Me estoy refiriendo al *best-seller* de Werner Keller *Y la Biblia tenía razón*. Tras detalladas explicaciones que, analizando lo particular dejan de lado lo básico, o sea que, dando explicaciones muy convincentes para cada problema concreto, se olvidan de la esencia global del fenómeno, Werner Keller concluye que el fenómeno que guió a los magos hasta el establo de Belén fue la conjunción (última de una serie de tres en aquellas fechas) de los planetas Júpiter y Saturno en la constelación de los Peces. Y dice: «En el camino de Hebrón, a unos 7 kilómetros de Jerusalén, se halla situada la aldea de Bet Lahm, el antiguo Belén de Judá. La vieja senda que en su tiempo había sido ya recorrida por Abraham, lleva casi exactamente de Norte a Sur. En su tercera conjunción los planetas Júpiter y Saturno se unieron en tal forma que parecían formar una sola estrella. En el crepúsculo vespertino eran visibles en dirección Sur de manera tal, que los magos de Oriente, en la ruta que seguían de Jerusalén a Belén, siempre tenían a la estrella ante sus ojos. La estrella iba, en efecto, tal como dice el Evangelio, *precediéndolos.*»

Muy bien. Pero de haber seguido *siempre* en la dirección que les señalaba la conjunción de Júpiter y Saturno, y por tratarse ésta de un fenómeno extraatmosférico que, por lo tanto, por mucho que avanzasen los magos, *siempre* quedaría *por delante* de ellos, de haber seguido en dirección de esta conjunción, repito, adonde habrían llegado habría sido a las aguas litorales del mar Rojo. Pero no. Se paran a escasos kilómetros —7— de Jerusalén. ¿Por qué? Porque no iban en pos de la conjunción Júpiter-Saturno, sino en pos de un objeto brillante que —sin necesidad de recurrir a ningún apócrifo, sino simplemente al texto oficialmente

aceptado de la Biblia (Mateo 2, 9)—: «...*iba delante de ellos hasta que se paró encima de donde estaba el niño.*» Este detalle, el de que la «estrella» *se paró* encima de un lugar determinado, y de que, por lo tanto, se movía dentro de la atmósfera y por lo visto a no demasiada altura, es lo que Keller omite sin mayor escrúpulo en su análisis. Análisis que, por lo tanto, carece de validez. Esto, si nos atenemos únicamente al texto bíblico aceptado por la Iglesia romana. Porque, si además, nos atenemos a otros textos históricos, veremos —vimos— que esta misma «estrella» descendió, adoptó formas diversas, habló, penetró en la gruta, hizo su aparición guiadora en otros momentos históricos, y hasta volvió a preceder a los magos durante el viaje de regreso a su país de origen.

Sea como fuere, lo único que podemos afirmar al cabo de casi dos mil años de su aparición, es que la susodicha «estrella» de Belén sigue siendo para nosotros, con todas sus letras, un *objeto volante y luminoso no identificado*, aunque sí inteligentemente producido; las crónicas antiguas citadas así lo atestiguan.

Para finalizar este capítulo, recordemos otra estrella prometedor de que nos habla Varrón en las *Antiquitates rerum humanarum*, en las que, refiriéndose a la leyenda de Eneas, dice que «cuando hubo partido de Troya, vio *todos los días y durante el día* la estrella de Venus; hasta que llegó a los campos Laurentinos, en donde *dejó de verla*, lo cual le dio a entender que aquéllas eran las tierras señaladas por el destino». Está claro que una «estrella» que se ve durante el día y que de repente deja de verse mal podía ser el planeta Venus —¿o es que ya entonces, como en nuestros días, el sufrido lucero del alba cargaba oficialmente con las visiones de OVNI?—

## DEMASIADA AYUDA PARA EL HIJO DE DIOS

Tanto el nacimiento de Jesús como su supuesta resurrección y posterior ascensión se han visto acompañados de fenómenos que no pueden tener un origen humano, pero que, a la vista de cuanto hoy sabemos y podemos extrapolar hacia el futuro, no apuntan tampoco a una intervención directa y limpiamente divina. Más bien parecen estar actuando unos seres de nivel tecnológico superior al humano, seres que están coordinando una gran farsa. Ya en el *Evangelio de Valentino*, llamado también el *Evangelio de la sa-*

*biduria fiel*, que constituye acaso el más trascendente y singular monumento gnóstico, se ponen en boca de Jesús las siguientes afirmaciones hechas a sus discípulos (I, 37): «Os he dicho que la fuerza que está depositada en vosotros la he extraído de los doce salvadores que están en el tesoro de la luz. Y por eso os he dicho desde el principio que vosotros *no sois de este mundo, ni yo tampoco lo soy.*» (I, 38): «Pero la fuerza que está en vosotros viene de mí y pertenece a las regiones superiores. Yo he conducido a los doce salvadores del tesoro de la luz, *de los que he tomado una parte de mi fuerza.*» (I, 39): «Y cuando he venido al mundo, he venido *entre los ángeles de las esferas.*» (I, 40): «Y ocurrió que cuando estuve entre los *jefes de los eones, miré desde arriba el mundo de los hombres.*»

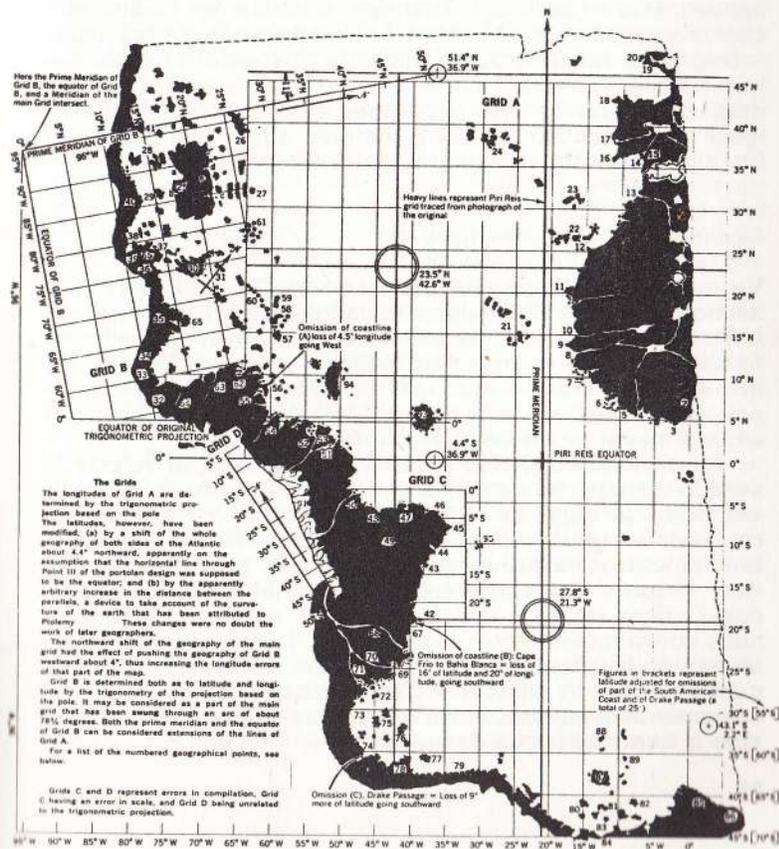
Voy a hacer aquí un rápido inciso para aportar otro ejemplo de lo que para mí es una clara manipulación tecnológica, manipulación que frecuentemente acompaña al fenómeno Jesús, y que a los ojos de la gente de la época, ignorante de cuantos «milagros» tecnológicos conocemos hoy (hoy ya no nos engañarían con falsos poderes divinos), no podía tener otro efecto que el de una intervención milagrosa, divina. Pero veamos datos de esta manipulación, para regresar luego de inmediato al nacimiento, resurrección y ascensión de Jesús.

### La palmera mecánica

El *Evangelio del Pseudo-Mateo*, apócrifo, cuenta que, aviado José por un ángel del Señor para que abandonara la jurisdicción de Herodes y se encaminara a Egipto con María y el niño, Jesús, y puestos todos en camino, en un momento del viaje María sintió fatiga y sed. Repentinamente, el niño Jesús habla y da órdenes a una palmera (XX, 2): «Entonces el niño Jesús, que placidamente reposaba en el regazo de su madre, dijo a la palmera: "Agáchate, árbol, y con tus frutos da algún refrigerio a mi madre." Y a estas palabras inclinó la palmera su penacho hasta las plantas de María, pudiendo así recoger todo el fruto que necesitaba para saciarse.» Es éste ciertamente un truco sencillo para los medios actuales, al igual que el que sigue: «Pero la palmera continuaba aún en esta posición, esperando que le ordenara seguirse a la misma voz que le había mandado bajarse. Por fin, Jesús le dijo: "Alzate, palmera, y recobra tu vigor, pues vas a ser compañero de los árboles que pueblan el jardín de mi Padre. Y ahora haz que rompa de tus raíces esa vena de agua escondida en la tierra, para que del manantial podamos saciarnos." Al instante se irguió la pal-

### Lectura del mapa de Piri Reis:

1, islas Annobón; 2, río Cavalli; 3, cabo Palmas; 4, río St. Paul; 5, río Mano; 6, Freetown; 7, islas Bijagos; 8, río Gambia; 9, Dakar; 10, río Senegal; 11, cabo Blanco; 12, cabo Yubi; 13, río Sebu; 14, Gibraltar; 15, río Guadalquivir; 16, cabo San Vicente; 17, río Tajo; 18, cabo Finisterre; 19, río Gironda; 20, Brest; 21, archipiélago de Cabo Verde; 22, islas Canarias; 23, Madeira; 24, Azores; 25, Cuba = (a) golfo de Guacanayabo, (b) bahía de Guantánamo, (c) bahía de Nipe, (d) bahía de la Gloria, (e) montes de Camagüey, (f) Sierra Maestra; 26, isla Andros; 27, San Salvador; 28, isla de Pinos; 29, Jamaica; 30, Santo Domingo, Haití; 31, Puerto Rico; 32, río Marón; 33, río Corentyne; 34, río Essequibo; 35, río Orinoco; 36, golfo de Venezuela; 37, punta Gallinas; 38, río Magdalena; 39, golfo de Urabá; 40, Honduras (cabo Gracias a Dios); 41, Yucatán; 42, cabo Frio; 43, Salvador; 44, río San Francisco; 45, Recife (Pernambuco); 46, cabo San Roque; 47, río Paranaíba; 48, bahía de San Marcos; 49, sierras de Gurupi, de Desordam, de Negro; 50, San Luis; 51, río Pará; 52, río Amazonas; 53, isla Marajó; 54, río Essequibo; 55, desembocadura del Orinoco; 56, península de Paria; 57, Martinica; 58, Guadalupe; 59, Antigua; 60, islas de Sotavento; 61, islas Vírgenes; 62, golfo de Venezuela; 63, río Magdalena; 64, río Atrato; 65, Honduras (cabo Gracias a Dios); 66, Yucatán; 67, bahía Blanca; 68, río Colorado; 69, golfo de San Matías; 70, río Negro (Argentina); 71, río Chubut; 72, golfo de San Jorge; 73, bahía Grande; 74, cabo San Diego; 75, islas Falkland; 76, islas Shetland del Sur; 77, Georgia del Sur; 78, península de Palmer; 79, mar de Weddell; 80, Tierra de la Reina Maud; 81, Regula Range; 82, montes de Muhlg-Hoffmann; 83, Penck Trough; 84, acantilado de Neumeyer; 85, montes Drygalski; 86, Vorposten Peak; 87, Tristán d'Acunha; 88, isla Gough; 89, isla Gough.



mera y empezaron a brotar de entre sus raíces raudales de agua cristalina, fresca y dulcísima en extremo.» Pero el montaje no acaba aquí. Sigamos leyendo (XXI): «Al día siguiente abandonaron el lugar. Mas, en el momento de partir, Jesús se volvió hacia la palmera y le dijo: "Este privilegio te concedo, palmera: que una de tus ramas sea transportada por manos de mis ángeles y plantada en el paraíso de mi Padre."» [...] «Y, mientras decía esto, apareció un ángel del Señor sobre la palmera, le quitó una de sus ramas y voló al cielo llevándosela en la mano. Al ver esto, todos cayeron sobre sus rostros y quedaron como muertos.» Semejantes golpes de efecto para ganarse la adoración de los humanos, proliferan en los textos bíblicos, hayan sido éstos aceptados o no por la Iglesia. Pero el mismo manuscrito que estamos extractando aquí menciona el hecho de que hubo manipulación (XXI): «¿No sabéis que esta palmera [...] ha estado preparada para vosotros en este desierto?», les confiesa finalmente Jesús a sus acompañantes. Al otro lado del Atlántico, también los indios quichés, recordémoslo, al hablar de la separación de las aguas —fenómeno idéntico al relatado en el *Exodo* de Moisés— leen literalmente en el *Popol-Vuh*: «Entonces llamaron Piedras Arregladas al sitio por donde pasaron en el mar.» Al igual que la palmera bíblica, también aquel lugar de paso fue al parecer un enclave previamente preparado.

### *La virginidad entre bastidores*

Veamos ahora lo que a los fieles no se les cuenta acerca del nacimiento de su Salvador. De entre los apócrifos que se refieren a la Natividad, citamos ahora el *Protoevangelio de Santiago*, que es el apócrifo ortodoxo más antiguo de los que se conservan y el que más ha influido en las narraciones extracanónicas de la natividad de María y de Cristo. El autor a quien se atribuye es Santiago el Menor.

En el citado apócrifo se dice textualmente, al referir la llegada de la partera en cuya busca había ido José (XIX, 2): «Al llegar al lugar de la gruta se pararon, y he aquí que ésta estaba sombreada por una nube luminosa.» (¿No es exactamente esta nube luminosa la que nos refieren muchas visiones contemporáneas de «objetos no identificados»?) Pero sigamos con el texto del apócrifo, ya que la nube cobra movimiento: «De repente, la nube empezó a retirarse de la gruta y brilló dentro una luz tan grande, que nuestros ojos no podían resistirla. Ésta por un momento comenzó a disminuir hasta tanto que apareció el niño y vino a tomar el pecho de su madre.»

Las ayudas externas —que no la inspiración divina— fueron sucediéndose a lo largo de la vida de María. Así, en el momento de elegir un techo para el alumbramiento, cuando María sentía dolores de parto, «apareció ante los viajeros un hermoso niño que lucía una espléndida vestidura. Y dijo a José: "¿Por qué has dicho que eran palabras inútiles las que dijo María hablando de los dos pueblos? Ella ha visto llorar al pueblo de los judíos por haberse apartado de su Dios y ha visto regocijarse al pueblo de los gentiles por haberse acercado y adherido al Señor, en conformidad con las promesas que Él hizo a nuestros padres Abraham, Isaac y Jacob. Pues es llegado ya el momento en que van a ser benditas todas las naciones de la tierra en la posteridad de Abraham."» Así está escrito en el *Evangelio del Pseudo-Mateo* (XII, 1), en donde acto seguido el ángel da instrucciones concretas de lo que debe hacerse (XII, 2): «Y, en diciendo esto, mandó el ángel parar la caballería, porque el tiempo de dar a luz se había echado ya encima. Después mandó a María que bajara de la cabalgadura y se metiera en una cueva subterránea, donde siempre reinó la oscuridad, sin que nunca entrara un rayo de luz, porque el sol no podía penetrar hasta allí. Mas, en el momento mismo en que entró María, el recinto se inundó de resplandores y quedó todo refulgente como si el sol estuviera allí dentro. Aquella luz divina dejó la cueva como si fuera el mediodía. Y, mientras estuvo allí María, el resplandor no faltó ni de día ni de noche.» Otra cueva debidamente preparada —el ángel les dice que tienen que penetrar precisamente en ella—, al igual que lo estuviera luego, cuando huiera a Egipto, la ya mencionada palmera.

En el *Evangelio armenio de la infancia* se narra cómo Eva, la primera madre de todos los nacidos, acude a ver con sus propios ojos su redención, que acaba de producirse. José sale a su encuentro. Y remito al texto literal (VIII, 11): «Habiendo llegado a la caverna, se detuvieron a cierta distancia de la entrada. Y, de súbito, vieron que la bóveda de los cielos se abría, y que un vivo resplandor se esparcía de alto abajo. Una columna de vapor ardiente se erguía sobre la caverna, y una nube luminosa la cubría.» Y en el capítulo IX, 2: «Y, después de haber hablado así, Eva, nuestra primera madre, vio una nube que subía al cielo, desprendiéndose de la caverna.»

Pero retrocedamos a la infancia de la propia madre de Jesús y aún más, a su misma concepción, ya que se intuye todo un plan de preparación y de adecuación acaso genética por parte de seres no humanos terrestres, para el pre-

sumible objetivo final de inculcar en un cuerpo humano unos poderes y unas facultades superiores a las del ser humano normalmente gestado sobre el planeta Tierra. Este ser distinto, artificialmente producido en un cuerpo natural, sería —de ser válida esta hipótesis— Jesús.

### *Adecuando el crisol*

Resulta que Ana, la madre de María, ya concibió a ésta gracias a la intervención de seres procedentes de fuera de este planeta. Según relata el *Evangelio del Pseudo-Mateo*, un hombre de la tribu de Judá, llamado Joaquín, al llegar a los veinte años de edad, tomó por mujer a Ana, hija de Isachar, que pertenecía a su misma tribu; esto es, de estirpe davídica. Después de vivir veinte años de matrimonio, no tuvo de ella hijos ni hijas. Un buen día, durante las fiestas, Joaquín se encontraba entre los que tributaban incienso y otras ofrendas al Señor. Se le acercó un responsable del templo (el escriba Ruben, según el *Evangelio del Pseudo-Mateo*, y el propio padre de Ana, Isachar, que en aquella época era Gran Sacerdote —lo cual confiere mayor trama a la «adecuación»—, según el *Evangelio de la Natividad de María*), quien le recriminó su presencia entre los que agradecen a Dios su fecundidad, dado el caso de que él no había aún tenido descendencia en veinte años de matrimonio, por lo que no se le consideraba digno de presentar ofrendas a Dios. Avergonzado, Joaquín se marchó lejos, a la montaña, sin siquiera despedirse de Ana.

Veremos ahora cómo todo obedece a un plan preconcebido, según le anuncian a Joaquín en las montañas. Un plan que ya de antiguo se ha servido de la preparación de diversas mujeres para que dieran a luz seres diferenciados, decisivos para la marcha de determinados pueblos del planeta. Quiero subrayar aquí mi impresión cada vez más acusada de que el timón de nuestro destino está empuñado por inteligencias que no forman parte de nuestra comunidad humana terrestre. Y que, para bien o para mal, estamos desde siempre navegando por aguas que a ellos les interesa que surquemos. Pero fue sólo una reflexión improvisada sobre la marcha. Sigamos.

Estando pues en las montañas, apartado de los suyos, Joaquín recibe una desconcertante visita (*Evangelio de la natividad de María*, III, 1-4): «Cierta día que estaba solo, le apareció un ángel del Señor, rodeado de una gran luz.» Ante su turbación, el ángel le dice: «No temas, Joaquín, ni te turbe mi vista, porque soy un ángel del Señor, enviado por El a ti, para anunciarte que tus súplicas han sido escu-

chadas» [...] «cuando Dios cierra una matriz, lo hace para abrirla después de una manera más admirable, y para que se sepa que lo que nace así no es fruto de la pasión». [...] «La primera madre de nuestra nación, Sara, permaneció estéril hasta los ochenta años, a pesar de lo cual, en los últimos días de su vejez, dio a luz a Isaac, en quien le había sido prometido que serían benditas todas las naciones. Asimismo, Raquel, tan agradable a Dios y tan amada por Jacob, permaneció estéril durante mucho tiempo, y, no obstante, parió a José, que fue no solamente el dueño de Egipto, sino el salvador de numerosos pueblos que iban a morir de hambre. ¿Quién, entre los jueces, más fuerte que Sansón y más santo que Samuel? Y, sin embargo, ambos a dos tuvieron por madres a mujeres por mucho tiempo estériles. Si, pues, la razón no te persuade por mi boca, cree a lo menos que las concepciones dilatadamente diferidas y los partos tardíos son de ordinario los más portentosos. Así pues, tu esposa Ana te parirá una niña, y la llamarás María. Y, conforme a vuestro voto, se consagrará al Señor desde su niñez, y estará llena del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Y no comerá ni beberá nada impuro, ni vivirá en medio de las agitaciones populares del exterior, sino en el templo, a fin de que no pueda enterarse, ni aun por sospecha, de nada de lo que existe de vergonzoso en el mundo. Y, con el curso de la edad, al igual que ella nació milagrosamente de una mujer estéril, de igual modo, por un prodigio incomparable y permaneciendo virgen, traerá al mundo al hijo del Altísimo, que será llamado Jesús o salvador de todas las naciones, conforme a la etimología de su nombre. Y he aquí el signo de la verdad de las cosas que te anuncio: cuando llegues a la Puerta Dorada de Jerusalén, encontrarás a Ana tu mujer, la cual, inquieta hasta hoy por tu retardo, se regocijará sobremanera, al volver a verte. Y dicho esto, el ángel se separó de Joaquín.»

Claro que nada más fácil para este ángel que darle al desprevenido Joaquín este signo de comprobación de la autenticidad de lo que afirma, por cuanto él u otro ángel se presenta oportunamente a Ana para anunciarle aproximadamente lo mismo y acabar ordenándole en el momento justo que se dirija a la Puerta Dorada, en donde (IV, 2): «a manera de signo, encontrarás a tu esposo, sobre cuyo paradero anda inquieta tu alma. Y, cuando hayan sucedido estas cosas, lo que yo te anuncio se cumplirá al pie de la letra». ¡Qué sencillo es jugar con la voluntad de las personas cuando se utilizan medios por ellas desconocidos!

Dejemos el *Evangelio de la natividad de María* y volvamos sobre el del *Pseudo-Mateo*, en el que se narra lo mismo con alguna variante. Así, Ana desde un principio ya re-

conoce allí que (II, 2): «Bien sabes, Señor, que desde el comienzo de mi matrimonio, hice voto de que, si me dabas un hijo o una hija, *te lo ofrecería* en tu santo templo.» Inopinadamente, mientras Ana estaba sollozando y lamentando su esterilidad y la prolongada ausencia de su esposo (II, 3): «He aquí que de súbito apareció ante ella un ángel del Señor, diciéndole: “No temas, Ana, porque en el *desig-nio* de Dios está que *salga de ti* un vástago, el cual será *objeto de la admiración* de todos los siglos hasta el fin del mundo.” Y no bien pronunció estas palabras, desapareció de delante de sus ojos.»

Y pasamos a ver lo que le sucede simultáneamente a su esposo Joaquín, allá en las montañas, pasaje en el que —como en muchos otros— el ángel se identifica con un ser tan cercano a nosotros como lo describen tantos y tantos testimonios de encuentros con supuestos extraterrestres en nuestros días (III, 1-5): «En aquel mismo tiempo, *un joven* apareció en las montañas en que Joaquín apacentaba sus rebaños, y le dijo: “¿Por qué no vuelves al lado de tu esposa?”» A lo que Joaquín le contesta negativamente, aduciendo lo dolorido que está por su expulsión ignominiosa del templo, por culpa de su falta de descendencia. «Y, no bien hubo en tal guisa hablado, *el joven* le respondió: “Soy *un ángel* de Dios, que ha aparecido hoy a tu mujer, la cual oraba y lloraba. Yo la consolé, y ella sabe por mí que ha concebido de ti una hija. Ésta vivirá en el templo del Señor, y el Espíritu Santo reposará en ella, y su beatitud será mayor que la de todas las mujeres, aun de las más santas, de suerte que nadie podrá decir que hubo, ni que habrá, mujer semejante a ella en *este* mundo. Baja, pues, de las montañas, y vuelve al lado de tu esposa, a quien *encontrarás* *encinta*, porque Dios *ha suscitado progenitura en ella*, y su posteridad será bendecida, y Ana misma será bendita y *establecida madre* con una eterna bendición.” Y Joaquín, adorándole, dijo: “Si he encontrado gracia ante ti, reposa un instante en mi tienda, y bendíceme, puesto que soy tu servidor.” Y el ángel le contestó: “No te lllames servidor mío, ya que ambos *somos los servidores de un mismo dueño*. Mi comida es invisible, y mi bebida lo es también, para los mortales. Así, no debes invitarme a entrar en tu tienda, y lo que habrías de darme, ofrécelo en holocausto a Dios.” Entonces Joaquín cogió un cordero sin mancilla, y dijo al ángel: “No me hubiera atrevido a ofrecer un holocausto a Dios, si tu *orden* no me hubiese dado el poder sacerdotal de sacrificarlo.” Y el ángel le dijo: “Tampoco yo te hubiera invitado a ofrecerlo, si no hubiese *conocido la voluntad de Dios*.” Y ocurrió que, en el momento en que Joaquín ofrecía su sacrificio a Dios, al mismo tiempo que el olor del



«Un hombre emerge de un raro ovoide, que por sus colores y conformación interna es a la vez una escarapela, un caracol o un huevo», escribe su descubridor Henry Lhote al comentar esta figura del grupo rupestre de Auanguet, en el Tassili sahariano.

sacrificio, y en cierto modo *con su mismo humo, el ángel se elevó hacia el cielo.*» *Chapeaul*, otro majestuoso golpe de efecto, realmente.

Finalmente convencido, Joaquín emprende el regreso a Jerusalén. Y he aquí la facilidad con que se producen efectos en apariencia asombrosos ante los ignorantes testigos e incluso protagonistas: «Y, después de caminar treinta días, cuando se aproximaban ya a la ciudad, un ángel del Señor se apareció a Ana en oración, diciéndole: “Ve a la llamada Puerta Dorada, al encuentro de tu esposo, que hoy llega.”» Con exactitud, naturalmente, se reencuentran ambos esposos en la Puerta Dorada, y hubo gran júbilo entre sus vecinos y conocidos, y toda la tierra de Israel felicitó a Ana por aquella gloria.

Sigamos leyendo textualmente, ya que veremos cómo María desde su más tierna infancia está siendo preparada para la misión que se le ha asignado (IV, 1): «Y nueve meses después, Ana dio a luz una niña, y llamó su nombre María. Y, destetada que fue al tercer año, Joaquín y su esposa Ana se encaminaron juntos al templo, y ofrecieron víctimas al Señor, y confiaron a la pequeña a la congregación de vírgenes, que pasaban el día y la noche glorificando a Dios.» A partir de este momento, María, la futura madre de Jesús, es visitada permanentemente por los mensajeros, que no la pierden de vista y la mantienen en condiciones óptimas para que pueda obrarse en su cuerpo, ya debidamente preseleccionado y adecuado, la importante mutación (VI, 2): «Desde nona en adelante consumía todo el tiempo en oración hasta que *se dejaba ver el ángel del Señor, de cuyas manos recibía el alimento.*» (VI, 3): «Cada día usaba exclusivamente el *alimento que recibía de manos del ángel*, repartiendo entre los necesitados el que le proporcionaban los sacerdotes. A menudo *se veía a los ángeles conversar con ella*, y obedecerla *con el afecto de verdaderos amigos.*» Lo mismo se afirma en el *Evangelio de la natividad de María* (VII, 1): «*Diariamente tenía trato con los ángeles.*»

Pero María llegó a los catorce años, y a partir de esa edad, conforme a la tradición, no podía una mujer continuar viviendo en el templo. Abiathar, el gran sacerdote, organizó las eliminatorias para elegir al hombre a cuya custodia debía encomendarse a la joven María, decisión final que recayó —previa intervención del consabido ángel— en José. Le fue por lo tanto entregada, bastante contra su voluntad, ya que era ya viejo y no quería ser centro del ridículo de sus convecinos, y Abiathar le dijo: «Le serán dadas a María algunas doncellas para su solaz hasta que llegue el día *prefijado* en que tú debas recibirla; pues has

de saber que no puede contraer matrimonio con ningún otro» (*Evangelio del Pseudo-Mateo*, VII, 4). Pero los ángeles nunca se separaron de María. Algún tiempo después, mientras se hallaba María junto a la fuente, llenando el cántaro de agua (IX, 1-2): «Se le apareció el ángel del Señor y le dijo: “Bienaventurada eres, María, porque has *preparado* en tu seno un santuario para el Señor. Y he aquí que vendrá una *luz del cielo a habitar en ti*, y, por ti, irradiará sobre el mundo entero.” Y al tercer día, mientras tejía la púrpura con sus manos, se le presentó *un joven* de inenarrable belleza.» Éste vino para decirle: «Has encontrado gracia a los ojos de Dios, y *de Él* concebirás un rey, que *dominará* no sólo en la Tierra, sino también en los cielos, y que prevalecerá por los siglos de los siglos.»

Mientras esto acontecía, José se hallaba ausente de casa, trabajando de carpintero en Capernaum, junto al mar. Al cabo de nueve meses regresa a casa, hallando a María encinta. En su desesperación, no sabe qué decisión tomar. Pero las doncellas que habían estado haciendo compañía a María le intentan tranquilizar (X, 1): «Nosotras sabemos que ningún hombre la ha tocado, y que su virginidad continúa íntegra, intacta e inmaculada. Porque ha tenido por guardián a Dios, y ha permanecido siempre orando con nosotras. *A Diario un ángel conversa con ella, y a diario recibe su alimento de manos de ese ángel.* ¿Cómo podría existir un solo pecado en ella? Y, si quieres que te declaremos nuestras sospechas, nadie la ha puesto encinta, si no es *el ángel del Señor.*»

Todo lo cual se me antoja demasiada preparación inmediata, perfectamente asequible a una raza que esté operando a distinto nivel tecnológico y científico que la terrestre de aquella época, como para configurar el auténtico nacimiento del auténtico hijo de un auténtico dios. Muchos dioses ficticios —dominadores cósmicos— han asumido a los ojos del ser humano, a lo largo de nuestra historia, el papel de ese hipotético dios único, inaprehensible para la capacidad de la mente humana.

### *La guardia cósmica*

Quiero hacer aquí un inciso para volver inmediatamente a la vida de Jesús, ya que me parece urgente dedicarles un paréntesis explicativo a los ángeles, que con harta frecuencia han sido citados en las páginas precedentes, y aparecen como elemento permanente en los textos bíblicos. Hay que subrayar aquí que el ángel no es aquel ser —permitíteme— «angelical» cuya imagen nos ha venido inculcando

secularmente la Iglesia, sino que hay que ver en él más bien lo que nos indica su significado etimológico: un mensajero intermediario entre nosotros los humanos y un dueño cuyas órdenes acata y ejecuta, un señor indefinido que parece estar manejando nuestra historia según sus designios, formando posiblemente parte de un más amplio plan cósmico. La voz *ángel* procede del griego *ἄγγελος*, significando *mensajero*, pero es traducción a su vez del hebreo *mal'ak*, que significa *emisario*. Los llamados ángeles son, pues, en verdad y propiamente los *emisarios* de Dios. Recomiendo al lector que, si tiene tiempo para ello, relea las páginas precedentes sustituyendo, cada vez que aparezca, la voz *ángel* por la voz *emisario*, y la figura *ángel de Dios* por la de *emisario de Dios*. Observará cómo cambia sensiblemente la imagen total del texto que está leyendo. Observará también que no tiene absolutamente nada de extraño que a veces el emisario sea simplemente un *joven* de bellas facciones. Y ciertamente son frecuentes las referencias a ellos en los textos bíblicos presentándolos con apariencia de *varones* o de *jóvenes*. Naturalmente, recomiendo este ejercicio de lectura igualmente en los textos sagrados que se aportarán de aquí en adelante. También existen referencias a *ejércitos* celestiales en relación con los ángeles, como, por ejemplo, en Lucas 2, 13, cuando el emisario del Señor se presenta a los pastores para anunciarles el nacimiento de Jesús, «y de repente se unió al ángel una multitud de la *milicia celestial*». En distintos textos aparece esta connotación bélica de los seres que nos visitan procedentes de fuera, como tendremos ocasión de comprobar también más adelante, en textos y crónicas medievales que refieren la presencia de ejércitos y gentes de armas en el aire, gentes de armas que incluso llegan a enfrentamientos aéreos. También sobre cielo hindú se refieren tales enfrentamientos en la antigüedad.

Quiero todavía aportar un rápido esquema del mito del ángel caído, que además aparece en distintos recuerdos ancestrales sobre la creación del hombre. Un ser desconocido —al que llaman Dios— emprende la creación de un ser inteligente que habite el planeta Tierra. Una vez creado, les ordena a sus emisarios (ayudantes, ángeles) que estén al servicio de estos nuevos hombres creados, y les ayuden en su desarrollo. Uno de los emisarios dice que él fue creado antes, y que en todo caso el nuevo hombre debe obedecerle a él, y no él estar al servicio del recién creado. Un compañero le recrimina diciéndole que, al hablar así, está contraviniendo la orden de Dios. El ángel rebelde se reafirma entonces en su negativa a servir al hombre y declara al mismo tiempo su abierta rebelión contra Dios. Por lo cual es echa-

do del cielo (¿de una nave?) y cae (por lo cual se le llama el *ángel caído*), dedicándose desde entonces a intentar evitar que prospere el plan «ser humano». Cuenta con la baza de conocer el plan, ya que había colaborado en el mismo hasta el momento de su rebelión. En cambio, los que hicieron caso de la orden dada de estar al servicio y velar por el ser humano son los llamados «ángeles de la guarda», en cuyo supuesto cada ser humano tendría a uno de estos seres que le protege. Hay ejemplos a lo largo de la historia en que presencias o seres desconocidos han actuado en ocasiones en favor de determinadas personas.

### *La paloma y el altavoz*

Otro efecto fácilmente producible es el de la paloma blanca y de la voz que habla desde el cielo. Para señalarles a los hombres de la época a quién deben hacer caso. Así aparece en Mateo (3, 16-17): «Una vez que Jesús fue bautizado, salió de inmediato del agua, y se abrió el cielo; y vio bajar al Espíritu de Dios en forma de paloma que se dirigía a él, y se escuchó una voz del cielo que decía: “Éste es mi hijo, el querido, en quien tengo puesta mi complacencia.”» Casi lo mismo refiere Marcos (1, 10-11), y también con alguna variante Lucas (3, 21-22): «Cuando todo el pueblo fue bautizado, y fue bautizado también Jesús, mientras rezaba, se abrió el cielo y descendió sobre él el Espíritu Santo en *figura corporal*, como una paloma, y una voz vino del cielo.»

La paloma, figuración del Espíritu Santo, puede acaso identificarse con la *aleya* que en el Corán se cita y que fue vista por Mahoma como más adelante repasaremos. Esta *paloma* estuvo presente durante la proclamación de Jesús como hijo elegido ante todos los congregados junto al río Jordán, como acabamos de ver. Estuvo presente también en el momento de la concepción de Jesús, como leemos en Lucas (1, 34-35): «Pero María le dijo al ángel: “¿Y cómo se producirá esto, si yo no conozco a hombre alguno?” El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá *encima de ti*, y el poder del Altísimo *te cubrirá con su sombra*.”» Muy grande tenía que ser esta paloma para cubrir a María con su sombra, y muy material este *Espíritu* Santo para producir, igualmente, tal sombra. El mismo pasaje aporta el *Protoevangelio de Santiago* (XI, 3): «Y el ángel del Señor dijo: “No será así, María, porque la virtud del Señor *te cubrirá con su sombra*.”»

## ¿RESURRECCIÓN O RESCATE?

Algo más —y alguien más— que la tan promocionada divinidad de Jesús, parece haber actuado para lograr en los testigos el efecto de una resurrección y de una ascensión que en absoluto son demostrables hoy en día a la vista de los testimonios de que disponemos. Y voy a ser yo mismo quien le ahorre a partir de ahora al lector la doble lectura propuesta para la voz *ángel*, traduciéndola ya directa y legítimamente por la más auténtica versión de *emisario*. A partir de ahora, quien quiera leer *ángel* que lo lea así siempre que en los textos bíblicos que cite a continuación aparezca la más correcta versión original de *emisario*.

Nos cuenta Mateo (28, 2-6) que cuando María Magdalena y la otra María van a ver en la madrugada del domingo el sepulcro, «se produjo un gran temblor de tierra, porque un *emisario* del Señor descendió del cielo, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era como un rayo, y su vestido, blanco como la nieve. Aterrorizados por él, se estremecieron los guardianes, y se quedaron como muertos. El *emisario* dijo a las mujeres: “No tengáis miedo, vosotras; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí, ha resucitado, tal y como dijo; venid, ved el lugar en donde estuvo.”»

Para Lucas (24, 1-6), los seres (en este caso los llama ya directamente *hombres* y no *emisarios*) enfundados en trajes brillantes fueron dos y no uno: «El domingo, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando consigo los perfumes que habían preparado, y hallaron la piedra apartada del sepulcro. Entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Estaban perplejas por esto, cuando se les presentaron *dos hombres* con *vestiduras resplandecientes*. Mientras ellas, espantadas, bajaron la cara a tierra, les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos a aquel que *está vivo?*”»

Estas dos citas están extractadas de los *Evangelios* aceptados por la Iglesia. Pero si volvemos a irnos a los apócrifos, veremos cosas mucho más sorprendentes aún. En el *Evangelio de Pedro*, que forma parte efectivamente del antiguo manuscrito del mismo nombre, y que fue descubierto durante el invierno de 1886-1887 en el sepulcro de un monje cristiano de Akhmîm, antigua Panópolis (Alto Egipto), leemos (X, 1-10): «Empero, en la noche tras la cual se abre el domingo, mientras los soldados en facción montaban dos a dos la guardia, una *gran voz* se hizo oír en las alturas. Y vieron los cielos abiertos, y que *dos hombres resplandecientes de luz* se aproximaban al sepulcro. Y la enor-

me piedra que se había colocado a su puerta se movió por sí misma, poniéndose a un lado, y el sepulcro se abrió. Y los *dos hombres* penetraron en él. Y, no bien hubieron visto esto, los soldados despertaron al centurión y a los ancianos, porque ellos también hacían la guardia. Y, apenas los soldados refirieron lo que habían presenciado, de nuevo vieron salir de la tumba a *tres hombres*, y a *dos de ellos sostener a uno* —(¡una resurrección muy poco sobrenatural!)— «y a una cruz seguirlos». —(Recordemos que también en el *Libro de Set* la *estrella* presentaba la forma de una *cruz* sobre el monte de la Victoria)—. «Y la cabeza de los sostenedores llegaba hasta el cielo, mas la cabeza de aquel que conducían pasaba más allá de todos los cielos. Y oyeron una voz, que preguntaba en las alturas: “¿Has predicado a los que están dormidos?” Y se escuchó venir de la cruz esta respuesta: “Sí.” Los circunstantes, pues, se preguntaban unos a otros si no sería necesario marchar de allí, y relatar a Pilatos aquellas cosas. Y, en tanto que deliberaban todavía, otra vez aparecieron los cielos abiertos, y un hombre que de ellos descendió, y que entró en el sepulcro.»

También el *Evangelio de Taciano* confirma (CLXXIII, 3-5): «Y he aquí que sobrevino un gran terremoto, y llegaron *emisarios del cielo* y removieron la lápida. Y llegando —se refiere a María Magdalena, la otra María y Salomé— «vieron movida la lápida, y al *emisario* del Señor sentado sobre ella. Y su aspecto era como el relámpago, y blanco su vestido como la nieve». Al igual que lo hace el *Evangelio de Ammonio* (XVIII, 3): «Y dos *emisarios refulgentes* aparecieron ante los guardianes»; y las *Actas de Pilato* (XIII, 1): «Y vimos un *emisario que bajaba del cielo*.»

Aplicando una crítica objetiva a los textos bíblicos, los testimonios aportados apuntan más bien a un rescate aéreo, que no a una resurrección.

Y conviene recordar aquí que la resurrección de Jesús es «piedra de toque de la fe y verdadero objeto de la fe cristiana, según se pone de manifiesto en los primeros símbolos cristianos» —estoy citando palabras del doctor Herbert Haag, autor del *Diccionario de la Biblia* publicado por la Editorial Herder, de neta filiación cristiana—, pero los cuatro evangelios refieren «no la resurrección misma (ésta tuvo lugar, según la narración evangélica, sin testigos presenciales *terrestres*), sino el descubrimiento de la tumba vacía, y, sobre todo, las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos. Dichos relatos presentan lagunas, indican poca uniformidad, y, en los detalles, ofrecen numerosas discrepancias, por lo menos aparentes». [...] «Pero las apariciones mismas, consideradas en su *terminus ad quem*, es

decir, en cuanto que tienen por objeto la humanidad ya gloriosa de Jesús, no pertenecen al actual eón y no pueden ser objeto de ciencia histórica en cuanto tal; son exclusivamente objeto de fe. Este carácter sobrenatural, no ya terreno, de la humanidad glorificada de Jesús se manifiesta, por ejemplo, en el hecho de que sus rasgos fueron en parte irreconocibles. Además, el Señor se presentó exclusivamente ante discípulos y creyentes (Pablo constituye a este respecto una excepción), y precisamente su resurrección se presenta siempre en la predicación apostólica como el objeto propio de la fe cristiana.»

Santo Tomás dice que «incluso para los discípulos, la resurrección se puso de manifiesto sólo en virtud de signos fidedignos (El *Antiguo Testamento* y los “ángeles”) y de *signa evidentialia*, que no demostraban la resurrección en sí, sino precisamente la autenticidad de los propios signos; la fe de los cristianos se basaba en la predicación de los apóstoles». La resurrección «en cuanto misterio de fe, *no es un hecho que pueda ser demostrado* con certeza por los métodos de la ciencia histórica. Históricamente demostrable es sólo la fe de los discípulos en la resurrección».

Medité cada cual sobre estas líneas.

*Y se fue...*

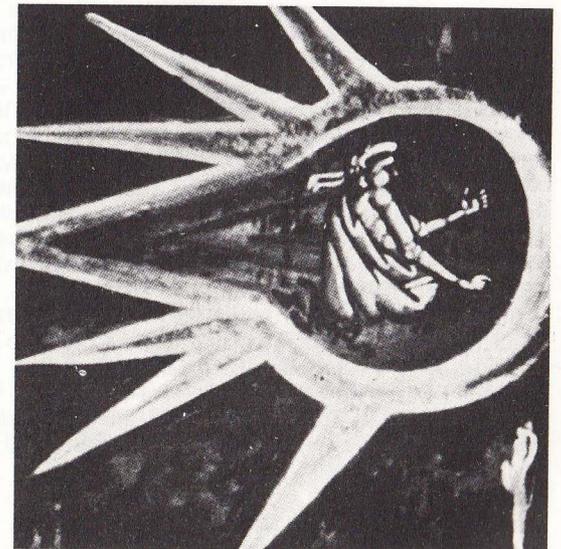
Después de esta indemostrada resurrección, aconteció otro hecho trascendental para la fe de los cristianos: la ascensión sobrenatural de Jesús supuestamente resucitado, a los cielos. Vayamos una vez más a los documentos.

De entre los cuatro evangelios que la Iglesia acepta oficialmente, nos interesa a este respecto especialmente el de Lucas, quien da testimonio de que (24, 51): «Mientras los bendecía, se separó de ellos, y *fue llevado* hacia el cielo.» La misma insinuación de una «ayuda» hace Marcos (16, 19): «Así pues, el Señor Jesús, después de haberles hablado, *fue llevado* al cielo.»

Y si volvemos ahora sobre el texto del ya mencionado *Evangelio de la sabiduría fiel* o *Evangelio de Valentino*, observaremos que la insinuación de esta «ayuda» deja de ser tal insinuación para cobrar inusitada fuerza real. Jesús y sus discípulos están reunidos en el monte de los Olivos cuando reciben una inesperada visita (I, 14-28): «Y, mientras hablaban así, Jesús estaba sentado un poco aparte. Y ocurrió que el día quince de la luna del mes de têtêth, día en que había plenilunio, el sol, alzándose en su carrera ordinaria, emitió una luz incomparable. Porque procedía de la luz de las luces, y *vinó sobre Jesús, y le rodeó* completa-



Aspecto parcial del fresco en que aparecen dos objetos volantes, en el monasterio yugoslavo de Decani.



Detalle de una de las cápsulas volantes y tripuladas reproducidas en los muros del monasterio de Decani.

mente. Y estaba algo alejado de sus discípulos y *brillaba* de un modo sin igual. Y los discípulos *no veían* a Jesús, porque los cegaba la luz que *lo envolvía*. Y sólo veían los haces de luz. Y éstos no eran iguales entre sí, y la luz no era igual, y se dirigía en varios sentidos, de abajo arriba, y el resplandor de esta luz alcanzaba de la tierra a los cielos. Y los discípulos, viendo aquella luz, sintieron gran turbación y gran espanto. Y ocurrió que un gran resplandor luminoso *llegó sobre Jesús y lo envolvió lentamente*. Y Jesús *se elevó en el espacio*, y los discípulos le miraron hasta que subió al cielo, y todos quedaron silenciosos. Y esto pasó al decimoquinto día del mes de tēbēth. Y cuando Jesús hubo ascendido al cielo, después de la hora de tercia, todas las fuerzas de los cielos se turbaron y se agitaron entre sí, y todos los eones y todas las regiones, y sus órdenes, y la tierra entera, y sus habitantes, fueron estremecidos. Y los discípulos y todos los hombres se amohinaron, y pensaron que era posible que el mundo fuese a ser destruido. Y todas las fuerzas del cielo no cejaban en su agitación y se agitaron entre sí desde la hora de tercia de aquel día hasta el de nona del siguiente. Y los emisarios y arcángeles, y todas las potencias de las regiones superiores entonaban himnos, y todos oían sus cánticos, que duraron hasta la hora nona del otro día. Mas los discípulos estaban reunidos y llenos de terror. Y se espantaban de lo que sucedía, y lloraban, diciendo: “¿Qué ocurrirá? ¿Destruirá el Salvador todas las regiones?” Y hablando así, vertían lágrimas, y a la hora de nona del día siguiente, los cielos se abrieron, y vieron *descender* a Jesús *en medio de un inmenso esplendor*. Y este esplendor no era igual, sino que se dividía de muchos modos, y unos brillaban más que otros. Y había tres especies que brillaban de diferente forma, y la segunda estaba sobre la primera, y la tercera era superior a las demás. Y la primera era análoga a la que *envolvió a Jesús cuando ascendió al cielo*. Y cuando los discípulos vieron tal, quedaron llenos de espanto. Y Jesús, misericordioso y dulce, les habló y dijo: “Tranquilizaos, y no temáis nada.” Y oyendo los discípulos estas palabras, dijeron: “Señor, si tú *quitas de ti esa luz deslumbrante*, podremos seguir aquí. De otro modo, nuestros ojos cegarán, y por esa luz nosotros y el mundo entero estamos turbados.” Y Jesús hizo desaparecer aquella luz, y los discípulos, tranquilizados, fueron hacia él, y prosternándose unánimemente, le adoraron, diciendo: “Maestro, ¿a dónde has ido? ¿A qué *te han llamado*? ¿Y de dónde proceden todas estas perturbaciones?”»

Ahí quedan los testimonios, los documentos. Tanto en el fenómeno de la resurrección como en el de la ascensión

de Jesús a través del aire, pueden apreciarse elementos externos que no apuntan precisamente —como dije al principio— a unos fenómenos sobrenaturales inherentes al propio Jesús, sino más bien a unos apoyos externos, procedentes de arriba, del aire, cuyas intervenciones permiten que la figura y persona de Jesús sean admiradas como divinas por cuantos le rodean, desconocedores por completo de los recursos que puede llegar a ofrecer una elevada tecnología.

## LAS NUBES DEL ENGAÑO

Vimos en pasajes anteriores, analizando los fenómenos que acompañaron el nacimiento de Jesús, cómo se hacía clara mención de una nube que se posaba sobre la gruta en que tuvo lugar el alumbramiento. Una nube inteligente o inteligentemente guiada. Veremos ahora otras nubes inteligentemente guiadas que aparecen a lo largo de los textos bíblicos y parabíblicos.

En la narración llamada *Tránsito de la bienaventurada Virgen María (Transitus Beatae Virginis Mariae)*, que permaneció ignorada hasta el año 1854, en que el sabio alemán Euger publicó su texto árabe acompañado de una traducción latina —procedente dicho texto árabe de los manuscritos orientales legados por Scholz a la Biblioteca de Bonn—, aparecen singulares menciones de estas nubes, que asumen aquí la función de vehículos volantes de transporte, como veremos a continuación.

(V, 18-20): «Y todas alababan a Dios, y la Virgen las secundó con alegría. Y Pedro les dijo: “Alejaos de ella, porque veo a los patriarcas.” Y he aquí que Adán, Seth, Sem, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y David, y los demás patriarcas, y profetas y santos, *llegaron sobre una nube* y se acercaron a la bienaventurada Virgen María, y la saludaron expresándole sus loanzas y llamándola bienaventurada. Y ella les devolvió su saludo, y los profetas se dieron a conocer, y ella tuvo gran júbilo. Y vino Enoch, y Elías, y Moisés, y *mantiéndose entre el cielo y la tierra en carros de fuego*» —al decir «entre el cielo y la tierra», ¿está diciéndonos el autor que sabía lo que era la *atmósfera*, que, efectivamente, separa el espacio cósmico de la tierra? Recuerde el lector que idéntica observación hicimos cuando Nu, el triunfador canciller en jefe, afirmaba en el *Libro de los muertos* egipcio que navegaba «por el firmamento que separa el cielo de la Tierra»—, «esperaban la llegada de Je-

sucristo. Y he aquí que doce *carros*, conducidos por *emisarios* innúmeros, hirieron los ojos con gran gloria y esplendor, y Cristo Nuestro Señor apareció *en forma humana*, llevado en un *carro* en cuyo torno iban los serafines y las virtudes».

(V, 31-33): «Y pusieron una piedra a la puerta de la caverna en que estaba el cuerpo de la Virgen, y permanecieron en oración. Y el Espíritu Santo esparció *una gran luz que los envolvió*, y no podían verse entre sí ni nadie podía verlos tampoco. Y la Virgen sin mancha fue llevada en triunfo al Paraíso *sobre carros de fuego. Y una nube elevó* a los asistentes y cada cual fue devuelto al lugar de que había venido, y no quedaron más que los discípulos, que estuvieron tres días en oración, y que oyeron siempre el cántico de los cánticos. Y, estando así reunidos, he aquí que Tomás, uno de los discípulos, *llegó sobre una nube*. Y el cuerpo de la bienaventurada María iba a hombros de los *emisarios*, y él gritó que se detuvieran, para obtener la bendición de la Virgen.»

(V, 40): «Y Tomás les dijo: “No os aflijáis, hermanos, porque *al venir yo de la India en una nube*, vi el santo cuerpo, acompañado de multitud de *emisarios*, con gran gloria, y pedí que me bendijese, y me dio este ceñidor.”»

(V, 47): «Y he aquí que sonó entre ellos una voz que decía: “Vuelva a su lugar cada uno de vosotros. Y *carros de fuego llegaron sobre nubes*, y cada uno fue devuelto a su residencia, y los muertos a sus sepulcros.”»

Existen también otros textos que igualmente narran el *Tránsito de la bienaventurada Virgen María*. Por ejemplo, el que en el siglo XIII insertó Vicente de Beauvais en su *Speculum historiale*, importante obra en latín estampada en 1473 en Estrasburgo por Mentelin, y que apareció en 1495 en París, traducida al francés antiguo por Jean de Vignay. El relato del *Tránsito* está tomado de un Evangelio apócrifo antiguo, y ofrece aspectos que no hallamos en los demás relatos conocidos. Así, por ejemplo, en esta versión leemos textualmente:

(II, 3): «Y *una nube levantó* a Juan, y *le condujo* a la casa en la que se hallaba la Virgen.»

(II, 7): «Y he aquí que súbitamente, por mandato de Jesucristo, todos los apóstoles de Dios *fueron arrebatados por sendas nubes* de los lugares en que predicaban, y puestos ante la casa en la que se hallaba María.»

Todavía citaré otra versión de este *Tránsito de la bienaventurada Virgen María*, editada por E. Dulaurier en 1835 en París, formando parte de los *Fragments des révélations apocryphes de Barthélemy*, una colección de fragmentos de Evangelios apócrifos extraídos de manuscritos coptos.

Se cita allí (IV, 3): «Y, en este mismo instante, el Señor vino a ella, *sobre los carros* de los querubines, y precedido de los *emisarios*.»

Otra curiosa referencia a un viaje que goza de transporte especial —dada la extraordinaria rapidez, presumiblemente aéreo— la hallamos en el *Evangelio del Pseudo-Mateo*, el mismo que nos refería aquella palmera (mecánica) *preparada* en el desierto para José y María. Ahora, José se lamenta del terrible bochorno que los asfixia, a lo que Jesús le ofrece un inmediato remedio (XXII, 1): «“No tengas miedo, José; yo os *abreviaré* el camino, de manera que *lo que habíais de hacer en treinta días lo hagáis en uno solo*.” Y, mientras iban diciendo esto, tendieron su vista y empezaron a ver ya las montañas y las ciudades de Egipto.» Y ya en Egipto, recordamos a Isaías y éste nos aclara cómo se realizó este viaje relámpago (seguimos en el mismo Evangelio, XXIII): «Entonces tuvo cumplimiento lo que había predicho el profeta Isaías: “He aquí que vendrá el Señor *sobre una nube ligera* y penetrará en Egipto.”»

### *La teoría de la relatividad, anterior al siglo III*

Y ya que hablamos de Isaías, no estará de más recordar aquí otro texto apócrifo, el escrito titulado *Visión de Isaías*, que relata cómo el profeta Isaías duda de la veracidad de su fe en la grandeza del Todopoderoso, por cuya duda es llamado al cielo. Al ver allí la majestad del llamado Creador, Isaías se arrepiente de sus dudas. El *emisario* que le había conducido al cielo se disponía a acompañarle a la Tierra. «¿Por qué tan pronto?» —suplicó el profeta—. «No llevo más de *dos horas* aquí.» «Dos horas no, *treinta y dos años*», rectificó el *emisario*, advirtiéndole, sin embargo, que estos treinta y dos años *no habían transcurrido para él*: vuelto a la Tierra tendrá *la misma edad* que tuvo al partir.

Tenemos aquí un ejemplo de aplicación práctica de la teoría de la relatividad. Pero ¿cómo la podía conocer el autor del apócrifo, escrito antes del siglo III de nuestra era? La pregunta no es capciosa ni ligera. Poco importa que la Iglesia reconozca la autenticidad o no de este texto apócrifo. Poco importaría incluso en este caso el que Isaías ascendiera realmente a algún punto externo a la atmósfera terrestre o no. Poco importaría para esta pregunta el que efectivamente realizara este asombroso viaje espacial. Porque lo que realmente es inquietante en este texto —y que alguien me lo aclare si puede— es cómo un autor que vivió antes del siglo III de nuestra era, era capaz de poner un

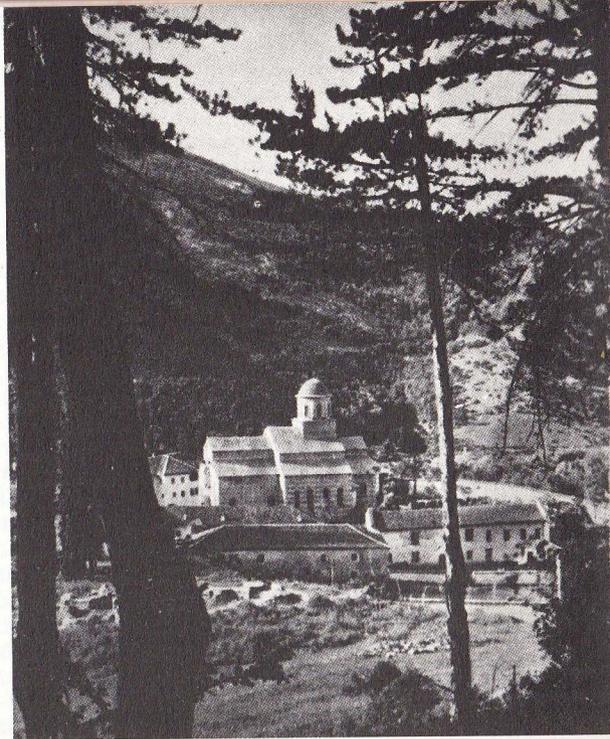
ejemplo práctico de aplicación de la teoría de la relatividad formulada por Albert Einstein en nuestros días.

Me permito un nuevo paréntesis entre estos divinos servicios de transporte aéreo para presentarle al lector un ejemplo de aplicación del fenómeno conocido por la «contracción de Lorentz», ejemplo dado por los sabios franceses Paul Langevin y François Le Lionais. Explican que en el supuesto de que una cosmonave se alejase de la Tierra a una velocidad algo inferior a la de la luz —por ejemplo, 299 850 km por segundo— y de que sus tripulantes volvieran a la Tierra al cabo de dos años, «comprobarían éstos que todos sus contemporáneos han desaparecido y que el curso de la Historia ha avanzado, en la Tierra, doscientos años». «No se trata de un efecto de perspectiva, sino de una alteración real. Todos los fenómenos vitales y mentales (número de latidos del corazón o de respiraciones, periodicidad del apetito y del sueño, velocidad en el crecimiento del pelo, duración de los embarazos, etc.) ocuparían dos años del tiempo de la astronave y doscientos del tiempo terrestre.» Es el mismo fenómeno que nos transmite el autor del apócrifo. ¿Cómo? Ahí queda la incógnita. Algún día será despejada. Nosotros regresamos a nuestras nubes.

Habíamos visto cómo después de su bautismo, Jesús fue señalado como hijo predilecto ante todo el pueblo, por medio de una voz surgida del cielo estando presente el Espíritu Santo en forma de blanca paloma. Habíamos insinuado la identificación de la paloma, figuración del Espíritu Santo, con la *aleya* del Corán, avistada por Mahoma. Esta sospecha aumenta con una nueva cita del *Evangelio de Mateo*, en el que la paloma —Espíritu Santo— queda identificada con una *nube* de origen inteligente (17, 1-5): «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Jaime (Santiago) y Juan, su hermano, y se los llevó a la cima de una montaña alta, completamente solos. Y se transfiguró ante ellos: su cara resplandeció como el Sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro le dijo a Jesús: “Señor, qué bien estamos aquí; si quieres, haré aquí tres cabañas, una para ti, una para Moisés y una para Elías.” Aún estaba hablando, cuando una *nube luminosa* los cubrió, y se escuchó una voz que dijo *surgiendo de la nube*: “Este es mi hijo, el querido, en quien tengo puesta mi complacencia: escuchadle.”»

Muchas más nubes surgen una y otra vez de los textos bíblicos. Leemos en *Éxodo* (19, 9): «Yahveh dijo a Moisés: “Acudiré a reunirme contigo *dentro de una nube espesa*, para que el pueblo pueda darse cuenta de cuando hablo contigo y crea aún más en ti.”» Pero Yahveh advierte del

El monasterio de Decani, contruido en la primera mitad del siglo XIV.



La estrella de Belén sigue siendo hoy en día, con todas sus letras, un objeto volante no identificado.



peligro de aproximarse a su «nave» (19, 12): «Además, márcale al pueblo un límite alrededor (de la montaña) y adviérteles: “Guardaos de subir a la montaña y de tocar su base. *Quien toque la montaña morirá.*”» Y, efectivamente, Yahveh tomó la nube para desplazarse hasta Moisés (19, 16-20): «Al tercer día, de madrugada, hubo encima de la montaña truenos y rayos y una *nube espesa*, acompañados de un fuerte resonar de trompeta. En el campamento, todo el pueblo temblaba. Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro de Dios, y se pararon al pie de la montaña. La montaña del Sinaí *humeaba* toda ella, porque Yahveh había *bajado sobre ella con fuego*. *El humo iba ascendiendo* como el de un horno y toda la montaña temblaba. El sonido de la trompeta iba resonando con mayor fuerza. Moisés hablaba y Dios le respondía con un trueno. Entonces Yahveh *descendió* sobre la montaña del Sinaí, sobre la cumbre de la montaña. Llamó a Moisés a la cumbre de la montaña, y Moisés subió.» Más adelante (20, 21): «El pueblo se mantenía lejos, mientras Moisés se acercó a la *oscuridad* en la cual se hallaba Dios.» Y ya su estancia prolongada dentro de la «nube-nave de Yahveh» (24, 15-18): «Moisés entonces subió a la montaña. Entonces *una nube cubrió la montaña*, y *la gloria de Yahveh se estableció encima de la montaña* del Sinaí. La nube la cubrió *durante seis días*, y, al séptimo día, Yahveh llamó a Moisés *desde el interior de la nube*. El aspecto de la gloria de Yahveh era a los ojos de los israelitas *como un fuego abrasador* en la cima de la montaña. Moisés *penetró en medio de la nube* y subió a la montaña, y permaneció en la montaña durante cuarenta días y cuarenta noches.»

### Un faro en el desierto

Las nube-naves de Yahveh —que dejaban atónitos y temerosos de Dios a los israelitas, ayudaban a aniquilar enemigos (¡menudo dios!), servían de tapadera para numerosas escenas comprometedoras y facilitaban a Yahveh su labor de proselitismo entre los humanos— asumen, cual comodín volante, las más diversas funciones.

Famoso es el caso de la columna de luz que precede y marca el camino a los israelitas durante su larga marcha de huida de Egipto (Éxodo 13, 21-22): «Yahveh iba *caminando* delante de ellos, de día en una *columna de nube* para mostrarles el camino, y de noche en una *columna de fuego* que *los iluminaba*, para que pudieran caminar día y noche. Ni la *columna de nube* de día, ni la *columna de fuego* de noche se separaron jamás de delante del pueblo.»

Inmediatamente se hace patente la intervención de Yahveh —que jamás puede ser identificable con la noción de Dios, insisto una vez más— en defensa de los hijos de Israel (con la finalidad de que le admiren, teman y estén, por ende, a su servicio), *masacrando implacablemente* a los egipcios (¿es ésta la bondad infinita que tanto se predica de Dios?). Dejemos que hable la *Biblia* y nos narre la divina barbarie del mar Rojo (Éxodo 14, 19-31): «El *emisario* de Dios, que iba delante de las tropas de Israel, se colocó detrás de las mismas. También la *columna de nube*, que los precedía, se colocó detrás, de tal manera que se situó entre el campo de los egipcios y el de los israelitas. La *nube* estaba *oscura*, y la noche transcurrió sin que unos ni otros se acercaran en toda la noche. Después Moisés extendió la mano sobre el mar, Yahveh retiró el mar con un viento de levante muy fuerte toda la noche, y dejó el mar seco, con las aguas partidas en dos. Entonces los israelitas entraron en el mar, sobre el terreno seco, con las aguas como una muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron, y toda la caballería del faraón, carros y conductores, entraron detrás de ellos en medio del mar. A la vigilia matutina Yahveh, *desde la columna de fuego y de nube*, contempló el campo de los egipcios y sembró en él la turbación. Les encalló las ruedas de los carros para hacerlos avanzar muy penosamente. Los egipcios exclamaron entonces: “Huyamos de Israel, porque Yahveh *lucha* a favor de ellos, contra Egipto.” Yahveh le dijo a Moisés: “Extiende la mano sobre el mar, que las aguas vuelvan sobre los egipcios, sobre sus carros y sobre sus conductores.” Moisés extendió la mano sobre el mar, y hacia la mañana el mar regresó a su lugar, y las aguas sorprendieron —aquí el ensañamiento de Yahveh llega a sus cotas máximas— a los egipcios que *huían*. Yahveh sumergió así a los egipcios en el mar. Las aguas retornaron y cubrieron a los carros, a los que los ocupaban y a todo el ejército del faraón que los perseguía en el mar. No quedó ni uno. En cambio, los israelitas habían pasado el mar con pie seco, y las aguas los amparaban como un muro a derecha e izquierda. Así, Yahveh salvó aquel día a Israel de las manos de los egipcios, y vieron a los egipcios muertos en la orilla del mar. Viendo Israel la gran gesta» (!) «que Yahveh había realizado contra los egipcios, el pueblo *temió a Yahveh* y creyó en él y en Moisés, su siervo». Con lo que Yahveh ya había logrado su objetivo primordial: ganarse una deuda de gratitud permanente de un número importante de criaturas humanas, cuales son los hijos de Israel.

Y continúa la protección, recurriendo al terrorismo y a costa de quien sea (Éxodo 23, 20-23 y 27-28): «Yo enviaré

a un *emisario* delante tuyo para que te proteja en el camino y te conduzca al lugar que te he preparado. Respétalo y escucha su voz. No te rebelas contra él, ya que mi nombre está en él. En cambio, si escuchas su voz y haces todo lo que te mande, seré enemigo de tus enemigos y adversario de tus adversarios. Sí, mi emisario irá delante tuyo y te llevará hasta los amorreos, los hititas, los fereceos, los cananeos, los jeveos y los jebuseos, y *los exterminaré.*» [...] «Enviaré delante de ti *mi terror*, llevaré la confusión a todo pueblo por el que pases y haré volver la espalda ante ti a todos tus enemigos. Enviaré el *pánico* delante tuyo, para que te expulse de delante a los jeveos, a los cananeos y a los hititas.»

Dejemos los *terrores* divinos y regresemos una vez más a su flota aérea. Acabada la obra de construcción del tabernáculo (*Éxodo* 40, 34-38): «Una *nube cubrió* la tienda del oráculo, y la *gloria de Yahveh* llenó el tabernáculo. Moisés no podía entrar en la tienda del oráculo porque reposaba sobre ella la *nube*, y la *gloria de Yahveh* había llenado el tabernáculo. En todas las etapas, cuando la *nube se situaba encima* del tabernáculo, los israelitas partían. Pero si la *nube* no se colocaba encima, no partían hasta el día en que *se elevaba*. Porque de día la *nube de Yahveh* se colocaba encima del tabernáculo y, de noche, había un *fuego* a la vista de toda la casa de Israel, en todas sus etapas.»

Nos confirma todo este montaje el libro de *Números* (9, 15-23): «El día en que Moisés erigió el tabernáculo, la *nube cubrió* el tabernáculo, la tienda del oráculo; y por la noche había encima del tabernáculo como una *aparición de fuego*, hasta el amanecer. Así fue siempre: la *nube lo cubría* de día, y de noche, una *aparición de fuego*. En cuanto *se alzaba la nube* de encima del tabernáculo, inmediatamente los israelitas partían, y en el lugar en el que *se posaba la nube*, allí acampaban. A la orden de Yahveh, los israelitas partían, y a la orden de Yahveh acampaban. Si la *nube se detenía* durante mucho tiempo *encima del tabernáculo*, los israelitas observaban el precepto de Yahveh y no partían. Y si la *nube permanecía algunos días encima del tabernáculo*, a la orden de Yahveh acampaban y a la orden de Yahveh partían. Si la *nube permanecía* del anochecer hasta la mañana, cuando por la mañana la *nube se elevaba*, partían; o bien, si después de un día y de una noche la *nube se elevaba*, entonces partían. Si *se detenía dos días*, o un mes, o un año, mientras la *nube reposaba encima del tabernáculo*, los israelitas acampaban y no partían; pero, cuando *se elevaba*, partían. A la orden de Yahveh acampaban y a la orden de Yahveh partían. Observa-

ron el precepto de Yahveh, según la orden de Yahveh transmitida por Moisés.»

(10, 11-13): «El año segundo, el día veinte, la *nube se alzó de encima del tabernáculo* del testimonio. Los israelitas fueron marchando por etapas del desierto del Sinaí, y la *nube se paró* en el desierto de Faran. Por vez primera, partieron por orden de Yahveh transmitida por Moisés.»

(10, 33-34): «Partieron, pues, de la montaña de Yahveh e hicieron tres días de camino. El arca de la alianza de Yahveh *les precedía* tres días de camino, para buscarles un lugar de reposo. De día, la *nube de Yahveh planeaba encima de ellos*, cada vez que levantaban el campamento.»

(11, 25): «Yahveh *bajó dentro de una nube* y le habló. Después tomó del mismo *espíritu* que *estaba encima de él* y lo puso encima de los setenta ancianos. Cuando el *espíritu reposó encima de ellos*, profetizaron; pero esto no volvió a repetirse.»

Más adelante, en Haserot, cuando María y Aharon se quejan contra Moisés, Yahveh muestra su tecnología, su poder y su ira (12, 4-10): «Yahveh les dijo acto seguido a Moisés, a Aharon y a María: “Acudid los tres a la tienda del oráculo.” Y los tres fueron. Entonces Yahveh *descendió en la columna de nube*, se colocó a la entrada de la tienda y llamó a Aharon y a María. Y los dos salieron. Y les dijo: “Escuchad mis palabras: si entre vosotros dos hubiera un profeta de Yahveh, me mostraría a él en visión, le hablaría en sueños. No sucede así con mi *siervo* Moisés; él es el hombre de confianza de toda mi casa. Yo le hablo cara a cara, en visión y no en enigmas; él contempla la imagen de Yahveh. ¿Por qué, entonces, habéis osado hablar contra mi *siervo* Moisés?” Y la ira de Yahveh se enardeció contra ellos. Se marchó, y la *nube se retiró* de encima del tabernáculo. Entonces María apareció cubierta de lepra como de nieve. Aharon se volvió hacia ella: se había vuelto leprosa.»

Y asistimos a otro acto de tiranía y opresión del *bondadoso* dios de la Biblia (*Números* 14, 10-13): «Entonces la *gloria* de Yahveh se apareció sobre la tienda del oráculo a todos los israelitas. Yahveh le dijo a Moisés: “¿Hasta cuándo me menospreciará este pueblo? ¿Hasta cuándo no creará en mí, a pesar de todos los prodigios que hice entre ellos? *Lo atacaré con la peste, lo desharé.*” —parecen palabras de Ronald Reagan o de Hitler, más que de un dios— “Y haré de ti y de la casa de tu padre una nación más grande y más poderosa que ellos.” Moisés respondió a Yahveh: “Pero los egipcios saben que por vuestra potencia hicisteis salir a este pueblo de en medio de ellos. Y todos los habitantes de aquel país han oído decir que tú, Yahveh, estás

en medio de este pueblo, que te le apareces cara a cara, que *tu nube se sitúa sobre ellos* y que *tú marchas delante de ellos en una columna de nube*, de día, y *en una columna de fuego*, de noche.»

Y continúa el carácter beligerante de este supuesto supremo hacedor y creador, que cada vez más se nos aparece como un dictador cósmico que dispone de un considerable potencial tecnológico, y que con una finalidad concreta está intentando ganarse la confianza y el *servicio* de determinado sector de la raza humana.

Así, leemos en *Salmos 68, 18*: «Los *carros de Dios* son *miríadas*; viene entre ellos el Señor del Sinaí al Santuario.»

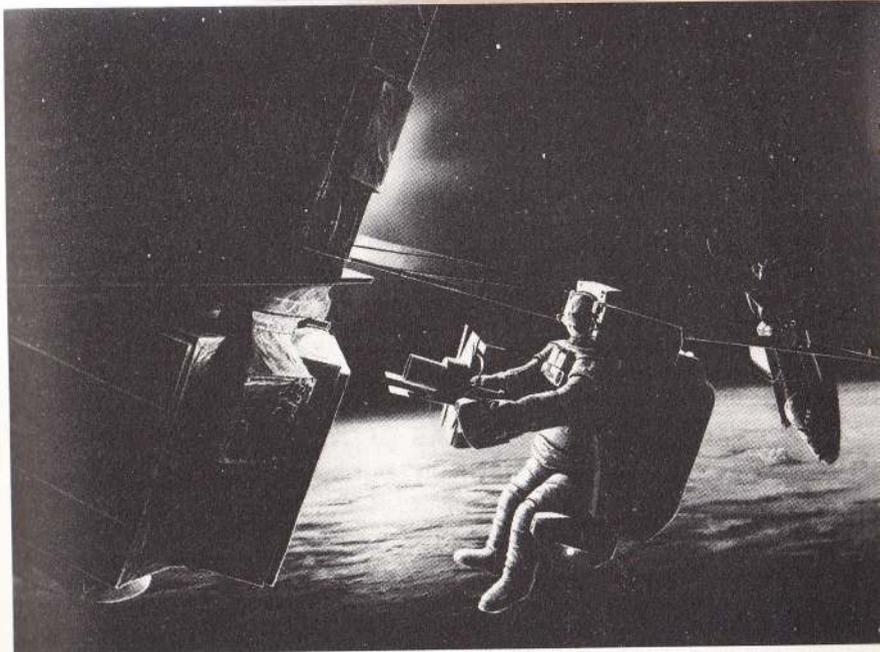
Y en *Isaías 13, 3-5*: «Soy yo que he dado órdenes, por mi *ira*, a mis santos *guerreros*; he llamado también a mis valientes, mis arrogantes triunfadores.» ¡Escucha! Un *tumulto sobre las montañas*. ¡Escucha! Un movimiento de reinos, de *extranjeros aliados*: es *Yahveh de los ejércitos* que pasa revista al ejército *para la batalla*. Vienen de un *pais lejano, del extremo del cielo*, *Yahveh y los instrumentos de su cólera*, para asolar toda la tierra.»

Mucho más adelante (*Isaías 66, 15-16*): «Porque, he aquí que *Yahveh vendrá en el fuego*, y sus *carros* serán como el torbellino, para *saldar con el incendio su ira*, y sus *amenazas con llamas de fuego*. Ya que *Yahveh* hará justicia de toda la tierra con el fuego, y de todos los humanos con su espada. ¡Numerosas serán las *víctimas* de *Yahveh!*»

También el *Libro de Enoch*, mencionado en relación con el nacimiento de gigantes producto del cruce de mujeres terrestres con *emisarios extraterrestres*, nos habla de estos *volantes carros bélicos* (LVII, 1-3): «Y llegó, tras eso, que vi *otro ejército de carros*, sobre los que había *hombres montados*; y ellos iban, *sobre los vientos*, de oriente y de occidente hasta el mediodía. Se *oía* el rodar de *sus carros*, y cuando ese tumulto se produjo, los santos se apercebieron del cielo, la columna de la tierra fue echada abajo de su base y se oyó de una extremidad del cielo a la otra durante un día. Y todos ellos (los santos) se prosternaron y adoraron al Señor de los espíritus.»

Dice este párrafo que los hombres montaban sobre *carros* y que iban *sobre los vientos*. Carros voladores. Como el que elevó al cielo al propio Enoch (LXX, 2): «Y fue *elevado* sobre el *carro del viento*, y el nombre [de Enoch] desapareció de entre ellos [de los que habitan sobre el árido].»

Y otros enfrentamientos aéreos nos relatan los textos bíblicos. Como por ejemplo el que leemos en *Macabeos II* (5, 1-4): «Por esta misma época, Antíoco envió la segunda expedición contra Egipto. Por toda la ciudad —se refiere a



¿Fue semejante a ésta la visión bíblica de la «gloria de Yahveh»?

¿Cómo pudo el profeta Isaías conocer en la práctica la aplicación de la teoría de la relatividad formulada en nuestros días por Albert Einstein?



Jerusalén— durante cuarenta días se vieron unos caballeros que *corrían por el aire*, vestidos con túnicas doradas; y escuadrones armados, formando regimientos, que desenvainaban espadas; y compañías de caballos bien alineados, ataques y carreras de un lado a otro, movimientos de escudos, multitud de lanzas, lanzamiento de dardos, brillar de los ornamentos de oro, corazas de todo tipo. Al ver esto, todos rezaron para que la aparición fuera de buen augurio.»

## LAS BOMBAS DE DIOS

Bien conocido es también el pasaje que refiere la destrucción de Sodoma y Gomorra, en el que se conjugan los factores de venganza, de protección a una familia concreta, de aviso previo por parte de los *emisarios* celestes del inminente arrasamiento total, de ataque *aéreo* y de una posible cuenta atrás, ya que Lot y su familia disponen de un plazo muy breve e improrrogable para abandonar la ciudad a fin de salvar sus vidas. La hipótesis que algunos estudiosos apuntan, en el sentido de que se produjo allí una auténtica explosión nuclear, nace del hecho de que la mujer de Lot, haciendo caso omiso de la expresa advertencia que en tal sentido les hicieran los *emisarios*, se vuelve durante su huida para contemplar la destrucción, momento en el que queda instantáneamente convertida en una *columna de sal*. Pero vayamos al texto bíblico (*Génesis* 19, 1-29): «Cuando los dos *emisarios* llegaron por la tarde a Sodoma, Lot estaba sentado a la puerta de la población. En cuanto lo vio, se levantó para salir a su encuentro, se prosternó de cara al suelo y dijo: “Por favor, señores míos, venid a casa de vuestro siervo para pasar la noche y lavaros los pies.”» Los dos emisarios en un primer momento se niegan aduciendo que dormirán en la plaza, pero a los ruegos insistentes de Lot aceptan y entran en su casa. Al poco rato los hombres de Sodoma llaman a Lot y le exigen que les entregue a los dos forasteros. Ya fuera de su casa, Lot se niega a ello, ofreciéndoles a cambio a sus dos hijas, que aún no conocieron varón. Esto enoja aún más al gentío, que la emprende a empujones con Lot y se dispone a hundir la puerta de su casa. En cuyo momento intervienen los dos *emisarios*, asiendo a Lot y metiéndolo en casa, al tiempo que «hirieron de ceguera a los hombres que habían permanecido fuera de la entrada de la casa, de forma que no pudieron llegar a hallar la entrada. Los *hombres*» —es éste

uno de los casos en que el texto bíblico denota que los *emisarios* (ángeles) que proceden de las alturas pueden ser absolutamente semejantes a nosotros, ya que sin más los llama *hombres*— «dijeron a Lot: “¿Quién te queda aún aquí? A tus hijos y a tus hijas, hazlos salir de este lugar, al igual que todo lo que aún tienes en la población, ya que vamos a *destruir* este lugar: grande es el clamor contra ellos en la presencia de Yahveh, y Yahveh *nos ha enviado para exterminarlos.*”» [...] «Al despuntar el alba, los *emisarios* instaron a Lot: “Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que están aquí, no sea caso de que murieras por la maldad de la ciudad.” Y dado que se hacía el remolón, los *hombres* lo tomaron de la mano, así como también a su mujer y a sus dos hijas, por compasión de Yahveh hacia él, le hicieron salir y lo dejaron fuera de la ciudad. Mientras lo sacaban, dijeron: “¡Sálvate, por tu vida! *No se te ocurra mirar hacia atrás* ni te entretengas en ningún lugar de la llanura. ¡Sálvate en la montaña, no fuera caso de que murieras!”» Lot les agradece la deferencia, pero argumenta que no logrará llegar a tiempo a la montaña. Les pide que le dejen refugiarse en la más cercana población de Segor, y que eviten destruirla. Acceden a ello los dos emisarios, pero uno le insta: «Sálvate, rápido, ya que no puedo hacer nada por ti antes de que llegues.» Instantes después, «el sol salía sobre la tierra, y Lot llegaba a Segor, cuando *Yahveh hizo llover* sobre Sodoma y Gomorra *azufre y fuego que venían* de Yahveh desde el cielo. Y destruyó estas ciudades y toda la llanura con todos los habitantes de las ciudades y las plantas de la tierra. La mujer de Lot miró hacia atrás, y *se convirtió en una columna de sal*. Abraham fue muy de mañana al lugar en que había estado en presencia de Yahveh. Miró hacia Sodoma y Gomorra y toda la llanura, y vio la humareda de la tierra que subía como la humareda de un horno».

## LA NAVE QUE VIO EZEQUIEL

El fenómeno OVNI y los contactos de seres humanos con seres inteligentes no terrestres no constituyen hechos característicos de nuestro siglo xx, sino que han venido acompañando —como estamos viendo a lo largo de estas páginas— al hombre durante toda su historia. Todo parece indicar que OVNI e inteligencias extraterrestres estuvieron

## Interpretación

Se trata, evidentemente, del relato del descenso de un aparato volante que se dirige hasta el lugar en que se halla Ezequiel, se detiene allí junto a él, momento en el que uno de sus tripulantes (o acaso el único) se dirige al profeta para entablar una conversación. Creo preciso efectuar aún unos cuantos comentarios a algunos de los pasajes de esta narración bíblica.

Al afirmar el testigo que cuatro animales emergen del conjunto de la visión, en ningún momento alude a que estos animales se *separan* del mismo, sino únicamente que surgen de él. Podría entonces tratarse del tren de aterrizaje que despliega el aparato al aproximarse a tierra. Ello explicaría la interpretación de *animales* por parte de Ezequiel. Como todo ciudadano de su época, no había tenido en su vida ocasión de contemplar un aparato automático. Imaginémosle, pues, viendo un aparato del que, sin mediar intervención humana, surgen de repente cuatro «artefactos» móviles (tren de aterrizaje). Al desplegarse éste, el profeta cree ver, inevitablemente, seres animados, seres vivos, que se mueven por sí solos, y al adoptar éstos forma vertical, que es la que asume el hombre, los compara a una «semejanza» de animales, de forma vagamente humana. Por otra parte, Ezequiel únicamente conoce la tracción animal para cualquier tipo de vehículo, rudimentario o no. Al interpretar la visión que tuvo como *vehículo* de Yahveh, como *carro* de Yahveh, el tren de aterrizaje del mismo, o sea las «patas», a las que están adosadas las ruedas que mueven al «carro», se convierten automáticamente para él en los «animales» que tiran del carro. Y, por cierto, tanto en este ejemplo como en otros que ya vimos, ¿para qué necesitaba Dios un *carro*, un vehículo? Es algo que no concuerda en absoluto con la idea adquirida de la omnipotencia de un hipotético Ser Supremo.

Los cuatro animales tenían la misma semejanza, nos dice el profeta, lo cual no deja de ser lógico teniendo en cuenta que las cuatro patas de un mismo tren de aterrizaje pueden perfectamente ser idénticas.

En cuanto a las cuatro caras, pueden ser expresión del poder de Yahveh. Así, la cara humana es símbolo de inteligencia, la del león símbolo de majestad, la del toro de vigor y fuerza natural y la del águila de velocidad y facultad de vuelo.

Se nos dice de los cuatro animales que «sus pies eran un pie recto». Lo cual confirma que cada *pata* del tren de aterrizaje terminaba en su parte inferior en un tubo. También se nos dice que la planta del pie era como la planta

del pie de un becerro. Algunos estudiosos prefieren leer, en la voz original, *redonda* en vez de becerro: «...y la planta de sus pies era *redonda*» —¿estamos descubriendo elementos mecánicos en los supuestos animales? Así parece ser. Además, los pies «centelleaban como el fulgor del cobre pulido» —, muy metálicos debían de ser esos pies...

Los animales no se giraban cuando caminaban, se nos dice, lo que se justifica cuando los consideramos como piezas integrantes de un todo que se mueve precisamente como unidad global, y no por piezas individuales. Las cuatro patas iban hacia delante al unísono, al tiempo que avanzaba todo el aparato.

También dice Ezequiel que los animales iban hacia donde les impelía el *espíritu*: ¿hacia donde los guiaba una inteligencia, hacia donde los conducía un *tripulante*, un *piloto*?

Más adelante se habla de una «semejanza» de carbones de fuego, de antorchas que circulaban entre los animales. Podemos interpretar aquí la tobera del motor de descenso y frenado.

No está claro si las ruedas se encontraban debajo o junto a cada «animal», pero es cuestión de menos trascendencia para nuestro caso. Lo importante es que se trataba de unas ruedas de tal disposición (una dentro de otra, cortándose en ángulo recto) que podían desplazarse y desplazar el conjunto del aparato sin necesidad de girar, únicamente rodando en la dirección deseada. El tren de aterrizaje se componía, pues, de las «patas» de aterrizaje propiamente dichas, y de unas ruedas que facilitaban el desplazamiento del aparato por tierra, en cualquier dirección, sin necesidad de giro previo. Por otra parte, no se habla necesariamente de la *altura* de las ruedas, ya que la voz hebrea para altura es tan parecida a la voz correspondiente a *llantas*, que muy bien podría tratarse de una transcripción defectuosa de esta última, con lo que acaso el texto original sería: «...y miré, y he aquí que sus llantas estaban llenas...»

Los «ojos» que se mencionan podrían ser ventosas u otro sistema de agarre de las ruedas a tierra, que las hiciera aptas para «todo terreno».

Ateniéndonos al modelo que estamos describiendo, resulta lógico que las ruedas caminasen junto a los «animales» cuando caminaban éstos, y que cuando éstos se levantaban del suelo se levantasen las ruedas con ellos, «ya que *el mismo espíritu* estaba en las ruedas». Ezequiel nos dice, pues, que el mismo espíritu, la misma inteligencia que hacía desplegar el tren de aterrizaje [los animales], movía también las ruedas.

Es lógico si pensamos en un tripulante, en un piloto que maneja todo el aparato.

A continuación se nos describe la «caja» propiamente dicha de la «nave»: un gran cuerpo esférico o semiesférico asentado sobre los cuatro «animales».

En cuanto a las alas, éstas pueden representar el sistema de sujeción, de tubos y árboles de transmisión de cada «pata» del tren de aterrizaje, respondiendo la interpretación de alas a la facultad de elevación del conjunto. En lo que respecta al murmullo que se oye mientras los «animales» —y con ellos las ruedas y todo el conjunto— avanzan, y al hecho de que las alas aflojasen en cuanto el conjunto se paraba, se explica si tenemos en cuenta lo dicho de que las «alas» son en realidad el sistema de transmisiones del tren de aterrizaje, sistema que produce ruido mientras está en funcionamiento, mientras avanza, y que «afloja», o sea, deja de producir ruido y deja de moverse en el instante mismo en que el aparato se detiene.

El resto es bastante revelador. Se trata a mi entender de la escotilla superior de la nave, de la que emerge el (un) tripulante, iluminado desde abajo por el resplandor que surge del interior de la cabina. Cabe la posibilidad de una sobreiluminación expresa, a fin de causar una mayor impresión en el espectador terrestre, humano.

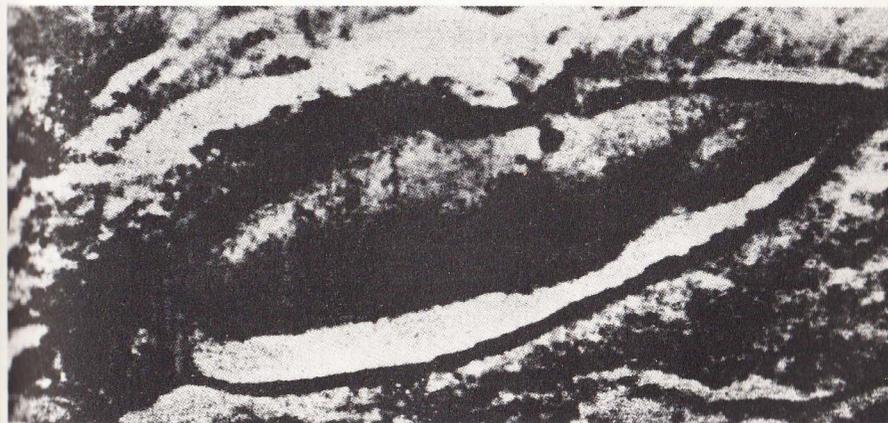
Ezequiel parece encontrarse en un apuro a la hora de redactar los últimos versículos del primer capítulo de su libro. Se produce una situación embarazosa y comprometida al no saber cómo conjugar y explicar al mundo la figura de un ser tan *humano* en medio de lo que debería ser una manifestación extremadamente sobrenatural. Yahveh deja de ser algo *sublime* para convertirse en «una semejanza como la apariencia de un hombre» —obsérvese el continuo recurso a «parecidos», «semejanzas», «apariencias», que denotan el esfuerzo de evitar un contraste excesivamente brusco entre la idea de un ser divino y la figura excesivamente humana que Ezequiel está viendo—. Al final, la voz de Yahveh se reduce a «la voz de uno que hablaba». La voz de un tripulante de la nave.

Acabamos de ver y de interpretar someramente el primer capítulo del libro de Ezequiel. Dije ya que se trataba de uno de los pasajes bíblicos que más extensamente alude al contacto inmediato del ser humano con una máquina volante —lógicamente en aquella época no terrestre— y con su(s) tripulante(s). De ahí que me extienda en su análisis, aportando aun la autorizada opinión de un destacado ingeniero de la agencia espacial norteamericana, NASA.



¿Qué seres planificaron desde esta perspectiva la larga huida de Moisés a través de la península del Sinaí? Hoy en día no solamente los supuestos dioses, sino el mismo hombre está en situación de repetir la jugada.

Restos de una embarcación fotografiados en 1960 por el mayor Kurtis de la aviación turca en el monte Ararat, y que para algunos investigadores podrían ser los vestigios del arca de Noé.



El estudio más serio y autorizado de cuantos se han efectuado del fenómeno observado por Ezequiel es indudablemente el que llevó a cabo Josef F. Blumrich, una reconocida autoridad científica en el campo del diseño de naves espaciales: nacido en 1913 en Austria, Blumrich emigró en 1959 a Estados Unidos para trabajar en la construcción de cohetes. A su ingreso en la NASA dirigió un equipo especializado en la investigación y estudio de construcciones. Luego fue el ingeniero jefe responsable de la Oficina de Construcción de Proyectos. En 1972 se le concedió la medalla para Servicios Excepcionales de la NASA.

Blumrich, con declarado ánimo de crítica, tuvo años atrás el firme propósito de rebatir definitivamente la posibilidad de visitas extraterrestres a nuestro planeta. Pero a lo largo de su labor de documentación para dicho fin, comenzó a picarle la curiosidad, comenzó a vacilar, y no resistió la tentación de analizar, con el bagaje de sus conocimientos, con su aval de —repito— ingeniero jefe de la Oficina de Construcción de Proyectos de la NASA, la versión que de su visión nos legó Ezequiel. El resultado de sus investigaciones fue no sólo la afirmación rotunda y categórica de que Ezequiel vio efectivamente una nave espacial, sino la descripción total y compleja de la misma. Afirma que encontró todos los elementos para la rediseñación del aparato, en los textos bíblicos.

Su exposición y sus cálculos son complejos, profundos, exhaustivamente trabajados y fundamentados. Aquí, en este espacio, sólo reflejaré en forma muy resumida su descripción de la estructura del aparato visto y descrito por Ezequiel. Lo importante es la realidad de que un alto directivo científico de la NASA se atreva a publicar sin titubeos que el estado actual de la tecnología permite reconstruir pieza por pieza el aparato volante descrito en los textos bíblicos, y afirmar su procedencia extraterrestre.

Puntualicemos que la interpretación técnica de los textos de Ezequiel es posible desde que, en diciembre de 1964, el ingeniero Roger A. Anderson, directivo del Centro de Investigaciones Langley de la NASA, publicara su estudio *Structures Technology*, en el que describía la forma por él desarrollada de un cuerpo volante destinado a la entrada en la atmósfera planetaria. Es la misma forma que volvemos a encontrar en el cuerpo principal de la cosmonave de Ezequiel.

Parece evidente —por sus características— que lo que el profeta vio fue un módulo de aterrizaje, con punto de partida y retorno a una nave-nodrizza aparcada en órbita

terrestre. No hay naturalmente referencias a ella en el texto bíblico, dado que el testigo no la ve. El análisis de Blumrich se limita, en consecuencia, únicamente a lo visto y descrito por Ezequiel: el módulo de aterrizaje.

Este módulo consta de tres sistemas: *a)* el cuerpo principal (semiesférico en su mitad superior, en punta de peonza en la inferior); *b)* los cuatro helicópteros que le sirven de soporte (4 «patas»), y *c)* la cápsula de la tripulación, situada en la parte superior del cuerpo principal.

*a) EL CUERPO PRINCIPAL.* La influencia primaria sobre la forma la ejercen exigencias aerodinámicas. El vuelo del espacio a la Tierra, a través del aire, comienza con un velocidad de unos 34 000 km/h. Hasta su toma de contacto con la Tierra esta enorme velocidad debe reducirse a cero. A esta reducción contribuye en gran manera la parte inferior cuasicónica de la nave. En la caída, la punta de la parte inferior marcará, por lo tanto, la dirección de vuelo. La nave descendiendo a lo largo de su eje principal vertical. Condiciones inversas rigen para el ascenso: se efectúa a lo largo del eje principal hacia arriba, con lo que la parte superior de la nave se convierte en su parte frontal. Si para el aterrizaje se requiere una marcada resistencia del aire, rige lo contrario para el ascenso. La resistencia de la parte superior queda marcadamente influida por las regiones externas. La redondez exterior puede pasar dinámicamente al perfil cóncavo de la parte inferior, ya que también para éste es preferible un borde redondeado a un canto agudo. Las condiciones del borde de ambos perfiles son, por consiguiente, las mismas y posibilitan una conexión lógica entre dos cuerpos de perfiles aerodinámicos extremadamente distintos.

La idea de una formación semejante a la parte cuasicónica inferior descrita, fue desarrollada y publicada por Anderson en diciembre de 1964. Aparte de una alta resistencia del aire se exigía un peso muy reducido. Ambos problemas fueron brillantemente resueltos. El perfil cóncavo apunta hacia una reducción del peso. En efecto, con una correcta elección de este perfil, en la superficie de la construcción se originan únicamente esfuerzos de tracción: puede construirse, por lo tanto, con un mínimo de entibos empleando chapas extremadamente delgadas.

Las ventajas de esta formación son extraordinarias. Para vuelos dentro de la atmósfera la nave precisa cuatro helicópteros. El perfil cóncavo de la parte inferior es ideal para ello. Los helicópteros pueden contar con un máximo de separación entre sí, y es posible incluso plegar las hélices, en el mismo hueco de la concavidad, hacia arriba. En tal

disposición, el cuerpo principal queda situado entre los helicópteros. Con esta solución, la altura total de la nave espacial queda reducida al mínimo, y el centro de gravedad global queda situado en un punto de localización idealmente bajo. Para la misión que a todas luces debía desempeñar la nave descrita por Ezequiel, su forma es innegablemente la solución ideal.

Presentada esta forma externa del cuerpo principal, veremos ahora la propulsión por reacción (que consta de reactor, tobera de cuello anular y radiador), tanque de combustible, propulsión central para los cuatro helicópteros, y otras instalaciones, tales como el sistema de climatización y el de relicuefacción para el combustible.

Así como la forma de la parte inferior había sido la clave para la reconstrucción, el reactor es el factor esencial para una realización efectiva. Se encuentra en la parte más baja del cuerpo principal. En el reactor se halla la motivación de por qué actualmente no somos capaces aún de construir un aparato volante similar.

Para comprender esto debemos tener en cuenta una de las magnitudes características de la calculación en cohetaría: el impulso específico  $I_{sp}$ . En la definición usual, este valor indica cuántos kg de empuje desarrolla el motor por cada kg de combustible consumido por segundo. Se deduce que se consume tanto menos combustible, para un determinado empuje, cuanto más alto es el valor  $I_{sp}$ . Resulta que el peso del combustible representa con mucho la mayor parte del peso total; de ahí la enorme importancia que tiene toda reducción del peso del combustible. He aquí, simplificado, el significado del impulso específico.

Puede ocurrir que un valor  $I_{sp}$  dado conduzca a pesos y dimensiones que hagan imposible la realización del proyecto.

En tal caso es necesario buscar motores con impulso específico más elevado. En esta situación nos hallamos en relación con la nave espacial avistada por Ezequiel.

Nuestros motores químicos actuales utilizan oxígeno puro o un portador de oxígeno en combinación con un combustible para lograr altas temperaturas de combustión. Según los combustibles empleados, estos motores alcanzan hoy valores  $I_{sp}$  de hasta más de 400 seg (la dimensión simplificada *segundo* se establece cuando —en correspondencia con la definición del  $I_{sp}$ — se divide «kg» por «kg por segundo»). Con los reactores, este valor alcanza, debido a sus mayores temperaturas, magnitudes de hasta 900 seg. Pero según los análisis efectuados, la nave de Ezequiel es posible únicamente cuando se disponen de valores  $I_{sp}$  de 2 000 seg o más. Éste es el motivo por el cual actualmente

no somos capaces todavía de construir una nave igual. Podemos, sin embargo, estar ahí dentro de pocos decenios. Todo depende de la intensidad de los medios económicos de que se dispongan para su desarrollo. Estas consideraciones nos sitúan en una relación nueva y *mucho más cercana con la nave bíblica*.

En la forma de la parte inferior de la nave hemos reconocido una reciente creación de nuestra propia época. Los más recientes adelantos en el campo de los materiales nos aseguran para el futuro considerables reducciones de peso. Podemos, por lo tanto, enjuiciar la confección de semejante nave espacial, ya que hoy podemos construirla, con excepción del reactor. A una altura aproximadamente igual que la del reactor se halla en la parte externa la tobera de cuello anular. En principio está construida como cualquier otro motor de cohete. La diferencia consiste esencialmente en su disposición.

Los motores convencionales ofrecen una sección circular. La construcción de la tobera de cuello anular se basa en la idea de trocar la sección circular por una sección anular. Con ello aumenta ciertamente el diámetro del motor, pero se logra una reducción radical de su longitud. Se reduce con ello considerablemente la altura total de la nave. Como además se puede adaptar el diámetro de la tobera al de la construcción principal, resultan nuevas simplificaciones y reducciones de peso.

Por encima de la tobera está enclavado el radiador. Es muy difícil calibrar su tamaño, o sea la superficie que ocupa, ya que de hecho no conocemos ni el reactor ni un posible sistema supletorio de refrigeración. Pero no cabe duda de que para el radiador se requiere una superficie muy considerable. En consecuencia, el radiador ofrecerá una notoria expansión hacia arriba, y formará una parte de la superficie aerodinámica.

Por otra parte, podemos calibrar con bastante seguridad las temperaturas a las que trabaja el radiador. Consideraciones básicas sobre propiedades de los materiales, nos permiten calcularlas entre los 1 000 y los 1 300 °C. Esto es importante porque demuestra que el radiador permanece en estado incandescente durante su funcionamiento.

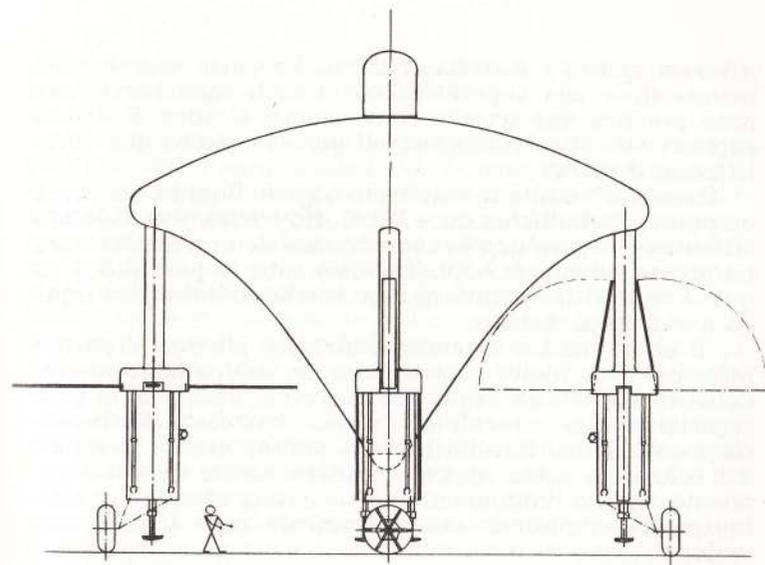
Y aprovecho estos últimos datos para permitirme un interesante inciso para aquellos que quieran y sepan leerlo, recordándoles que Fulcanelli, en su *Misterio de las catedrales*, nos describe entre otros los motivos esculpidos en el pórtico del Salvador de la catedral de Amiens. El denominado «fuego de rueda» se refiere, en opinión de Jourdain y Duval, de Ruskin, del abate Roze y de Georges Durant, a la profecía de *Ezequiel*, y concretamente a su vi-

sión de las ruedas. Junto a este motivo está el de la «cocción filosófica».

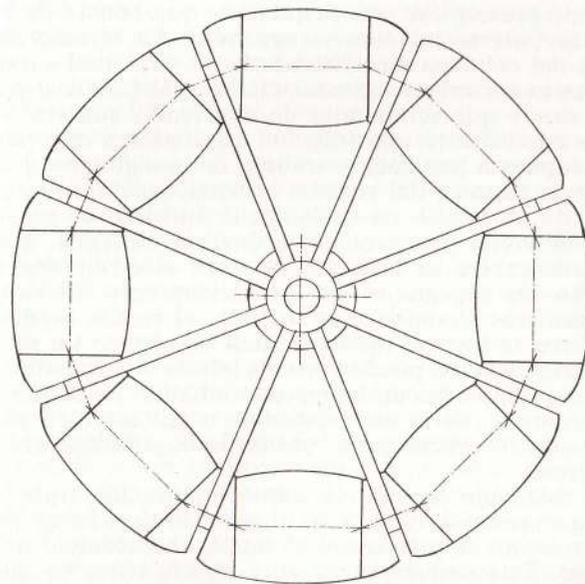
«La iglesia es más bien un atañor que parece descansar sobre *cuatro pies*», escribe Fulcanelli —que como Niclaus Flamel, es un alquimista fundamentalmente distinto a los demás—, quien pocas líneas más adelante afirma que «el motivo de Amiens es fruto del simbolismo hermético y representa la cocción, así como el aparato *ad hoc*» y, luego, lo que más nos interesa aquí: «se hace necesario mantener una temperatura próxima a los 1 200 °C» (!). Amiens se refiere a la visión de Ezequiel. Josef F. Blumrich también, y da precisamente para el radiador de la nave de Ezequiel una temperatura de 1 000-1 300 °C (!). Pero caeríamos en el hermetismo. Dejémoslo.

Como hemos visto hasta ahora, la parte inferior de la nave espacial está expuesta —hasta una distancia presuntamente considerable de la «punta»— durante el funcionamiento del reactor y de la tobera a temperaturas altas. La misma región soporta temperaturas similares durante el vuelo de frenado a través de la atmósfera. Pero entonces no está en funcionamiento el reactor, por lo que las superficies correspondientes no se ven afectadas por el calor del reactor ni de la tobera, pudiendo así absorber el del vuelo de frenado. Esta doble función de una de las partes más complicadas del aparato es muy importante para su manejo y rentabilidad. Su disposición es un verdadero prodigio.

Lo más cerca posible por encima del reactor se halla el tanque de combustible. La amplitud del espacio intermedio queda determinada por instalaciones necesarias entre el tanque y el reactor: la válvula principal en el conducto del combustible, la turbobomba y el escudo protector de las radiaciones. La válvula retiene el combustible en el tanque mientras el reactor permanece inactivo, abriéndose cuando entra en funcionamiento. Entonces la turbobomba lanza combustible en la cantidad y con la presión precisas al reactor. El escudo protector se encarga de proteger a la tripulación, en la cabina, de las radiaciones perjudiciales del reactor. El escudo debe ser especialmente grueso en la dirección en que las radiaciones pueden alcanzar a la cabina, pudiendo ser más delgado y, por lo tanto, ligero en las demás direcciones, en que raramente se encontrará un tripulante, y si lo hace, será por breve tiempo. El tanque de combustible ocupa la mayor parte del volumen de la nave espacial. Comienza por encima del reactor y llega más allá de la cota del diámetro máximo del cuerpo principal hacia arriba. Su contorno se adapta esencialmente al perfil cóncavo del lado externo. Entre éste y el tanque se hace imprescindible una separación para albergar el armazón, las



Representación técnica de la nave vista por Ezequiel, en interpretación del ingeniero de la NASA Josef F. Blumrich.



Detalle de la «rueda en rueda» descrita por Ezequiel y desarrollada y posteriormente patentada por el ingeniero Josef F. Blumrich, de la NASA.

tuberías, cables y material aislante. La parte superior del tanque tiene una superficie considerable, que haría muy poco práctica una sección convencional elíptica. Podemos suponer con absoluta seguridad que se empleó una construcción especial.

Como carburante se emplea hidrógeno líquido, que tiene un punto de ebullición de  $-253^{\circ}\text{C}$ . Hoy existen ya sistemas aislantes que permiten la conservación de una temperatura tan extremadamente baja. También cabe la posibilidad de que el recipiente contuviera una mezcla de hidrógeno líquido e hidrógeno helado.

El último de los sistemas vitales que alberga el cuerpo principal es el motor central para los cuatro helicópteros. Constituye éste otra exquisitez más en el diseño de la nave espacial: una sola fuente de energía abastece a dos beneficiarios distintos. Resulta que los helicópteros y el motor del cohete no están nunca simultáneamente en funcionamiento a pleno rendimiento, por lo que la energía del reactor puede emplearse alternativamente para uno u otro motor.

El principio auténtico por el que se rige el propulsor central no se puede determinar con precisión, pero se basa indudablemente en la transformación de la energía térmica del reactor en energía eléctrica, que a su vez se aplica al movimiento mecánico rotativo de los rotores.

Puede presumirse una instalación que consta de turbogenerador, electromotores y engranajes. La transformación directa del calor en electricidad da, en el actual estado de nuestros conocimientos, instalaciones más pesadas; pero es de presumir que un tiempo de desarrollo suficiente hará posible en el futuro una solución que reduzca este peso.

La supuesta instalación trabaja de la siguiente manera: la energía térmica del reactor acciona, mediante la evaporación de un medio no definido, la turbina; el generador acoplado a ella proporciona la energía eléctrica, que por medio de cables se transmite a unos electromotores que accionan los engranajes de los helicópteros. El vapor se condensa tras abandonar la turbina; el medio líquido que se obtiene se inyecta mediante una bomba en un recipiente, a partir del cual puede volver a iniciar su recorrido. Para la condensación puede haber un radiador instalado en la parte superior de la nave espacial, como también es posible que se aproveche para este fin la baja temperatura del hidrógeno.

La obtención de energía y la condensación trabajan en circuitos cerrados: aparte de fugas mínimas en el sistema hermético, no se pierden ni el medio mencionado ni el hidrógeno. Esta deducción es muy significativa, ya que nos

muestra que la nave dispone, dentro de la atmósfera terrestre, de un plazo de vuelo ilimitado.

b) LOS HELICÓPTEROS. Lo más notable de estos sistemas tan vitales para la misión de la nave espacial es la absoluta ausencia de detalles no familiares: en toda su construcción no encontramos nada que esté fuera de nuestros conocimientos y posibilidades actuales. La posición de la horizontal de los rotores en relación con el cuerpo principal requiere una construcción de enlace en forma de columna, entre el punto de sujeción en el borde exterior del cuerpo principal y el helicóptero. Las cuatro unidades se revelan además como los elementos naturales para el apoyo de la nave sobre el suelo. Si bien las patas de aterrizaje y las ruedas se hallan a considerable distancia por debajo del plano de los rotores. Debe haber, por lo tanto, otra instalación de soporte entre el plano de los rotores y las ruedas. Esta instalación ofrece una posibilidad ideal para el emplazamiento de cohetes direccionales y de sus correspondientes tanques de combustible. En la parte inferior queda además un hueco para la rueda retráctil. Los estudios realizados han demostrado que los cohetes direccionales han sido aplicados al lado del cilindro que da al cuerpo principal de la nave. Además se hallan adosados al cilindro unos brazos mecánicos teledirigidos.

El rotor consta de cuatro paletas, que en estado de reposo pueden plegarse por pares hacia arriba y abajo. Este reparto en principio no complicado, pero sí un tanto especial de las paletas en estado de reposo, evoca la pregunta por su fundamento técnico. Una parte de la respuesta resulta de la posición de los helicópteros durante el vuelo de frenado: las paletas del rotor no plegadas, especialmente las dirigidas hacia afuera, estarían expuestas a fuerzas de aire desmesuradamente violentas. La solución de un plegado por pares, en dos direcciones, se hace comprensible al observar los rotores, después del aterrizaje, en posición de reposo. Mientras, parados los rotores, las paletas se hallan desplegadas, dos o por lo menos una de ellas están muy cerca del radiador. Pero éste conserva todavía su plena temperatura de trabajo, por lo que las paletas están expuestas necesariamente a sus irradiaciones. Incluso empleando materias adecuadas no podría evitarse la deformación de las paletas, con lo que el rotor permanecería inservible durante algún tiempo. Para evitar estos problemas las paletas deben ser alejadas de las cercanías del radiador. Sólo puede hacerse esto mediante desplazamiento o plegado. Pero si las cuatro paletas colgaran hacia abajo, siempre permanecería todavía una expuesta en todo su lar-

go y ancho al calor del radiador. Las dos paletas contiguas muestran sólo su superficie mínima a la radiación térmica: se hallan en la posición más idónea posible en situación de paletas colgantes. Pero la posición desfavorable de la cuarta paleta puede evitarse plegándola hacia arriba en vez de hacia abajo.

En cambio, cuando el rotor está en funcionamiento, las fracciones de cercanía de las paletas con el radiador son mínimas y la misma rotación en el aire refrigera a las paletas, estableciéndose un equilibrio térmico con un aumento mínimo de la temperatura. Este estado se puede tener en cuenta —si es que es imprescindible hacerlo— en el momento de calcular las paletas, su forma y los materiales con que se fabrican. El cuerpo cilíndrico del helicóptero queda expuesto completamente al calor por uno de sus lados; pero puede protegerse suficientemente con materiales y con un diseño adecuados.

La gran diferencia entre el número de revoluciones del rotor y del motor principal exige la mediación de un engranaje. Al estar situado en este caso el motor principal por encima de los rotores, también el engranaje quedará emplazado por encima del plano de éstos. Por razones aerodinámicas y de protección contra el calor y la suciedad, el engranaje se recubre de una funda. Esta es necesariamente bastante irregular, ya que en algunos puntos debe amoldarse a los contornos del engranaje; además precisa para los parachoques y palancas de la dirección de las paletas pequeñas aperturas. Finalmente, la funda precisa, para cada una de las paletas que se pliegan hacia arriba, una profunda hendidura. Estos detalles no tienen mayor importancia técnica, pero sí tienen una influencia marcada en alguien que —como Ezequiel— no tuvo ningún tipo de relación técnica frente a lo que vio.

Hasta ahora sólo hemos venido hablando siempre de un solo plano de rotores. Pero es posible que en realidad las paletas girasen por pares en dos planos superpuestos diferenciados. Esta variación depende del tipo de compensación del momento de arranque de los rotores. Los cohetes direccionales tienen, como en el caso de los vehículos de la serie «Apolo», la misión de conferir a la nave, en vuelo, ligeras modificaciones de rumbo o de posición.

De 2 a 4 brazos teledirigidos están sujetos por debajo del rotor, en la parte externa. En posición inactiva cuelgan hacia abajo. Cada brazo se compone de brazo, antebrazo, codo, muñeca y mano. Para aumentar su longitud de alcance, el brazo y el antebrazo son extensibles a la manera de un telescopio. Cerca del hombro y de la muñeca existen muy posiblemente unos ojos de observación remota que

permiten ver la posición y el movimiento de la mano. El control y accionamiento del brazo se lleva a cabo desde la cabina de mando.

Cada pata de aterrizaje consta de un sencillo amortiguador recto, que bajo presión se contrae a modo de un telescopio, y de un pie redondo en forma de disco. Éste, al repartir la toma de contacto con tierra sobre toda la superficie del disco, evita el hundimiento de la pata en el suelo. La parte inferior del pie tiene forma ligeramente abombada, para poder en caso necesario deslizarse, como por ejemplo en un aterrizaje con fuerte viento lateral. Blumrich subraya que precisamente la exacta descripción de estos pies en el texto bíblico fue lo que le incitó a un estudio más extensivo del aparato visto por Ezequiel. Lo que leyó tuvo un significado inmediato para Blumrich, que años atrás había trabajado personalmente en la confección, construcción y ensayos de presiones de tales «pies».

Las ruedas permiten un rodaje en cualquier dirección, sin necesidad de giro. Esta complicada condición se realiza de forma asombrosamente simple. Imaginemos la cámara de un neumático: rueda según sabemos en la dirección frontal o inversa. Pero si giramos la cámara lateralmente sobre sí misma, se moverá la rueda perpendicularmente a la dirección habitual. Combinando adecuadamente ambos sistemas la rueda puede desplazarse en cualquier dirección deseada. El modelo más sencillo que resulta al transformar este principio en una construcción funcional presenta una serie de segmentos de forma de barril, que se conectan al cubo de la rueda por medio de rayos. Las direcciones de rodaje se establecen por una parte por el giro de la rueda alrededor de su cubo, y por otra por el giro de los segmentos sobre su propio eje.

Veamos ahora el significado de los «ojos», mencionados en el texto bíblico. Si los segmentos de la rueda poseyeran una superficie lisa, el roce entre la rueda y el suelo sería mínimo. Para aumentar este roce, o, mejor dicho, la resistencia al deslizamiento, la superficie precisa un perfilado. Pero la resistencia es necesaria en dos direcciones: en el plano de la rueda y verticalmente al mismo. La solución más sencilla y a la vez efectiva la ofrecen pequeños apliques en forma ligeramente cónica, repartidos por toda la superficie de los segmentos. Para posibilitar una más fácil penetración en el suelo, estos apliques pueden ser huecos; mostrarán entonces, en su extremo libre, un oscuro agujero. Vistos desde cierta distancia, está plenamente justificada la comparación de estos agujeros con «ojos».

Cabe mencionar que la solución y construcción desarro-

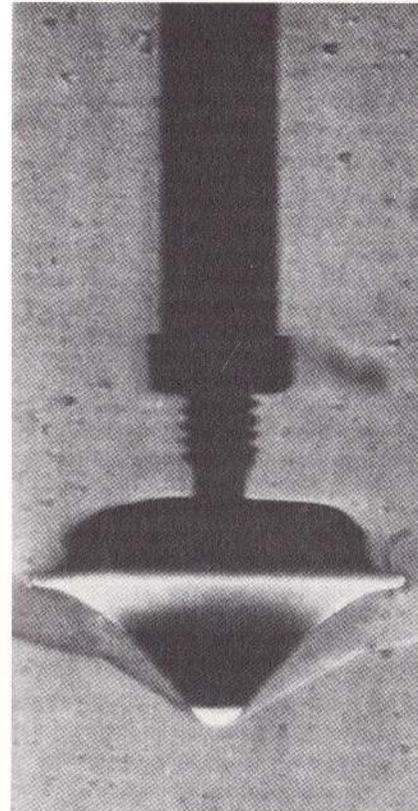
llada por Blumrich para estas ruedas está actualmente patentándose en Estados Unidos.

Volviendo a la unidad del helicóptero como conjunto, queda todavía la siguiente reflexión. El efecto de frenado aerodinámico de la parte inferior del cuerpo principal presupone que éste se halle en una corriente de aire libre. La cercanía de los helicópteros malograría este efecto. Además, éstos se verían expuestos a violencias de aire y a temperaturas para las que sólo podrían ser construidos tras superar serias dificultades. Por lo tanto, los helicópteros son inservibles para el vuelo de frenado y deben ser eliminados para la duración del mismo. Incluso esta exigencia aparentemente extremada halla una solución asombrosamente sencilla.

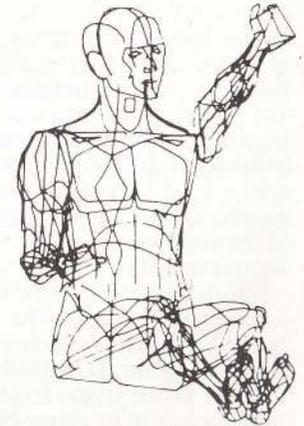
Como ya vimos, los puntos de sujeción de los helicópteros están localizados muy cerca del diámetro máximo del cuerpo principal. De modo que los helicópteros pueden girarse muy fácilmente hacia arriba. Con esta disposición entra la nave en la atmósfera terrestre. En esta posición los helicópteros se encuentran, desde un punto de vista dinámico-técnico, detrás del cuerpo principal, cuyo efecto de frenado aerodinámico alcanza así su punto álgido. La formación constructiva de las articulaciones y mecanismos precisos para esta inversión de posiciones no ofrece dificultades radicales.

Esta inversión tiene una consecuencia interesante relacionada con los cohetes direccionales. Cuando los helicópteros están abajo, o sea en posición de trabajo, podríamos inclinarnos a suponer que los cohetes direccionales están situados en su lado externo, con respecto al cuerpo principal. En su posición doblada hacia arriba se hallarían entonces bastante cerca de la cabina de mando. Esta cercanía podría llegar a ser peligrosa para los tripulantes. Pero debe considerarse todavía otro punto: en la versión elegida es posible disponer de tal forma los cohetes direccionales en los helicópteros, que en las dos posiciones finales tengan la misma separación respecto al centro de gravedad de la nave espacial. El piloto tiene así la sensación de un efecto «de timón» siempre igual al accionar los pequeños cohetes, lo que significa un alivio considerable. La necesaria conversión de señales eléctricas es fácilmente practicable. Los cohetes direccionales pueden accionarse también, naturalmente, durante el proceso de inversión de la posición de los helicópteros.

La disposición elegida de los cohetes direccionales posibilita, pues, el empleo continuado de un único sistema de dirección durante todas las fases de vuelo. Saltan a la vista la sencillez, seguridad y economía de esta solución.

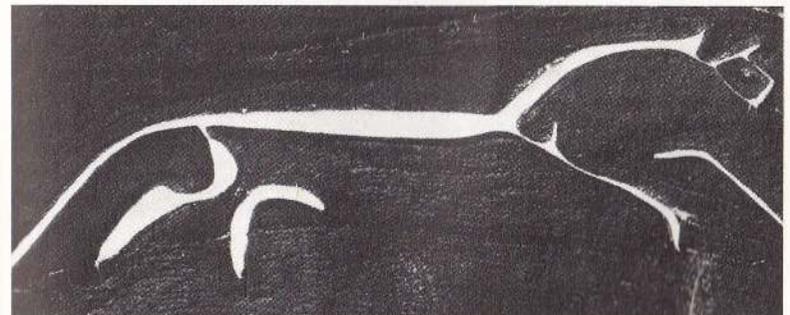


La parte inferior de la nave descrita por Ezequiel y desarrollada por el ingeniero Blumrich, en su fase de ensayo en el canal aerodinámico en el centro de experimentación de la NASA en Langley (USA).



Al muñeco biológico fabricado por los «hacedores» no se le concedió más que una mínima parte del saber.

Este gigantesco caballo blanco, de 110 metros de longitud, se halla grabado desde tiempos inmemoriales en el suelo de Uffington, en Inglaterra.



c) LA CABINA DE MANDO. La cabina de mando se encuentra en el centro de la parte superior del cuerpo principal y, por consiguiente, en el punto más elevado de la nave espacial. Consta de una parte cilíndrica de unos dos metros de diámetro cuyo extremo superior está abovedado a modo del fondo de un depósito. La cubierta exterior está formada de un material sintético parecido al vidrio. En la parte superior existe una escotilla por la cual los tripulantes pueden abandonar la nave. En el piso de la cabina una escotilla similar establece contacto con el interior de la nave.

La cabina forma un módulo que puede desprenderse de su almacén de apoyo; le es dado entonces alejarse volando, con energía propia, de la nave espacial y regresar otra vez a ella. Este proceso puede ser controlado tanto por una conducción directa como por conducción remota. La impulsión para tales vuelos la proporcionan unos cohetes de gas frío. Es posible que esto parezca un tanto fantástico, por lo que debemos puntualizar que tales posibilidades no integran ningún elemento que no exista hoy, al menos en menor escala.

A causa de esta facultad de vuelo autónomo, la cabina está provista tan sólo de los elementos más imprescindibles. La parte principal del equipo está albergada debajo de ella en la nave principal; todas las instalaciones de la cabina están conectadas automáticamente con ella cuando está unida a la nave espacial, o sea, cuando no vuela con autonomía.

En la cabina de mando se encuentran, por lo tanto, solamente los dos o tres asientos para la tripulación, el equipo necesario para la conducción, los instrumentos y los aparatos de emisión y recepción. Normalmente, el abastecimiento de atmósfera adecuada se efectúa a través de la instalación principal, y sólo para casos de emergencia existen pequeños respirómetros.

Exceptuando los asientos, las demás instalaciones ocupan muy poco espacio. Las condiciones de visibilidad son por lo tanto excelentes, y por ello también se aprecia perfectamente, desde fuera, el interior de la cabina.

*El piloto.* Ezequiel se refiere al piloto como de forma vagamente humana. A pesar de su demostrada capacidad de observación extremadamente detallista, no parece haber notado nada digno de mención. Puede suponerse pues que el piloto tiene realmente el aspecto de un «hombre humano», no distinguiéndose tampoco en su tamaño del promedio de los hombres de aquella época. Pero sí repara Ezequiel en la vestidura del piloto, que tiene una superficie dorada o cobriza y brillante. Nuestros trabajos actuales

nos permiten saber que con ello se relaciona una intención de aislamiento y protección contra temperaturas excesivamente elevadas.

El piloto está dotado de un aparato que le permite el vuelo autónomo. Esta facultad especial es significativa en varias fases de su viaje: una vez aterrizada la nave puede desplazarse así, a través de la escotilla superior, hasta el suelo.

También empleará el aparato para superar y esquivar sobre el terreno cualquier irregularidad de éste o algún peligro imprevisto. Puede también, en cualquier momento, regresar volando a su cabina. En vuelo no acelerado fuera de la atmósfera, el aparato es práctico para efectuar inspecciones y reparaciones en la superficie de la nave espacial.

Al atracar en la nave nodriza, la cabina es captada seguramente por una antecámara de aire, a través de la cual el piloto puede penetrar en la nave nodriza. Su pequeño aparato impulsor, que ya le fue útil sobre la superficie terrestre, se convierte en necesidad incondicional en el caso de que el proceso de atraque normal se vea obstaculizado por algún imprevisto. En tal caso de emergencia el piloto abandonará la cabina a través de la escotilla superior, desplazándose, en vuelo, hacia la nave nodriza. Naturalmente debe llevar, para todas las operaciones en el vacío, su traje espacial, pero no por ello se ve obstaculizada la función de su aparato de propulsión.

Las características descritas de este aparato y de sus posibilidades no son en modo alguno exageradas ni fantásticas. Hace ya bastantes años que se construyeron y ensayaron aparatos voladores de este tipo para vuelos terrestres. Sabemos también que en plan experimental se emplearon artefactos mucho menos potentes en vuelos espaciales pasados. Pero queda claro que nuestras construcciones actuales representan tan sólo los primeros pasos, y que en un futuro podrán construirse aparatos mucho más reducidos, pero evidentemente más potentes y prácticos.

Además, el piloto está provisto, siempre que abandona la cabina, de un transmisor de radio. Con un aparato adicional puede desprender por control remoto a la cabina de la nave, y guiarla a su antojo.

Hasta aquí este resumen de la exhaustiva investigación y de los meticulosos estudios realizados por uno de los más destacados ingenieros espaciales de la NASA, tomando como referencia los textos bíblicos en que Ezequiel nos narra sus visiones. Quiero destacar una vez más, ahora con este nuevo respaldo, la desconcertante cercanía del aparato descrito por Ezequiel, con respecto a nuestra propia tec-

nología espacial. Ezequiel nos describe nuestros propios ensayos. Pero lo hace —¡y vive!— hace más de dos mil años.

## DIOS ES AL'LAH Y MAHOMA SE LO CREE

Al'lah, el único, el que nos exige exclusiva, temor y adoración, se identifica en lo básico con Yahveh, el único, el que nos exige exclusiva, temor y adoración. Como ya dijera Goethe, «si esto es el islam, ¿no somos todos musulmanes?».

Porque la comedia, perfectamente tramada, continúa ahora en el país de Saba, el de los Sabios, tan entrañable para los cabalistas, cuyo caballo vuela más que cabalga hasta Jerusalén y hasta incluso la lejana Avalon, en donde está plasmado en gigantesco grabado blanco en el suelo de Uffington.

El contactado es en esta ocasión un hombre realmente extraordinario, Muhammad Ibn Abdallah, descendiente de la familia principal de la tribu de Quraix, si bien analfabeto como la inmensa mayoría de los habitantes de La Meca. Próximo a cumplir los cuarenta años, este hombre es contactado para ser convertido en el profeta Mahoma.

Fue en una serena noche del 17 de Ramadán del año 609 de la era cristiana, mientras Mahoma estaba entregado a la meditación, aislado en una gruta del Hira, cerca de La Meca, cuando se le apareció un ángel (recordemos de los textos bíblicos la identificación de los ángeles con los emisarios) que le dijo: «Yo soy Gabriel, el ángel enviado por Dios para comunicarte que has sido elegido para que le anuncies a la humanidad su mensaje revelado.» Y lo primero que le revela este emisario al recién instituido profeta («contactado», en nuestro argot ufológico del siglo xx) fue lo siguiente (*Corán* XCVI, 1-5): «¡Predica en el nombre de tu Señor, el que te ha creado! Ha creado al hombre de un coágulo. ¡Predica! Tu Señor es el Dadivoso que ha enseñado a escribir con el cálamo: ha enseñado al hombre lo que no sabía.»

Pero, aparte de enseñarnos lo que no sabíamos, el Dadivoso también recalca en el *Corán* (Sura XVII o del *Viaje nocturno*, 85): «No se os ha concedido más que una mínima parte del saber.» Comunicación que automáticamente nos remite al Libro del Consejo de los quichés, el ya mencionado *Popol-Vuh*, cuyos Dominadores, al otro lado del gran Océano, también *construyeron* al ser humano, al hom-

bre, para que éste los adorara y los invocara, ya que sin este detalle de vanidad su creación, su *fabricación*, no resultaba completa y, más aún, carecía de sentido. El primer muñeco formado no hablaba, por lo cual no los invocaba, motivo por el que fue destruido. Como afirma el Libro del Consejo: «No tenían ni ingenio ni sabiduría, ningún recuerdo de sus *Constructores*, de sus *Formadores*; andaban, caminaban sin objeto. No se acordaban de los Espíritus del Cielo; por eso decayeron. Solamente un *ensayo*, solamente una tentativa de humanidad.» Al segundo intento, les salió un hombre tan inteligente, de tan perfecta comprensión, que temieron que supiera y viera demasiado, lo que no les convenía a Los de la Construcción, a los *Poderosos del Cielo*: «No está bien lo que dicen nuestros *construidos*, nuestros *formados*. Lo conocen *todo*, lo grande, lo pequeño», dijeron. Por lo tanto, celebraron consejo. «¿Cómo obraremos ahora para con ellos? ¡Que sus miradas no lleguen sino a poca distancia! ¡Que no vean más que un poco la faz de la Tierra! ¡No está bien lo que dicen! ¿No se llaman solamente *Construidos*, *Formados*? Serán como dioses, si no engendran, si no se propagan, cuando se haga la germinación, cuando exista el alba; solos, no se multiplican. Que eso sea. Solamente *deshagamos un poco* lo que quisimos que fuesen; no está bien lo que decimos. ¿Se igualarían a aquellos que los han hecho, a aquellos cuya ciencia se extiende a lo lejos, a aquellos que todo lo ven?», fue dicho por los Espíritus del Cielo, Dominadores, Poderosos del Cielo. Así hablaron cuando *rehicieron* al ser de su *construcción*, de su *formación*. Entonces fueron petrificados ojos por los Espíritus del Cielo, lo que los veló como el aliento sobre la faz de un espejo; los ojos se turbaron; no vieron más que lo próximo, esto sólo fue claro. Así fue *perdida* la *Sabiduría* y toda la *Ciencia* de los cuatro hombres, su principio, su comienzo. Así primeramente fueron *construidos*, fueron *formados*, nuestros abuelos, nuestros padres.» De esta forma, para evitar que supiera y que viera demasiado, se corrigió a este segundo prototipo de hombre, para conformar definitivamente a la raza humana actual, previo ajuste de clavijas y recorte de su capacidad de comprensión. Así, no se nos concedió más que una mínima parte del saber. Exactamente igual que, más allá del vasto océano, nos lo cuenta la Sura XVII del *Corán*, libro sagrado de los celadores de la Caaba, que vimos quedaba también citada en el libro sagrado de los quichés (!).

Este pasaje del *Corán* en que se nos hace saber que nuestra facultad de comprensión de la realidad ha sido deliberadamente limitada, figura como dijimos en la Sura XVII, *El viaje nocturno*, cuyo título refleja lo sucedido en

una de las dos grandes noches que los musulmanes conmemoran en recuerdo de las dos principales revelaciones vividas por Mahoma.

En ésta hubo de por medio un singular *viaje*, en el que Mahoma, montando la yegua *al-Borak*, jumento gris plateado, *brillante y veloz como el rayo* —que la tradición representa como un ser *alado*, con cara de mujer, cuerpo de caballo y cola de pavo real—, y guiado por un *ángel* según narra la tradición islámica, se traslada por *vía aérea* a un lugar distante (*Corán*, XVII, 1): «Loado sea quien hizo *viajar* a su siervo, *por la noche, desde la Mezquita Sagrada hasta la Mezquita más remota*, aquella a la que hemos bendecido su alrededor, para hacerle ver parte de nuestras aleyas. Ciertamente, Él es el Oyente, el Clarividente.»

La yegua *al-Borak* tiene todos los números para ser equiparada al *veloz* y dorado carnero *volador* Crisomalo, que ya vimos al hablar de los dióscuros Cástor y Pólux, en la mitología griega.

Pero regresemos a la primera noche mágica de nuestro Muhammad Ibn Abdallah, aquella en que el arcángel Gabriel *descendió* del cielo hasta la cueva en la que estaba meditando en solitario el futuro profeta, al que —de acuerdo con la tradición islámica— mostró un rollo para que lo leyera. Muhammad le insiste en que no sabe leer, por lo que Gabriel le fue dictando las palabras precisas. Mientras Muhammad las iba repitiendo, el arcángel fue desapareciendo. El ya instituido profeta Mahoma, confuso y temeroso por aquel impresionante encuentro, salió de la cueva para regresar a su casa, cuando al poco rato de echar a andar escuchó una voz que le llamaba. Levantó la mirada y vio *en el cielo una gigantesca figura*, similar a la del arcángel, imagen que fue multiplicándose hasta cubrir todo el horizonte. Algo similar fue lo que en abril de 1982 vieron cuantos se hallaban en la bahía de La Habana, en Cuba. De repente apareció en el cielo de dicha bahía una imagen de la Virgen, blanca como la nieve, que desapareció tan repentinamente como apareció. Todo indica que se trataba de un holograma proyectado desde un submarino estadounidense hacia el cielo de la capital, como más adelante tendremos ocasión de analizar.

Y ya que hablamos aquí de la Virgen, veamos el sorprendente testimonio que de su concepción, muy poco milagrosa, nos da el mensaje revelado del *Corán* (XIX, 16-22): «Y recuerda en el Libro a María, cuando se alejó a un lugar oriental y tomó, lejos de ellos, un velo. Le enviamos nuestro Espíritu, y éste tomó ante ella *la forma acabada de un mortal*. Ella exclamó: “¡En el Clemente me refugio contra ti, si eres piadoso!” Respondió: “Ciertamente, yo

soy *el enviado* de tu Señor *para darte un muchacho puro*.” Ella dijo: “¿Cómo tendré un muchacho si no me ha tocado un mortal y no soy ligera?” Respondió: “Así ha hablado tu Señor: Eso es fácil para mí y lo pondremos como aleya entre los hombres y como misericordia procedente de Nos. Es asunto decidido.” *Ella quedó encinta* y se retiró con el niño a un lugar apartado.»

Otro revelador pasaje del *Corán* es el que nos refiere la Sura LIII, titulada *El astro* (1-18): «¡Por el astro cuando se oculta! ¡Vuestro contríbulo no anda descarrado ni equivocado! No habla por vicio. Es una inspiración que le inspira, que le ha enseñado un *Ángel*, forzado, poderoso e inamovible. Estaba en el *horizonte más elevado*: luego se *acercó* y *quedó suspendido*, habiéndose colocado a *dos arcos o menos*. Inspiró a su siervo, Mahoma, lo que inspiró. El corazón de Mahoma *no engaña* acerca de lo que vio. ¿Dudaréis por él por lo que ve? Ciertamente, le ha visto *descender otra vez* junto al azufaifo de al-Muntaha; a su lado está el jardín de al-Mawa, cuando cubría al azufaifo *lo que le cubría*. La mirada de Mahoma no se desvió *ni se desbordó*: vio *la mayor de las aleyas* de su Señor.» Sin el menor ánimo de desconsideración, permítaseme comparar este pasaje con cualquier noticia periodística de nuestros días, que comunique que el señor Muhammad asistió anoche a las evoluciones de un impresionante objeto volante, y que deje traslucir la incredulidad de las gentes y la consecuente insistencia del señor Muhammad en reafirmar que realmente vio lo que vio, y que él no tiene necesidad de engañar a nadie.

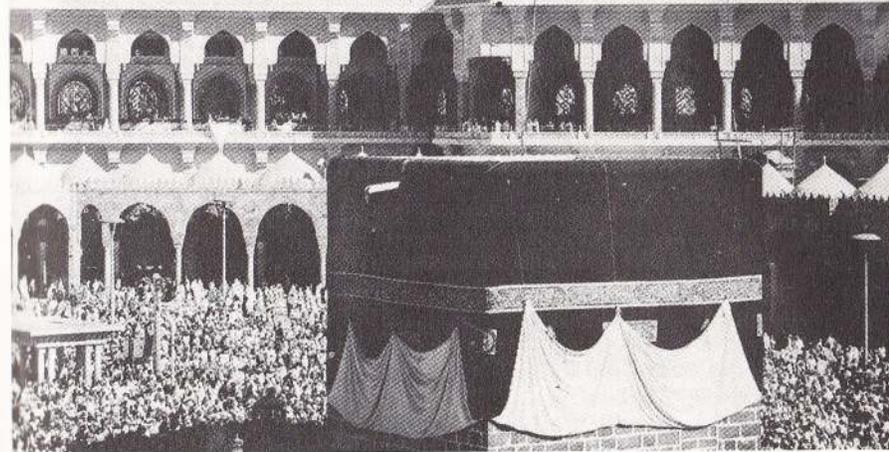
En esta citada crónica de un avistamiento cercano, se alude a la presencia de un *Ángel*, una vez más. O sea, de un *mensajero* de fuera de nuestro planeta. En la Sura *La Vaca* queda claramente especificado que es *Gabriel* el *ángel* encargado de contactar con Mahoma (II, 9): «Di: ¿Quién se declarará enemigo de *Gabriel*, si es él quien, con permiso de Dios, depositó *en tu corazón, ¡oh Profeta!*, la Revelación que confirma las anteriores, como guía y buena nueva para los creyentes?» Y este mismo Gabriel aparece también en el principio del establecimiento del gran santuario musulmán, la Caaba, que también mencionaban, como vimos, los indios quichés preamericanos. En efecto, en el centro de la Gran Mezquita de La Meca se halla el santuario de la Caaba. Cinco veces al día, millones de musulmanes de todo el mundo se vuelven hacia este santuario mientras recitan las oraciones prescritas. Según la tradición, la Caaba fue construida por Abraham (Ab-Ram = el hijo de Ram) y su hijo Ismael. Y la Hayar al-Aswad, o *Piedra Negra*, situada en el ángulo orien-

tal de la Caaba, aproximadamente a metro y medio del suelo, fue llevada a Abraham por el ángel Gabriel. Demasiado recadero volante aparece también aquí, en el origen de la fe islámica, que en el curso de quince siglos se ha colocado en el tercer lugar del ranking mundial de las grandes religiones, detrás de los budistas chinos y de la Iglesia católica. Setecientos millones de personas creen hoy que Al'lah —del que sólo tienen noción a través de lo que predicó un humano, Muhammad Ibn Abdallah, en base a lo que le dictó un mensajero volante, Gabriel— se identifica con la esencia de Dios. Realmente, los Poderosos del Cielo son hábiles psicólogos.

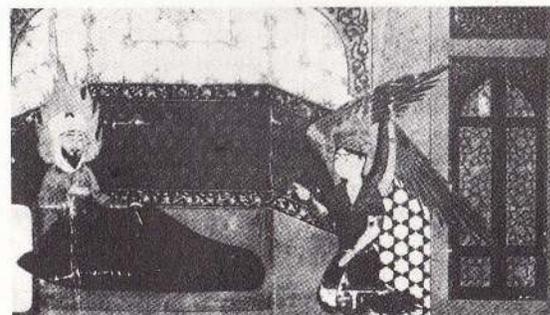
### EN UNA URNA DE CRISTAL

Con el rostro vuelto aún más hacia el oriente, descubriremos en épocas remotas más prodigios y contactos con seres de fuera, con los Constructores de que nos hablaban los quichés, que también conocían, como vimos, la senda del Oriente. Resulta que los quichés son una de las tribus de la gran familia maya. Y este concepto, *maya*, es el comodín o, mejor, el *leitmotiv* o, mejor aún, el módulo insertado en nuestra memoria ancestral humana para codificar al crisol en el que se enlaza biológicamente al ser humano con otros seres cósmicos. Desde los indios de las Indias hasta los indios de la India —pues con toda premeditación el esfuerzo de Colón no se destinó a descubrir unas tierras ya descubiertas, sino a establecer la *identidad* entre los indios en cuya búsqueda oficialmente zarpó y aquellos otros indios a los que halló en su camino—, pasando por Europa y el Medio Oriente, se repite invariable este concepto para atrapar en una bien urdida tela de araña planetaria al muñeco creado: a ti, lector.

Así, en un muy somero repaso, nos daremos cuenta de que *Maia* es en la mitología griega la amada de Zeus, al igual que amada de Yahveh es la virgen del mes de mayo, María, en la acepción egipcia *mri.t + yām*. María-Maya es la amada de los dioses. (Sé que me estoy alejando geográficamente del oriente y que me voy de lo tangible a la cábala lingüística, pero me parece importante aquí dentro de este juego de lentes de aproximación y de lentes de visión panorámica del conjunto de nuestra historia que mencioné al explicar el propósito de este libro.) Bien, *Maia* es la amada de Zeus, que en griego significa «dios», *Theos*. Pero re-



Cinco veces al día millones de musulmanes en todo el mundo se vuelven hacia este edificio (la Kaaba), que —en el centro del patio de la Gran Mezquita de La Meca— alberga en su ángulo oriental la Hayar al-Aswad o Piedra Negra que, de acuerdo con la tradición, el ángel Gabriel le trajo a Abraham. Desde este mismo lugar habría ascendido Mahoma a lomos de la yegua «al-Borak», que, veloz como el rayo, le transportó a Jerusalén.



Mahoma recibe una revelación del arcángel Gabriel (miniatura persa).

sulta que en el idioma de los aztecas, íntimamente vinculados con la familia *maya*, este *Theos* (dios) griego es *Teo*. *Teull* llamaban a Cortés, *Teotihuacán* se llama aún la ciudad de los dioses y *Teocalli* el santuario. Por otra parte, la *Maia* griega era la hija mayor de *Atlas*, que a su vez era hijo de Japeto y de una hija de *Océano* (te ruego, lector, que no pierdas el hilo). *Atlas*, a su vez, se casó con la oceánica *Pleyone*, de cuyo matrimonio nacieron las *Pléyades*, cuyas raíces proceden del griego *πλεην* («plein» = navegar), y que forman una constelación entre cuyas estrellas figuran precisamente *Maia* y *Atlas*. *Atlas*, de acuerdo con Homero, era conocedor de todos los abismos del mar siendo, bajo este aspecto, padre de Calipso (la profundidad de las aguas = lo oculto), e hijo de una ninfa del Océano y de Poseidón. Queda patente que el *Atlas* griego es un dios rodeado de agua por todas partes. Pero es que resulta que la raíz *atl* del nombre *Atlas* se encuentra también en el idioma náhuatl —hemos hablado de *Quetzalcóatl*, por ejemplo, el dios fructificador y serpiente emplumada que huyó *por los aires*— de los aztecas, que ocuparon los territorios *mayas*, en relación con la divinidad y significando precisamente «agua». Pero aún hay más: sabido es que *Atlas*, en la mitología griega, fue castigado por Zeus a sostener sobre sus hombros la *bóveda celeste*. Pues bien, en el código Borgia hallamos idéntica figura en la imagen de *Atlanteotl*, antigua representación preamericana que lleva el *cielo* sobre su cabeza (!).

*Atlas*, en Centroamérica como en Europa (con el Atlántico por medio), es invariablemente agua, océano, mar. *Maia* es su hija. Y los iniciados saben que el «rocío (agua) de mayo» es la *humedad* vivificadora del mes de *María*, que en la traducción jeronimiana latina del hebreo «miryam» es la «*stilla maris*» = «gota del mar» = «*María*».

Y ahora sí nos vamos ya al oriente, puesto que todo esto allí no les viene de nuevo. Unos quinientos años antes de que la contactada y predestinada *María* se esmerara en Palestina en conservar su virginidad, una tocaya suya, *Maya*, formulaba en las estribaciones inferiores del Himalaya idéntico voto de castidad, habiendo conseguido que su marido no la obligara a cumplir los deberes conyugales, al igual que sucediera con José y *María*. De acuerdo con las leyendas que los biógrafos del futuro Buda aducen, *Maya* vio en sueños cómo éste entraba en su seno bajo la forma de un elefante blanco. Madurada por existencias anteriores, su esencia espiritual había alcanzado tal madurez que ya no necesitaba de la fecundación paterna para tomar carne en el vientre de una mujer. Con lo cual, lector, puedes sumar a los cuerpos previa y premeditadamente

«adecuados» de Ana y de *María*, éste de quien lleva el mismo nombre, *Maya*. También en su caso, los *dioses* veían por ella y por el precioso embrión que habría de ser el Buda. Al avanzar la gestación de *Maya*, su cuerpo se hizo transparente y el bebé era claramente visible en su seno «como una imagen en una urna (recipiente) de cristal». *Maya* encarna así la viva imagen del *crisol*. Al igual que siglos más tarde en el *crisol* (cuerpo) de su tocaya *María* *crystaliza* al *Cristo*, en una magna operación alquímica presidida por el sello mágico de la estrella. Toda una hábil fabricación que al humano crédulo se le ha revestido de cómoda divinidad, y deja de preguntar.

Y observa, si no, lector, cómo aquella palmera mecánica preparada en el desierto, aquella que se inclinaba hasta las manos de *María*, recién nacido Jesús, la conocen las tradiciones budistas también. Así, en el último mes de su embarazo, *Maya* (= *María*) decide visitar su casa paterna en Devadaha. Su marido Suddhodana ordenó que se aplanara y decorara el camino desde Kapilavatsu, en donde se hallaban, hasta Devadaha. Cuando todo estuvo *dispuesto*, *Maya* viajó a Devadaha en un palanquín dorado. En el camino había un bosquecillo de árboles *Śāla* conocido por bosquecillo de Lumbinī. *Maya*, viendo los hermosos árboles florecidos, deseó descansar un rato en aquel lugar, por lo que les pidió a los portadores del palanquín que la llevaran hasta allí. Mientras estaba disfrutando la fragancia de las flores y los agradables sonidos que emitían pájaros y abejas, se *sintió* atraída por la belleza de una *rama* —(recuerda lector que una *rama* de la palmera mecánica de *María* fue transportada por un *emisario* al cielo)— cargada de flores. Repentinamente, la *rama se inclinó por sí sola* —(en una maniobra idéntica a la de la palmera mecánica de *María*)—, y mientras *Maya* (= *María*) alarga su mano para asirla, da a luz a su hijo sin daño ni polución.

¡Soberbia alquimia cósmica! Date cuenta, lector, que en el momento de nacer el Buda, en el momento de *crystalizar* en el aludido recipiente de *crystal* (= *crisol*) que es *Maya* (= *María*) el producto de la obra que los Poderosos acaban de construir, pende sobre esta obra el árbol *Śāla*. ¿Y qué pende siglos después sobre el *Cristo* en el momento en que *crystaliza* en el *crisol* que es *María* (= *Maya*)? Como vimos ya, lo que ahí pende —exactamente encima— es el *sello mágico* de la *estrella*. Y el *sello mágico* de la estrella no es otro sino el *sello de Salomón*. En palabras bastante más claras, *María* es exactamente lo que su nombre indica: la *gota de mar* (agua) en la que *crystaliza* la *sal*. La misma *humedad* vivificadora albergó el cuerpo (= *crisol*) de *Maya* (= *María*), y ya dijimos que los iniciados la

conocían por «rocío de Mayo». «Frères de la Rosée Cuite» (Hermanos del Rocío Cocido) son los auténticos iniciados que se esconden tras la pantalla romántica de la aparente Rosa Cruz. La conjunción (la cruz marca un lugar concreto) en que cristaliza la obra (momento simbolizado por el florecimiento de la rosa). Trabajan con los Constructores, los Formadores, los maçons. No los que reparten folletos, sino los que trabajan en el silencio. Aquellos que sólo se reconocen por sus obras, no por sus biografías.

## EL ARQUITECTO DEL UNIVERSO

Por un sendero inédito, *Maya* nos llevó hasta los *Constructores*. ¡Los mismos *Constructores* que invocaban los *mayas* en el Libro del Consejo Quiché! ¿Y cómo se llamaba «El que lo fabrica todo», «El gran arquitecto del universo», «el constructor de los asuras»? Nos lo aclara el *Mahâbhârata*, la gran epopeya escrita en lengua sánscrita entre los siglos I antes de nuestra época y IV d. de J.C. Allí, en el *Sabha-parvan* (3, 6-10), leemos que *Maya*, el arquitecto de los asuras, había proyectado para Yudhisthira, el mayor de los pandavas, una maravillosa sala de asambleas en oro, plata y otros metales que, *tripulada* por ocho mil obreros, fue *trasladada al cielo*. Cuando Yudhisthira preguntó al sabio Narada si con anterioridad había sido construida otra sala tan majestuosa, Narada contestó que *salas celestes* similares existían efectivamente para cada una de las divinidades Indra, Yama, Varuna, Kuvera y Brahma. Según el sabio Narada, la sala de reuniones de Indra era un espacio *volante* realmente inmenso, cuyas medidas, expresadas en unidades actuales, alcanzaban los 16 km de alto, por 1 200 km de largo y 8 km de ancho.

Narada, el gran sabio de la antigua tradición, explica que «la ciudad de Indra permanecía ininterrumpidamente en el espacio. Estaba construida enteramente de metales y contenía edificios, viviendas y plantas. Las entradas eran tan anchas que podían penetrar por ellas pequeños objetos voladores. La sala de reuniones de Yama tenía una longitud de 750 km, estaba construida de forma parecida, y disponía de todas las instalaciones para llevar una vida cómoda. Estaba rodeada de una pared blanca, que producía destellos cuando el vehículo se desplazaba por el firmamento. La sala de Varuna se hallaba bajo el agua y se *movía libremente* en las profundidades de los océanos» —(la

gran epopeya sánscrita nos está hablando, en la época de Jesús, de la existencia de submarinos)— «y tampoco aquí faltaban las comodidades de una vida lujosa. La sala de reuniones de Kuvera era la más hermosa de todo el *universo*. Medía 550 por 800 km, *pendía libremente en el aire*, y en su interior se encontraban palacios dorados. Pero el lugar de reuniones más deslumbrante era el de Brahma. Esta sala era la de más difícil acceso y constituía un verdadero espectáculo cuando *avanzaba por el universo*. Incluso el Sol y la Luna palidecían a su lado».

Mientras que las referencias a ciudades submarinas parecen completamente realistas, teniendo en cuenta la técnica actual, la descripción de gigantescas ciudades espaciales parece a primera vista fantástica, pero lo va siendo menos cuando hablamos con pilotos comerciales que aseguran haberse cruzado en vuelo con fortalezas volantes cuya altura alcanzaba la de una casa de cinco pisos, y cuando husmeamos en los proyectos espaciales para el futuro, y nos topamos con la colonia de Gerard O'Neill, Modelo III, por ejemplo, que plasma un proyecto de albergue espacial capaz de dar cabida a una población de dos millones de habitantes. «Desde el punto de vista del científico sólo puedo constatar que en los libros de que se compone el *Mahâbhârata* se describen por lo menos cinco de tales ciudades. Todas ellas construidas por técnicos capaces de permanecer años enteros en el aire. Estaban provistas de todas las comodidades, pero también de temibles armas. Para mí y para mis colegas no existe duda alguna» —escribe el director de Instrucción Pública del gobierno de Bengala Occidental y catedrático de sánscrito en Calcuta, doctor Dileep Kumar Kanjilal— «de que el término sánscrito "sabha" significa inequívocamente "reunión de personas". Pero resulta que en los textos sagrados, esta "reunión de personas" queda ubicada en el espacio exterior y citada en conexión con las divinidades celestiales. Tales salas de reunión rotatorias no se encontraban, con toda seguridad, en la tierra. Aun eliminando todas las exageraciones de las narraciones épicas, queda el hecho de que, aparte de las máquinas voladoras (*vimana*), el *Mahâbhârata* cita también objetos voladores artificiales de dimensiones gigantescas.»

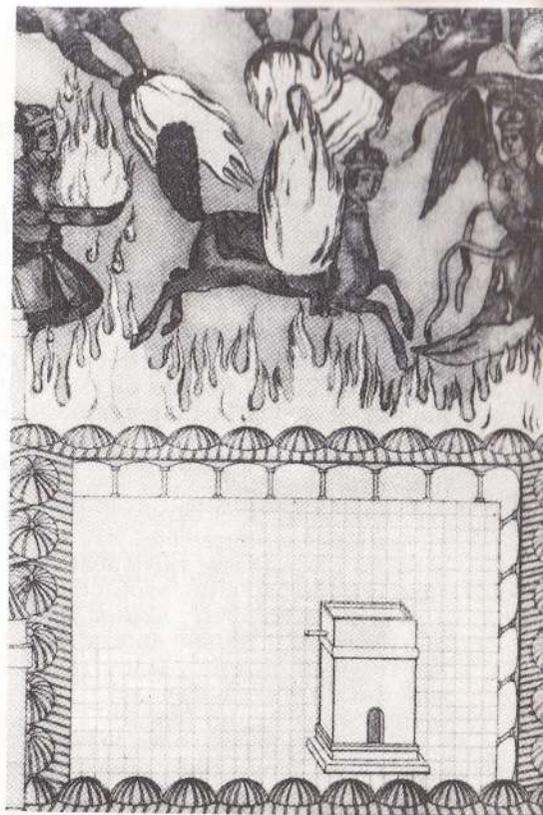
Sigue comentando el doctor Kanjilal que nuestra moderna tecnología no hace sino comenzar su acercamiento teórico al nivel de los mundos antiguos. Así, por ejemplo, el Departamento de Investigación Espacial de la Stanford University investiga la posibilidad de enviar una ciudad artificial en un momento futuro a una órbita alrededor de nuestro planeta. El proyecto del ya citado profesor Gerard O'Neill, del Instituto de Física de la Universidad de Prin-

ceton, ha calculado, por otra parte, que una ciudad satélite de este tipo, de 30 km de longitud, y con capacidad para un millón de habitantes, no es un proyecto en modo alguno irreal. La descripción de este tipo de ciudades voladoras o —mejor— flotantes en el espacio circunterrestre, aparece desde tiempos inmemoriales en las epopeyas de la India antigua, cuya autenticidad nadie pone en duda. «La dificultad sólo residía» —puntualiza el doctor Kanjilal— «en la exacta transcripción moderna de expresiones tales como “vaihayasi” (volar), “gaganacara” (aire) o “vimana” (objeto volador). Sólo la técnica moderna ha permitido una traducción razonable.»

Pero regresemos al texto del *Mahâbhârata*. En los capítulos 168, 169 y 173 del *Vanaparvan*, que forma parte de la citada epopeya, se describe de la siguiente forma lo que la interpretación tradicional explica como magna batalla entre el divino Arjuna y los «asuras», o demonios: «Arjuna ascendió al cielo para obtener de los seres celestiales armas divinas y aprender su manejo. En el curso de dicha estancia, Indra, señor del cielo, exigió a Arjuna que destruyera todo el ejército de los asuras. Estos treinta millones de demonios vivían en fortalezas situadas en las profundidades de los mares. Indra, señor del cielo, cedió a este efecto su propia nave espacial a Arjuna, pilotada por su diestro ayudante Matali. Dicha nave también era capaz de moverse bajo el agua. En la encarnizada batalla que siguió, los asuras provocaron lluvias torrenciales, pero Arjuna le opuso un arma divina, que logró disecar toda el agua. Los asuras fueron vencidos, y tras la batalla Arjuna descendió a las ciudades de los vencidos demonios. Quedó fascinado por la belleza y el lujo de las ciudades submarinas. Arjuna preguntó a Matali acerca de la historia de tales ciudades, y se enteró de que originalmente habían sido construidas por los dioses para su uso particular.»

Estamos tocando —comenzando a tocar— en aquella remota época el tema delicado y comprometido de los posibles habitantes no manifestados del planeta Tierra, de los que viven debajo del manto oficialmente habitado. Los iremos viendo aparecer de vez en cuando en este estudio, relacionados de alguna forma con los otros, con los que llegan de más allá de nuestra atmósfera. En el capítulo 102 del *Vanaparvan* puede leerse, además, que los asuras habían emergido de sus ciudades subterráneas, importunando por igual a humanos y a dioses. Cuando Arjuna regresó al cielo con su indestructible vehículo volador anfíbio, descubrió una fabulosa ciudad que se movía sobre su propio eje en medio del espacio: «La ciudad aparecía radiante, bella, llena de edificios, árboles y cascadas de agua. Poseía

Ascensión de Mahoma sobre la yegua «al-Borak», encima de la Kaaba.



Mahoma, montando la yegua voladora «al-Borak», y guiado por el arcángel Gabriel, visita el infierno (miniatura persa).



cuatro accesos, guardados todos ellos por vigías provistos de las más diversas armas.» Arjuna se informó acerca del origen de este magnífico conjunto celestial, y Matali le explicó que Brahma, personalmente, había construido esa *ciudad rodadora celestial*, llamada Hiranyapura (lo que significa «ciudad dorada»). Con motivo de que dos influyentes mujeres asuras, Kalaka y Puloma, habían hecho penitencia durante mil años, el creador Brahma les había permitido a los asuras habitar en dicha ciudad. Pero los asuras se fueron afincando y expandiendo en la ciudad, apartando con el tiempo de ella a los dioses. Y puesto que Arjuna de todas formas combatía a los demonios, Matali le urgió a que destruyera la ciudad rotadora. Cuando Arjuna se acercó a la plataforma espacial, los demonios se defendieron con potentes armas: «Se desencadenó una terrible batalla, en el curso de la cual la *ciudad espacial* fue violentamente lanzada a los aires, y luego de nuevo en dirección a la tierra, zarandeada de un lado a otro, sumergiéndose incluso a las profundidades marinas. Ya bastante avanzado el combate, Arjuna disparó un proyectil mortal que destruyó la ciudad entera en mil pedazos, dejando caer sus fragmentos sobre la tierra. Los asuras supervivientes salieron de entre las ruinas y siguieron combatiendo duramente. Pero Arjuna dio fin a la batalla con ayuda de la poderosa Pasupata. Todos los asuras quedaron aniquilados. Indra y los demás dioses celebraron a Arjuna como héroe.»

## LAS AVENTURAS DE RAMA

También en el *Ramayana*, el otro gran poema indio, se aprecian notables episodios que nos refieren la presencia de seres y de tecnologías que en modo alguno pueden identificarse con el ser humano y sus conocimientos en aquella época. La epopeya del *Ramayana* (de «Rama» + «ayana» = aventuras o hazañas de Rama), una de las más grandes obras maestras del genio humano, fue escrita en sánscrito —al igual que el *Mahābhārata*—, la lengua que solían hablar las clases sociales cultas, esto es, los doctores y sacerdotes hindúes, y se divide en siete libros que suman quinientos capítulos. De forma que aquí sólo reproduciré unas cuantas y brevísimas pinceladas de muestra de las alusiones que a seres con máquinas voladoras hace allí su supuesto autor, Valmiki.

En numerosos pasajes del poema aparece el fabuloso

carro volador Pushpaka. Descrito en las sargas VII y VIII de la Kanda V (Sundarakanda), leemos allí: «Brillaba como una *nube* atravesada por relámpagos, y era tal su esplendor que se le hubiera tomado por un *prodigioso carro arrastrado en los aires* [...] así se apareció al vanara aquel carro de colores tales como los de una *nube* de cambiantes matices, resplandeciente con el brillo de montones de joyas [...] contemplaba el enorme carro incrustado de perlas y diamantes y hecho de láminas de oro batido [...] estaba el carro parado en el camino de Vayu, que *conduce al cielo*, y *brillaba* como un jalón en la ruta de Aditya [...] no ofrecía diferencia alguna con los carros de los suras» —de cuya comparación deducimos que los carros volantes eran habituales, y no piezas únicas— [...] «Dirigiase en los sentidos que su conductor quería [...] así era] el carro Pushpaka, espléndido como ninguno.»

En la sarga CXXI de la Kanda VI (Yuddhakanda), Vibhishana pone este carro a disposición de Rama: «En un día, ¡oh príncipe!, te haré llegar a esa ciudad. Hay un carro llamado Pushpaka, brillante como el sol [...] ese divino y maravilloso carro llega adonde se quiere [...] su suelo estaba incrustado de cristales, y tenía grandes asientos de esmeralda [...] aquel indestructible vehículo, *veloz como el pensamiento* [...] aquel carro Pushpaka, grande como una montaña, que se *transportaba por sí solo adonde se quería*.» En la sarga XV de la Kanda VII (Uttarakanda), se vuelve a describir al carro Pushpaka afirmando de él que estaba dotado de *aire acondicionado*: «El Indra de los rakshasas... se apoderó del carro Pushpaka [...] *Rápido como el pensamiento*, iba adonde se quería y *cambiaba de forma* a voluntad en su *vuelo aéreo*» (como tantos testigos de OVNI afirman de éstos en nuestros días)... «Todo elemento deseable entraba en su construcción y era de insuperable magnificencia. *Ni caluroso ni frío, en todas las estaciones era cómodo*.» En la sarga CXXII de la Kanda VI —la recién citada Yuddhakanda—, Rama invita a Sugriva con sus vanaras y a Vibhishana, rey de los rakshasas, con sus ministros, a desplazarse en el carro Pushpaka a Ayodhya, que fuera real residencia del padre de Rama. Fue todo un asombroso viaje espacial: «Y en el divino Pushpaka se sentaron alegremente Sugriva con sus vanaras y Vibhishana con sus ministros. Ya instalados todos, el maravilloso vehículo de Kubera, a una orden de Raghava, *se lanzó al espacio*. En aquel carro que tirado por hamsas, *brillaba en los aires*, Rama se sentía transportado de alborozo; y tenía el aspecto del propio Kubera. Y los vanaras, rikshas y rakshasas viajaban felices y cómodos en el divino carro.» En la sarga siguiente (CXXIII), Rama explica

—cual guía turístico— los lugares que *sobrevuelan* a la princesa Sita: «Al mandato de Rama, aquel vimana sin par, tirado por hamsas, *se lanzó con gran fragor al espacio*» —(como nuestros aviones, como nuestros cohetes)— «y dirigiendo sus miradas a todos lados, Rama, Alegría de los Raghus, dijo a Sita, la princesa de Mithila, de rostro como la luna: “Sobre la cumbre del Trikuta, análogo al Kailasa, mira, Vaidehi, la ciudad de Lanka, construida por Vizvakarman. Mira ese campo de batalla cubierto de lodo y sangre, en el que hubo, Sita, gran mortandad de haris y raksahasas.”» Etcétera.

Recuerde el lector que al citar la narración llamada *Tránsito de la bienaventurada Virgen María*, vimos que cantidad de patriarcas acudieron *sobre una nube* y se manuvieron Enoch, Elías y Moisés entre el cielo y la tierra *en carros de fuego*, esperando la llegada de Jesucristo. Hasta que llegaron doce carros, conducidos por emisarios inúmeros, que *hirieron los ojos con gran resplandor*, y Jesucristo apareció *en un carro* rodeado de serafines. A continuación, la Virgen *ascendió sobre carros de fuego* y en medio de *una gran luz*. Recuerdo sumariamente este pasaje al lector, ya que exactamente la misma imagen nos la narra Valmiki en la penúltima sarga de su *Ramayana* (Uttarakanda, sarga CX): «Y Brahma, Abuelo de los mundos» —lo cual le identifica esotéricamente con el padre Abraham de los judíos (Abrahm y Brahma son cabalísticamente el mismo personaje)— «*con todos los dioses* y magnánimos rishis, cubiertos de adornos, acudió al encuentro de Kakutstha, que se aprestaba a *elevarse al cielo*. Centenares de kotis de *carros divinos le acompañaban*. El espacio se revistió de celeste *esplendor*, y apareció una inigualable *claridad* producida por el *brillo* y la gloria propias de los *bienaventurados*.»

Para finalizar ya esta breve exposición de extractos del *Ramayana*, aportemos aún algunas citas que figuran en la sarga I del Sundarakanda, que refiere la partida de Hanumat, dispuesto a descubrir el paradero de Sita, esposa de Rama, raptada por Ravana, quien, «en un *carro mágico*» (Pushpaka) «se la llevó *por los aires*».

### *El mono volador*

El mono Hanumat era «como un brasero de temblorosas llamas», que se «preparaba para *franquear el espacio*». Al partir, tan ardoroso fue su impulso, que los árboles que crecían en las montañas quedaron desarraigados y, agitados sus ramas, voltearon en el aire *como torbellinos*, mien-

tras Hanumat «se precipitó *en el espacio*, bajo el cielo immaculado». «El mono Hanumat era como un *monte* de maravilloso aspecto; *brillaba como una nube*» —pero acabamos de leer que el cielo estaba *inmaculado*— «y parecía una *montaña* cubierta de khadyotas; dijérase que fuera, en su marcha, una *nube ascendente*, recamada de *relámpagos*.» «La nariz *cobrizada* del mono, transmitiendo a su rostro análogo matiz, hacíale parecer el disco solar cuando se acerca el crepúsculo.» «Mientras el gran mono *volaba* sobre las olas, *el aire contenido en las cavidades de su cuerpo producía los ruidos de una nube de tormenta*; y hubiera podido compararse con un meteoro que, con su luminosa cola, desde las regiones superiores se precipitara, *atravesando el espacio*.» «El muy grande y glorioso kapi, que recorría el sendero de los vientos sin detenerse, parecía como un *monte alado*...», etcétera.

Saque el lector sus conclusiones. Hanumat no podía ser, desde luego, un mono... Más bien parece tratarse de un *objeto volante*. La crónica que nos lo detalla figura como dije en el poema indio del *Ramayana*, aparecido hace más de dos mil años...

El propio poema dice que Rama era poseedor de «*sae-tas mágicas que hienden el aire* iluminándolo “con un brillo igual al de los grandes meteoros”»; que Rama y su hermano Lakshmana encuentran a un hijo de Lakshmi, «al que una maldición de Indra había encerrado en el cuerpo de un monstruo», y que al aparecer ante los dos hermanos «recobró su *forma celeste*»; que se libraban combates en los que se empleaban «*armas encantadas y dardos mágicos*; dardos impetuosos como el relámpago, y tan ardientes que parecía que el Sol, la Luna y los planetas caían del firmamento en llamas», formando un «terrorífico espectáculo».

## LOS ASTRONAUTAS DEL SANSKRITO

Un resumen completo de la presencia de aparatos y seres voladores en los textos sánscritos lo ofreció el ya citado profesor Dileep Kumar Kanjilal en su conferencia dictada en 1979 en Munich (Alemania Federal), ante los miembros de la Ancient Astronaut Society.

Afirmaba allí el profesor Kanjilal que los cantos vedas —los más antiguos testimonios de que disponemos sobre la primera literatura indoaaria— dan cuenta de la vida, del

carácter y de la esencia de los dioses. Al principio, esos dioses eran sólo 33 y estaban agrupados en tres categorías: los dioses del aire, los de las alturas medias y los de la región atmosférica. Veremos a continuación las capacidades de estos dioses, tal y como quedan expuestas en los vedas, los upanishads y los puranas. La cuestión del origen del mundo, del origen de los dioses y de la humanidad entera, e incluso la de los primeros nacidos y de los acontecimientos anteriores, se halla relacionada siempre en los vedas con la existencia sobrentendida de una magnífica civilización humana muy anterior a la época de los vedas, cuyos textos más antiguos se remontan hasta el año 5000 a. de J.C. Acerca de estos tiempos hablan numerosas leyendas incluidas en los puranas. Los vedas y los puranas narran la historia de la creación como sigue: el universo estaba envuelto en tinieblas, invisible, inescudriñable, irreconocible, de modo que estaba totalmente sumido en el sueño. Entonces se manifestó el dios todopoderoso, invisible, existente por sí mismo, que —para poder ser visto y reconocido— creó este universo con los cinco elementos y con todas las demás cosas, ahuyentando las tinieblas... Lleno de anhelo y deseoso de crear a partir de sí mismo otros seres, creó primero el agua y depositó en ella una semilla. Esta semilla se desarrolló y formó un huevo de oro del que nació él mismo, el padre original de todos los mundos, en forma de Brahma. Brahma se escindió a sí mismo en un cuerpo de hombre y otro de mujer. De la pareja así creada nació un ser llamado Virât, que a su vez creó seis —y según otra doctrina diez— divinidades, denominadas prajāpâtis. La primera de estas divinidades engendró con once de sus mujeres dioses, asuras (demonios), los objetos estáticos y dinámicos, seres divinos y semidivinos, los hombres, etc. La primera mujer de Prajâpati parió los dioses, y siete de las otras mujeres todos los restantes seres vivos. Como se ve, tanto los dioses como los asuras fueron creados por uno y el mismo padre.

Durante largo tiempo convivieron en armonía. Pero cuando el número de asuras fue en aumento, cambió su manera de ser, se volvieron altivos, descarados y penderos, hasta que entablaron la guerra con los dioses y los expulsaron del cielo. Acaudillados por Agni, el dios del fuego, los 33 dioses originales atravesaron la atmósfera y llegaron a la Tierra. Tocaron primero un lugar desierto y yermo, hasta que atravesaron los mares y llegaron a orillas del río Asmanvati, en la India. El aspecto mayestático —pero con la piel bronceada— de los dioses, así como sus extrañas vestimentas y la sorprendente forma de su llegada asombraron a los mortales que vivían en la Tierra. A pesar

Miniatura persa que muestra que muestra un carro volador.



M.A.O.

LC

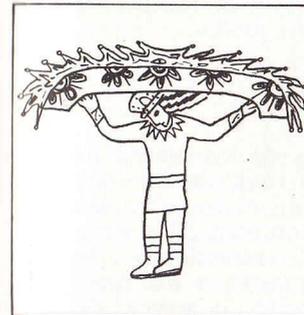
618



FAB

las

1984



Atlanteotl llevando el cielo sobre su cabeza, según figura en el Códice Borgia.

Alejandro Magno explora el cielo volando en una barca portada por animales alados, ante la mirada deslumbrada e inquieta de sus soldados.



de ello, los recibieron amistosamente. El famoso comentarista védico del siglo XIV Sayanâcârîya ya dijo en sus exégesis que los dioses llegaron a la Tierra desde lo más alto del cielo y que Writra, el caudillo de los asuras, había combatido en los aires con Indra, señor del cielo. La encarnizada lucha entre los dioses y los poderes demoniacos continuó, y en no pocas ocasiones los demonios se vieron precisados a buscar cobijo en las cuevas *subacuáticas* de los mares. Cuando los dioses fueron derrotados, se sometieron a estricta penitencia para pedir la bendición del sumo espíritu de la creación, bendición que finalmente obtuvieron. El *Rigveda* contiene relatos que hablan de la derrota y humillación de los dioses. Algunos dioses fueron arrojados a profundos pozos, otros encarcelados. En la larga y encarnizada lucha entre dioses y demonios, los asuras fueron obligados finalmente a retirarse y a buscar protección en Pâtâla (= el «país inferior», que algunos identifican con Sudamérica). Los humanos ayudaron muchas veces a los dioses en la lucha contra los asuras, y de este modo fue desarrollándose la amistad entre ambos.

Los vedas relacionan la primera aparición de los dioses con Sumeru, el Polo Norte, mientras que las fuentes literarias citan repetidas veces el Himalaya. El *Rigveda* da cuenta de que tras la derrota total de los demonios y con el establecimiento de la paz en la Tierra volvieron al cielo 22 dioses, quedando sólo 11 en la Tierra. Según el *Sâma-veda*, que data aproximadamente del año 3000 a. de J.C., los dioses regresaron al cielo «en el momento justo».

### *No sudaban ni parpadeaban*

En lo referente a las propiedades físicas de los dioses, el *Mahâbhârata* dice que eran seres que no sudaban, que sus ojos no parpadeaban, sus pies no tocaban el suelo, y sus vestimentas no se descolorían. Aunque también ellos estaban sometidos al ciclo del nacimiento, el crecimiento y la desaparición, alcanzaban edades que llegaban a los doce mil años y más. Sin embargo, su aspecto era siempre el de un hombre de veinticinco años. De aspecto radiante, su lengua era el sánscrito. Pânini, famoso gramático del siglo V a. de J.C., emplea las raíces *stana* y *gada* para reproducir los sonidos empleados por los dioses.

Según las directrices dramáticas del *Nâtîyasastra* de Bharata, redactadas 200 años a. de J.C., los dioses no muestran pena ni tristeza, por lo que en los dramas que muestran acciones con tristeza y pena no pueden actuar personajes que representen a las divinidades. Como resi-

dencia de los dioses se citan lugares como el Himalaya y el Vindhya, y se relata que a los dioses les iba muy bien el clima de la India. El *Nâtîyasastra* exige también que en las representaciones teatrales en las que se representan luchas entre dioses y demonios debe emplearse un escenario de 33 metros para estar acorde con la enorme estatura de tales seres (recuerde el lector cuanto hemos apuntado con referencia a los gigantes en el apartado «La raza cruzada»). Los dioses se diferenciaban claramente de los arios, y sobre la base de los datos existentes es legítimo suponer que llegaron a la Tierra procedentes del cielo. Para este «descendimiento» se emplea una palabra especial: «awata-*ra*».

Abundando en el tema de las razas cruzadas, la procedencia extraterrestre de los dioses y sus contactos carnales con mujeres terrestres, que con frecuencia tuvieron consecuencias, quizá podrían ser tenidas como invención de los textos védicos y del *Mahâbhârata*. Pero si nos remontamos a la historia de la iconolatría en la India, nos topamos con dos importantes obras, el *Kausitaki* y el *Satapatha Brahmana* (aproximadamente 500 años a. de J.C.), que dan cuenta de las imágenes de los dioses. Demuestran que los dioses fueron seres corpóreos, que por medio de sus retratos no cayeron en el olvido. Un historiador tibetano del siglo XVII, el lama Taranatha, demuestra con ayuda de tradiciones antiguas que ya en el siglo VI a. de J.C. estaba viva en la India la tradición del arte escultórico, creado por los dioses.

### *Sus naves*

La pregunta que ahora inevitablemente surge es ésta: ¿cómo llegaron los dioses a través de la atmósfera a la Tierra, según nos lo relata el Sâyana? No lo sabemos, pero los antiguos habitantes de la India a buen seguro conocían alguna forma de *vehículo volador*. El *Yajurveda* habla sin rodeos de una *máquina voladora* utilizada por los asvins (dos físicos que eran gemelos) de los dioses.

La palabra *vimana* como sinónimo de máquina voladora aparece en el *Yajurveda*, en el *Ramayana*, en el *Mahâbhârata*, en el *Bhagavata Purana* y en la literatura clásica. La palabra *yantra* significa «aparato mecánico» y también es frecuente en la literatura sánscrita. Un *vimana* es una variante de aparato mecánico que imita el vuelo de las aves. Por lo menos veinte pasajes del *Rigveda* hacen referencia al artefacto volador de los asvins, descrito como de tres pisos, triangular y provisto de tres ruedas, con capacidad

para tres pasajeros. Estaba construido con los tres metales oro, plata y hierro, y disponía de dos alas. Su velocidad era tan rápida como el pensamiento, y podía moverse por tierra, por el agua y *por los aires*. Con ayuda de esta máquina voladora los asvins salvaron también al rey Bhujyu, que había naufragado. El *Matyasastra* de Bharata narra que no sólo los dioses, sino también otros seres *sobrehumanos celestiales* empleaban tales artefactos.

El mecanismo es descrito detalladamente en diversas obras, como por ejemplo en el *Vaimânika Sastra* de Bharadjava, en el *Samaranganasutradhara* y en el *Yuktikalpataru* de Bhoja (del siglo XI d. de J.C.). Se dice que otros dieciséis textos describen también el mecanismo de los *vimanas*, pero hasta el momento no han podido ser encontrados.

El *Vaimânika Sastra* es una colección de apuntes, cuyo núcleo procede del sabio Bharadvaja y se remontan hasta el siglo IV a. de J.C., mientras que el resto procede de transmisiones orales. Todos estos escritos fueron redescubiertos en 1875, antes incluso de la hazaña de los hermanos Wright. Como dice el propio Bharadvaja, este texto es una versión resumida. Describe el tamaño y las principales piezas de los diversos artefactos voladores, cómo se gobernaban, qué particularidades había que tener en cuenta en los vuelos prolongados, cómo había que proteger al aparato ante fuertes tormentas y rayos, cómo había de efectuarse un aterrizaje forzoso, y cómo había que cambiar la fuerza propulsora por la energía solar cuando escaseara el combustible. Bharadvaja remite a unas setenta autoridades y diez expertos de la ciencia y de la *aviación protohistórica* de la India.

De acuerdo con el *Samaranganasutradhara*, originariamente fueron construidos cinco artefactos voladores para las cinco divinidades Brahma, Vishnú, Yama, Kuvera e Indra. Más tarde fueron muchos más. A grandes rasgos hubo cuatro tipos de *vimanas*: *rukma*, *sundara*, *tripura* y *sakuna*. Estos cuatro tipos básicos estaban divididos en 113 submodelos, que apenas se diferenciaban entre sí. De los cuatro tipos, los *rukma* eran dorados y de forma cónica, los *sundara* eran brillantes y tenían forma de cohetes, los *tripura* tenían tres pisos, y los *sakuna* tenían forma de ave.

El mayor por su longitud es el modelo *sakuna*, que consta de 25 partes: plataforma base, mástil hueco, bornes de tres ruedas, calefactores de cuatro caras, tubos de aspiración de aire, abrigo de refrigeración, tanque de combustible, caldera con generador de energía, máquinas de impulsión, indicadores de dirección, dos alas, motor frontal y colectores solares. Los *rukma* y *sundara* poseen el mismo equipamiento de los *sakuna*, pero con los siguientes com-

plementos: chimenea, motor a gas, tubos metálicos, ventilador y una capa exterior de un tipo especial de hierro. El modelo *tripura* se obtiene uniendo tres bandas independientes entre sí. Con la primera se puede viajar por tierra, con la segunda sobre y *bajo el agua*, y con la tercera por el aire. Los tres primeros tipos de máquinas voladoras se fabricaban con varias variantes de hierro denominadas «*rajalo*», mientras que el *tripura* estaba fabricado con hierro «*trinetra*». La planta baja de este último tipo tiene dos metros de altura y 30 de ancho, con un grosor de 1 metro. La base dispone de ruedas retráctiles y extensibles, que incluso pueden ser recogidas.

La primera planta tiene 25 metros de ancho y 2 de altura. Empleado como vehículo anfibio, es preciso sellar las aberturas por las que pasan las ruedas con algodón aislante.

La segunda planta tiene 21 metros de ancho por 2 de alto, con un grosor de 15 centímetros. Aquí se encuentran los aparatos para la protección contra la lluvia, las tormentas y determinadas corrientes de aire. Este libro ofrece igualmente datos detallados sobre la carlinga, los compartimientos de carga, los asientos, así como sobre el sistema de aireación y las ventanillas.

Pero la parte quizá más interesante de esta maquinaria es el lugar ocupado por el generador de electricidad solar. El *Vaimânika Sastra* señala que deben fabricarse ocho tubos de un cristal especial, capaz de absorber los rayos solares. Y luego describe con exhaustivos detalles una máquina para almacenar la fuerza de los rayos solares.

Los problemas básicos de la navegación aérea —como son el impulso necesario para la elevación, el mantenimiento de una propulsión homogénea y el control del aparato— quedan contestados extensamente por el *Amaranganasutradhara*. En lo referente al combustible líquido, la citada obra hace referencia a dos tipos: el mercurio y el *rasa*, del que hoy en día aún no sabemos exactamente a qué hace referencia.

Cuatro jarras llenas de mercurio se colocan en las cuatro esquinas de la máquina en forma de pájaro. Con ayuda de fuego de leña, se calienta cuidadosamente el mercurio. El artefacto se alzaría por la presión hacia arriba del mercurio así calentado y por el empuje hacia atrás de los vapores de salida. El movimiento de las alas y la capa de aire mantienen al artefacto en vuelo. El *Samaranganasutradhara* ya ofrece una clara idea de lo que la mecánica moderna denomina «*momento*», y en esa obra se discute acerca de diferentes formas de velocidad y movimiento, así como sobre su empleo para diferentes fines mecánicos. El

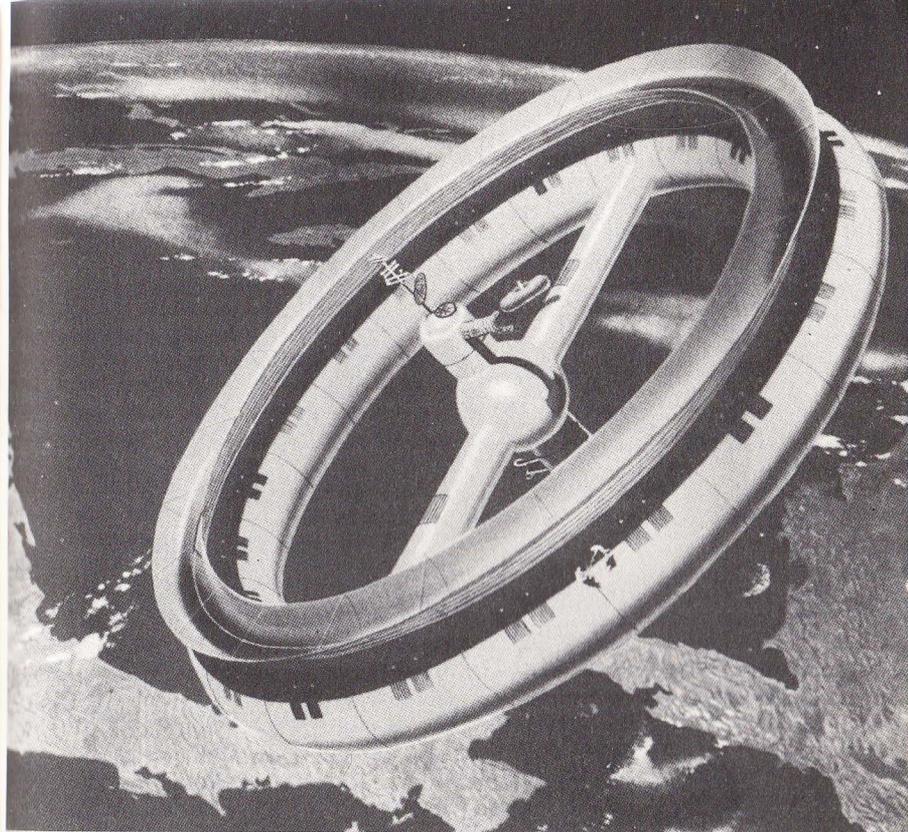
autor también tenía ya idea del secreto del efecto de la palanca y del empleo del recubrimiento mecánico de protección. Esos gigantescos artefactos voladores *parecidos a las aves* eran capaces de *elevarse a enormes alturas*. Al hacerlo, desarrollaban un *enorme estruendo* y dejaban un *rastro de humo*.

Resulta interesante comprobar que el *Vaimânika Sastra* describe el empleo de una serie de aceites, y que la elevación, el descenso y las emocionantes maniobras en el aire eran posibles gracias a la *fuerza de los motores*. El *Yuktikalpataru* nos informa también sobre la construcción de tales artefactos metálicos. Pero en un punto el *Samaranganasutradhara* se diferencia de todos los demás textos: propone para el fuselaje de estos artefactos voladores una especie particular de madera ligera. Todos estos detalles de aparatos voladores en la India antigua serían simples cuentos de ayas o simples leyendas, si no encontráramos la confirmación a través de los textos de los vedas y de los textos clásicos. Hemos citado ya los aparatos voladores de los asvins. También la descripción del carro Pushpaka en el *Ramayana*, cuyo aspecto era el de una pequeña montaña que culminaba en forma puntiaguda. Vimos cómo Rama, acompañado de Sita y otros viajeros, *sobrevolaba* el sur de la India haciendo de guía turístico al describir los lugares que estaban *sobrevolando*.

Habiendo dejado atrás el campo de batalla —pasaje que ya mencionamos en su momento—, los afortunados viajeros sobrevolaron en el Pushpaka las montañas y los bosques y alcanzaron Kiskindhya, cerca de la actual Hyderabad, en donde aterrizó el artefacto para que subiera a bordo otro grupo de damas del palacio Sugriva. Luego el viaje prosiguió por encima de la meseta central de la India y del lago Pampa, sobre el bosque Dandaka y el río Ganges, hasta que al fin aterrizaron en Ayodhya. En el *Raghuvamsam* de Kalidasa (siglo II a. de J.C.), la descripción resulta todavía mucho más viva.

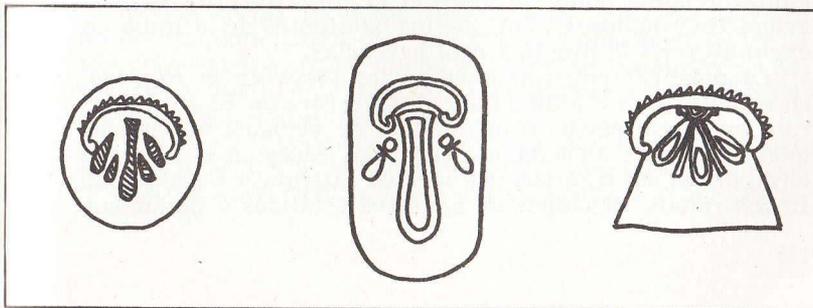
Anteriormente, habíamos repasado algunos pasajes del *Mahâbhârata*. Seguimos insistiendo ahora en los textos de esta gran epopeya. Porque vale la pena leer cómo cierto día el rey Uaparicarú Vasu, del antiguo linaje de los kuru, recibió de Indra, señor del cielo, el presente de un magnífico *vehículo volador*. Desde él el rey podía observar todos los acontecimientos que se desarrollaban en tierra, y —al igual que los dioses— podía volar por el universo y visitar otros mundos. Desde que Vasu recibió este artefacto, apenas se dejaba ver en la Tierra: la mayor parte del tiempo la pasó con su familia *en los aires*.

El propio Indra utilizaba otro aparato, y cuando aterri-



«La ciudad de Indra permanecía permanentemente en el espacio. Estaba construida enteramente de metales y contenía edificios, viviendas y plantas. Las entradas eran tan anchas que podían penetrar por ellas pequeños objetos voladores», escribió Narada, el gran sabio de la antigua tradición hindú.

Ideograma de la creación, según se representaba en Creta (izquierda), en Egipto (centro) y en México (derecha).



zaba adoptaba por lo general la forma de un cisne. Narda, el enviado de las estrellas, vino con un aparato volador que no se diferenciaba mucho de los actuales cohetes.

Habíamos hablado ya igualmente de cómo el piloto Matali, enviado expresamente por Indra, recogió en su nave voladora anfibia a Arjuna, para trasladarle al cielo de los dioses y proveerle allí de material bélico adecuado para combatir con éxito a los asuras. Pues bien, una vez remontado el vuelo, el viaje discurrió frente a las estrellas. Desde la Tierra, las estrellas parecían pequeñas, pero luego fueron *aumentando de tamaño y luminosidad*. Arjuna pasó ante un sinnúmero de cuerpos celestes y *muy pronto dejó atrás el Sol*. Cuando llegó a la morada de Indra, descubrió gran número de aparatos voladores; algunos estaban aterrizando, otros despegando y otros más permanecían inmóviles en el suelo. Se nos está describiendo, en la época de Jesús, la actividad en un *cosmodromo*.

En el *Yajurveda* existen ya referencias a los vehículos voladores de los asvins, capaces de acercarse mucho al Sol y de observar la salida y la puesta del Sol y de la Luna.

En el inmortal drama *Abhijnanasakuntalam* de Kalidasa, escrito en el siglo I d. de J.C., se narra la venida de Dusyanta, que bajó del cielo en una máquina voladora del dios Indra. Dusyanta vio primero cómo su vehículo volaba por entre las nubes, y cómo los radios de las ruedas de su aparato volante habían quedado *mojados por el contacto con las nubes*. Cuando el vehículo aterrizó a toda velocidad, el suelo parecía querer reventar y los pájaros salieron de sus nidos, espantados por el *atronador ruido*. Cuando el vehículo ya había aterrizado, Dusyanta comprobó sorprendido que las ruedas *ya no hacían ruido* y que el aparato *ya no desarrollaba humo*. Y entonces comprobó que el vehículo no tocaba el suelo, a lo que el piloto le explicó que ello sólo era posible gracias a un mecanismo especial.

Parecidas descripciones de vuelos las encontramos en el *Avimaraka* de Bhasa. Y en el *Bhaghvata* incluso hallamos un pasaje que describe un ataque aéreo contra la capital de Krishna.

El profesor Kanjilal se plantea en este momento la pregunta de cómo pudo desaparecer el conocimiento de tales artefactos voladores. ¿Por qué los habitantes de la India no explotaron en la práctica esta herencia?

La palabra *yantra* aparece varias veces en el *Rigveda*, en el *Yajurveda* y también en el *Athervaveda*. El *Mahâbhârata* hace referencias a un manual de ciencias mecánicas, que también es mencionado repetidas veces en el *Markandeyapurana*, en tratados médicos de Susruta y Caraka, etc. Encontramos relaciones de aparatos estáticos y dinámicos

en el *Arthasastra* de Kautilya. El *Samaranganasutradhara* describe la fabricación de un robot mecánico capaz de matar a gran número de enemigos. Así pues, la literatura india no escasea en referencias técnicas. Ahora bien, ¿por qué no fueron activados estos conocimientos?

En el *Satapatha Brahmana*, que data de unos 2 500 años antes de nuestra era, nos enteramos de unas gigantescas inundaciones que cubrieron la casi totalidad del mundo. En general, la literatura sánscrita da cuenta de varias grandes catástrofes, entre ellas la desecación de los mares. Por ello es lógico suponer —concluye Kanjilal— que con el paso de la historia la Tierra fuese testigo del nacimiento y desarrollo de una floreciente civilización, quizá creada por influencia extraterrestre, pues los textos sánscritos reflejan bastantes contactos e intercambios científicos entre los dioses y los humanos. Pero una descomunal catástrofe acabó con todos estos conocimientos y los escasos supervivientes estaban demasiado ocupados en ponerse a salvo como para rescatar encima los conocimientos técnicos. A pesar de todo, tales conocimientos lograron transmitirse, aunque sólo fragmentariamente, en forma de leyendas.

Las leyendas siempre poseen un núcleo verdadero, y allí donde fracasan la historia y la arqueología, las leyendas abren las puertas a un pasado largo tiempo olvidado.

## EL MONSTRUO DE LOS 9 ABISMOS

Debo al orientalista T. K. Barooah el conocimiento de una interesante tradición de los khâsi, un pueblo originario del delta del Mekong que, sin embargo, está asentado en las montañas del estado indio de Assam, que separan el Bhutan y las estribaciones meridionales del Himalaya de la frontera noreste de Bangla Desh. Es la tradición conocida por *Ki khun Ka Ramew* (Los hijos de la Tierra), que considero adecuado aportar aquí.

Afirma dicha tradición que cuando por vez primera hubo un amanecer en este mundo, no había nada sobre la faz de la Tierra. Dios, dueño y señor de todas las cosas, creador y dominador de todo, dio entonces el ser a Ka Ramew y a U Basa, su esposo.

Vivían los dos en la mayor dicha y paz, pero había algo que noche y día los preocupaba: y era que no tenían hijos ni descendencia alguna. Ésta era su preocupación. No tenían hijos.

Ka Ramew estaba triste y no era feliz, a pesar de la dicha en que vivía, y no hacía otra cosa que elevar súplicas a dios, ordenador y creador de todas las cosas, oraciones que repetía día tras día con la esperanza de obtener de él la descendencia que perpetuara el clan y la tribu.

Después de mucho suplicar, después de días y años de oración, el dueño y señor de las cosas escuchó la oración y le dio cinco hijos.

Éstos fueron el Sol, la Luna, el Agua, el Viento y el Fuego. Ka Sngi (el Sol) era la mayor, la primera hija en ver la Tierra y lo que la rodea. Ka Ding (el Fuego) era la última, la que cerró el vientre, la que tiene el deber de proteger y cuidar a la familia, el hogar, los asuntos de la casa, como es costumbre de la última de las hijas.

Y así fue como la madre de todas las cosas sonrió de felicidad y alegría al ver que la familia era grande, el clan potente, aumentaban las casas y se recorrían los caminos.

Como había Sol, Agua y Viento, brotaron árboles y hierbas de todas las clases, germinaron las flores y la tierra entera se adornó de los más bellos colores.

Qué alegría más grande la de Ka Ramew viendo tal estallido de vida alrededor suyo.

Después de algún tiempo elevó de nuevo sus plegarias al dueño y señor, creador y dador de vida a cuanto existe sobre la faz de la Tierra, a fin de que su misericordia le concediese alguien que pudiese ordenar y desarrollar todo lo que ya llenaba la Tierra.

El dueño y señor de todas las cosas vio que los deseos de Ka Ramew no eran otros sino adornar la Tierra y entonces prometió darle satisfacción.

Fue entonces cuando hubo una gran asamblea en el cielo para buscar a *alguien que bajase a la tierra* a regentarla y desarrollarla.

Después de días y días de discusión y argumentos sin fin, se decidió *enviar a siete* de las dieciséis familias de hombres a quienes se llamó «Los siete hogares» o «Los siete nidos».

Éstos *vinieron y se establecieron en la Tierra* en toda su extensión.

Dios dio su bendición a toda la Tierra e *hizo una alianza* con el hombre.

La alianza era ésta: que si los hombres siguen la senda de la justicia y viven en la equidad guardando la ley de dios en todo detalle, él, dueño y señor de todas las cosas del cielo y de la tierra, les daría su bendición y los hombres serían felices y podrían *ir y venir del cielo* cada vez que así lo desearan desde una montaña llamada «La montaña umbilical del cielo».

Como prueba de esta alianza que se había jurado, dios, creador y señor de todas las cosas, fijó un árbol llamado Ka Diengiei, señal perenne de este pacto.

Así pues, mientras los hombres viviesen en la justicia y en la equidad de acuerdo con la ley de dios, serían felices y estarían contentos, crecerían y se desarrollarían en una dicha sin fin. Desconocerían las preocupaciones y la tristeza, las desgracias y la miseria, la enemistad y los litigios. Por el contrario, el amor y la felicidad reinarían en el mundo.

Pero había alguien que no veía con buenos ojos esta felicidad y dicha del hombre y se consumía de envidia y celos. Ni dormir podía pensando en la manera de tender una trampa al hombre y hacerle caer de la felicidad que poseía.

Después de pensarlo por días y meses junto con sus secuaces, salió solo *de los antros subterráneos* y se mezcló con los hombres.

Este es el *Monstruo de los Nueve Abismos*...

## LOS HIJOS DEL CIELO

Abandonamos ahora las tierras de la Maya asiática y del gran *arquitecto del universo* para desplazarnos algo más al nordeste y descubrir allí a un pueblo ancestral que tampoco se queda corto al vanagloriarse desde antiguo de ser *Celeste Imperio* y de ser su emperador *hijo del Cielo*.

La obra magna de los manchúes fue la reedificación de la ciudad imperial en el corazón de Beijing (Pekín), que había sido incendiada en 1644 cuando el derrocamiento de los Ming, y que se concibió de acuerdo con consideraciones a un tiempo religiosas y astronómicas, que sintetizan toda la civilización china. Seguimos, pues, sin salirnos de la influencia del *arquitecto del universo*. El imperio, en efecto, no es más que una expresión del orden cósmico y el emperador simboliza las leyes que rigen el universo. Los asuntos de Estado se resuelven en la sala de la *Pureza Celeste*, nombre que, junto con el de la sala regia de la *Suprema Concordia*, resume toda una filosofía del poder. Todos los años el emperador iba al *Altar del Cielo*, al sur de Beijing, a pedir que *el Cielo le renovara la misión de gobernar el imperio*.

Mas no todo fue pureza celeste ni suprema concordia sobre las cabezas de los primeros chinos. Nuestros creadores, a todas luces, intentaron por todos los medios y al me-

nos en este aspecto lograron plenamente, fabricarnos a su imagen y semejanza. Porque en todas las épocas pretéritas han mostrado al igual que nosotros un muy peculiar regusto por los enfrentamientos bélicos, si bien en su caso a gran altura. Así, ya en las leyendas chinas antiguas, especialmente las del *Viaje al Oeste*, del *Feng-Shen-Yen-i*, del *Liu-Shi-Ch'un-Ch'iu* y del *Shan-Hai-Jing*, se relatan combates aéreos o fenómenos OVNI. En el *Feng-Shen-Yen-i*, «Nocha, montado sobre su rueda de fuego y de viento, venció a Chang-Kuoi-Fung después de haber llamado en su ayuda a las legiones de los dragones de plata que vuelan». Pero éste es sólo un ejemplo.

Dragón y serpiente son símiles legendarios. Estos que acabamos de citar son dragones volantes, al igual que las serpientes que vimos vinculadas a los wandjinas australianos y al Quetzalcóatl, Gucumatz y Kukulkán mesoamericanos. También en el *Shan-Hai-Jing* chino existe un capítulo titulado «Da-Huang-Si-Jing», que se refiere a los dioses que habitan el mar del Oeste. Estos dioses tenían todos un rostro humano y un cuerpo de pájaro —al igual que los *yakshas* de la India antigua— (el cuerpo de pájaro alude directamente a la facultad de vuelo de la correspondiente deidad), dos serpientes verdes en las orejas y dos más rojas bajo los pies.

Una curiosa cita aporta el obispo Fulton J. Sheen en su libro *Life of Christ* (Vida de Cristo). Cita curiosa por cuanto parece tener relación con la magna representación planetaria de la anunciación de la llegada de Jesús, pero producida dicha anunciación con siglos de antelación en China, de acuerdo con la cronología de la dinastía que se menciona. Puesto que afirma Fulton J. Sheen que los anales del Celeste Imperio contienen esta declaración: «En el año 24 de Chao Wang, de la dinastía de los Cheu» —que lograron sacar tajada del año 1027 al año 221 antes del nacimiento de Jesús— «el día 8 de la 4.<sup>a</sup> luna, apareció una luz por el lado del sudoeste que iluminó el palacio del rey. El monarca, sorprendido por tal resplandor, interrogó a los sabios. Ellos le mostraron libros en los que se indicaba que este prodigio significaba la aparición del gran Santo de Occidente, cuya religión había de introducirse en el país de ellos.»

### Cielos imposibles

Y comienza ya el interminable repertorio de fenómenos aéreos, de objetos volantes no identificados que desde siempre se mueven en la atmósfera terrestre. Lo que vimos has-

ta ahora estuvo todo ligado al concepto de una o unas divinidades. Esta relación con el fenómeno divino sigue latente en buena parte de los casos hasta entrado incluso nuestro siglo XX, pero ya desde tiempos pretéritos se van interpolando fenómenos documentalmente reseñados que los testimonios de la época no atribuyen ya a un origen divino, sino simplemente a la manifestación de objetos volantes cuyo origen, esencia y significado o propósitos desconocen.

He aquí uno de los más antiguos de estos testimonios. La obra china *Ciencia natural* señala en su capítulo 10 que «bajo el reinado de Xia Ji (hace aproximadamente 4 000 años) se vieron dos soles en la ribera del río Feichang, uno ascendiendo en el este y el otro descendiendo en el oeste, que rugían como el trueno».

Bastante más recientemente, el escritor Wang Jia, que vivió bajo la dinastía de los Tshin, relata en su libro *Reencuentro* una historia acaecida en el siglo IV a. de J.C.: «Durante los treinta años del reinado del emperador Yao, una inmensa nave flotaba sobre las olas del mar del Oeste. Sobre este barco, una luz potente se encendía de noche y se apagaba de día. Una vez cada doce años, la nave daba una vuelta por el espacio. Por lo que se la llamaba nave de luna o nave de las estrellas.»

Otro historiador, Zhao Xigu, que vivió bajo la dinastía de los Song, entre los años 960 y 1279, nos da una imagen aún más clara de esta nave del cielo. Efectivamente, en su obra *Observaciones del cielo* nos da la medida aproximada de la nave y nos insinúa su naturaleza metálica al escribir literalmente que: «Hubo un gran navío celeste fabricado por un tal Yan Zun, expuesto bajo la dinastía de los Tang» —años 618 a 906— «en el palacio de la Virtud. Con más de 50 pies de longitud, la nave resonaba como el hierro y el cobre y resistía perfectamente a la podredumbre... Se elevaba en el cielo para regresar después y así continuamente.»

Un profesor de literatura popular china, Ke Yang, que imparte sus actividades docentes en la Universidad de Lanzhou, en la provincia de Gansu, halló numerosas referencias a objetos volantes no identificados en antiguos libros chinos. Especial importancia tienen ocho de estas referencias, que iremos viendo a lo largo de las páginas de este libro. A continuación transcribo los dos casos más antiguos —cronológicamente— de esta serie de ocho más destacados.

El primer texto afirma literalmente: «Un día de enero del año 2» —año 314 de nuestra era— «bajo el reinado del emperador Jianxing, el Sol se precipitó a tierra y otros tres

soles surgieron juntos por encima del horizonte. Y otro día, el Sol descendió rápidamente hacia el suelo y otros tres soles *volaron* uno junto a otro, después de haberse elevado al oeste, dirigiéndose hacia el este».

El segundo texto reza: «En el año 5» —año 317 de nuestra era— «bajo el reinado del emperador Jianxing, en el mes de enero, tres soles brillaron simultáneamente en el cielo teñido de tonos multicolores. Los soles estaban rodeados de una aureola y *suspendidos a diez metros* por encima del suelo. El centro de los soles tenía una coloración verdosa».

Recomiendo al lector esté atento a los casos OVNI relatados por Plinio el Viejo en los cielos de la Roma antigua, a los que también rindieron visita tan curiosos grupos de soles.

Pero sigamos viendo textos antiguos chinos. El historiador Zhang Zuo escribe lo siguiente bajo la dinastía de los Tang (años 618-907), en su obra *Historia del poder y de la oposición*: «Qui Jingye se alzó en armas con sus hombres armados contra el emperador, y sobre el campo de batalla dos ejércitos combatían encarnizadamente. *Encima de los mismos se veían grandes estrellas en formación* batallando las unas contra las otras, retrocediendo y acercándose cada cual dentro de su formación; esta escena duró tres noches.»

¿Quién diablos juega sus cartas en la historia humana? ¿A qué oculto poder le interesa la intervención decisiva en la historia humana? Ya insinué esta intervención al hablar de la cruel protección de Yahveh a Moisés, y volveré a referirme a ella más adelante, ya que tendremos ocasión sobrada de contemplar la intervención de ayudantes bajados del cielo en suficientes batallas o enfrentamientos armados de grupos humanos en oposición.

Veremos inmediatamente una cita que habla de un fenómeno similar al que nos acaba de relatar Zhang Zuo. En un opúsculo titulado *Los signos espantosos han aparecido de nuevo en el aire sobre las ciudades de Lyon, Nimes, Montpellier y otros lugares circundantes, ante el gran asombro del pueblo*, impreso en Lyon en 1621, se refiere que «Eneas Silvius, que murió en el año 460, escribió que el año sexto después del Jubileo, fueron vistas entre Siena y Florencia *veinte nubes*, las cuales agitaron los vientos, *batallaban las unas contra las otras*, cada cual en su fila retrocediendo y aproximándose, cual si hubiesen sido ordenadas en batalla, y durante este enfrentamiento de las nubes, los vientos cumplieron también con su deber de demoler, abatir, romper, arrugar y destruir casas, rocas e incluso elevar a hombres y bestias por los aires».

El mitológico ser volador Garuda lleva a dos viajeros a través de los aires.



Un «yaksha», ser volador mitad hombre, mitad pájaro, esculpido en el templo de Martand en Cachemira.



### *Tang: una dinastía para los OVNI*

La dinastía de los Tang, que acabamos de ver relacionada con las estrellas que en formación batallaron durante tres noches por encima de las cabezas de los ejércitos enfrentados en el campo de batalla, parece haber gozado de la especial atención, curiosidad o incluso participación de quienes están detrás —si no de todos— al menos sí de determinado tipo de objetos voladores no identificados. Veremos algunos ejemplos de su actividad en los cielos chinos durante el mandato de dicha dinastía.

El recién citado historiador Zhang Zuo, autor de la *Historia del poder y de la oposición*, escribe en otro pasaje de dicha obra que «el 29 de mayo del año dos bajo el reinado del emperador Kai Yuan, durante la noche, apareció una gran *estrella móvil*, grande como una cuba, que *volaba* en el cielo del norte, *acompañada de otras pequeñas*. Esto duró hasta el alba».

Otro texto hallado por el profesor Ke Yang da fe de que «en el año 6 bajo el reinado del emperador Xizhong de la dinastía de los Tang» —o sea en el año 879— «en noviembre, se vieron un día *dos soles que luchaban ardentemente*. Y otro día del mismo mes, *dos soles* surgieron juntos y *se batieron en el cielo, fundiéndose en un solo astro* bajo las miradas de todos los espectadores».

Observe el lector que los datos son concretos en cuanto a fechas, y que lo que nos cuentan los textos antiguos es exactamente, en muchas ocasiones, lo que refieren las personas que actualmente, en la segunda mitad de nuestro siglo xx, han presenciado las evoluciones de los objetos volantes no identificados.

En este último ejemplo, valga la reunión de dos OVNI en un solo cuerpo.

Pero prosigamos con los OVNI de los Tang. En esta época se escribió otro libro, titulado *Nuevo libro de los Tang*, en cuyo capítulo 22, dedicado a la Astronomía, leemos: «En el año dos bajo el reinado del emperador Qianfu, dos estrellas, una roja y otra blanca, cuyo tamaño era como dos veces la cabeza, se dirigieron una junta a la otra hacia el sudeste; una vez *posadas sobre el suelo*, aumentaron lentamente de tamaño y lanzaron violentas luces. Al año siguiente, una estrella móvil brilló *de día* como una enorme antorcha. Tenía el tamaño de una cabeza. Habiendo venido del nordeste, *sobrevoló* dulcemente la región, para desaparecer luego en dirección noroeste.»

Para aquellos lectores no familiarizados con el fenómeno, cabe aclarar que los tamaños que se dan referidos a los objetos volantes o celestes no identificados se refieren siem-

pre no a sus dimensiones reales, sino a sus tamaños aparentes.

En otro punto, el mismo *Nuevo libro de los Tang* afirma: «En marzo del año dos bajo el reinado del emperador Tian Yu, cierta noche, una gran estrella surgió de la bóveda de los cielos. Era cinco veces más grande que un celemin y volaba en dirección del noroeste. *Descendió hasta treinta metros del suelo*. Su parte superior lanzó *destellos fogosos de color rojo naranja*. Sus luces alcanzaron una longitud de más de cinco metros. Se desplazaba como una serpiente, *escoltada de numerosas pequeñas estrellas* que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos. Se vio un vapor que subía muy alto en el cielo.»

Y un último caso, una última referencia a objetos volantes no identificados en este *Nuevo libro de los Tang*: «En marzo del año tres bajo el reinado del emperador Guang Hua» —o sea en el año 900 de nuestra era— «una gran estrella, grande como un celemin, de color amarillo, volaba hacia el sudoeste. Su cabeza era puntiaguda y terminaba en forma cilíndrica.»

Otro caso que hemos podido recoger de la época de los Tang figura en el libro antiguo *Cuentos de las cosas raras*, escrito en la época de vigencia de la repetida dinastía. Leemos allí: «En el año siete, bajo el reinado del emperador Kai Yuan de la dinastía de los Tang, Tang Peiyo fue nombrador gobernador de Kuang-Zhou. Una noche de otoño, el cielo se tornó súbitamente todo luminoso. Mucho tiempo después, todo volvió a la normalidad y la noche negra volvió a cernirse sobre la tierra. Algunos meses más tarde, un marino llegado de muy lejos al sur, le anunció al gobernador: “El 11 de agosto, durante la noche, yo navegaba por el mar. Repentinamente, una gran tortuga surgió delante de mi navío. Miró en dirección al norte y como dos soles, sus ojos iluminaron hasta una distancia de 500 km de allí, pudiendo ser vistos claramente los más pequeños objetos. Mucho tiempo después, todo volvió a la oscuridad y la noche volvió a ser normal...”»

Hasta aquí, este breve resumen de acontecimientos inexplicables relacionados con objetos volantes o con indicios de una tecnología no humana, en los cielos de la China antigua. Regresaremos a estas latitudes más adelante, con nuevos casos acaecidos en épocas posteriores.

Al principio no había cielo ni tierra. Los elementos de todas las cosas formaban una masa líquida y confusa, semejante al contenido de un huevo en que se hubiera mezclado la clara y la yema. En el espacio infinito que llenaba aquel caos, surgió un dios, que se llama el divino Ser supremo, cuyo trono está en medio del cielo. Después vino el dios creador, altísimo y elevado sobre la creación; y luego otro dios creador que es el sublime espíritu. Cada uno de estos tres dioses primitivos tenía su existencia propia; pero aún no se habían revelado fuera de su naturaleza espiritual. Entonces se verificó poco a poco una separación en el caos. Los átomos sutiles, diseminándose en diversas direcciones, formaron el cielo. Los átomos más grandes, fijándose y adhiriéndose entre sí, produjeron la Tierra. Los átomos sutiles constituyeron muy pronto la celeste bóveda redondeada sobre nuestras cabezas. Y como los átomos grandes se agregaban con más lentitud, formando cuerpo sólido, la Tierra no quedó hecha hasta mucho tiempo después que el cielo.

Cuando la materia terrestre flotaba todavía, como un pez que retoza en la superficie de las aguas, o como la imagen de la Luna trémula en las lípidas olas, apareció entre el cielo y la Tierra —observe el lector que, en diversas ocasiones ya, ha aparecido en las antiguas memorias del origen de las cosas terrestres esta imagen de la existencia de algo entre el cielo y la Tierra, siendo la idea de la atmósfera una imagen inherente a la consciencia universal ancestral del ser humano— alguna cosa parecida a una rama de espino, dotada de movimiento y susceptible de transformación. Esta rama se convirtió en tres dioses, que son: Kuni-Toko-Tatsi, no Mikoto, es decir, el Augusto perpetuamente existente en el Imperio; Kuni-Satsu-Tsi, no Mikoto, aquel que reina por la virtud del agua; y Toyo-Kumu-Su, no Mikoto, aquel que reina por la virtud del fuego.

Después de estos tres primeros dioses, hubo cuatro parejas de dioses y de diosas.

El primero de los siete dioses celestes, Kuni-Toko-Tatsi, es el iniciador de la creación del universo. En las cuatro últimas generaciones de dioses hay coexistencia de los dos principios masculino y femenino, pero no llegarán a la consciencia de ellos mismos hasta la cuarta pareja, Izanaghi e Izanami, en la séptima y última generación.

Cierto día —dice la leyenda— Izanaghi, el séptimo de los dioses celestes, resolvió *crear un mundo inferior*. Izanaghi e Izanami se adelantaron juntos por el «puente flo-

*tante del cielo*» y sumergieron una lanza celeste adornada de joyas en el piélago caótico que se extendía por debajo de ellos. La agitaron hasta que el líquido se coaguló y se espesó. Tras lo cual retiraron la lanza, y las gotas de salmuera que cayeron de ella en el océano formaron la isla de Onogoro, es decir, la isla «que se coagula por sus propios medios». Cuando la hubo visto elevarse sobre las olas del océano, Izanaghi se sintió atraído hacia esta nueva creación, y, dirigiéndose a su divina compañera Izanami, le propuso *bajar* con él a la Tierra. Aceptó la diosa con placer tan amable invitación, y los dos celestes esposos y hermanos, apoyados en las balastradas de sus moradas aéreas, se preguntaron qué lugar elegirían como término de su peregrinación. Con la vista recorrieron las cuencas graciosas del mar interior del Japón; y de común acuerdo resolvieron dirigirse a la bonita isla de Awaji-Sh, que reposa como un cesto de flores y de hojas sobre las tranquilas y profundas aguas, protegidas de un lado por las rocas de Shikoku, y del otro, por las fértiles riberas de Nipón. Al ver aquella isla que era su propia obra, aquella espléndida naturaleza, cuyos elementos habían evocado ellos mismos, aquellas aves que suspendían sus nidos de las ramas, les pareció que la existencia terrestre no era indigna de los dioses mismos. Transcurrieron los días, las estaciones y los años; y llegó un tiempo en que la divina pareja no vagaba ya solitaria por los prados y las colinas: los seguían unos alegres y hermosos niños, a los que se veía jugar a la puerta de su morada, en un risueño valle de la isla.

Sin embargo, a medida que iban creciendo, un velo de tristeza oscurecía a veces la mirada de sus padres. En efecto, la *celeste* pareja no podía ignorar que todo cuanto nace en la Tierra está sujeto a morir; y que más pronto o más tarde deberían llegar sus hijos a este trance supremo. Aquella idea hacía estremecer a la dulce Izanami: no le era posible representarse que un día debía cerrar los ojos de sus hijos, y continuar disfrutando de la inmortalidad: le parecía mejor bajar con ellos a la tumba. Izanaghi resolvió poner término a una situación que iba siendo cada vez más angustiosa, y persuadió a su compañera a que subiese con él a la celeste morada antes de que el espectáculo de la muerte entristeciese su felicidad. «Es verdad» —dijo a su esposa— «que nuestros hijos no podrán seguirnos a la mansión de la felicidad inmutable; mas, al abandonarlos, sabré dulcificar el dolor de la separación, haciéndoles un legado que les facilite el medio de acercarse a nosotros tanto como lo permita su mortal condición».

Así habló; y llegada la hora de la despedida, invitó a sus hijos a que enjugaran sus lágrimas, y a prestar atento

oído a su última voluntad. Comenzó por pintarles, *con esas imágenes que la palabra humana es impotente de reproducir*, el estado de inmutable serenidad que es el dominio incorruptible de los *habitantes del cielo*.

Luego, elevando con la mano derecha el disco de plata en el que tantas veces se había reflejado la pura imagen de su divina compañera desde que bajó a la tierra, mandó arrodillar a sus hijos y les dijo en tono solemne: «Os dejo este precioso recuerdo: él os traerá a la memoria las divinas facciones de *vuestra madre*; pero al mismo tiempo contemplaréis vuestra propia imagen, por más que esto sea para vosotros motivo de comparaciones humillantes. Cada mañana os arrodillaréis delante de este espejo: él os señalará las arrugas que tal o cual tribulación de la tierra haya podido producir en vuestra frente, o el desorden que una pasión funesta imprima en vuestro semblante. Borrada esas señales del mal; tranquilizad vuestro espíritu y serenaos; y entonces elevad a nosotros vuestra oración, sencillamente y sin hipocresía, pues estad bien persuadidos que *los dioses leen en vuestra alma* como leéis vosotros en vuestros ojos al miraros en este espejo. Y si durante el día sentís en vuestro corazón algún movimiento tumultuoso de impaciencia, de envidia, de avaricia o de cólera, que no podáis reprimir espontáneamente, acudid al santuario de vuestra invocación matinal, para recogeros y elevar vuestras oraciones. Y todas las noches, antes de entregaros al reposo, sea vuestro último pensamiento un examen de vosotros mismos, y una nueva aspiración a la felicidad de ese mundo superior en que *os precedemos*.»

Aquí termina la leyenda, resumida. Existen naturalmente variantes de la misma y todo un abigarrado historial de los acontecimientos posteriores.

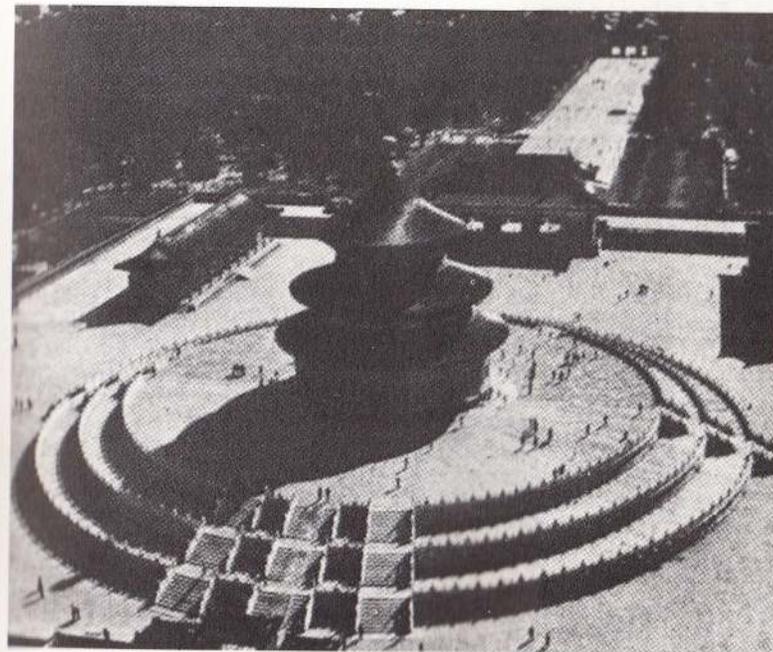
Del fragmento citado podemos deducir que el pueblo japonés, una raza con marcado carácter diferencial que la hace inconfundible en sus características con ninguna otra raza terrestre, cree —en su creencia ancestral— proceder originalmente de la llegada y procreación en la Tierra de unos seres procedentes del espacio, que además vinieron en algún tipo de vehículo volador (el *punte flotante del cielo*). Adicionalmente, podemos entrever (las citas están subrayadas en cursiva) que estos seres y sus hijos podían entenderse telepáticamente, que los seres celestes pueden conocer nuestra voluntad (leer nuestro pensamiento) y que nuestro desarrollo como humanidad nos debe llevar a una superación tal que nos convirtamos en un futuro en seres tan desarrollados como estos que nos crearon sobre el planeta Tierra.

La tradición añade a la leyenda que los hijos de Iza-

El profesor Dileep Kumar Kanjilal, exponiendo sus hallazgos en los antiguos textos sánscritos, durante el congreso de la Ancient Astronaut Society celebrado en Munich en 1979.



El Templo del Cielo de Beijing.



naghi consagraron por un monumento de su piedad filial el sitio en que recibieron la despedida de sus divinos padres, erigiendo un altar de madera de cedro, sin más adornos que el espejo de Izanami, y dos vasos formados de troncos de bambú, con dos ramos de las flores favoritas de la diosa. Una sencilla cabaña de forma cuadrada, con techo de junco, protegía el rústico altar, que se cerraba por medio de dos bastidores; y allí era donde los hijos de Izanaghi celebraban mañana y tarde el culto que les había enseñado su padre.

### *Los primeros hombres*

En la actualidad se encuentra aún a lo largo del litoral y en las islas de la parte septentrional del Gran Océano, una raza particular de hombres fornidos, de cuerpo *velludo*, cabeza voluminosa y rostro aplanado, que los japoneses designan con el nombre de *ainus* (= «los primeros hombres»). Se ve algunas veces su tipo entre los campesinos, los pescadores y los barqueros. Lo que parece indicar que los *ainus* constituyeron el primitivo tronco de la población japonesa, es que su nombre no infunde en el país un sentimiento despreciativo: en la lengua japonesa existe también el equivalente de la palabra «bárbaros»; mas para expresarlo se dice «yebis», pero jamás *ainus*.

En relación con estos *primeros hombres*, resulta que en Hokkaido, en el norte del Japón, el viajero puede admirar un monumento formado por dos obeliscos, un gran círculo floral y un platillo volante. Es un monumento moderno, erigido en el lugar en donde la tradición sitúa la llegada de Okikuru-mi-Kami, antiguo dios *ainu*, a bordo de su *brillante «shintá»*.

### *Las gafas de la Edad de Piedra*

No debemos olvidar que también en el norte, en Tokomai, Aomori, los arqueólogos hallaron las ya famosas estatuillas (*dogu*) conocidas por figuras de Kamegaoka, que con su indumentaria extraña y ausencia de manos y pies, y sobre todo por sus enormes gafas, parecen venir de otros mundos. Pertenecen a una época de la que se saben muy pocas cosas, correspondiente al último período de la civilización Jomon, que existió durante 5 000 años y desapareció a principios de nuestra era.

## EL MENSAJERO VOLADOR

Habíamos insinuado ya la vinculación cósmica griega al hablar de Zeus, Maya y Atlas, y relacionar dichas divinidades con los pueblos mesoamericanos y con la India antigua. Igualmente habíamos citado a los dióscuros Cástor y Pólux, que surgieron de huevos celestes y formaron más tarde parte de la expedición ya citada de los argonautas. Estos argonautas fueron en busca del vellocino del carnero *Crisomalo*, el mismo que, enviado por Hermes —naturalmente hijo de Zeus y Maya—, *surgió de una nube* y transportó *por los aires* a Frixos y a su hermana Hela. Pues bien, no hay que perder de vista en nuestro contexto que Hermes era el mensajero de los dioses, función en la cual sus atributos eran el caduceo del heraldo (una vara *alada*, rodeada por dos serpientes —cuya relación con el vuelo vimos ya también—), las sandalias *aladas* y el casco *alado*. En Roma, a Hermes lo conocían por Mercurio, y bien saben los alquimistas que el *mercurio* filosófico es el *pájaro de Hermes*.

Pero también en Grecia hay más de una nube que actúa inteligentemente. Así, Eurípides, en su *Ifigenia en Aulide*, escribe que en el momento en que Calcante se dispone a sacrificar a Ifigenia, una *nube dorada* la envuelve y se la lleva. Ifigenia, en el último instante, fue sustituida por una cierva, cual anticipo de la sustitución que más tarde se obraría en la cruz.

Y Plutarco, en *Temístocles XV*, escribe, refiriéndose a la decisiva victoria naval de los espartanos sobre los persas: «En esta fase de la lucha dicen que *una gran luz* brotó *flameante* de Eleusis y *un clamor* se expandió por el llano tricasiano hasta el mar, como si multitudes de hombres condujesen el místico Iaco en procesión. Luego, de la vociferante muchedumbre apiñada *pareció alzarse una nube junto al suelo*, extenderse hacia el mar y *posarse sobre los trirremes*. Otros creyeron haber visto apariciones y figuras de hombres armados procedentes de Egina con las manos tendidas y *para proteger a los trirremes helénicos*.»

Repito: ¿quién demonios está interesado en manipular el curso de la historia de los hombres?

Todavía en el ámbito helénico, cabe mencionar a Galeo, de cuyo cientifismo no se puede dudar, y quien, en su *Comentario a los apotegmas de Hipócrates*, observa en el siglo II que: «Es generalmente sabido que Esculapio fue *elevado a los ángeles en una columna de fuego*, cosa semejante a la cual se refiere también con respecto a Dionisio, Hércules y otros que *laboraron en beneficio de la Humanidad*.»

En cuanto al mentado Hércules, escribe Apolodoro en su *Historia*:

«Hércules se trasladó a Oeta en el territorio traquiniano y construyó allí una pira y montó en ella. Y cuando la pira estaba ardiendo, se cuenta que *una nube le llevó flotando a los cielos.*»

## TRAFICO AÉREO EN LA ROMA ANTIGUA

Acabamos de ver cómo en el Japón se erigió un monumento a un ser que bajó del cielo en una nave voladora, y vimos un poco antes cómo en la China antigua hicieron repetida aparición varios soles simultáneos, básicamente tres. La historia se refleja igual en la Roma antigua. Así, leemos en el libro II de la *Historia natural* de Plinio el Viejo, que vivió en el siglo I, los siguientes pasajes, que no son más que una muestra resumida de los fenómenos que refiere el citado historiador:

«Roma es el único lugar del mundo en que hay un templo dedicado a un cometa, a aquel que el divino Augusto juzgó favorable a sí mismo; el que apareció al comienzo de su vida pública, durante los juegos celebrados en honor de Venus madre, poco después de la muerte de su padre César, en el colegio instituido por este último a tal fin. Expresa su gozo con estas palabras: "Durante los días de la celebración de mis juegos, fue observada una estrella con cola, *durante siete días*, en la región del cielo que cae hacia septentrión. Esta estrella permanecía hasta casi las once horas del día, y era resplandeciente, y fue visible desde toda la tierra."

»También se ha dado el caso de ser visibles *varios soles* al mismo tiempo, nunca por encima o por debajo del Sol, sino a un lado. Ni cerca de la Tierra ni en su dirección, sino hacia levante o hacia poniente. Se dice que una sola vez se ha observado este meteoro *durante el día*; esto aconteció en el Bósforo, y su contemplación duró desde la mañana hasta la puesta del Sol. En otros tiempos a menudo se vieron *tres soles*, por ejemplo durante los consulados de Sp. Postumio y Q. Mucio, de Q. Marcio y M. Porcio, de M. Antonio y P. Dolabella, de M. Lepido y L. Planco, y en nuestros días fueron visibles durante el principado del divino Claudio, siendo colega en su consulado Cornelio Orfito. En vida mía, no he oído decir nunca que más de *tres soles* hayan sido vistos *simultáneamente*.

«Aparecieron *tres lunas* durante el consulado de Gn. Domicio y G. Fannio.»

Pero la conexión celeste de Roma comienza ya con su propia fundación. De acuerdo con la tradición, Rómulo es el fundador y epónimo de la ciudad de Roma. Según esta misma tradición, el padre de Rómulo y de su hermano Remo era el dios Marte, quien sedujo a Rea Silvia —que se convirtió en virgen vestal en el año 775 a. de J.C.— en el bosque sagrado al cual ésta había acudido a buscar agua para el sacrificio. El 21 de abril del año 754 a. de J.C. (o 752 de acuerdo con otra cronología), Rómulo fundó la ciudad de Roma. Plutarco dijo de él que era un buen rey y querido por el pueblo. El reinado de Rómulo duró 33 años y fue señalado por los progresos de la naciente ciudad, hasta tal punto de que el pueblo le concedió a su rey el título de «Padre de la Patria». Pero Rómulo desapareció de forma tan celeste como apareció en la escena de la humanidad, en cuyo seno dejó la huella de la fundación de una de las ciudades auténticamente *pilares* para el curso de nuestra historia. El día de las nonas de julio, en el año en que Rómulo contaba 54 de edad, se hallaba pasando revista a su ejército en el Campo de *Marte* (el del propio dios que le engendró) y concretamente en el *palus Caprae*, o sea en el pantano de la Cabra. En cuyo momento estalló repentinamente una terrible tempestad acompañada de un eclipsamiento del Sol. Todo cuanto se hallaba en aquellos contornos desapareció bajo trombas de agua. Pasada la tormenta, cuando todo el mundo fue saliendo de sus refugios, el rey ya no volvió a aparecer. Buscado afanosamente, no hubo forma de dar con su cuerpo. Rómulo había desaparecido sin dejar rastro. El único que supo dar razón de su paradero fue un ciudadano romano, Julio Próculo, quien afirmó que Rómulo se le había aparecido y le había revelado que *se lo habían llevado los dioses* y que se había convertido en el dios Quirino. De acuerdo con su propia voluntad, los romanos le erigieron un santuario en la cumbre del Quirinal.

Ciertamente más próximos que esta tradición original están los testimonios de los distintos historiadores, escritores y oradores romanos y griegos. Vimos ya algunas citas de Plinio el Viejo. Tanto él como Tito Livio, Plutarco, Dio Cassius, Séneca, Cicerón y Julio Obsequens fueron en mayor o menor grado conscientes de que *los dioses estaban guiando a los hombres* en la Tierra.

Sin ir más lejos, en el libro VIII de la *Eneida*, Virgilio habla de «ruedas que transportaban rápidamente a los dioses».

Y el propio Virgilio afirma en la Égloga IV que «ya

una nueva raza está siendo enviada *desde los cielos*. No la perdamos de vista.

### El Libro de los Prodigios

En el *Prodigiorum Liber* (Libro de los Prodigios), el historiador Julio Obsequens recoge textos originales de Cicerón, Tito Livio, Séneca y otros autores latinos. De ahí extractamos estas dos citas:

«Siendo cónsules C. Mario y L. Valerio, fue visto en diferentes lugares en Tarquinia un objeto que semejaba una antorcha encendida que repentinamente cayó del cielo. Hacia el anochecer, un *objeto volador circular*, similar en su forma a un "clypeus" —el *escudo redondo* usado por los legionarios romanos— «llameante, fue visto *cruzando el cielo* de oeste a este.

»En el territorio de Spoleto, en Umbría, un globo de fuego, de color dorado, cayó a tierra, girando. Luego pareció *aumentar de tamaño, se elevó del suelo, y ascendió hacia el cielo*, en donde oscureció al disco del sol con su fulgor. Desapareció en dirección al cuadrante este del cielo».

En el siglo xvi el humanista alemán Karl Wolffhart, más conocido por el nombre de Conradus Lycosthenes, editó el *Libro de los Prodigios* de Julio Obsequens, completando las lagunas del texto original con citas de las fuentes primarias latinas y aportando descripciones de fenómenos similares acontecidos en el medievo y hasta sus propios días. Allí, Lycosthenes refleja así el suceso de Tarquinia: «En Tarquinia, una antigua ciudad de la Campania italiana, se vio una antorcha ardiente que recorría el cielo. De pronto descendió. Al anochecer, un *escudo llameante cruzó el cielo* de Roma. Vino echando chispas del occidente y desapareció hacia el oriente.»

En la misma edición, Lycosthenes recoge otros testimonios que —como todos los que presento en estas páginas— evidencian que el fenómeno OVNI no es ni mucho menos una invención de nuestro siglo xx. Así, escribe:

«Un terrible signo apareció *en el cielo*, en forma de *columna*. Fue en la época del emperador romano Teodosio.»

Refiriéndose al año 919, dice: «Un objeto como una antorcha encendida fue visto *en el cielo*, y *bolas brillantes* como estrellas *se movían por el aire* sobre Hungría.»

Nos adelantamos ahora mucho en el tiempo y saltamos al mismo siglo xvi, pero es sólo para citar dos ejemplos más sin salirnos del marco del estudio publicado por Lycosthenes, quien afirma allí:

«En 1520 en Inglaterra, en Hereford, fue vista *en el cie-*



Quetzalcóatl  
en su serpiente  
voladora  
(reproducción  
extraída  
del Códice  
Vaticano A, 6).



Representación china  
de un ser volante  
dotado  
de inteligencia.

lo una *colosal viga de fuego*. Descendiendo hasta la tierra, quemó muchas cosas con su calor. Después de esto *ascendió nuevamente al cielo y se vio cómo cambió su forma para convertirse en un círculo de fuego.*»

En el mismo año de 1520, afirma Lycosthenes que en una población a orillas del Rhin, todos los de la ciudad oyeron en pleno día *un ruido grande y terrible de armas en el aire*, como si dos ejércitos muy fuertes y poderosos estuviesen luchando a muerte. De tal suerte que la mayoría de los de la ciudad que podían llevar armas, del temor que los invadió, fueron rápidamente a coger sus armas y se reunieron para defender su ciudad, la cual pensaban estaba sitiada por tropas enemigas.

Regresemos ahora al mundo clásico para leer en textos de Tito Livio y de Plutarco que, en la época en que fueron cónsules Lucius Scipio y Norbanus, se oyó entre Capua y Volturno un *gran ruido en el aire* y —también allí— un espantoso *ruido de armas*, que duró por espacio de varios días, viéndose además cómo dos ejércitos luchaban el uno contra el otro.

Y ya en el capítulo «Los hijos del cielo» vimos cómo Eneas Silvius escribió que en el año sexto después del Jubileo fueron vistas en Italia veinte nubes que generaban vientos luchando unas contra las otras, alineándose cada cual en su fila como dispuestas en orden de batalla.

## LA GRAN OLEADA CLÁSICA

Nuestro buen amigo W. Raymond Drake es indudablemente el investigador que más ha profundizado en la literatura clásica, sumiéndose en una exhaustiva labor de lectura, análisis y criba de textos antiguos que mencionen —siempre con el rigor del testimonio histórico escrito— la manifestación de fenómenos aéreos inusuales. Su trabajo me sirve de guía para ofrecer a continuación un resumen cronológicamente enumerado de algunos de los fenómenos documentados en el ámbito del Imperio romano y áreas conectadas.

Ya desde las primeras épocas, los romanos estaban convencidos de que los dioses dominaban de forma muy inmediata su vida cotidiana, en el sentido de protegerlos contra sus enemigos. El romano creía en sus dioses no como entes que viven alejados de su mundo, sino como seres que intervenían directamente en los asuntos humanos. Marco

Tulio Cicerón ya escribió en su *De Natura Deorum* que «las voces de las lisonjas se han oído a menudo y las deidades han aparecido en formas tan visibles que han obligado a todo aquel que no es insensible o endurecido en la impiedad a confesar la presencia de los dioses». Y en *De Divinatione*, el propio autor remarca el carácter de *asunto de Estado* que los objetos volantes no identificados cobraban para el gobierno de la época, al escribir:

«Mas vuelvo a la adivinación de los romanos. ¡Cuántas veces ha instado nuestro Senado a los decenviros a consultar los libros de la Sibila! Por ejemplo, cuando fueron vistos *dos soles* o cuando aparecieron *tres lunas* y cuando fueron observadas *lenguas de fuego* en la noche, y el propio cielo pareció abrirse restallante, y *extraños globos fueron vistos en él.*»

Plutarco, a este respecto, escribe que Numa Pompilio, por ejemplo, no se preocupó nunca de la aproximación de sus enemigos, limitándose a ofrendar sacrificios a los dioses, quienes sabía que le defenderían.

Los hermanos Cástor y Pólux, que ya fueron debidamente citados en este libro y que evidenciaron ya su conexión con los «dominadores» —recuerde el lector todo lo dicho con relación a estos hermanos que participaron en la expedición de los argonautas— protagonizaron —en opinión de los romanos— la protección de sus intereses:

«Y esto no debe ser imputado a la suerte o a la temeridad, sino a la frecuente aparición de los mismos dioses. En la guerra con los latinos, cuando Áulio Postumio, el dictador, atacó a Octavio Manilio, el turculano, en Regilo fueron vistos Cástor y Pólux luchando en nuestro ejército a lomo de caballo y esos mismos vástagos de Tíndaro dieron luego muestras de su presencia, pues cuando P. Vatinio, abuelo del actual joven del mismo nombre, estaba yendo a Roma desde su gobierno de Reato, se le aparecieron dos jóvenes montados sobre *caballos blancos* y le dijeron que aquel mismo día había sido hecho prisionero el rey Perseo.»

Cicerón, en su obra *De Natura Deorum* (libro I, capítulo 2), insiste así en la firme convicción de los romanos de que los dioses Cástor y Pólux descendieron de los cielos para defender a la ciudad.

En el año 498 a. de J.C., el exiliado Tarquino se encaminó sobre Roma, con la intención de aplastarla con aliados de treinta y seis ciudades de la Liga latina conducidos por Octavio Manilio. La batalla se libró junto al lago Regilo, cerca de la actual Frascati. Cuando al cabo de unas horas parecía decantarse cierta ventaja en favor de los etruscos, que consiguieron empujar a los romanos, Aulio Postu-

mio, en su desespero, prometió un templo a Cástor si éste intervenía en la lucha. Repentinamente, en una violenta carga contra el enemigo se colocaron a la cabeza de la caballería dos extraños y apuestos jinetes de una estatura superior a la humana, que de inmediato se pusieron a dirigir la carga. Al atardecer del mismo día dos hombres jóvenes hicieron aparición en el foro procedentes del campo de batalla y dieron la noticia de la victoria conseguida. Aulio Postumio erigió efectivamente un templo, cumpliendo su promesa, y en cada aniversario de la decisiva batalla, caballeros vestidos de púrpura y coronados de ramas de olivo iban en procesión desde el templo de Marte, en el exterior de la ciudad, hasta el templo de Cástor y Pólux.

Plutarco añade en *Aemulius Paulinus* (XXV) que «el primer hombre que los encontró donde estaban refrescando sus caballos, mientras ellos estaban bañados en sudor, se asombró ante su noticia de victoria. Ellos se mesaron la barba sonriendo silenciosamente y el pelo de ella se trocó al instante de negro a rojo, circunstancia que dio crédito a su historia, y dio al hombre el apodo de "Aenobarbus", o sea "barba de bronce"».

Recuerde el lector este episodio de los dos jinetes que sobre *blanco corcel* se ponen al frente de un ejército en plena batalla para decidir la victoria sobre el enemigo, ya que en episodios similares se prodigarán san Jorge más adelante. Y porque, si el lector está atento, habrá percibido que volvemos a estar hablando de los cabalistas en la misma dimensión en que los habíamos mencionado al hablar de Mahoma.

Pero vayamos ya a la enumeración de fenómenos concretos.

Plutarco, en *Timoleón*, describe el viaje que en el año 344 a. de J.C. realiza Timoleón —de noble familia de Corinto—, al ser requerido por las ciudades griegas de Sicilia a expulsar a los cartagineses, que habían desembarcado en la isla. Y escribe:

«Ahora con siete naves corintias y dos de Corcira y una décima, que proporcionaron los leucadianos, él zarpó. Y por la noche, tras haber entrado en mar abierto y hallándose disfrutando de un viento favorable, los cielos parecieron estallar, abriéndose súbitamente sobre su nave, despidiendo seguidamente abundante y vivo fuego. De éste se alzó una antorcha a lo alto, como aquellas de que son portadores los místicos, y corriendo con ellos en su trayectoria los llevó precisamente a aquella parte de Italia a la cual habían puesto rumbo los pilotos.»

Timoleón obtuvo la victoria y gobernó Sicilia a partir de ella. Y siempre la misma pregunta: ¿quién está intere-

sado en manejar el curso de la historia humana? Porque además, solamente cuatro años más tarde, hubo una nueva intervención cuando los romanos codiciaban el fértil país de la Campania y se la estaban disputando a los latinos. En el capítulo VI del libro VIII, Tito Livio escribe al respecto:

«Allí, en el silencio de la noche, se dice que ambos cónsules fueron visitados por la misma aparición, un hombre de estatura más elevada que la humana y más mayestático» —observa lector que esta descripción coincide con la de los supuestos Cástor y Pólux, que se colocan al frente de las huestes romanas— «quien declaró que el jefe de un bando y el ejército del otro debían ser ofrendados a los Manes y a la Madre Tierra».

Nuevamente en *Timoleón*, Plutarco escribe que en el año 234 a. de J.C., «en Rímini fueron vistas tres lunas, mientras los galos invadían Italia».

Recuerdo al lector que también los historiadores chinos relataban la aparición de más de una luna y más de un sol simultáneos.

Más pintoresco es el pasaje que aporta Dio Cassius en su *Historia romana*. Habla del año 223 a. de J.C.:

«Ocurrieron portentos que sembraron gran miedo entre el pueblo de Roma. Un río de Picena tuvo las aguas de color de sangre en Etruria, y una buena parte del cielo pareció estar incendiada. En Arimino fulguró una noche una luz como el día. En muchas partes de Italia fueron visibles tres lunas en la noche, y en el foro un buitres estuvo encaramado durante varios días.»

Plinio, en su *Historia natural*, dice del año 222 a. de J.C.: «También aparecieron tres lunas a la vez.»

Un año más tarde —o sea, en el 221 a. de J.C.— se vuelve a producir el fenómeno, como puede leerse en el *Prodigiorum Libellus* que se publica en el año 1770 recogiendo la obra de Julio Obsequens y de Lycosthenes: «En Rímini fueron vistas tres lunas viniendo de distantes regiones de los cielos.»

Año 218 a. de J.C. Informa Tito Livio (libro XII, LXII): «Naves fantasmas han sido vistas brillando en el cielo... En el distrito de Amiterno aparecieron en muchos lugares hombres con destellantes atuendos, a lo lejos y sin que se acercasen a nadie.»

Año 217 a. de J.C. Informa igualmente Tito Livio, en el libro XXIII:

«El disco solar pareció contraído. Resplandecientes piedras cayeron del cielo en Prenesta, y en Arpi aparecieron escudos en el cielo, el Sol pareció estar luchando con la Luna, y en Caperna dos lunas se alzaron al mismo tiem-

po... En Faleri, el cielo pareció desgarrarse como en una gran hendidura y a través de la grieta había relucido una brillante luz y aquellas partes se habían contraído... En Capua hubo el aspecto de un cielo incendiado, y de una luna que caía en medio de una aguacero.»

Seguimos con Tito Livio, ahora en el libro XXIV, X, y situados en el año 214 a. de J.C.:

«Prodigios en gran número, y cuanto más eran creídos por hombres sencillos y píos, más eran informados aquel año. El río Minucio apareció sangriento... En Calas llovió yeso... En Adria fue visto un altar en el cielo y en torno a él formas de hombres con blancas vestiduras... Algunos aseguraron haber visto armadas legiones sobre el Janículo, lo que movió a la ciudad a correr a las armas.»

En el libro XXIV, XLIV, informa para el año 213 a. de J.C.:

«En el río, en Terracina, fueron vistas formas de naves de guerra que no tenían existencia. En el templo de Júpiter Vicilino, en el territorio de Compsa, hubo un ruido de choque de armas, y el río, el Amiterno, era de sangre.»

Seguimos con Tito Livio. Año 206 a. de J.C.:

«Dicen que en Alba fueron vistos dos soles, y que en Fregelle se hizo claridad en la noche.»

Año 204 a. de J.C.:

«Dos soles se vieron y en Setia un meteoro fue visto cruzando de este a oeste.»

Para el año 175 a. de J.C. escribe Julio Obsequens:

«Tres soles brillaron en el cielo al mismo tiempo, y varias antorchas cayeron aquella noche en Lanuvia.»

Y Plinio para el 174 a. de J.C.:

«Fueron vistos tres soles.»

Y para el año siguiente, nuevamente Obsequens:

«En Lanuvia fue contemplada en el cielo la aparición de algo como una gran flota. En Priverno una gris cubrió el suelo.»

«En el foro romano fueron vistos tres soles brillando al mismo tiempo», informa, para el año 171 a. de J.C., el recopilador Lycosthenes.

Luego vuelven a aparecer los hermanos Cástor y Pólux citados por Tito Livio (libro XIV, I), en relación con la victoria en Macedonia:

«Rumores de la victoria romana lograda en Macedonia se expandieron por Roma antes de que llegaran los mensajeros. Los magistrados quedaron asombrados. Las noticias fueron proclamadas por Cástor y Pólux.»

Los datos que siguen se deben a Julio Obsequens.

Año 167 a. de J.C.:

«En Lanuvio fue vista en el cielo una brillante antorcha.»

Año 166 a. de J.C.:

«En el territorio de Vei creció lana de los árboles. En Lanuvio fue vista una antorcha en el cielo, y en Casini fue visto el Sol unas horas por la noche.»

Año 163 a. de J.C.:

«En Capua fue visto el Sol de noche. En Forini fueron vistos dos soles de día. El cielo estaba ardiendo. En Cefalonia pareció provenir del cielo el sonido de una trompeta. Hubo una lluvia de tierra. Un viento impetuoso derribó casas y arrasó los sembrados. De noche brilló un sol aparente en Pisauro.»

Año 154 a. de J.C.:

«En Compsa parecieron volar armas a través del cielo.»

Año 152 a. de J.C.:

«En muchos lugares de Roma fueron vistas apariciones en togas, que a cada intento de aproximación desaparecían de la vista.»

Año 140 a. de J.C.:

«En Prenesta y en Cefalonia parecieron haber caído imágenes del cielo.»

Año 137 a. de J.C.:

«En Prenesta fue vista una antorcha ardiendo en el cielo.»

Año 134 a. de J.C.:

«En Amiterno fue visto el Sol de noche.»

Año 127 a. de J.C.:

«En Fruosino fue vista en el cielo una antorcha encendida.»

Hasta aquí una serie de avistamientos insólitos documentados por Julio Obsequens.

Plinio refiere para el año 122 a. de J.C. que «en Galia fueron vistos tres soles y tres lunas». En el libro II, XXXI, escribe que en el año 118 a. de J.C. «fueron vistos tres soles en Roma». Y añade: «Se informa también que varios soles fueron vistos a mediodía en el Bósforo y que duraron desde el orto hasta el ocaso.»

Lycosthenes recoge este dato para el año 116 antes de nuestra era:

«En Lacio fueron vistos tres soles este año.»

Nuevamente Plinio sitúa solamente tres años más tarde esta noticia (libro II, XXXIII), afirmando de paso que la aparición de soles nocturnos parecía ser algo familiar para los habitantes de Italia:

«Una luz del cielo en la noche, el fenómeno generalmente llamado "soles nocturnos" fue visto durante el consula-

Reproducción de uno  
de los carros volantes  
de que hablan  
los antiguos  
textos chinos.



Otra versión de un carro volante  
en la China antigua.

do de Cayo Cecilio Cneo Papirio y a menudo en otras ocasiones, causando una aparente luz diurna en la noche.»

Nuevamente Julio Obsequens nos refiere que en el año 106 a. de J.C. «fue oído un alboroto en el cielo y parecieron caer jabalinas de él. Hubo una lluvia de sangre. En Roma fue vista una antorcha».

Especialmente importante en cuanto a actividad aérea desacostumbrada pareció ser el año 103 a. de J.C. Así nos lo refieren Plutarco, Julio Obsequens y también Plinio el Viejo, en las citas que siguen.

Plutarco, en *Cayo Mario*:

«Muchas señales aparecieron también, la mayoría de las cuales fueron de clase corriente; pero de Meria y Tuda, ciudades de Italia, se informó que de noche habían sido vistos en los cielos flamíferas lanzas y escudos, que al principio se movían en diferentes direcciones, y luego chocaron entre sí representando las formaciones y movimientos de hombres en batalla y finalmente algunos de ellos cediendo, mientras otros presionaban en persecución y todos se desplazaban hacia el Oeste.»

Julio Obsequens, en el *Prodigiorum Liber*:

«La Luna, con una estrella, apareció de día desde la hora tercia a la séptima. En la hora tercia del día un eclipse de Sol produjo oscuridad. Llovió leche en el campo votivo. En Picena fueron vistos tres soles.»

Plinio el Viejo, en la *Historia Naturalis*:

«Nos cuentan que durante las guerras contra los cimbrios se oyeron ruidos de metálicas armaduras y sonidos de trompetas procedentes de lo alto, y lo mismo ha sucedido frecuentemente tanto antes como después. En el consulado de Mario, los habitantes de Ameria y Tuder vieron ese espectáculo de ejércitos celestiales avanzando del Este y Oeste para enfrentarse en batalla, siendo derrotados los del Oeste.»

Aclaremos al respecto que las guerras contra los cimbrios se desarrollaron en Germania entre el año 113 y el 110 a. de J.C., y que el consulado de Mario se dio en el año 103 a. de J.C.

Y seguimos con Plinio, con un testimonio que para el año 100 a. de J.C. recoge su libro II, XXXIV:

«En el consulado de Lucio Valerio y Cayo Mario un escudo ardiendo y despidiendo chispas atravesó el cielo en el ocaso, desde Oeste a Este.»

Julio Obsequens reseña para el año 93 a. de J.C.:

«En Volsini parecieron brotar llamas del cielo al alba, y, después de que se juntaran todas, la llama desplegó una gran abertura gris y pareció dividirse el cielo, y en la hendidura aparecieron lenguas de fuego.»

Y para el 91 a. de J.C.:

«A la puesta del Sol un *globo de fuego recorrió el cielo* en la región del norte, *emitiendo un terrible ruido.*»

En este mismo año 91 a. de J.C. se sitúa el avistamiento de la bola de fuego dorada que descendió a nivel del suelo para luego aumentar de tamaño y volver a despegar en dirección Este, avistamiento acontecido en Spoleto y que ya documentamos en la segunda cita del apartado *El libro de los Prodigios*.

El mismo libro refiere para el año 88 a. de J.C.:

«En Stratopedon fue vista una gran estrella que descendía del cielo. Fue vista la aparición de Isis atacando a un arpa con un rayo.»

En el año 83 a. de J.C. se produce el encuentro de Sila con un extraño ser, que de por sí acaso no tendría mayor interés si no fuera porque en épocas posteriores estos encuentros se vuelven a dar, como tendremos ocasión de ver detalladamente en el momento oportuno. Veamos ahora el incidente del año 83 a. de J.C., referido por Plutarco en su obra *Sila*:

«Cerca de Apolonia y en su vecindad está el Ninfeo, un sagrado recinto, el cual despide en varios lugares de sus verdes valles y prados corrientes de perpetuo fuego llameante. Según se cuenta, aquí fue sorprendido un sátiro dormido, tal y como lo representan escultores y pintores, y llevado ante Sila, donde varios intérpretes le preguntaron quién era. Y cuando por fin profirió algo ininteligible, dificultosamente fue un grito ronco que era algo así como el relincho de un caballo y el balido de una cabra, lo cual horrorizó a Sila, quien ordenó que se lo quitaran de su vista.»

Nuevamente Julio Obsequens nos obsequia con un dato del año 82 a. de J.C.:

«Durante el gobierno de Sila fue oído entre Capua y Volturno un gran batir de estandartes y armas con espantoso vocerío, de forma tal que dos ejércitos parecieron estar empuñados en combate durante varios días. Cuando este portentoso fue investigado más de cerca, las huellas de caballos y de hombres y la hierba y las matas recientemente pisoteadas parecían predecir la carga de una gran guerra.»

Un suceso importante aconteció en el año 73 a. de J.C., en el momento en que Mitrídates, rey del Ponto y conquistador de Asia Menor, iba a enfrentarse a las tropas del cónsul romano Lúculo. Nos refiere este incidente —nueva intervención de saben los dioses quién en el desarrollo de la historia humana— Plutarco en *Temístocles*, XV:

«Mas en el mismo momento en que se iba a desencadenar la batalla y sin ningún aparente cambio de tiempo, sú-

bitamente el cielo pareció partirse en dos, y *fue visto caer de él* un cuerpo ígneo entre los dos ejércitos. Su forma era muy semejante a la de un jarro de vino, y de color como de plata fundida. Ambos bandos quedaron en suspenso ante la visión y *se separaron*. Este portentoso, como dijeron, sucedió en Frigia, en un lugar llamado Otria.»

Plinio, en el libro II, XXXV, refiere otro caso importante, acaecido en el año 66 a. de J.C.:

«En el consulado de Cneo Octavio y Cayo Scribonio fue vista caer una chispa de estrella y aumentar de tamaño al aproximarse a la Tierra, y tras hacerse *tan grande como la Luna* difundió una tenue luminosidad, y luego, *volviéndose hacia el cielo, se tornó como una antorcha*; ésta es la única noticia de lo ocurrido. Fue visto por el procónsul Sila, y su séquito.»

Refiere Obsequens que sólo tres años más tarde, en el 63 a. de J.C., «un destellante haz atravesó el cielo desde el Oeste, siendo sacudido todo Spoleto por temblores de tierra».

Y una nueva intervención determinante en la historia del hombre, puesto que decidió nada menos que la futura llegada de César al poder. Refiere el incidente Cayo Suetonio en su obra *Los doce Césares*. El año es el 49 a. de J.C., cuando Cayo Julio César recibió la orden del Senado, dominado por Pompeyo, de deponer el mando de las tropas que habían conquistado la Galia e invadido Britania. Se le ordenaba regresar a Roma como ciudadano particular, para —según se rumoreaba— ser allí juzgado y condenado a muerte por sus enemigos políticos. En respuesta, César decidió marchar con sus batallones sobre Roma. Pero al llegar a la ribera del río Rubicón, que marcaba la frontera entre la Galia e Italia, César vaciló. Nos describe la escena decisiva la citada obra de Suetonio:

«Y cuando estaba indeciso, se produjo una aparición de *sobrehumana estatura y belleza*» —recuerde el lector la intervención de los misteriosos y apuestos caballeros, de estatura superior a la humana, que intervinieron también decisivamente en la batalla del lago Regilo— «que estaba sentada a la orilla del río tocando un caramillo. Un grupo de ovejas estaba reunido en derredor suyo escuchándole y, cuando algunos de los hombres de César rompieron filas para hacer lo propio, la aparición arrebató la trompeta a uno de ellos, corrió ribera abajo, lanzó un sonoro trompetazo y cruzó el río. César exclamó: "Aceptemos esto como una señal de los dioses y sigamos adonde nos señalan en venganza de nuestros falaces enemigos. ¡La suerte está echada!"»

La vida de César se verá salpicada de fenómenos o apa-

riciones curiosas en más de una ocasión. Cuando finalmente se enfrenta en el año 48 a. de J.C. con su reducido ejército a la gran concentración de tropas de Pompeyo en Far-salia, en la Tesalia, refiere Plutarco en *César*, XI y *Pompeyo*, LXVIII:

«Durante la guardia de la mañana, una gran luz brilló sobre el campamento de César, el cual estaba completamente en calma, y de ella brotó una llameante antorcha que se precipitó sobre el campamento de Pompeyo. El propio César dijo haberla visto mientras inspeccionaba las guardias.»

Acto seguido, César derrotó a Pompeyo, netamente superior en fuerzas, en lo que sería la batalla decisiva de su vida. Dio Cassius añade otro dato: el resultado de la batalla fue anunciado en Siria, a más de mil quinientos kilómetros de distancia, por dos jóvenes desconocidos que desaparecieron tan inadvertidamente como hicieron aparición. Recuerde el lector a los dos jóvenes que 450 años antes habían dado de forma similar, en el foro romano, la noticia de la victoria de Aulio Postumio sobre Tarquino.

Plutarco, en su obra *César*, LXIII, aporta sucesos inexplicados acaecidos en el año 44 a. de J.C., el año en que César fuera apuñalado mortalmente en el edificio del Senado, a los pies de la estatua de Pompeyo:

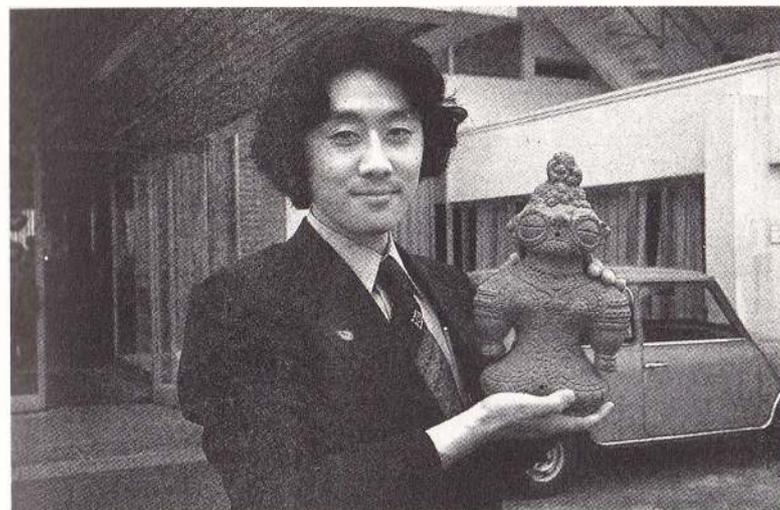
«Mas parecería que el destino no es tan inesperado como inevitable, puesto que se dice que fueron vistas sorprendentes señales y apariciones. No merece quizá la pena mencionar *luces en los cielos*, y ruidos atronadores en la noche; y aves de presagio bajando al foro, como precursores de tan gran evento, pero el filósofo Estrabón dice que fueron vistas multitudes de *hombres incandescentes precipitándose* de las alturas.»

### *Después de Belén*

Como paréntesis importante entre los fenómenos aéreos inusuales que estamos repasando, y que condicionan además el curso de la vida del ser humano sobre el planeta que está habitando, aparece sin duda el fenómeno del «ovni de Belén», ya estudiado. La representación cósmica se reanuda en el mundo clásico a partir del año 9 de nuestra era.

Nos lo narra Dio Cassius. Para el citado año 9:

«El templo de Marte en el campo del mismo nombre fue alcanzado por el rayo y numerosas langostas invadieron la ciudad y fueron devoradas por golondrinas, y los picos de los Alpes parecieron derrumbarse sucesivamente



Katsumi  
Koosaka  
mostrando  
una figurilla  
«dogu».



Figurilla «dogu»  
japonesa.

y *despedir a lo alto tres columnas de fuego*. El cielo pareció arder en muchos puntos y numerosos cometas aparecieron al mismo tiempo, y del Norte parecieron ser lanzados dardos que caían en dirección del campamento romano.»

Para el año 14:

«El Sol sufrió un eclipsamiento total y la mayor parte del cielo pareció estar incendiándose, y ardientes ascuas parecieron caer de él y se vieron cometas de rojo color de sangre.»

Para tres años más tarde, o sea para el 17, nos cuenta Plinio el Viejo en su *Historia natural*, libro XI-XXIV, lo siguiente:

«Hay también luces meteóricas que sólo se ven cuando caen; por ejemplo, una que *recorrió el cielo a mediodía y a la vista de todo el público* cuando Germánico estaba ofreciendo un espectáculo de gladiadores. De éstas las hay de dos clases: una especie de las llamadas "lampadarios", que significan "antorchas", y las otras "bólidos", "misiles", que son de la clase de las que aparecieron en época del desastre de Módena. La diferencia entre ellas es que las antorchas trazan largos regueros, con su parte delantera incandescente, mientras que las otras están encendidas en toda su longitud en su *largo recorrido*.»

Concretemos que el mencionado espectáculo de gladiadores se dio en el año 17 de nuestra era, mientras que el desastre de Módena es aquel que en el año 44 a. de J.C.—el mismo de la muerte del César— protagonizó Antonio al sitiar a Décimo Bruto.

Ovidio murió en el año 18. Antes, contó: «En medio de la noche vi brillar con deslumbrante blancura al Sol.»

Pero quedan, evidentemente, testimonios mucho más elocuentes que estos tres que acabamos de ver. Soy consciente de que estoy acaso comenzando a aburrir al lector con esta larga sucesión de acontecimientos inusuales, que a fuerza de leerlos se están haciendo usuales, hasta normales. Pero precisamente esto es lo importante de la cuestión: la constatación casi inconsciente de que los fenómenos aéreos no naturales ni humanos han estado ahí acompañándonos durante las distintas etapas de nuestra evolución, *siempre*.

Escribe una vez más Plinio en su *Historia natural*:

«*Tres soles* fueron vistos durante el consulado del futuro emperador Claudio, siendo a la sazón su colega Cornelio Ofito.»

Y Séneca en sus *Cuestiones naturales*:

«Durante el reinado de Claudio un cometa procedente del Norte se alzó hacia el cenit para *ser luego llevado hacia el Este*, haciéndose cada vez menos brillante.» Claudio go-

bernó desde el año 41 hasta el 54, en que fue envenenado por su mujer, Agripina.

El propio Séneca afirma que, en el año 60, «hemos podido contemplar durante *seis meses* ese cometa que apareció en el feliz reinado de Nerón».

Por su parte Flavio Josefo, en su obra *Las guerras de los judíos* (libro VI, capítulo V, 3), aporta estos testimonios de lo acontecido en Jerusalén en el año 65:

«Una vez aparecieron encima de la ciudad una estrella semejante a una espada y un cometa que *duró un año entero*. Con anterioridad a la rebelión judía, y antes de las algaradas que precedieron a la guerra, el pueblo llegó en grandes contingentes a celebrar la fiesta del pan ácimo, el día octavo del mes de Xanticos (Nisan); a la hora nona de la noche, *brilló una gran luz* en el altar y el santuario, *análoga a la del día*, persistiendo *media hora*.»

Retenga el lector en su memoria esta *espada* suspendida encima de la ciudad, puesto que la misma volverá a hacer su aparición 1 462 años más tarde, a más de 13 000 km de distancia, sobre las cabezas de las huestes de Hernán Cortés.

Pero continuemos leyendo al historiador judío Yosef ben Matatayahu o Matthias ha-Kohen, conocido como Flavio Josefo:

«Además, pocos días después de la fiesta, el vigésimo primero del mes de Artemisios (Jyar), aconteció un fenómeno increíble y maravilloso. Se le podría tildar de fábula si no lo refiriesen los que lo presenciaron y si la índole de los hechos que siguieron no justificasen aquellas señales. Antes de la puesta del Sol corrieron, *entre las nubes*, *sitiando ciudades, carros y soldados armados de pies a cabeza*.»

Hago una pausa y pregunto al lector: ¿Es que una gran parte de nuestros historiadores se han vuelto locos, o mienten? Porque si eso aceptamos, hay que convenir en que su locura tiene cohesión, al repetirse los fenómenos que describen en diferentes épocas y en lugares distantes entre sí, en culturas que aparentemente nada tienen en común. Y además, si esa locura o engaño aceptamos, ya nós podemos poner todos a revisar la Historia de arriba abajo, ya que son *esos mismos historiadores* en los que confiamos para edificar sobre sus testimonios el bagaje de cultura que alimenta nuestros conocimientos. ¿O es que también aquí tenemos que esperar a que un censor nos dicte lo que son escritos apócrifos y lo que, en cambio, son verdades «canónicas»? Afortunadamente, muchos de nosotros hemos

aprendido a leer con nuestros propios ojos, y nos permitimos el lujo de decidir por nosotros mismos lo que podemos creer y lo que nos merece menos credibilidad. Lo que en estas páginas aportamos, son citas extraídas de los ortodoxos textos de los historiadores reconocidos en las cátedras universitarias. A partir de esta realidad, que cada cual se forme su propia idea de los hechos.

Volvemos a Lycosthenes, quien afirma para el año 71: «Además fueron vistos en el Este y en el Oeste *dos soles*, uno de los cuales era débil y pálido, y el otro potente y claro.»

En el libro II, CXXII, de su *Historia natural*, Plinio escribe refiriéndose al año 76:

«También hay estrellas que nacen súbitamente en el mismo cielo. [...] Estrellas-jabalinas vibrantes como una saeta, y que son un *terrible portentoso*. A esta clase pertenece el cometa sobre el cual Tito escribió durante su consulado en su famoso poema, siendo ésta la última aparición hasta el presente. Las mismas estrellas, cuando son más cortas y se reducen hasta un punto, han sido llamadas "dagas". Éstas son las más pálidas de todas y tienen el fulgor como el destello de una espada, y no tienen radiación alguna.»

En el volumen LXXII de su *Historia romana* escribe Dio Cassius, hablando de los eventos del año 174:

«Durante una gran batalla contra los quadri, Marco Aurelio temió por todo su ejército. Una legión entera de cristianos oró a su dios, quien inmediatamente prestó oídos fulminando al enemigo con sus rayos y aliviando a la par a los romanos con intensa lluvia. Marco se quedó muy asombrado ante este hecho, y no sólo honró a los cristianos con un edicto oficial, sino que dio el título de "Tonante" a su legión. [...] Numerosos rayos cayeron en las filas enemigas, y el agua y el fuego descendían simultáneamente, consumiendo a los bárbaros. Pues la lluvia era *como aceite que hacía que el fuego se extendiera*.»

El historiador Elio Lampridio escribe para el año 192 en su *Vida de Cómodo*: «Durante el reinado de Cómodo cruzó el cielo un *objeto particularmente brillante*.»

Herodiano deja constancia en el libro I de su *Historia del Imperio después de Marco Aurelio* de que «hubo muchas maravillas en aquellos días, [...] fueron vistas estrellas en el espacio y *en pleno día*.»

Dio Cassius, en el libro LXXXIV, relata para el año 193 y refiriéndose a la conspiración contra Didio Juliano: «Tres hombres trataron de asegurarse el control de los asuntos.

Severo, Niger y Albino. [...] Éstos eran los tres hombres augurados por las tres estrellas que *súbitamente aparecieron* a la vista *rodeando al Sol* cuando Juliano se hallaba en nuestra presencia ofreciendo sacrificios de Ingreso frente al edificio del Senado. Estas estrellas fueron tan visibles que *los soldados se las quedaron mirando continuamente y señalándose mutuamente*, declarando que algún terrible hecho debía acontecer al emperador.»

En el año 312, Constantino el Grande, a la sazón pagano, se encaminaba sobre Roma en su lucha contra el emperador Majencio. Buscaba, clamaba al cielo por que le tendiera —quien fuera— una mano en apoyo de sus pretensiones. Su biógrafo, Eusebio de Cesárea, escribe al respecto en su obra *Vida de Constantino*, libro I, cap. XXIII:

«Hacia las horas meridianas del Sol, dijo Constantino que vio con sus propios ojos el trofeo de la Cruz *en los cielos*, situado sobre el Sol radiante de luz y con una inscripción adjunta conteniendo las palabras *con esto conquistó*, y que a la vista de ello quedaron pasmados tanto él como todas sus fuerzas militares, las cuales le seguían en su marcha y fueron espectadores del milagro.»

El historiador Edward Gibbon admite al respecto en su obra *The Decline of the Roman Empire*, en su volumen II, capítulo XX, que «este *sorprendente objeto del cielo* asombró a todo el ejército, así como al propio emperador, quien aún estaba indeciso sobre la elección de una religión, pero su asombro se trocó en fe por la visión que tuvo la siguiente noche. Pues Cristo se le apareció ante sus ojos y, desplegando el mismo signo de la cruz, dijo a Constantino que fabricase un estandarte semejante y marchara con la seguridad de la victoria contra Majencio y todos sus enemigos».

Alguien, desde lo alto, continúa promocionando la imagen de Jesús con intervenciones esporádicas pero muy dirigidas, empeñado en intervenir activamente en el desarrollo de las acciones de los humanos. Lo que Constantino vio le decidió a aliarse a los cristianos, a otorgar a éstos —hasta entonces perseguidos— plena igualdad de derechos mediante la promulgación del edicto de Milán, a convocar el Concilio de Nicea y a convertirse él mismo al cristianismo. Que no es flaco paquete de ganancias para quien decidió potenciar al cristianismo a través del citado emperador romano.

Para después de este incidente, Lycothene vuelve a informar de nuevos avistamientos: en el año 384, en época del reinado del último emperador del gran Imperio romano antes de que éste se escindiera, Teodosio el Grande, quien además en el momento de recibir el bautismo declaró de paso al cristianismo religión oficial del Estado y

prohibió los cultos paganos, brilló en el cielo «un terrible signo en forma de columna».

Nueve años más tarde, en el 393, fueron vistas luces y luego un brillante globo a medianoche, el cual absorbió muchas estrellas pequeñas.

Un año más tarde, el firmamento nocturno de Antioquía ofreció el espectáculo de una inmensa aparición, descrita por los testigos como una mujer que se movía con ademanes extraños encima de la ciudad, emitiendo simultáneamente repentinos estallidos de sonido que espantaron a los ciudadanos.

Para no perder la unidad de esta temática, voy a dar un salto en el tiempo, siempre buscando posibles explicaciones a unos fenómenos inexplicables —hasta que se demuestre lo contrario.

En su *Historia anglicana*, William de Newbury afirma que en el año 1189 estuvo al mediodía suspendido en el aire encima de la aldea de Dunstable, cerca de Londres, «el emblema de Nuestro Señor de cegadora blancura junto a la figura de un hombre crucificado».

Años más tarde, Mateo de Paris cita en su obra *Historia Anglorum* que en el año 1227 la multitud pudo contemplar en Alemania un crucifijo suspendido en el aire.

## LA VIRGEN DE CUBA

Quiero intercalar aquí el ejemplo de cómo se fabrica una imagen celeste aparentemente sobrenatural, ya que de forma tan tecnológica como ésta pudieron haber acontecido a lo largo de la historia humana fenómenos celestes inexplicados que fueron condicionando en la mente del testigo y de cuantos de él dependían la idea de una presencia divina, allí donde acaso no hubo otra presencia sino una manipulación tecnológica tendente a encauzar al respectivo sector de población hacia una creencia, ideal o intención concreta.

El ejemplo a que me refiero se dio —tal y como ya apunté al hablar de Mahoma— en abril de 1982 en Cuba, sobre la bahía de La Habana. En aquella ocasión, centenares de cubanos vieron con asombro y devoción cómo de repente se producía sobre la bahía una especie de fogonazo, de impacto lumínico impresionante, que inmediatamente dio paso a una imagen de la Virgen que, tendiendo sus brazos en dirección a los asistentes, pendió durante algunos ins-



Distintos tipos de figurillas «dogu».



tantes por encima de ellos. No llevaba al niño Jesús, ni la cruz. Portaba lo que semejaba un manto blanco como la nieve y sonreía.

Fuentes oficiales cubanas intentaron que no se filtraran las informaciones sobre este acontecimiento, ni en el interior ni en el exterior. Fuentes cubanas de Miami comentaron el incidente a través de las emisoras WRHC y WQBA «La Cubanísima». Mis informadores en Cuba me comunicaron que posteriormente volvió a aparecer la imagen de lo que ellos interpretaron como la Virgen de Regla, esta vez sobre la bahía de Mariel. También me informaron acerca del hecho de que la imagen fue tiroteada con armas de fuego.

La Virgen hace acto de presencia en Cuba, por casualidad o con intención, poco antes de los cambios importantes de gobierno. Así, fue vista poco antes del final de la guerra de la Independencia, en los últimos años del siglo pasado. En el año 1933, la Virgen apareció poco antes del derrocamiento del dictador Gerardo Machado. Y finalmente, la imagen venerada volvió a presentarse, esta vez en Santiago de Cuba, días antes de que el propio Fidel Castro, a finales de diciembre de 1958, afianzara el éxito de su revolución contra el régimen de Fulgencio Batista.

Aprovechando esta coyuntura latente en el subconsciente popular, que asocia la aparición de la Virgen con un próximo cambio de régimen, los servicios de inteligencia norteamericanos situaron en abril de 1982 a un submarino en la posición adecuada para lanzar un holograma de la imagen de la Virgen sobre la bahía de La Habana. Mis averiguaciones propias cerca de fuentes cubanas confirman estas informaciones procedentes de contactos norteamericanos, subrayando la presencia del submarino como foco de este fenómeno, por cuanto dichas fuentes cubanas notificaron que en un hospital fue ingresado un hombre que había ido a bucear. Fue ingresado sin conocimiento y cada vez que se le intentaba reanimar abría los ojos desmesuradamente, como si estuviera viendo una visión, y volvía a desmayarse. Además de esto, en determinado momento, la imagen de la Virgen se hundió en el mar, para volver a salir inmediatamente. No sólo se trataba por parte de la Inteligencia norteamericana de activar los resortes de la conciencia popular, sino de un más sutil ensayo de condicionamiento mental en el que entraban en juego los propios estratos de superstición ancestral latentes en la misma persona de Fidel Castro.

Lo que por esta vía puede conseguirse quedó en la práctica pública plenamente evidenciado en la masacre de la Guayana, en noviembre de 1978.

### *La trampa mental*

Lo que sucedió en la Guayana es absolutamente imprescindible tenerlo en cuenta, es necesario que lo tengamos presente todos, ya que demostró de forma trágicamente real adónde nos puede conducir un condicionamiento mental hábilmente tramado y ejecutado, sea por parte de una persona o un grupo humano, sea por parte de una inteligencia que se sitúa fuera de la comunidad humana terrestre. El individuo humano, en el momento en que se integra en una comunidad armónica de congéneres, puede llegar a perder fácilmente —mucho más fácilmente de lo que cabría pensar desde una óptica externa— sus convicciones individuales, y pasar a asimilar el sentir global del grupo armónico del que forma parte y del que pasa a ser una célula más sin personalidad propia. Esta célula puede en cualquier momento —en cuanto concurren en el momento justo las circunstancias óptimas— transformarse en brazo ejecutor de una acción extremadamente nefasta, con el agravante además de estar íntimamente convencido de estar haciendo el bien. Otro ejemplo, a menor escala, sería acaso el de Charles Manson en su cruzada contra Sharon Tate. Pero veamos lo realmente ocurrido en la selva de la Guayana, en donde los muertos en un solo acto fueron *únicamente* 900 porque no había allí muchos más. No es un problema de efectos, sino solamente de escalas. Ya que idéntico efecto —una vez prendida la chispa— pudo haberse dado a una escala comunitaria de 900 millones o de 900 mil millones de voluntades anuladas. Sin ir más lejos, el mismo caso de estos «templarios del pueblo» de la Guayana ofreció ejemplos de mutación y de anulación de voluntad a dos escalas distintas: la de la comunidad global, y la individual de su líder Jim Jones. Porque el comienzo de Jim Jones fue todo lo contrario de su final. Su comienzo fue una ardua tarea por la integración de las razas, una lucha decidida contra el racismo. De procedencia mestiza, Jim fundó a finales de los años cincuenta una comunidad benéfica en uno de los más míseros barrios de Indianápolis. Alimentaba a los hambrientos al tiempo que les proporcionaba empleo y ropa limpia. Predicaba la igualdad de las razas con el ejemplo, al adoptar siete niños de diferente color de piel. Eso no les interesaba a los ciudadanos acomodados de Indianápolis, que escupían en la calle a estos niños y lanzaban gatos muertos a través de las ventanas del templo en que estaba oficiando Jones. Cada vez más acosado por semejante odio racial, acabó por marchar de misionero a Brasil, a mediados de los años sesenta. Ya entonces tomó contacto con la Guayana, antigua colonia bri-

tánica recién independizada con el nombre de Guyana, que le gustó por su carácter socialista y por la cuando menos superficial armonía de las distintas razas —hindúes, africanos, mestizos, amerindios, portugueses, chinos y europeos— que la habitaban. La obsesión de sobrevivir a una inevitable conflagración nuclear le llevó a instalarse más tarde en el valle de Redwood, en el norte de California, que, según había leído en cierta ocasión, ofrecía la posibilidad de dicha supervivencia. A los adeptos que le habían seguido hasta Ukiah incluso les prescribió una dieta de semillas de soja, de girasol y nueces, para protegerlos contra las posibles radiaciones.

En 1970, Jim Jones funda en el barrio Filmore de San Francisco su iglesia, que en sus principios era, según el *San Francisco Chronicle*, un «escaparate de todos los justos y rectos deseos». Incluía instalaciones hospitalarias, una guardería, una carpintería, una imprenta. Contactaban con Jim Jones los líderes de todos los movimientos de los oprimidos, cual era el caso de Angela Davis, que abogaba por los derechos humanos junto al pantera negra George Jackson, asesinado por un guardián en la prisión de San Quintín en agosto de 1971, o del jefe indio Dennis Banks. Luego, Jim Jones llegó a destacar en el Partido Demócrata de San Francisco. Los «templarios del pueblo» acudían en masa siempre que algún demócrata —ya fuera Rosalyn Carter, Mondale o el alcalde Moscone— proclamaba su solidaridad con los pobres de la ciudad. Pero era un cuerpo extraño, un libertador que no convenía. Y así, saltó como un grano de pus para continuar su experimento en la selva guayana. Incluso allí, creó vida y recursos en un terreno muerto: hizo de un pedazo de selva inhóspita que nadie osó tocar (32° a la sombra con un 80 % de humedad) una granja-modelo.

Pero aquí da comienzo la guerra mental. Allí fue mutado, en el marco de un certero ensayo de manipulación de voluntades. Una creciente manía persecutoria se adueñó de él. Temía que el régimen fascista de Estados Unidos rechazara su experimento integrador, antirracista. Temía que su Jonestown fuera desmantelado por la fuerza, encarcelados los negros y aniquilados por la CIA los blancos. Para no caer en esas garras, se imponía en último extremo el autoaniquilamiento. A ese fin encaminó a sus seguidores y ese fin tuvo que llegar fatalmente. Un factor oscuro jugó con Jim Jones y le hizo variar de rumbo. Y Jim Jones contaba con la energía suficiente para subyugar y anular a cientos de personas. Esos cientos de personas que se suicidaron en la selva guayana en noviembre de 1978 eran los mismos cientos de personas que pocos años antes habían

colaborado en la construcción de una valla que debía impedir que suicidas potenciales se arrojaran desde las alturas del Golden Gate Bridge. Estos mismos seguidores del Jim Jones que últimamente amenazaba de muerte a los periodistas que informaban inconvenientemente acerca de su grupo, habían anteriormente protestado con vehemencia contra los atentados contra la libertad de prensa. Jim Jones, antirracista, antifascista, acabó aplicando las más rigurosas reglas dictatoriales en su campo de concentración de la Guayana. La mutación es evidente. Ahí hay una fuerza que jugó con Jim, y que arrastró tras él a todo su grupo fanatizado.

Estoy resumiendo este caso porque es el más espectacular, y lo suficientemente reciente como para que el lector lo recuerde con una mínima claridad. Pero no es el único. Con Jim Jones jugó la misma fuerza que jugó con tantos y tantos líderes y que obnubiló a miles y millones de individuos cegados a lo largo de nuestra historia. Somos claramente vulnerables a esta manipulación, y en este aspecto la selva guayana lanzó en noviembre de 1978 un gravísimo aviso a la humanidad entera. 900 cadáveres que se pueden atribuir, de acuerdo con los elementos de juicio de que ahora disponemos, a una trama urdida por los servicios de inteligencia norteamericanos dentro de las experimentaciones de control de la voluntad derivadas del programa «MK-Ultra».

Recordemos para ello someramente los hechos. En agosto de 1977 la revista *New West* de San Francisco publica una encuesta de Marshall Kilduff y Phil Tracy denunciando las prácticas dictatoriales de James Warren Jones, para los amigos Jim Jones. Diez antiguos miembros de la secta contaban allí las torturas, los sometimientos a trabajos forzados, las extorsiones de fondos, las amenazas de muerte, etc. El lugarteniente-gobernador Mervyn-Dymally intenta obligar a los periodistas a interrumpir su investigación, intervención que contribuirá a su fracaso electoral de noviembre de 1978. Algún tiempo más tarde, la investigación del *New West* la continúa el *San Francisco Examiner*, y revela que varios centenares de adeptos han sido obligados a entregar todos sus bienes a Jones. Una adepta, Deborah Berkeley, se escapa de Jonestown y narra a unos reporteros del *San Francisco Chronicle* las condiciones de vida en la comunidad de la Guayana, en donde unos guardias armados mantienen una disciplina férrea. Revela además, por vez primera, la existencia de un proyecto de suicidio colectivo. Es entonces cuando interviene Leo J. Ryan, de 53 años

de edad, padre de cinco hijos, miembro demócrata de la cámara de Representantes por el condado de San Mateo, en California. Decide intervenir oficialmente. En Washington pide varias veces al Departamento de Estado informaciones sobre la instalación del People's Temple de la Guayana, teniendo en cuenta las alarmantes noticias de las que él dispone. Cada vez, los servicios en cuestión le responden que la colonia de Jonestown no ha sido objeto de ninguna investigación, de ninguna información, y que en las altas esferas no disponen de ninguna noticia a este respecto.

Ante ese silencio, Ryan decide actuar en el marco de la cámara de representantes. A petición suya, es nombrado jefe de una «Misión del gobierno de Estados Unidos encargada de investigar las alegaciones de malos tratos infligidos a ciudadanos norteamericanos en la colonia de Jonestown, en Guyana». Tal es el título exacto de dicha misión, que, por tanto, es perfectamente oficial, y no oficiosa, como en ocasiones se dijo en aquella época. A ese título, todos los servicios gubernamentales, y en particular, en el extranjero, los del Departamento de Estado, estaban obligados a aportarle toda su ayuda, a transmitirle sus informaciones, y a asegurarle su protección.

El 14 de noviembre de 1978, Leo Ryan desembarcó en Georgetown, la capital de la Guayana, junto con sus ayudantes, varios periodistas y abogados de la secta. El número dos de la embajada norteamericana en Georgetown, Richard Dwyer, los acompañó a Jonestown. Allí, los miembros de la comisión mantuvieron una entrevista con Jim Jones y recorrieron el campamento. Los testimonios que recogieron eran abrumadores, lo que no dejó de inquietar a Jones, y tanto más cuanto que una veintena de sus fieles se acogieron bajo la protección de Ryan y le pidieron ser repatriados a Estados Unidos.

El sábado, 18 de noviembre, el grupo abandonó Jonestown y acudió al aeropuerto de Port Kaituma, donde los esperaban unos aviones. Y, repentinamente, se produjo el ataque. De un remolque tirado por un tractor saltaron unos hombres que abrieron fuego, matando a cinco personas, entre las que se contaba Leo Ryan, e hiriendo a otras diez. Dos días más tarde tenía lugar el holocausto que ya conocemos.

A partir de ese suceso se desataron algunas lenguas, y se recogieron testimonios que tienden a probar que a Leo Ryan le tendieron una trampa deliberada. Para dar luz a todo este asunto, los hijos del diputado decidieron presentar una denuncia contra el gobierno norteamericano. De la instancia presentada a la justicia ante la Corte del Distrito Norte de California por su abogado, Marvin E. Lewis, se

1 MARVIN E. LEWIS, ESQ. (SPACE BELOW FOR FILING STAMP ONLY)  
 2 JOHN WINER, ESQ.  
 3 LEWIS, LEWIS & LESS  
 4 ATTORNEYS AT LAW  
 5 PEPPERDINE-AMERICAN BANKING BUILDING  
 6 600 MARKET STREET  
 7 SAN FRANCISCO, CALIFORNIA 94104  
 8 415 421-7450

MP8  
 a

6 ATTORNEYS FOR Plaintiff

7 IN THE UNITED STATES DISTRICT COURT  
 8 OF THE NORTHERN DISTRICT OF CALIFORNIA

9 CHRISTOPHER ROBIN RYAN, SHANNON JO RYAN, PATRICIA ELLEN RYAN, KEVIN LEO RYAN and ERIN MEAD RYAN, ) CIVIL NO.  
 10 )  
 11 ) Plaintiffs, ) COMPLAINT FOR DAMAGES FOR WRONGFUL DEATH DEMAND FOR JURY TRIAL

12 vs.  
 13 UNITED STATES OF AMERICA )  
 14 ) Defendant. ) \$137 WHO

15 Plaintiff alleges:  
 16 I  
 17 JURISDICTION: This action arises under the Federal Tort  
 18 Claims Act, 28 U.S.C. § 1346(a)(2), and the Federal Tort Claims Act, 28 U.S.C. § 2672, and for such other and further relief as the court deems  
 19 just and proper.  
 20 DATED: July 31, 1980

21 LEWIS, LEWIS & LESS  
 22 By: *Marvin E. Lewis*  
 23 MARVIN E. LEWIS  
 24 Attorney for Plaintiffs

Fragmentos iniciales y finales de la primera y última hoja, respectivamente, del acusador documento presentado por los hijos de Ryan contra el gobierno de Estados Unidos.



Representación de un «clypeus ardens» (escudo llameante) y de una «trabs ignita» (viga incendiada) del libro de Julius Obsequens.

deduce que, contrariamente a lo que se había dicho oficialmente a Leo Ryan, el Departamento de Estado estaba perfectamente al corriente de las actividades oscuras de Jim Jones en Jonestown. Se acusa nominalmente a un alto funcionario, John Brushnell, que entonces era adjunto a la subsecretaría de Estado para los asuntos interamericanos. Lo mismo sucedía con Richard McCoy, en aquella época cónsul general de Estados Unidos en Georgetown, y con John Burke, agente consular. A Richard McCoy ya se le había acusado tras la matanza de Jonestown, pero el señor Hodding Carter, portavoz del Departamento de Estado, había declarado públicamente que el cónsul «había desempeñado su tarea conforme a las más severas exigencias profesionales y morales». Pues bien, de la denuncia de los hijos de Leo Ryan se desprende que estaba informado de las condiciones de vida en el campo de Jim Jones, de los malos tratos infligidos a sus fieles, del uso de drogas y de la importación masiva de armas. Además, aparte del Departamento de Estado propiamente dicho, la CIA estaba perfectamente al corriente de lo que se hacía en el People's Temple. Uno de sus agentes, Philip Blakley, vivía en Jonestown, donde se había convertido en uno de los brazos derechos de Jim Jones. Y, por otra parte, Richard Dwyer, el mismo que acogió a Ryan y lo acompañó a Jonestown, era igualmente agente de la CIA.

En el documento judicial de Marvin E. Lewis puede leerse textualmente que la acusación de los hijos de Ryan se funda «en el hecho de que los citados agentes trabajaban por cuenta del Departamento de Estado y de la CIA con el fin de utilizar la colonia de Jonestown como campo de experimentación del control mental en el marco de las investigaciones emprendidas por la CIA en el programa MK-Ultra».

### *MK-Ultra*

Sé que me estoy alejando de forma acaso excesivamente exhaustiva del tema central de este libro, pero lo estoy haciendo muy expresamente porque el alejamiento del tema es sólo aparente, ya que las experimentaciones que aquí estoy exponiendo tienen relación directa con las motivaciones que llevaron a los servicios de inteligencia a plasmar en el cielo de La Habana la imagen de la Virgen, y la aparición de dicha imagen guarda a su vez relación directa —en cuanto al procedimiento empleado— con el *posible* proceso que subyace a multitud de apariciones de figuras inexplicadas en el cielo de distintos lugares a lo largo de

toda nuestra historia. En épocas en que el ser humano no fue capaz de plasmar estas figuras en el cielo, necesariamente tuvo que ser alguien tecnológicamente superior quien provocara el fenómeno. Y de cualquier forma, no está de más recordar las posibilidades que ofrece el condicionamiento de nuestra mente, al enfocar el conjunto de los fenómenos implicados en la fenomenología global de la relación del ser humano con otros seres inteligentes.

Pero vayamos a lo que es MK-Ultra. Las investigaciones sobre control mental engloban en Estados Unidos a decenas de miles de individuos. Se iniciaron con un amplio proyecto que comprendía las técnicas de hipnosis, narcohipnosis, estimulación electrónica del cerebro, el estudio de los efectos de los ultrasonidos sobre el comportamiento, así como el de las microondas y los sonidos de baja frecuencia, la terapia por repulsión, etc. De hecho, al explorar los medios de dominar la memoria y la voluntad de los individuos, el gobierno prácticamente no olvidó ningún aspecto del control del comportamiento humano. El escándalo estalló en Estados Unidos en 1975, tras el suicidio de Frank Olson, quien dos años antes se había defenestrado desde el décimo piso de un edificio de Manhattan, aparentemente a consecuencia de un ataque de locura. Sorprendió en aquel entonces que el Consejo General de la CIA declarara extrañamente que Olson —que a la sazón era químico al servicio del ejército— había muerto «en acto de servicio». Evidentemente, son muy especiales y extremos los casos en que alguien ponga fin a su vida voluntariamente por razones del servicio que está prestando. Pero el suicidio de Olson sobrevino en un momento en que el químico estaba participando en investigaciones secretas sobre los efectos del LSD en el cerebro humano, dirigidas a conocer el modo de empleo de alucinógenos en el curso de interrogatorios. Una comisión del Congreso, ante la que fue obligado a declarar el almirante Stansfield Turner, director de la CIA y amigo personal de Jimmy Carter —a quien estaba a su vez vinculado Jim Jones— desde la época en que ambos frecuentaban la Escuela Naval, reveló que estos experimentos habían formado parte de un programa secreto sobre el control mental, bautizado como MK-Ultra. Y los elementos que concurrieron en el caso del People's Temple indican que Jim Jones habría participado en dicho programa. Después de la matanza de Jonestown, a los observadores atentos les sorprendieron determinados aspectos paradjicos en cuanto a las implicaciones políticas del personaje central del drama. Ya vimos que hacia 1950 Jim Jones había militado en favor de los grupos integracionistas de Indiana y después, a escala nacional, participando como ya

dijimos en las campañas en favor de la liberación del líder extremista Huey Newton y de Angela Davis, además de sus relaciones con organizaciones negras de extrema izquierda, como por ejemplo los Panteras Negras. En Brasil contactó con grupos izquierdistas implicados en la lucha armada, y tuvo también contacto con representantes políticos soviéticos. Luego, a partir de 1970, su secta se convierte en una verdadera fuerza política en California al asumir sus fieles la función de agentes electorales. El gobernador Edward Brown, el lugarteniente Mervyn Dymally, el alcalde de Los Ángeles, Thomas Bradley y el de San Francisco, George Moscone, visitan en varias ocasiones los templos de la secta. En las elecciones de 1975, Moscone obtiene la alcaldía por una corta diferencia de votos, lo que los observadores atribuyen a la acción de los seguidores de Jim Jones. En agradecimiento, fue nombrado directivo de la Housing Authority (servicio de la vivienda). En el condado de Mendocino, Jones representa entonces el 20 % de los votos. En 1976 participa en la campaña democrática en favor de Jimmy Carter. Hace participar en ello a todos sus equipos y acompaña a Rosalyn Carter en su gira electoral, tomando la palabra en los mítines al mismo tiempo que ella. Es además uno de los pocos soportes democráticos que fuera invitado por el vicepresidente Mondale en su avión privado. Queda por dilucidar si Jim Jones fue un agente regular de la CIA, si fue obligado a trabajar por cuenta de la Agencia de Inteligencia contra su voluntad, o si incluso estaba trabajando para ella sin ser consciente de su función.

Pero centrémonos en la grave realidad de MK-Ultra. Esta primera operación de control mental, de la que derivan las actuales investigaciones en este campo, duró de 1952 a 1965, costó alrededor de mil quinientos millones de pesetas, e involucró —en investigaciones que se desarrollaban en el más estricto secreto— a 185 sabios que llevaron a cabo 149 experimentos diferentes en 44 universidades e institutos científicos, 15 fundaciones de investigación y laboratorios, 12 hospitales y 3 penitenciarías.

A raíz del incidente Olson, un equipo de cinco periodistas del *New York Times* emprendió una investigación con carácter discreto. La publicación del resultado de sus pesquisas en el periódico para el que trabajaban, el 2 de agosto de 1977, produjo un gran eco en el público y obligó a que Stansfield Turner, director de la CIA, que contaba con el apoyo de su buen amigo el presidente Jimmy Carter, se presentara a declarar ante el Congreso. Se dio a conocer así, a grandes rasgos, el proyecto MK-Ultra. La historia comenzó en el año 1949, con ocasión del proceso del cardenal Josef Mindszenty, quien ante la sorpresa general reconoció

todos los cargos que le fueron imputados por los jueces de Budapest. En aquella ocasión, el lavado de cerebro al que fue sometido el primado de Hungría había quedado patente. De acuerdo con la declaración del director de la CIA, «al principio el proyecto MK-Ultra fue un programa defensivo para saber cómo habían conseguido los soviéticos y sus aliados controlar el cerebro humano mediante drogas o lavado de cerebro; pero ya en los años 50 los objetivos se desviaron y el proyecto se convirtió en ofensivo».

A partir de entonces, los esfuerzos de los servicios de inteligencia norteamericanos se encaminaron hacia una meta muy concreta. Un psiquiatra de la Cornell University, amigo del entonces director de la CIA Allen Dulles, creó una sociedad cuyos fines aparentes eran la investigación científica, pero que en realidad dependía de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana: era la Society for Investigation of Human Ecology (Sociedad para la Investigación de la Ecología Humana). En este marco se experimentaron todas las técnicas posibles por los sabios adscritos al programa MK-Ultra.

Una de las principales metas consistía en poder provocar la amnesia a voluntad. Con ello se conseguiría por una parte interrogar a un espía enemigo de tal forma que ni él mismo ni sus superiores sabrían que habría revelado sus secretos, y por otra se lograría suprimir de la memoria de los agentes propios todo cuanto supieran de comprometerse antes de enviarlos a una misión a países enemigos. Igualmente se lograría borrar la información acumulada en el momento en que cesaran en el servicio activo.

Entre los documentos librados en agosto de 1977, a raíz de las revelaciones de los periodistas del *New York Times*, figura un testimonio que hace referencia a la contratación por parte de los servicios de inteligencia norteamericanos de un mentalista profesional con el rango de «consejero técnico». El reclutado era John Mulholland, fallecido después, en 1970. Mulholland fue llamado a consulta una docena de veces en el espacio de dos años. Un portavoz de la CIA declaró que «recurríamos a él cada vez que un acontecimiento rebasaba los límites de nuestro entendimiento y que podía tratarse de un recurso de magia».

La verdadera especialidad de este mentalista o «mago», como ellos le llamaban, consistía en una extrema habilidad y don especial que le permitía desviar la atención de un sujeto obligándole a mirar en la dirección que él deseaba gracias a sus poderes hipnóticos. En 1953, John Mulholland recibió una gratificación de tres mil dólares por redactar un manual de manipulación con el fin de permitir a todo agente de la CIA estar en condiciones de administrar dro-

gas a un sujeto sin que éste lo advirtiera. Este trabajo, que recibió el nombre de código de Subproyecto n.º 4 dentro del programa MK-Ultra, fue llevado a cabo por Mulholland y permitió, según los términos del contrato, «administrar secretamente a cualquier individuo no importa qué sustancia sólida, líquida o gaseosa».

En cuanto al lavado del cerebro, alcanzó su éxito definitivo en manos de los especialistas de Corea del Norte, que marcaron la pauta para el resto de equipos que en todo el mundo practican este sistema de despersonalización. El esquema que se sigue se basa en diez puntos básicos: 1.º destrucción de la identidad del individuo, 2.º insinuación de su culpabilidad general, 3.º incitación a la denuncia de sí mismo, 4.º instauración de un clima de inseguridad, 5.º clemencia aparente y proposición de perdón, 6.º incitación a confesarse, 7.º insinuación de su culpabilidad punto por punto, 8.º autocritica por deducción lógica de su culpabilidad, 9.º armonización de los puntos de vista entre las dos posiciones, 10.º acabado del cambio del sujeto. De esta forma, se lleva al sujeto a condenarse a sí mismo sin que se ejerza verdadera violencia sobre él, obligándolo a analizar de forma lógica desde un punto de partida erróneo.

Si analizamos bien el sistema, cabría achacárselo igualmente a las sectas dominantes y prácticamente a casi todas las religiones, y hasta a los mismos *dioses* que acaso nos crearon y nos ajustaron las clavijas para que no lo viéramos, oyésemos y comprendiéramos *todo*; o sea, la verdad del juego que se llevan con nosotros.

Volviendo a MK-Ultra y sus derivaciones actuales, no hay que perder de vista naturalmente que los norteamericanos no son los únicos en aplicar estas experimentaciones a la práctica. Han salido a colación porque el motivo de traer el tema a estas páginas fue la aparición de una imagen de la Virgen en Cuba, fenómeno achacado a un plan de sus servicios de inteligencia, y porque enlacé el tema con un ejemplo mayoritariamente conocido en cuanto a su trágico desenlace final, cual fue la matanza de la Guayana en noviembre de 1978. Pero naturalmente los poderes paranormales son experimentados activamente por la mayor parte de los servicios de inteligencia del mundo. Así, por ejemplo, el Estado Mayor soviético dispone de una central de informaciones que opera bajo las siglas GRU y cuenta con una red de treinta mil agentes diseminados por los países occidentales y del tercer mundo. Los dos objetivos principales de esta red de infiltración mental consisten en la preparación de la injerencia rusa en los asuntos occidentales a escala planetaria mediante la manipulación de la opinión, por una parte, y, por otra, en el intento de apropiación



Grabado medieval de naves aéreas vistas en el cielo en Francia, y conservado en la New York Public Library Picture Collection.

Fenómeno volante y luminoso inusual observado en el cielo medieval y plasmado en un grabado de la época.



ción de los progresos de la investigación y de la industria de los países occidentales, especialmente en las áreas de la aeronáutica, de las comunicaciones, de la informática avanzada y de la ingeniería militar. Director de este grupo de control y condicionamiento mental es el general Piotr Ivanovich Ivashutine, quien dirige un grupo que aplica auténticas técnicas de influencia mágica en la población. Otro caso notorio de condicionamiento mental es el que llevó al de otra forma inexplicable suicidio simultáneo a los componentes del grupo RAF Baader-Meinhof en la prisión de Stuttgart/Stammheim. En lo que respecta al conocimiento que se tiene en España de estas prácticas, mis averiguaciones me llevaron a oírlas confirmadas en boca de un militar de alta graduación destinado en la plaza de Melilla en 1980, de uno de los componentes de la Junta de Jefes de Estado Mayor en Madrid en la primavera de 1983, y en la misma fecha de otro integrante del Estado Mayor de la Dirección General de la Guardia Civil. «Que sin ello, la investigación en situaciones concretas no se vería completada.» Por ende, me vi involucrado personalmente en 1982, en Florida, en un proceso de condicionamiento mental que me demostró por la vía directa el tremendo grado de efectividad que puede llegar a generar un encauzamiento subliminal correctamente dirigido, en un grupo homogéneo de personas. En tales circunstancias, lo de la Guayana es perfectamente comprensible y realizable. De ahí mi insistencia en esta denuncia, en especial ante lectores vivamente interesados en la problemática extraterrestre.

Pero repasemos —para no perder el hilo de la cuestión— por qué hemos ido a parar al control mental al hablar de muestras de presencias extraterrestres. Estábamos concretamente presentando casos, en la antigüedad y en el medievo, de apariciones de crucifijos y otras formas concretas en el cielo en diferentes lugares de Europa. Para poner un ejemplo de cómo se puede lograr hoy en día un efecto similar pusimos el de la Virgen plasmada en el cielo de La Habana. La finalidad de esta plasmación fue un condicionamiento mental inadvertido de la población cubana. Demostramos luego lo que puede llegar a desencadenar este tipo de condicionamientos mentales, aduciendo el ejemplo de la matanza de la Guayana. Y vimos después telegráficamente que las investigaciones paranormales forman parte de los programas de los principales servicios de inteligencia del mundo.

De lo cual podemos concluir, ya para finalizar este tema, que si la Virgen de Cuba obedece a un plan de condicionamiento mental a nivel de servicios de inteligencia, y a su vez el fenómeno de la misma se confunde con modelos que

aparecen en la fenomenología OVNI, la combinación de ambos factores nos da ya un motivo contundente para el *silenciamiento* de al menos una parte de la fenomenología OVNI por parte de los consejeros de inteligencia de los distintos gobiernos. Y podemos concluir además que el mismo fenómeno puede estar presente en multitud de apariciones OVNI a lo largo de la historia, no creadas por la inteligencia humana, sino por otra inteligencia que aún desconocemos. Volvamos, pues, a ella y a las pruebas de su presencia aquí, entre nosotros.

### AYUDARON A CARLOMAGNO

Una vez más unas manifestaciones celestes concretas ayudaron a los cristianos, esta vez en plena campaña exterminadora de Carlomagno contra los paganos sajones. Así nos lo refiere claramente el monje Lorenzo en sus *Annales Laurisenses*, recogidos en la obra *Patrologiae* de Migne, Tomus CIV, Saeculum IX (p. 404):

«DCCLXXVI [AD 776]. Entonces nuestro señor, Carlos el rey, avanzó hacia Italia para asaltar las tierras que rodean a Foruli: Hrodgaudus fue muerto y nuestro antes mencionado rey Carlos» [Carlomagno] «celebró la Pascua con los ciudadanos de Tarvisium. Los ciudadanos capturados en Foruli, junto con los ciudadanos dejados atrás en Tarvisium que se habían rebelado, fueron distribuidos todos entre los franceses, y regresó nuevamente a Francia con prosperidad y victoria. Entonces llegó un mensajero anunciando que los sajones se habían rebelado y masacrado a todos sus rehenes y que habían roto todos sus solemnes juramentos. Habían pacificado el castillo de Aeresburg mediante perversa y siniestra ingenuidad, persuadiendo a los franceses para que se fueran, de modo que cuando Aeresburg fue abandonado por los franceses, ellos destruyeron sus muros y fortificaciones. Avanzando desde allí intentaron hacer lo mismo en Sigisburg. Los franceses, con la ayuda de Dios, se les opusieron valientemente de forma que en modo alguno se impusieron. Pero para pacificar a la guarnición en el interior de la fortaleza, los sajones fueron incapaces de destruirlos tal y como habían hecho con los otros en el otro castillo, de forma que comenzaron a preparar sus fuerzas y catapultas para capturarlo por la fuerza. Por la voluntad de Dios, las balas de piedra que habían preparado les causaron más daño a ellos mismos que no

a los que habitaban la fortaleza. Entonces, cuando los sajones advirtieron que las cosas no marchaban a su favor, comenzaron a erigir andamiajes desde los cuales pudieran asaltar valientemente el castillo mismo. Pero Dios es tan bueno como justo. Superó su valor, y el mismo día en que prepararon el asalto contra los cristianos que vivían dentro del castillo, *la gloria de Dios apareció en manifestación encima de la iglesia en el interior del castillo*. Aquellos que lo observaron, muchos de los cuales aún viven hoy en día, dijeron que tenían el aspecto de *dos grandes escudos de color rojizo llameantes y que se movían encima de la iglesia* —(et dicunt vidisse instar duorum scutorum colore rubeo flammantes et agitantes super ipsam ecclesiam)— «y cuando los paganos que estaban fuera vieron este signo, se sumieron de inmediato en la confusión y quedaron aterrizados por el pánico, huyeron precipitadamente, matando unos a otros indiscriminadamente, mirando hacia atrás llenos de pánico, arrojando entonces sus lanzas, que portaban sobre sus hombros, contra aquellos que huían delante de ellos. Otros recibieron golpes de sus propios compañeros, y por el divino pago que se cernía sobre ellos. Nadie puede explicar cómo obró sobre ellos la bondad de Dios para la liberación de los cristianos, pero cuanto más se fueron aterrizando los sajones por el creciente temor, tanto más confortados se sintieron los cristianos y alabaron la omnipotencia del Señor, que graciosamente había extendido su poder sobre los fieles».

A consecuencia de la intervención de este poder aéreo, los sajones se rindieron y decidieron en juramento solemne convertirse al cristianismo. Por lo tanto, acatar las leyes del magno monarca Carlos.

Una vez más: ¿a quién le interesa, a qué plan o juego cósmico obedece este descarado encauzamiento de la historia humana?

## LOS DIOS QUE NACIERON DEL HIELO

Se haría interminable una incursión en profundidad en las relaciones cósmicas que afloran a lo largo de toda la amplia mitología germánica. No es el momento de hacerlo. Pero tampoco debe caer en el olvido —en un estudio como el que pretende este libro—, por lo cual opto por mostrarle al lector solamente unas cuantas pinceladas de lo que puede hallar en las antiguas colecciones épicas del Norte.

Recuerde el lector todo lo apuntado en el capítulo «En una urna de cristal». Recuerde el lector que relacionábamos allí a María con las distintas versiones de Maya (o Maia). Dijimos que representaban a la *gota de agua* en la que *crystalizaba la sal*. Fuimos a parar para ello a la Maya hindú, Maya que se presentó a un pueblo que ya con anterioridad había reconocido a la *vaca* sagrada como principio vivificador.

Pues bien, en la mitología germánica nos encontramos con la *vaca*, antecesora de la vida y símbolo de fecundidad, que se alimenta de la *sal* contenida en el hielo (= *agua*). Forma junto con el gigante Ymir la primera pareja de seres dotados de vida. Mientras Ymir bebía la leche de la vaca y multiplicaba sus fuerzas, el mencionado primer animal hizo surgir, en las tibias gotas que hacía salpicar los bloques de piedra cubiertos de escarcha, un nuevo ser viviente de forma humana: Buri, de cuyo hijo Bor nacería el primer dios, Odín.

Tanto la vaca Audumla como el gigante Ymir habían nacido en el hielo fundido. Del gigante Ymir, que era capaz de reproducirse al igual que Buri, nacieron los «gigantes de hielo», que serían los eternos y poderosos oponentes de los dioses, encabezados éstos, como vimos, por Odín. E inmediatamente aparecen los constructores. Los mismos a los que invocaban los mayas en el Libro del Consejo quiché, y que aparecen en los textos sánscritos. Recuerde el lector que Maya fue también el gran arquitecto del universo, el constructor de los asuras. De acuerdo con el texto del *Mahâbhârata*, había proyectado una maravillosa sala de asambleas en oro, plata y otros metales, que fue *trasladada al cielo*.

El mismo recuerdo expresan las narraciones épicas germánicas. A Odín se unieron dioses de origen desconocido que emplearon los servicios de un gigante —que fue su arquitecto— para que les construyera su morada *celeste*, un gran palacio fortificado edificado de *materiales brillantes*.

Otros simbolismos referidos a seres procedentes del espacio que visitan el planeta Tierra y que hemos ido viendo a lo largo de estas páginas y de diferentes latitudes y épocas primitivas, afloran en la rica mitología germánica. Así por ejemplo, el gigante constructor de este brillante palacio celeste poseía un *caballo maravilloso* capaz de transportar en un instante masas increíbles de rocas. Lo que nos trae a la memoria a la yegua *al-Borak*, que transportó a Mahoma, al caballo de los cabalistas, al mágico carnero Crisomalo de la mitología griega, etc.

Por otra parte, cuando los dioses —entre ellos Odín— fabrican por fin al primer ser humano, lo hacen —al igual

que lo explica el Libro del Consejo de los indios quichés— de madera: «Vivieron, engendraron, hicieron hijas, hicieron hijos, aquellos maniqués, aquellos muñecos construidos de madera», leemos en el *Popol Vuh*, mientras que la mitología nórdica nos lega el recuerdo de que cuando les tocó el turno de su formación a los hombres, aconteció que tres dioses, paseándose por la orilla del mar, encontraron dos troncos de árbol dejados allí por las olas, a los que decidieron dar la forma y las cualidades de una pareja humana.

Odín, que es el jefe de toda la sociedad divina, es el gran iniciado en los misterios, el señor de la magia, de la ciencia suprema y de la poesía. Gran guerrero, Odín —que es Wotan— es el jefe de una horda de activistas cósmicos cuyo galope irresistible *atraviesa el cielo* dejando tras de sí *una huella de fuego*. Recuerde al respecto el lector que Quetzalcóatl era un dios de forma de serpiente que volaba y se consumía *en las llamas del fuego divino*, al tiempo que los egipcios antiguos hablaban de la serpiente metálica que se llamaba «residente en su fuego», y el *Ramayana* hindú nos refería que el mono volador metálico *Hanumat* parecía una nube ascendente, recamada de *relámpagos* (= fuego).

También Odín, el dios nórdico, lleva una *coraza brillante* y un casco de oro, y su arma es la *lanza mágica Gungnir*. Tan mágica es que sus forjadores encerraron en ella un poder que asegura la victoria a su dueño: nada puede desviarla del objetivo al que sea lanzada. ¿Nos está hablando la mitología nórdica de misiles teledirigidos? Pero no solamente la mitología nórdica: también —una vez más— los textos sánscritos. Recordemos que Rama poseía «*saetas mágicas* que hienden el aire iluminándolo “con un brillo igual al de los grandes meteoros”», y que de acuerdo con el poema del *Ramayana* se empleaban en la antigüedad armas encantadas y *dardos mágicos* que formaban un terrorífico espectáculo.

También las brillantes walkirias, mensajeras de la morada celeste, se lanzaban *por los aires* en *mágicos corceles ardientes*.

### El cerebro eterno

Y un botón más de los indicios de tecnologías superiores en los pasajes épicos relativos a los orígenes de la raza germánica, se halla en el hecho de que cuando Odín deseó beber en la fuente que encerraba la inteligencia y la sabiduría, su tío Mimir, celador de la misma, solamente se lo concedió a cambio de que le cediera uno de sus ojos. A cam-



El dios Huitzilopochtli guió a los aztecas a través de América de la misma forma que Yahveh guió a los israelitas a través del Sinaí.



Huitzilopochtli, dios de los aztecas.

bio de esta pérdida física, Odín halló en las aguas de la fuente tanta secreta sabiduría que cuando Mimir murió, pudo concederle el poder de sobrevivir: su cabeza, embalsamada por los cuidados de Odín, *seguía respondiendo a las preguntas que se le hacían*. Esto último, que hasta hace muy poco —y para muchos hasta hoy mismo— seguía siendo pura mitología fantástica, es ya indicio de elevada ciencia. Porque nuestra propia ciencia está aspirando a un éxito similar. Efectivamente, los especialistas, habiéndose dado cuenta de la cualidad de mera herramienta oxidable de nuestro cuerpo, se plantean ya la posibilidad de criogenizar (conservar en estado congelado, a  $-196^{\circ}$ ) no ya los cuerpos, sino únicamente los cerebros de las personas cuyo cuerpo no puede curar hoy en día la ciencia médica. Es exactamente la operación de extraer la computadora (cerebro) de la máquina averiada para incorporarla a una máquina nueva y que siga así rindiendo como antes. Se trataría —de acuerdo con los especialistas norteamericanos que están trabajando sobre esta posibilidad— de injertar los cerebros sanos en cuerpos de personas en estado de muerte clínica, y cuyo propio cerebro estaría, por lo tanto, destruido, cuando el trasplante de cerebros se haya convertido en una técnica operatoria segura. Incluso viviendo en un cuerpo diferente al suyo, esos «resucitados» inéditos serían, a pesar de todo, ellos mismos: poseerían su propia inteligencia, sus conocimientos, sus sentimientos y, sobre todo —como en el caso de Mimir—, su memoria. El procedimiento ha demostrado experimentalmente —gracias a los ensayos realizados con animales— su factibilidad, y —aplicado al ser humano— sus tarifas son sensiblemente inferiores a las que reclama la criogenización de un cuerpo entero. El conjunto de las operaciones asciende a unos 4 500 dólares (unas 700 000 pesetas), y el mantenimiento anual en estado de criogenización a 800 dólares (unas 150 000 pesetas). Mientras que la criogenización de un cuerpo entero oscila actualmente (dependiendo de la sociedad que la efectúe) alrededor de los 10 000 dólares (algo más del millón y medio de pesetas) para el conjunto de las operaciones de criogenización, y de unos derechos de mantenimiento anual del orden de los 2 800 dólares (unas 435 000 pesetas). Está visto que, también aquí, sólo los ricos pueden soñar con una relativa inmortalidad.

Pero lo que Odín logró con el cerebro de su tío Mimir, lo intentaron lograr posiblemente los servicios de inteligencia norteamericanos con el cerebro de Kennedy, en nuestros días. En Francia, sabios como los esposos Fessard consiguieron ya hacer resurgir recuerdos olvidados en amnésicos y enfermos mentales profundos, aplicando impul-

so eléctricos de muy débil intensidad. Una técnica muy parecida permitió a los profesores norteamericanos Flexner y Chamberlain captar informaciones almacenadas en la memoria por un ser humano muerto, conservado biológicamente.

En cuanto al cerebro de Kennedy, no podemos perder de vista el exhaustivo trabajo de información realizado por David S. Lifton en un *dossier* de más de setecientas páginas y que requirió quince años de investigaciones. Lo publicó en su libro *The best evidence* (La mejor prueba), editado en 1981 por la editorial MacMillan. Según Lifton, el cerebro de Kennedy fue sustraído entre el momento en que se constató su muerte en el Parkland Memorial Hospital de Dallas, y el de la práctica de la autopsia oficial en el Bethesda Naval Hospital de la base Andrews. Un agente del FBI que se hallaba presente al principio de dicha autopsia oficial observó señales de operación en el cráneo del presidente, y oyó que algunos cirujanos hacían la misma observación. Pero en Dallas no se había efectuado ninguna operación. Las investigaciones de Lifton le llevan a afirmar que dicha extracción del cerebro de Kennedy se practicó inmediatamente después de su arribo a la base Andrews, y concretamente en el Walter Reed Hospital, a cinco minutos de vuelo en helicóptero. De allí habría sido trasladado el cuerpo de Kennedy al Bethesda Naval Hospital, en donde habría tenido lugar la llegada oficial ante las cámaras de televisión. En todo caso la operación es plausible si nos atenemos al cronometraje del tiempo empleado en todo el proceso. Un elemento turbador lo proporcionó la declaración del médico jefe, James Humes, que procedió a la autopsia del cráneo de Kennedy, según el cual no hubo necesidad de seccionar el encéfalo para extraerlo, dado que ya se había hecho. Pero, repito, oficialmente no había habido ninguna operación previa, ni en Dallas ni en ninguna otra parte. Y si nos quedamos con la versión oficial, el cerebro de Kennedy fue extraído del cuerpo del presidente durante la autopsia practicada en el Bethesda Naval Hospital, y depositado en una cámara de conservación biológica. Los especialistas encargados de esta delicada intervención, en aquella época, habían inyectado con infinitas precauciones una sustancia líquida a base de glicerina y de ácido ribonucleico que impide a las células degradarse y permite la conservación del órgano en perfecto estado. Una semana más tarde, el cerebro de John F. Kennedy fue transferido a un contenedor biológico isotérmico, un recipiente capaz de mantener una temperatura constante óptima para la conservación del órgano que contiene. Agentes de los servicios de inteligencia controlaron desde el principio hasta

el final el desarrollo de estas operaciones. Ahora bien, en agosto de 1972 el director del Instituto de Medicina Legal de Pittsburg, profesor Wetch, al hallar contradicciones en la investigación policial, obtuvo autorización para proceder a un nuevo examen del cerebro. Pero el contenedor encargado de albergar este órgano, depositado en una caja fuerte de los Archivos Nacionales, había desaparecido.

Pero si el cerebro de Kennedy había desaparecido, no podía ser ya para borrar en él las huellas de las balas que causaron realmente la muerte de Kennedy, de forma que se pudiera acreditar la culpabilidad de Lee Harvey Oswald (operación que presumiblemente —de acuerdo con la tesis de Lifton— se habría efectuado en el Walter Reed Hospital), sino para impedir que el presidente hablara y denunciara a sus asesinos. Como todo cerebro conservado biológicamente, este órgano habría conservado la memoria, y un sistema de impulsos eléctricos habría permitido captarla y descifrarla. Existen testimonios —como el de su médico personal, el doctor Burkley— que indican que poco antes del atentado de Dallas, Kennedy había manifestado que temía por su vida y que conocía a sus enemigos. La desaparición de su cerebro puede deberse, por lo tanto, a dos causas o intereses: el de hacer desaparecer su testimonio, o lo contrario, el de interrogarlo para conocer la trama auténtica urdida contra su persona.

De cualquier forma, hoy en día estamos cerca, muy cerca, de hacer lo que Odín hizo con el cerebro del celador de la fuente de la sabiduría, Mimir. Pero, por enésima vez: este conocimiento no es atribuible —por ellos mismos— a los antiguos.

Sirven estos breves ejemplos para dejar anotada la conexión también de los antiguos pueblos del norte de Europa con un conocimiento que procede de más allá del exclusivamente humano. Pero invito al lector a que profundice personalmente en las ricas fuentes de la mitología escandinava y germánica, en las que hallará tema suficiente para llenar su vida de apasionante búsqueda e investigación.

#### AZTECAS: REESTRENO DE LA COMEDIA DE MOISÉS

Vimos al comienzo de este estudio la importancia que para el mismo tenía la figura de Quetzalcóatl, divinidad volante de los toltecas y de los nahuas, al igual que de los quichés bajo el nombre de Gucumatx, y de los mayas bajo el de

Kukulkán. Vimos también la importancia del *Libro del Consejo* o *Popol Vuh* de los citados indios quichés, que fueron una de las tribus de la gran familia maya. Íntimamente vinculados con esta familia estaban los aztecas, cuya importancia para nuestro estudio también apuntamos ya al hablar de las raíces *Teo* y *Atl*, que correspondían a los conceptos griegos de Zeus y de Atlas, y se entroncaban —en una amplia red que iba desde Centroamérica hasta la India, pasando por las orillas del Mediterráneo— con los conceptos de Maya, María, Atlas, Atlanteotl, la Atlántida, Teotihuacán, Quetzalcóatl, las Pléyades, etc., impregnado todo ello de un saber que hacía depender al ser humano de una o varias razas de procedencia celeste.

Estas o esta raza se llevó con los mencionados aztecas un juego similar (una descarada réplica) del juego que Yahveh se llevó en el Sinaí con el pueblo de Israel y con su caudillo Moisés. Lo veremos inmediatamente. Pero antes quiero recordar en este contexto que precisamente el repetido *Libro del Consejo* de los quichés daba cuenta de su conocimiento del fenómeno vivido por Moisés durante su huida de los egipcios cuando afirma que «su pasaje por mar no aparece; pasaron como si no hubiera habido mar, solamente sobre piedras pasaron, y aquellas piedras sobresalían en la arena. Entonces llamaron Piedras arregladas - Arenas Arrancadas, nombre dado por ellos al sitio por donde pasaron en el mar, habiéndose separado el agua allá por donde pasaron».

Vimos ya anteriormente también la experiencia específica y extraña por la que tuvo que pasar el pueblo que acaudillaba Moisés, la de andar errantes por muchos años antes de llegar —bajo el mandato específico y la dirección directa del protector volante— a una «tierra prometida». Nos encontramos ahora con otro pueblo, cuya distancia en el tiempo y en el espacio se cuenta por miles de años y de kilómetros, al que su «protector» le hizo pasar por la misma extraña experiencia, que tiene que haber resultado penosísima para los hijos de Israel, y que se repite con unos paralelismos asombrosos e incomprensibles en el pueblo azteca. Estudió las similitudes entre ambos éxodos mi buen amigo el ex sacerdote jesuita e incisivo estudioso de la casuística religiosoparanormal Salvador Freixedo, y a él me remito, por lo tanto. Aparte de que desde aquí recomiendo al lector, como imprescindible, el último libro de Freixedo, *Defendámonos de los dioses*, que da en la llaga de una herida que nos causaron a todos.

De acuerdo con las tradiciones del pueblo azteca, hace aproximadamente 800 años su dios Huitzilopochtli les co-

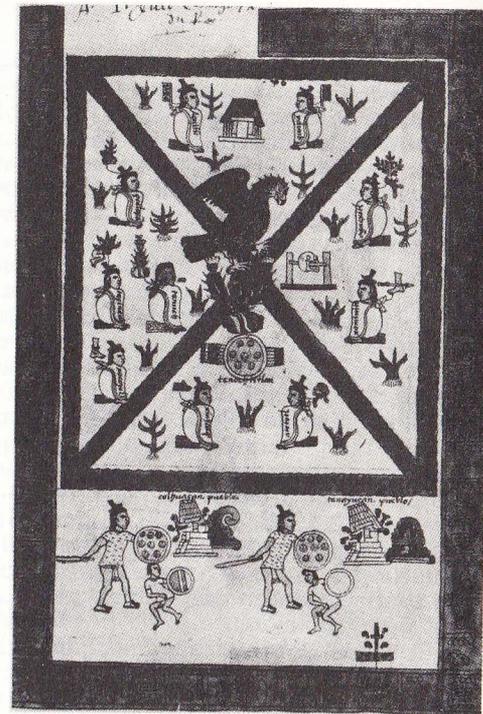
municó que tenían que abandonar la región que habitaban y comenzar a desplazarse hacia el Sur «hasta que encontrasen un lugar en una isla en medio de una laguna en que verían a un águila devorando a una serpiente». En este lugar deberían asentarse, y él los convertiría en un gran pueblo. La región en que por aquel entonces vivían los aztecas estaba en lo que hoy es territorio norteamericano —probablemente entre los estados de Arizona y de Utah— y, por lo tanto, su peregrinaje hasta Tenochtitlán debió de ser notablemente más largo que el que su protector Yahveh les exigió a los seguidores de Moisés: la caminata de los «hijos de la grulla» fue de no menos de tres mil kilómetros, y no precisamente —como apunta Freixedo— por cómodas carreteras, sino teniendo que atravesar vastos desiertos y zonas abruptas y de densa vegetación que ciertamente tuvieron que poner a prueba su fe en la palabra de su dios Huitzilopochtli. Pero por fin, después de mucho caminar, encontraron en una pequeña isla en medio del lago Texcoco, al águila de la profecía devorando a una serpiente (montaje concienzudamente preparado por —seguramente— los mismos que prepararon aquella palmera mecánica en la ruta que consecuentemente les fue indicada a María, José y el recién nacido Jesús, y que se lucieron ya anteriormente con la famosa separación de las aguas, entre otras exhibiciones deslumbrantes de su superioridad «divina»). Esta pequeña isla estaba exactamente en donde ahora está asentada la enorme e impresionante plaza del Zócalo, en el centro de la ciudad de México. La febril actividad constructora de los aztecas —muy influida por otros dos grandes pueblos que se habían distinguido por sus grandes construcciones: los olmecas y los toltecas— pronto convirtieron aquellos terrenos pantanosos en la gran ciudad con la que se encontraron los españoles cuando llegaron a principios del siglo xvi. Hoy en día ya apenas si quedan algunas partes con agua del lago Texcoco, pero cuando llegaron los aztecas, allá por el año 1325, ocupaba una superficie notablemente mayor del valle de México.

Argumenta Salvador Freixedo que si nos ponemos a considerar cuidadosamente todos los detalles de la historia de la peregrinación azteca, nos encontraremos con asombrosas similitudes con la peregrinación de los seguidores de Moisés.

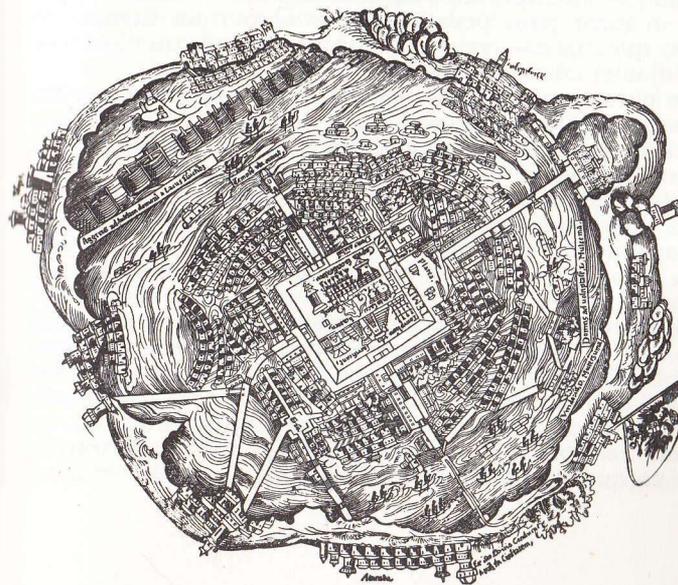
### *Reaparecen el Éxodo y el Arca de la Alianza*

Los paralelismos comienzan con la misma personalidad de ambos protagonistas, Yahveh y Huitzilopochtli. Ambos que-

**El águila de la profecía se detuvo para señalarles a los aztecas su tierra prometida: la futura capital de México.**



**Mapa de Tenochtitlán-México, según la descripción de Hernán Cortés.**



rían ser considerados como protectores y hasta como padres, pero eran tremendamente exigentes, implacables en sus frecuentes castigos y muy irritables.

Ambos les dijeron a sus pueblos escogidos que abandonasen la tierra que habitaban. Yahveh ya lo había hecho anteriormente con Abraham indicándole que dejase Caldea, y lo hizo luego con Moisés forzándolo a que abandonase Egipto al frente de toda su gente.

Ambos acompañaron *personalmente* a sus protegidos a lo largo de toda la peregrinación, ayudándolos directamente a superar las dificultades que se iban encontrando en el camino. Yahveh acompañó a los israelitas —como ya vimos— en forma de una extraña nube o columna de fuego y humo que lo mismo los alumbraba por la noche, que les daba sombra de día, o les señalaba el camino que debían tomar, cumpliendo además otros muchos menesteres tan extraños y útiles como —según vimos también— apartar las aguas del mar para que pudieran pasar de una orilla a la otra, etc. Por su parte, Huitzilopochtli acompañó a los aztecas en forma de un gran pájaro. La tradición afirma que fue un águila o una grulla blanca que les iba mostrando la dirección en que debían avanzar durante su larguísima peregrinación.

Ambos pueblos transportaban una especie de cajón sagrado que tenía para ellos una gran importancia y servía para comunicarse directamente con el dios. Los israelitas llevaban su famosa Arca de la Alianza y los aztecas transportaban un cofre, tal y como nos dice fray Diego Durán, historiador contemporáneo de la conquista: «Cuando llegaban a un lugar para permanecer en él por un tiempo, lo primero que hacían era construir un templo que sirviese para alojar el cofre en que llevaban a su dios.»

Este peregrinaje no fue cosa de días ni de semanas. En el caso de los hijos de Israel, Yahveh extrañamente se dio el gusto de hacerles dar vueltas por el desierto del Sinaí durante cuarenta años, cuando la travesía bien podría haberse efectuado en unos cuantos meses. Huitzilopochtli fue todavía más desconsiderado con sus protegidos, pues los tuvo vagando durante más de un siglo y medio hasta que por fin los estableció en el lugar que hoy ocupa la ciudad de México.

Si el tiempo que ambos pueblos anduvieron errantes no fue breve, tampoco lo fue la distancia que tuvieron que cubrir. La distancia recorrida por el pueblo de Moisés fue en teoría de poco más de 300 kilómetros, pero Yahveh se encargó de estirarla hasta convertirlos en más de 1 000. La distancia recorrida por el pueblo azteca fue aún mucho mayor ya que no debió de ser inferior a los 3 000 kilóme-

tros, distancia que fue fielmente recorrida por las seis tribus que inicialmente se pusieron en camino.

De acuerdo con lo que cuenta fray Diego Durán, las vicisitudes vividas por el pueblo azteca y la manera de ser guiados por sus protectores, fueron absolutamente semejantes a las acaecidas a los israelitas. Así, nos cuenta de los aztecas que «en su peregrinación pasaron grandes trabajos, hambres, plagas, sed, tempestades, guerras, insectos y granizo». Cuando se detenían en algún lugar, «plantaban maíz, chile y otras cosas. Si su dios quería, tenían una buena cosecha y la recogían, pero si él sentenciaba otra cosa, entonces abandonaban los campos y partían». Llegados a Tula, por orden divina (por orden de la superioridad, de acuerdo con mi criterio), hicieron represas en un río, «plantaron árboles y las orillas pronto se llenaron de cañas y junquillos y en el lago había toda suerte de peces...». El pueblo quería quedarse allí y le oraban de esta guisa a Huitzilopochtli: «Concédenos terminar aquí nuestro peregrinar de modo que tu pueblo repose por fin y descanse de tantos trabajos...» Pero su dios, lleno de ira, exclamó: «¿Por ventura son ellos más fuertes que yo? Diles —(no sabemos cuál era el nombre del Moisés azteca)— que tomaré venganza de ellos de modo que en el futuro no se atrevan a dar opiniones. Tienen que acabar de comprender que están para obedecerme a mí únicamente.» E inmediatamente les ordenó que destruyesen la presa de modo que la tierra volviese a convertirse en un desierto, y que prosiguiesen su peregrinaje hacia el Sur. A lo que parece —como comenta acertadamente Salvador Freixedo— Huitzilopochtli era hermano gemelo de Yahveh.

Ambos pueblos tuvieron que enfrentarse a un sinnúmero de tribus o pueblos que ya habitaban la «tierra prometida» cuando llegaron los «pueblos escogidos». Los amorreos, filisteos, jebuseos, gabaonitas, amalecitas, etc., que a cada paso nos encontramos en la *Biblia* en guerra con los israelitas, tienen su contrapartida americana en los chichimecas, trascaltecas, otomíes, tepanecas, xochimilcos, etc., con los que tuvieron que enfrentarse los aztecas a su llegada.

Ambos pueblos, en cuanto fueron adoptados por sus respectivos protectores, comenzaron a multiplicarse rápidamente, pero sobre todo en cuanto llegaron al lugar prometido y se establecieron en él, se hicieron muy fuertes y pasaron a ser los pueblos dominantes de la región avasallando a sus vecinos. Ambos pueblos llegaron a la cúspide de su desarrollo aproximadamente a los dos siglos de haberse establecido en la tierra prometida.

Tanto Yahveh como Huitzilopochtli les exigían a sus

pueblos sacrificios de sangre. Entre los israelitas esta sangre era de animales, pero entre los aztecas la sangre era en ocasiones humana, como en la dedicación del gran templo de Tenochtitlán, en donde, de acuerdo con los historiadores, se sacrificaron varios miles de prisioneros, abriéndoles el pecho de un tajo y arrancándoles el corazón todavía palpitante y sangrante para ofrecérselo a Huitzilopochtli. Como ya comenta Freixedo, Yahveh a primera vista no llega a tanta barbarie, si bien parece que a veces acaricia la idea. Recuérdese si no, el abusivo sacrificio que le exigió a Abraham en la persona de su hijo Isaac (y que sólo a última hora impidió) y el menos conocido de la hija de Jefe, caudillo israelita que le prometió a Yahveh que mandaría sacrificar al primer ser viviente que se le presentase a la vuelta al campamento, si Yahveh le concedía la victoria contra los amonitas. Cuando regresó victorioso de la batalla, la primera que le salió al encuentro para felicitarle fue su propia hija. Y Yahveh, que con tanta facilidad solía comunicarle sus deseos a su pueblo, no dijo nada y permitió que Jefe cumpliera su bárbaro juramento.

Tanto Yahveh como Huitzilopochtli abandonaron de una manera inexplicable a sus respectivos pueblos cuando éstos más los necesitaban. Yahveh, en la época de la llegada de los romanos a Palestina. Huitzilopochtli, cuando llegaron los españoles; y a partir de entonces la identidad de los aztecas como pueblo se ha disuelto en el variadísimo mestizaje de la gran nación mexicana.

Y añade Salvador Freixedo todavía un último paralelismo: si el Yahveh de los israelitas tuvo su contrapartida en Huitzilopochtli, el Cristo judío y en cierta manera reformador de los mandamientos de Yahveh, tuvo su contrapartida americana en Quetzalcóatl, el mensajero divino, instructor y salvador del pueblo azteca que, como Jesús, apareció en este mundo de una manera un tanto misteriosa, fue un auténtico ser humano como él, y al igual que él se fue de la Tierra de una forma igualmente extraña, prometiendo ambos que algún día volverían.

#### KASSKARA Y LOS KATCHINAS

La senda del conocimiento puede conducir a la sabiduría o a la perdición, y éste es el riesgo inherente a toda la aventura humana desde el momento mismo en que vislum-

bramos la posibilidad de acceder a la inteligencia. A ello alude por ejemplo la leyenda de Teseo y Ariadna, escenificada en el laberinto de Dédalo en Cnosos, en Creta. El esquema de dicho laberinto —dibujo ancestral que se repite en diseños parecidos en diversas culturas de la antigüedad— tal y como aparece grabado en monedas cretenses antiguas, es idéntico a otro que aparece en una cruz rúnica danesa, y a otro que simboliza a la «madre Tierra» entre los indios *hopi* americanos. La identidad de dichos esquemas, que forman parte del simbolismo inherente a culturas tan dispares como estas tres, es realmente asombrosa y sigue constituyendo un enigma a la par que un reto para el investigador.

Igualmente asombroso es que el esquema de la mitología griega aparezca idéntico *precisamente* entre los indios *hopi*. Pues la tradición de dichos indios —viva hoy en día— une el origen de su pueblo al contacto con unos seres de forma humana que disponían de *aparatos voladores* en forma de escudos. Acabamos de dejar a los aztecas. Los *hopi* también efectuaron migraciones por aquellos mismos parajes. Los textos clásicos latinos, así como también los *Annales Laurissenses* que daban cuenta de las campañas de Carlomagno, referían avistamientos de *escudos voladores*. Las tradiciones de los indios *hopi*, exactamente igual. Detengámonos, pues, un momento en estas tradiciones, importantes en el contexto de este ensayo.

Los indios *hopi* viven hoy en una reserva en el estado norteamericano de Arizona, y su poblado principal es Oreibi, el más antiguo lugar ininterrumpidamente habitado de Norteamérica. Josef F. Blumrich, el mismo ingeniero de la NASA que ya mencionamos al hablar de la nave que vio Ezequiel, y con quien tuve ocasión amplia de intercambiar informaciones en sendos congresos de la Ancient Astronaut Society celebrados en Cricvenika (Yugoslavia) y en Munich, vive en Laguna Beach, en California, no lejos de la reserva de los *hopi*. Desde el año 1971 mantiene una agradable amistad con el anciano indio White Bear, el cual le ha venido narrando pacientemente a Blumrich los recuerdos ancestrales de su pueblo, que forman parte de su actual tradición viva. El ingeniero Blumrich dispone hoy así de casi cincuenta horas de cintas grabadas con narraciones y explicaciones adicionales. Vamos a resumir aquí los puntos que nos interesan de estas grabaciones.

De acuerdo con la tradición *hopi*, la historia de la humanidad está dividida en períodos que ellos denominan «mundos», los cuales están separados entre sí por terribles catástrofes naturales. El primer mundo sucumbió por el fuego, el segundo por el hielo y el tercero por el agua. Ac-

tualmente vivimos en el cuarto mundo. Y en total, la humanidad deberá recorrer siete.

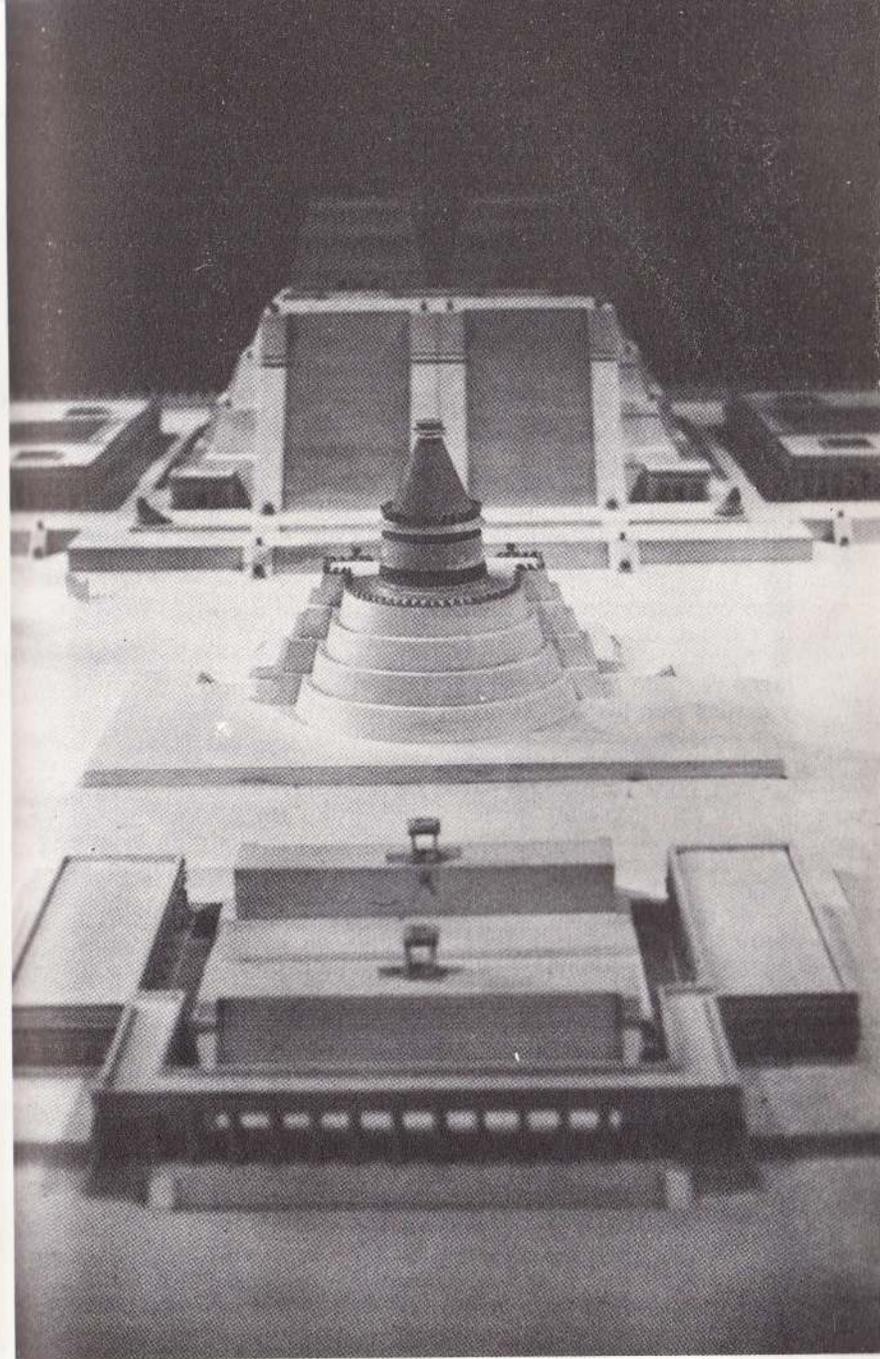
No siendo comprobables históricamente los dos primeros mundos, la memoria tribal de los hopi se remonta a la época del tercer mundo, cuyo nombre era Kasskara. Éste era el nombre, en realidad, de un inmenso continente situado en el actual emplazamiento del océano Pacífico. Pero Kasskara no era la única tierra habitada. Existía también el «país del Este». Y los habitantes de este país tenían el mismo origen que los de Kasskara. Los habitantes de este otro país comenzaron a expandirse y a conquistar nuevas tierras, atacando a Kasskara ante la oposición de ésta a dejarse dominar. Lo hicieron con armas potentísimas (recordemos las epopeyas hindúes), imposibles de describir. Tan sólo los elegidos, los seleccionados para ser salvados y sobrevivir en el mundo siguiente, fueron reunidos bajo el «escudo». Los proyectiles enemigos reventaban en el aire, de modo que los elegidos colocados bajo el «escudo» quedaban indemnes. Repentinamente, el «país del Este» desapareció por alguna causa desconocida bajo las aguas del océano, y también Kasskara comenzó a hundirse paulatinamente.

En este momento, los *katchinas* ayudaron a los elegidos a trasladarse a nuevas tierras. Este hecho marcó el fin del tercer mundo y el comienzo del cuarto.

Es preciso aclarar ahora que, desde el primer mundo, los humanos estaban en relación con los *katchinas*, palabra que puede traducirse libremente por «venerables sabios». Se trataba de seres visibles, de figura humana, que nunca fueron tomados por dioses, sino solamente como seres de conocimientos y potencial superiores a los del ser humano. Eran capaces de trasladarse *por el aire* a velocidades gigantescas, y de aterrizar en cualquier lugar. Dado que se trataba de seres corpóreos, precisaban para estos desplazamientos artefactos voladores, «escudos voladores» —al igual que en las crónicas romanas, al igual que en las crónicas de Carlomagno—, que recibían diversos nombres.

White Bear describe estos artefactos: «Si de una calabaza cortas la parte inferior, obtendrás una corteza; lo mismo debe hacerse con la parte superior. Si luego se superponen ambas partes, se obtiene un cuerpo de forma de lenteja. Éste es básicamente el aspecto de un *escudo volador*.»

Hoy en día los *katchinas* ya no existen en la Tierra. Las danzas *katchinas*, tan conocidas hoy en Norteamérica, son representadas por hombres y mujeres en calidad de sustitutos de unos seres realmente existentes antaño. Los *katchinas* podían en ocasiones tener un aspecto extraño, siendo así que originariamente se solían confeccionar muñecas



Impresionante imagen futurista de un imperio desaparecido: maqueta ideal de Tenochtitlán.

katchina para que los niños se acostumbraran a su aspecto. Hoy en día, estas muñecas se fabrican preferentemente para los turistas y coleccionistas.

Hecha esta aclaración, regresemos al cambio de territorio de los antiguos habitantes de Kasskara. La población, de acuerdo con el recuerdo tradicional de los hopi, llegó a la nueva tierra por tres caminos diferentes. Los seleccionados para recorrerla, inspeccionarla y prepararla, fueron llevados allí a bordo de los escudos de los katchinas. El gran resto de la población tuvo que salvar la enorme distancia a bordo de barcas. Y cuenta la tradición que este viaje se efectuó a lo largo de un rosario de islas que, en dirección nordeste, se extendía hasta las tierra de la actual América del Sur.

La nueva tierra recibió el nombre de Tautoma, que viene a significar «la tocada por el rayo». Tautoma fue también el nombre de la primera ciudad que erigieron, a orillas de un gran lago. De acuerdo con los conocimientos actuales, Tautoma se identifica con Tiahuanaco, mientras que el lago corresponde al Titicaca. Un cataclismo convulsionó a la ciudad, destruyéndola, motivo por el cual la población se fue desperdigando por todo el continente. Durante un largo período los hombres se fueron repartiendo en grupos y clanes por los dos subcontinentes. Algunos de estos clanes iban en compañía de los katchinas, quienes a menudo intervinieron para ayudarlos.

Los hopi formaban parte de aquellas tribus que emigraron en dirección norte, y recuerdan un período en el que atravesaron una calurosa selva y un período en el que se toparon con una «pared de hielo» que les impidió el avance hacia el norte y les obligó a volver atrás.

El ingeniero Josef F. Blumrich, comentando lo sorprendentes que pueden parecer algunas de estas tradiciones, recuerda que todavía hoy en día siguen vivas a través de diversas ceremonias.

Mucho tiempo después de estas migraciones todavía había clanes que seguían conservando las antiquísimas doctrinas. Estos clanes se reunieron y construyeron una ciudad de «importancia trascendental», que recibió el nombre de «la ciudad roja», a la que se identifica con Palenque. En dicha ciudad fue establecida la escuela del aprendizaje, cuya influencia todavía puede descubrirse en algunos hopi. Los maestros de dicha escuela eran los katchinas, y la materia de enseñanza estaba compuesta esencialmente por cuatro apartados: 1.º historia de los clanes; 2.º la naturaleza, las plantas y los animales; 3.º el hombre, su estructura y función física y psíquica; 4.º el cosmos y su relación con el Hacedor.

Tras un posterior período de numerosos enfrentamientos entre las ciudades establecidas en el Yucatán, sus habitantes abandonaron la zona y reemprendieron la gran migración. Durante aquella turbulenta época los katchinas abandonaron la Tierra. Los pocos clanes que han seguido manteniendo vivo el antiguo saber se juntaron más tarde en Oreibi, siendo ésta la razón de la especial importancia de este lugar.

Después de haber recogido toda la información que le ha sido posible sobre los katchinas, Blumrich llega a las siguientes conclusiones sobre estos seres que, sin ser considerados en ningún momento como divinidades —y esto es importante—, se sitúan en este plano cósmico de injerencia directa en el quehacer humano: tenían cuerpo físico, tenían apariencia de hombres, en muchos aspectos se comportaban como hombres, pero disponían de unos conocimientos muy superiores a los de los hombres. Poseían *artefactos voladores*, y un escudo que rechazaba a los proyectiles enemigos a elevada altura. Eran además capaces de engendrar niños en las mujeres sin mediar contacto sexual. A todo ello hay que sumar las habilidades que los humanos aprendieron de los katchinas, la más importante de las cuales fuera quizá el *corte y transporte de enormes bloques de piedra* y, en relación con ello, la construcción de *túneles* y de *instalaciones subterráneas*.

Además de lo que afirma Blumrich con referencia a los hopi, que él estudió en profundidad, podemos corroborar algunas de sus constataciones observando las costumbres de sus inmediatos vecinos, los indios zuñi y pueblos, que junto con los hopi forman el grupo de pueblos agricultores de la actual Arizona. Así, por ejemplo, los zuñi, cuyos templos son cámaras ceremoniales *subterráneas*, conservan el culto de la *serpiente emplumada* como *deidad celeste*, lo que indica el origen *mexicano* de ciertos elementos de su religión (recuerde el lector todo lo dicho acerca de Quetzalcóatl —Kukulkán, Gucumatz— que fue serpiente emplumada y voladora). Los mismos zuñi rinden culto igualmente a los katchinas, para ellos mensajeros o intermediarios entre las deidades del cielo y el ser humano. Con lo cual se identifican prácticamente con los seres —emisarios, mensajeros— que en los textos bíblicos vimos que figuraban bajo el concepto de *ángeles*. Otro dato curioso es que este grupo de indios pueblos practican el arte de la pintura en seco, de arena o de polen, frente a sus altares, para las ceremonias religiosas. El origen de este arte es desconocido, y el mismo es practicado igualmente en el Tíbet y entre algunas tribus de Australia.

Pero regresemos a las observaciones que efectúa Josef

F. Blumrich, sin perder de vista al hacerlo que se trata de las observaciones de un ingeniero con rango de directivo de la NASA. Afirma que los hopi cuentan que los *escudos voladores* de los katchinas se desplazaban a enormes velocidades gracias al impulso de una «fuerza magnética». En relación con ello, argumenta Blumrich que ni los hopi ni nosotros sabemos de qué se trataba concretamente. Y que nosotros, por ejemplo, todavía no sabemos qué es realmente la gravitación. El día en que logremos descifrar este enigma, existirá la posibilidad de que incluso nosotros podamos volar sin limitación alguna. En cuanto al escudo capaz de hacer explotar los proyectiles enemigos en el aire, recuerda Blumrich que los rusos están desarrollando en la actualidad unos haces de protones capaces de destruir a los cohetes en pleno vuelo, mientras que en Estados Unidos se realizan ensayos con rayos de electrones parecidos, que tienen esta misma capacidad.

#### LA PERLA DEL LAGO

Prosiguiendo en un relativo orden cronológico, volvemos a dar ahora un salto en el espacio para regresar a las antiguas obras clásicas chinas, en las que vuelven a aparecer citas de objetos volantes.

Así, en *Observaciones del cielo*, un ensayo del que es autor Zhao Xigu, quien escribió durante la dinastía de los Song (años 960 a 1279), leemos que «hubo un gran *barco celeste* fabricado por un llamado Yan Sun, expuesto bajo la dinastía de los Tang en el palacio de la Virtud. Tenía una longitud de 50 pies, resonaba como hierro y cobre, y resistía bien a la podredumbre. (...) Se elevaba *volando en el cielo* para regresar después, y así continuamente». Pregunta: ¿De dónde obtuvo Yan Sun el conocimiento para construir semejante aparato volante metálico? La ciencia académica, ¿por qué no nos da repuestas a tantas preguntas? Evidentemente, porque no las tiene. Pero, entonces, que no tache de visionarios a quienes ponemos estas preguntas sobre la mesa. Porque estamos aportando datos concretos, históricamente comprobables. No quererlos ver es una actitud netamente anticientífica.

Sigamos poniendo cartas sobre la mesa. El erudito chino Sheng Gua, que igualmente vivió durante la dinastía de los Song, es autor del libro *Relatos a la orilla de un to-*

*rrante de sueños*. En el capítulo 369 de este libro de relatos, que lleva por título «Cosas extrañas», leemos:

«Hacia mediados del reinado del emperador Jia Yu (1056-1063), hubo en Yangzhou, en la provincia de Kiangsu, una enorme perla que se veía especialmente con tiempo sombrío. Al principio hizo aparición en las marismas del distrito Tianchang, pasó por el lago Bishe y *desapareció* finalmente *en el lago Xinkai*. Los habitantes de esta región y los viajeros la vieron *frecuentemente durante más de diez años*. Yo tuve un amigo que vivía junto al lago. Un anochecer vio a través de la ventana a esta perla luminosa cerca de su casa. Entreabrió su puerta y la luz se infiltró, iluminando con gran resplandor su habitación. La perla era de forma redonda, con una línea de color dorado que la rodeaba. Repentinamente aumentó en forma considerable de tamaño y se hizo más grande que una mesa. En su centro la luz era blanca, plateada, y su intensidad fue tal que fue imposible mirarla de frente. Esta luz iluminaba incluso a los árboles que se hallaban a 5 kilómetros de distancia, y que proyectaban su larga sombra sobre el suelo, como a la salida del sol. El cielo lejano aparecía totalmente abrasado. Finalmente, el objeto luminoso redondo comenzó a *desplazarse a una velocidad vertiginosa* y fue a posarse sobre el agua entre las olas, parecido a un sol naciente.»

#### ¿QUIÉN VIVE DEBAJO?

Existe una nutrida literatura y suficientes investigadores que mantienen la hipótesis de que debajo de la superficie de nuestro planeta habitan seres inteligentes que no son de nuestra raza. Existen diversas hipótesis acerca de la posibilidad de que inteligencias procedentes de fuera de nuestro planeta posean puntos de apoyo subterráneos o subacuáticos en el planeta Tierra. No voy a entrar en el análisis de estas posibilidades, ya que forman parte de otro estudio que merece su propia dedicación. De forma que no voy a hablar de organizaciones como la Hollow Earth Society (Sociedad de la Tierra Hueca) o el SAMISDAT nazi, que buscan establecer contacto con supuestos habitantes del interior del planeta, la primera, mientras que la segunda echa leña al fuego de la existencia de toda una organización de ideología nazi —naturalmente vinculada a los personajes dirigentes de la Alemania nazi— que sobrevive bajo la piel de nuestro planeta. No voy a hablar de tales orga-

nizaciones ni de otras similares, ni voy a entrar en el tema de Shamballah ni de Agartha —supuestos centros de control subterráneos en los confines del Asia central—, porque no es el momento de negar ni de confirmar la validez de todos estos supuestos. El día en que crea oportuno hablar de ellos, lo haré de la forma más clara posible.

Pero sí quiero aportar aquí unas breves pinceladas históricas que nos hablan de que algo se está moviendo con inteligencia debajo de nuestros pies.

Se puede leer en el *Himno a Osiris Un-Nefer*, que forma parte de los textos que conforman el *Libro de los muertos* egipcios: «Dios An, el de millones de años, cuyo ser todo lo invade, el de la bella apostura en Ta-tchesert: concede al ka de Osiris, al escriba Ani, esplendor en el cielo, poder en la tierra y victoria en el mundo inferior; haz que yo baje a Tattu como alma viva y me remonte hasta Abtu como un ave bennu, y que pueda *entrar y salir sin dificultad* por los pilonos de los señores subterráneos.»

Aunque sin aludir directamente a ninguna inteligencia ni siquiera a ser vivo alguno, el cósmico señor feudal Yahveh no pierde de vista recomendarle al hombre (*Éxodo* 20, 3-4) que: «No tendrás *otros dioses* fuera de mí: no te harás ninguna escultura, ni ninguna imagen de nada de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra, o en las aguas de *debajo de la tierra.*»

Estas fueron únicamente dos citas sin mayor importancia documental directa. Pero hay citas de valor histórico concreto. Veremos después algunos botones de muestra.

### *Personas sin origen*

Ya vimos, al hablar de la gran oleada clásica, cómo Plutarco, en su obra *Sila*, refería el encuentro de dicho político romano con un ser idéntico a los sátiros que pintaban y esculpían los artistas, ser que logró horrorizar al sensible aristócrata romano cuyos lacayos habían sorprendido al desconocido ser mientras dormía.

Hay quien compara dicha aparición con la de aquel otro muchacho que únicamente sabía decir «quiero ser un soldado como lo fue mi padre» y «no sé», y que rápidamente se convirtió en uno de los enigmas del siglo XIX. Aparentaba tener unos diecisiete años, caminaba con dificultad y apareció un buen día de mayo de 1828 en pleno Nuremberg, en Alemania. Se mostraba tan ajeno a todos los usos y costumbres humanas, que parecía provenir de otro mundo. Su procedencia, su identidad y su muerte violenta, el 17 de diciembre de 1833, continúa siendo un misterio. Pero no

nos engañemos, tanto este personaje —llamado Kaspar Hauser— como el anterior que horrorizó a Sila, pueden tener una explicación absolutamente humana.

También en los escritos de Agobardo, arzobispo de Lyon, se cita la extraña historia de tres hombres y una mujer que fueron vistos apeándose de un *barco aéreo* en el siglo IX. Un populacho exaltado los fue rodeando. Los cuatro extraños visitantes fueron tomados por magos enviados por el enemigo de Carlomagno, Grimaldus, duque de Benevento, para destruir las cosechas francesas. En vano, los cuatro extraños personajes protestaron aduciendo que eran compatriotas que fueron arrebatados por hombres milagrosos que les mostraron maravillas inauditas. Cuando el populacho ya se disponía a echar a los intrusos a la hoguera, fue interrumpido por Agobardo, su respetado arzobispo. Sentenció éste que ambos bandos estaban en un error, concluyendo que, dado que era imposible que la gente cayera del cielo, esto no podía haber sucedido. Y así los ciudadanos de Lyon, respetando la autoridad de su arzobispo, rechazaron la evidencia de lo que habían visto con sus propios ojos y liberaron a los cuatro extraños.

### *La historia de los niños verdes*

Pocos siglos más tarde de este testimonio de Agobardo, se da el caso más conocido —si bien erróneamente presentado, como veremos— de aparición de seres cuya procedencia sigue siendo un enigma absoluto. En esta ocasión, surgen de debajo del suelo. Para llegar hasta el origen de la historia de los *niños verdes*, Mercedes Castellanos y W. Raymond Drake unieron sus esfuerzos en 1980 para investigar hasta donde les fuera posible lo que había de cierto en ella. En diciembre de aquel mismo año publiqué un resumen de su trabajo en el n.º 51 de la desaparecida revista *Mundo desconocido*.

Vayamos a la historia. Diversos autores especializados en temas de lo extraño vinieron publicando durante los últimos años en sus obras la súbita aparición, a finales del siglo pasado, de dos hermanos de piel verde en la supuesta localidad española de Banjos. Como suele suceder en estos casos, unos autores han ido copiando la noticia de otros, sin profundizar mayormente en la autenticidad o no de los datos que les proporcionaba el libro del que los estaban tomando. Al principio de esta cadena de autores aparece —como fuente de la que parte originariamente la difusión de la noticia— John Macklin, quien publicó la versión original de la historia en diciembre de 1966 en la publicación

*Grit.* Dado que todas las demás versiones son copias e incluso variantes de esta primera, transcribiré a continuación este texto original sobre los sucesos de Banjos:

«En una tarde de agosto de 1887, dos niños salieron, cogidos de la mano, de una cueva en la ladera de una montaña cercana a la localidad española de Banjos, y se encaminaron a un campo en el que estaban trabajando unos granjeros. Hace de ello cerca de ochenta años, pero vive aún gente que conocieron a quienes recordaban aquel día.

»Hubo exageración, indudablemente, también distorsión, pero los hechos básicos parecen indiscutibles. Los niños que salieron temerosos de la cueva hablaban una lengua extraña e incoherente, y sus vestidos estaban hechos de una sustancia nunca antes vista. ¡Y su piel era verde!

»Es una historia fantástica sin lógica ni explicación. Pero los psicólogos la consideran acaso la más valiosa evidencia de que disponemos de la existencia de una cuarta dimensión, un mundo que existe paralelamente al nuestro, un mundo crepuscular del que de alguna forma escaparon los niños.

»Se baraja la teoría de que cayeron en un remolino espacial —como una persona que cae a través de una grieta en el hielo y no puede volver a localizar el lugar de entrada—, penetraron en nuestro mundo tridimensional desde otro tetradimensional, y no lograron regresar.

»¿Ridículo? Posiblemente, pero de todas las teorías elaboradas para explicar la aparición de los niños verdes, es la única que ofrece visos de credibilidad.

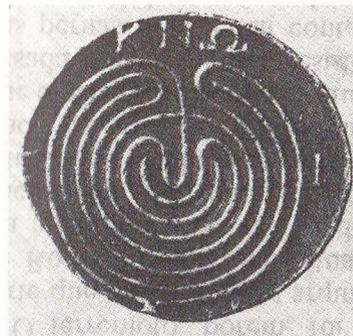
»Poco después del suceso llegó un sacerdote de Barcelona para investigar. Vio a los niños e interrogó a los testigos. Más tarde escribió: “Quedé tan abrumado por el peso de tantos testimonios competentes que estoy obligado a aceptarlo como un hecho que soy incapaz de comprender y esclarecer con los recursos del intelecto.”

»Los granjeros estaban descansando después del almuerzo, cuando apareció la extraña pareja en la entrada de una cueva de la ladera del monte... Atónitos, los granjeros corrieron hacia ellos. Los extraños seres, balbuceando ininteligiblemente, fueron capturados y conducidos al pueblo. Fueron llevados a casa de Ricardo da Calno, magistrado y más importante terrateniente del lugar.

»Da Calno tomó la mano de la chica y la frotó. El color permaneció invariable. Formaba indudablemente parte del pigmento de la piel.

»Les fue traído alimento, pero no lo comieron. Manosearon el pan y la fruta con una mezcla de suspicacia y asombro, pero no los acercaron a su boca.

»El magistrado advirtió que sus facciones eran regula-



Tres caras para un mensaje: A = grabado del laberinto de Cnosos, en una moneda cretense, B = dibujo laberíntico de los indios hopi americanos, C = grabado del laberinto en una cruz rúnica danesa. Idéntico dibujo está grabado en el suelo de la isla sueca de Gotland.

res, ligeramente negroides, los ojos almendrados y profundos.

»Los niños permanecieron en la casa cinco días. No comieron nada y se debilitaron notablemente. No fue posible dar con ningún alimento que les apeteciera. Hasta que cierto día, dice un informe, "fueron llevadas a la casa judías cortadas, y se abalanzaron sobre ellas con gran avidez... y en adelante no tocaron otro alimento".

»Pero el ayuno, parece ser, había dañado seriamente al niño. A pesar de las alubias, su estado fue empeorando y, finalmente, murió un mes después de haber sido hallado. La chica, por el contrario, se fue reponiendo y se convirtió en doncella de la casa de Da Calno. Su color palideció un poco y dejó de ser una curiosidad en el pueblo.

»Al cabo de unos meses aprendió suficientes palabras de castellano y estuvo en condiciones de darle a Da Calno una explicación de su llegada.

»Pero si algo hizo, fue únicamente aumentar el misterio. Dijo que procedía de un país en el que no salía el Sol y en el que siempre reinaba la penumbra, añadiendo: "Se puede ver un país de luz no lejos de nosotros, pero separado por una corriente muy ancha."

»¿Cómo llegaron a la tierra? Todo cuanto pudo decir fue: "Hubo un gran ruido. Perdimos el conocimiento y nos hallamos en aquel campo." Esto fue todo lo que dijo, y probablemente todo cuanto sabía.

»Vivió otros cinco años antes de morir también y ser enterrada junto a su hermano.

»Una extraña narración. ¿Se trata de un mito popular del pasado? ¿De una broma, de una historia legendaria transmitida de generación en generación?

»Los documentos siguen existiendo. Las declaraciones juradas de testigos que afirman que han hablado con y tocado a seres que surgieron cogidos de la mano de un agujero en el suelo...»

Hasta aquí la narración original del enigma de Banjos, tal y como la publicó por vez primera John Macklin en la publicación *Grit*. De este texto surgieron posteriormente, como ya queda dicho, todas las variantes y copias del tema. Nadie, excepto en su momento la publicación *Mundo desconocido* y para ella Mercedes Castellanos y W. Raymond Drake, se molestó nunca en comprobar la veracidad o la falsedad de estos datos.

### Plagio de un enigma inglés

En el relato que acabamos de ver se decía que acudió un sacerdote de Barcelona, que siguen existiendo los documentos que recogen los testimonios de la época, que existen las tumbas de ambos hermanos, que el nombre del pueblo era Banjos, que el magistrado que acogió a los extraños niños se llamaba Ricardo da Calno..., datos todos ellos relativamente comprobables en cuanto a su autenticidad. Llamó, por lo tanto, poderosamente la atención el que no se hubiera abierto ya una investigación completa sobre este suceso, cercano además en el tiempo al situarse a fines del siglo pasado. Por consiguiente, investigamos nosotros. Y resulta que todos los datos, si es que existieron, se han esfumado. No fue posible dar en España con un núcleo habitado que se llame *Banjos*, ni con un magistrado a fines del siglo pasado que se llamara *Ricardo da Calno*. Tampoco fue posible encontrar mención alguna de los niños de Banjos en los diarios de la época, ni expresamente en el *Diario de Barcelona* en el que la noticia debería haber aparecido al ser un sacerdote de Barcelona el que supuestamente habría recogido los testimonios.

En cambio, y a partir de aquí ya interviene en la investigación y en la recopilación de datos nuestro buen amigo W. Raymond Drake, si existe un testimonio comprobable que abunda en la hipótesis de que la historia de los niños de Banjos es fraudulenta. Porque resulta que el supuesto Ricardo da Calno así como la historia de los dos hermanos son un plagio del nombre del soldado *Richard* (Ricardo) *de Calne* que, según cuenta una crónica del siglo XII-XIII perfectamente verificable, acogió en su casa a dos niños de piel verde surgidos de las entrañas de la tierra.

Así consta en el *Chronicon Anglican* (1066-1223), una crónica compilada por Radulph (Ralph), un monje de la Orden del Cister que residía en la abadía de Coggeshall, en Essex. En la citada crónica y correspondiente al año 1200, Ralph of Coggeshall escribe literalmente, en el capítulo que titula en latín *De quodam puero et puella de terra emergentibus* (Acerca de un niño y una niña que emergieron de la tierra), lo siguiente:

«También otro prodigio, parecido al anterior, ocurrió en Suffolk, cerca de Saint Mary of Wulfpetes. Cierta muchacha fue encontrado junto con su hermana cerca de un pozo situado en un lugar próximo. Tenían una forma y todos los miembros parecidos a los de las otras personas, pero por el color de su piel se diferenciaban de todos los mortales de nuestro mundo habitado. Toda la superficie de su piel presentaba un color verdoso. Nadie podía entender su len-

gua. Llorando inconsolablemente fueron llevados, para que los admirasen, a casa de sir Richard (*Ricardi* en el texto original latino) de Calne, un soldado, cerca de Wikes. Colocaron ante ellos pan y otros alimentos, pero ellos no deseaban comer nada de lo que les suministraban; ciertamente, ayunando durante mucho tiempo estuvieron padeciendo hambre, porque, como posteriormente confesó la niña, creían que ninguna clase de alimentos era comestible para ellos. Sin embargo, finalmente fueron traídas a la casa unas judías cortadas de su tallos, y ellos con gran ansiedad movieron la cabeza indicando que les diesen aquellas judías. Cuando les fueron traídas, abrieron los tallos, no las vainas, pensando que las judías se encontraban dentro de los tallos huecos. Pero al no encontrar las judías en el tallo, rompieron de nuevo en llanto. Cuando los allí presentes advirtieron esto, abrieron las vainas y les mostraron las judías. Habiéndoles sido mostradas, las comieron con gran alegría y durante mucho tiempo no quisieron probar absolutamente ningún otro manjar. El niño fue debilitándose más y más y al poco tiempo falleció. Sin embargo, la niña continuó viviendo con alegría, acostumbrada a todas las clases de alimento. Perdió completamente aquel color verde y poco a poco fue recobrando la condición normal de la sangre en todo su cuerpo. Tras haber sido regenerada en las sagradas aguas del bautismo, permaneció durante muchos años al servicio del mencionado soldado (según oímos muchas veces contar al mismo soldado y a su familia). Resultó muy frívola y lasciva. Cuando solían preguntarle acerca de los hombres de su país, aseguraba que todos sus habitantes y todos los que habían vivido allí eran de color verde y que no veían el sol, pero que gozaban de una claridad como la del crepúsculo. Y cuando le preguntaban cómo había llegado a esta tierra con el niño antes mencionado, respondía que siguiendo a unas ovejas habían llegado a una cueva. Al entrar en ella, oyeron cierto agradable sonido de campanas y fascinados por la dulzura de este sonido, erraron durante un buen rato por el interior de la cueva hasta que encontraron la salida. Al salir, la excesiva claridad del sol y la insólita temperatura del aire les asombraron y aterraron, de suerte que permanecieron largo rato tendidos en el suelo, cerca de la cueva. Asustados por una sensación de inquietud, quisieron huir, pero no pudieron en modo alguno encontrar la entrada de la cueva, de modo que fueron capturados por ellos (por la gente de la superficie, del mundo de arriba).»

### La primera versión

Prácticamente la misma historia testimonió ya anteriormente William of Newbury en Yorkshire, Inglaterra (1136-¿1198?), en su *Historia Rerum Anglicarum*, un registro cuidadoso de hechos contemporáneos. Allí, en el capítulo XXVII, que titula *De Viridibus Pueris* (De los niños verdes), escribe literalmente:

«El prodigio que aconteció durante el reinado de Esteban de Inglaterra (1135-1154) no parecía que iba a ser desoído durante siglos. Y, en efecto, me mostré indeciso un largo tiempo acerca de esto, que sin embargo es mencionado por muchos. Me pareció una creencia ridícula aceptar el hecho como algo sin importancia o como la ciencia más secreta hasta que me detuve a considerar esta evidencia y otras para reunir, creer y asombrar, lo que puedo alcanzar o examinar sin esfuerzo de la imaginación.

»Hay una villa en la parte oriental de Inglaterra a cuatro o cinco millas, se dice, del noble monasterio de Edmundo, el rey santo y mártir. Cerca de la villa se pueden observar algunas de las más antiguas trincheras, que en inglés se llaman *Alfpittes*, que significa "fosos de lobo" (*Wolf-pits*). Ellos le dan el nombre a la villa adyacente. Durante la siega, cuando los segadores estaban ocupados en los campos recogiendo trigo, de estos fosos surgieron dos niños, un niño y una niña, todo su cuerpo era verde. Vestían prendas de un color inusual y de material desconocido. Deambularon por el campo con asombro. Atrapados por los segadores, fueron llevados a la villa, donde se reunió mucha gente para ver tan insólito espectáculo. Durante días, aunque los tentaron con algunos alimentos, pasaron sin ellos, y como consecuencia casi murieron por inanición. No prestaban atención a ningún alimento que les ofrecían. Por casualidad sucedió que se habían traído algunas judías de los campos, las cuales arrebataron al instante. Examinaron el tallo de la planta y no encontraron nada en la vaina y lloraron amargamente sobre el tallo. Entonces alguien allí presente les ofreció judías peladas, que tomaron en el acto y comieron con placer. Durante meses se nutrieron con este alimento hasta que aprendieron a comer pan. Finalmente, debido a la imperante naturaleza de nuestro alimento, su color fue cambiando lentamente y llegó a ser muy similar al nuestro; incluso aprendieron a hablar nuestra lengua. A la gente prudente le pareció apropiado que la parejita recibiera el santo bautismo, el cual se llevó a cabo. Pero el muchacho, aparentemente el menor, vivió muy poco tiempo después del bautismo, agonizando en una muerte prematura. Su hermana sobrevivió indemne sin diferen-

ciarse en modo alguno de las muchachas de nuestra propia tierra. La historia dice que se casó con un hombre en Lynn; unos años después se decía que aún vivía.

»En efecto, cuando habló nuestro idioma fluidamente, a menudo se le interrogó quién era y de dónde había venido. Contestó diciendo: "Somos gente de la tierra de St. Martin, quien en nuestro país es tenido en la más alta veneración." Más adelante se le preguntó dónde estaba su país y cómo habían llegado hasta aquí, a lo que respondió: "No tenemos idea. Sólo recordamos que un día estábamos cuidando las ovejas de nuestro padre en los campos cuando oímos un fuerte ruido similar a campanas, igual al que normalmente oímos ahora en St. Edmundo cuando repican todas a la vez. Nos asombramos con este ruido, y perdimos el sentido. Y, de pronto, de alguna manera con nuestra mente exaltada, nos encontramos entre vosotros segando el campo." A ambos se les preguntó si creían en Cristo o si oraban al Sol, si su tierra era cristiana y tenía iglesias. Contestaron: "Nuestro pueblo no adora al Sol, cuyos rayos dan muy poca luz a nuestra tierra, sólo hay crepúsculo, como antes de vuestro amanecer o después de vuestro atardecer. Aunque se ve una tierra algo luminosa no demasiado lejos de la nuestra y separada por un río muy ancho."

»Éstas cosas y muchas más, que tomarían demasiado tiempo desenmarañar, contestaron los niños a nuestras preguntas. Cada cual puede opinar lo que quiera y considerar todo esto como mejor le parezca; sin embargo, yo no me arrepiento de haber expuesto este portentoso y maravilloso evento.»

### *Más humanoides subterráneos*

Existe otra historia, que no nos habla de niños verdes, pero sí de un país subterráneo en el que no luce el Sol, la Luna ni las estrellas, y que está, pues, sumido en una penumbra permanente. En este sentido, coincide con la explicación que dieron los citados hermanos. También este relato nos lo transmite otro monje, Giraldus Cambrensis (1147-1223), quien en su obra *Itinerarium Cambriae* nos relata literalmente en el capítulo *Elidoro y las hadas*:

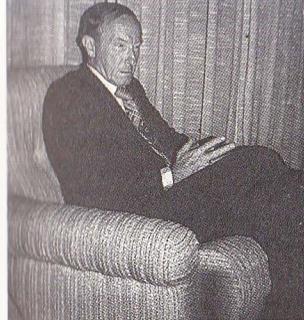
«Sweynsei, Swansea o Abertawe.

»Poco antes de nuestros días, ocurrió en estos lugares un hecho digno de mención que Elidoro, un presbítero, afirmaba encarecidamente que le había sucedido a él mismo. Cuando contaba doce años de edad y estaba aprendiendo sus letras, dado que Salomón dice que "La raíz del apren-

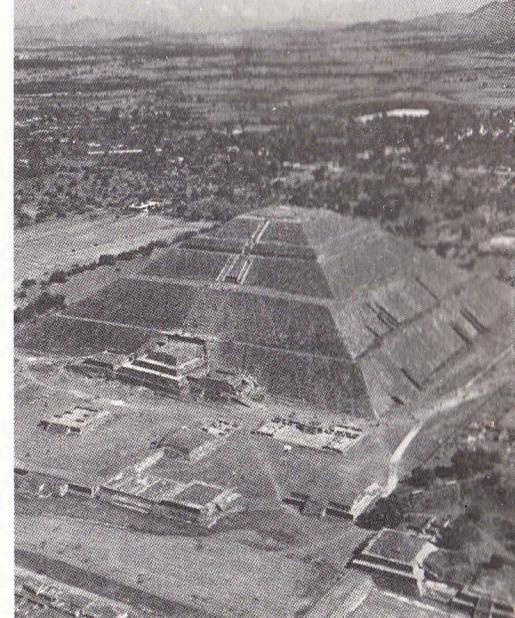
der es amarga, aunque su fruto es dulce", para evitar la disciplina y los frecuentes castigos que le infligía su preceptor, huyó y fue a esconderse en una hondonada de la ribera de un río. Tras ayunar en esta situación por espacio de dos días, se le aparecieron dos hombrecillos de estatura de pigmeo, y le dijeron: "Si quieres venir con nosotros, te llevaremos a un país lleno de deleites y diversiones." Asintiendo con la cabeza y poniéndose en pie, los siguió a través de un sendero, al principio oscuro y subterráneo, hasta llegar a un hermosísimo país, adornado con ríos y prados, bosques y llanuras, pero oscuro, y no alumbrado por la plena luz del Sol. Todos los días eran nublados y las noches sumamente tenebrosas, debido a la ausencia de la Luna y de las estrellas. El muchacho fue conducido ante el rey y fue presentado a él en presencia de la corte. El rey, habiéndolo examinado largo tiempo, lo entregó a su hijo, que entonces era un muchacho. Estos hombres, de pequeñísima estatura, pero muy bien proporcionados, eran todos de piel clara, con abundante cabellera que caía sobre sus hombros, como la de las mujeres. Poseían caballos y lebreles adaptados a su propio tamaño. No comían ni carne ni pescado, sino que vivían con un régimen de leche, en manjares condimentados con azafrán. Jamás formulaban un juramento, porque nada detestaban tanto como las mentiras. Cada vez que regresaban de nuestro hemisferio superior, reprochaban nuestra ambición, deslealtades e inconstancias. No poseían ninguna forma de adoración pública, siendo estrictos amantes y reverenciadores, a lo que parece, de la verdad.

»El muchacho volvía con frecuencia a nuestro hemisferio, a veces por el camino que había recorrido la primera vez, a veces por otro; al principio en compañía de otras personas y después solo, y solamente se dio a conocer a su madre, a la cual explicó las maneras, naturaleza y condición de aquel pueblo. Al desear su madre que le llevase un presente de oro, abundante en aquella región, el muchacho, mientras estaba jugando con el hijo del rey, robó la pelota de oro que utilizaba para divertirse y se apresuró a llevársela a su madre, y cuando llegó a la puerta de la casa de su padre, sin dejar de ser perseguido, y entraba con gran prisa, su pie tropezó en el umbral y fue a caer al interior de la habitación en que su madre se hallaba sentada. Los dos pigmeos se adueñaron de la pelota que se le había caído de la mano y desaparecieron, dándole muestras al muchacho de su desprecio y burla. Recobrándose de su caída, confundido y avergonzado, y maldiciendo el consejo de su madre, regresó por el sendero acostumbrado al camino subterráneo, pero no pudo encontrar nada que tuviese la apa-

riencia de una entrada, por más que estuvo buscándola por las orillas del río por espacio de casi un año. Pero, dado que con frecuencia acaba el tiempo mitigando aquellas desgracias que la razón no es capaz de aliviar, y el solo paso del tiempo embota el filo de nuestras aflicciones y pone término a numerosos males, el muchacho fue recogido por sus amigos y su madre y devuelto a su correcta manera de pensar y a su estudio, y con el tiempo alcanzó su orden del presbiteriado. Cada vez que David II, obispo de San David, en su edad proveya, le hablaba acerca de este suceso, él nunca podía referir sus pormenores sin verter copiosas lágrimas. Se había familiarizado con el idioma de aquella nación, las palabras del cual solía él recitar en sus años mozos y que, según solía decirme el obispo, eran muy parecidas a las de la lengua griega. Cuando pedían agua, decían *Ydor ydorum*, que significaba agua, porque *Ydor* en su lenguaje, al igual que en griego, significaba agua, de donde los recipientes para el agua se denominaban *hydskiai*; y *Dur* también, en lengua británica, significa agua. Cuando querían sal, decían *Halgein ydorum*, trae sal; sal se dice *Hal* en griego y *Halen* en británico, porque ese idioma, desde el tiempo en que los britanos (entonces llamados troyanos y después britanos, de Brito, el nombre de su jefe) permanecieron en Grecia después de la destrucción de Troya, llegó a ser en muchos casos parecido al griego. Es curioso que haya muchas lenguas que coincidan en una palabra, *Hal* en griego, *Halen* en británico y *Halgein* en la lengua irlandesa, con la *g* intercalada; *Sal* en latín, porque, como dice Prisceano, "la *s* se coloca en algunas palabras en vez de una aspirada"; como *Hal* en griego se dice *Sal* en latín, *Hemi* = *Semi*, *Hepta* = *Septem*, *Sel* en francés, habiendo cambiado la *a* en *e*, *Salt* en inglés, por la adición de *t* al latín; *Sout* en la lengua teutónica; hay, pues, siete u ocho idiomas que coinciden en esta sola palabra. Si un investigador escrupuloso me pidiese mi opinión en cuanto a esta relación, yo respondería con san Agustín que "los divinos milagros son para ser admirados, no para ser discutidos". Y yo no voy a poner límites, negando, al poder divino, ni tampoco, asintiendo, voy a extender insolentemente aquello que no puede extenderse. Pero siempre recordaré aquel dicho de san Jerónimo: "Encontrarás —dice— muchas cosas increíbles e improbables, que, no obstante, son ciertas; porque la naturaleza no puede en modo alguno prevalecer contra el Señor de la naturaleza." Estas cosas, pues, y contingencias parecidas, las colocaría yo, conforme a la opinión de san Agustín, entre aquellos pormenores que ni pueden afirmarse ni tampoco negarse demasiado rotundamente.»



El antiguo ingeniero de la NASA Josef F. Blumrich, rediseñador de la nave volante de Ezequiel y recopilador de la historia de los indios hopi.



La pirámide del Sol en Teotihuacán.

La plaza de la Luna y la calzada de los Muertos en Teotihuacán, fotografiados desde lo alto de la pirámide de la Luna. A la izquierda, la pirámide del Sol.



### *El hombre de la barba verde*

Otra historia curiosa de un ser humanoide que moraba en las profundidades, en esta ocasión marinas, nos lega el ya citado monje Ralph of Coggeshall en el mismo *Chronicon Anglican* mencionado en el que aportaba el testimonio de los hermanos verdes de St. Mary of Wulfpetes, en Suffolk. Antes del capítulo dedicado a estos hermanos, escribe —bajo el título *De Quodam Homine Silvestri in Mari Capto* (De cierto hombre salvaje capturado en el mar)— lo que sigue:

«En tiempos del rey Enrique II, cuando Bartolomé de Glanville era guardián del castillo de Oreford, aconteció que unos pescadores que pescaban en el mar capturaron un hombre salvaje con sus redes. Fue llevado al mencionado castillo para su inspección. Estaba completamente desnudo y parecía un ser humano en todos sus miembros. Sin embargo, tenía unos cabellos de aspecto revuelto y enmarañado; su barba era larga y de color verdoso y en su pecho abundaban el vello y unos pelos como cerdas. El soldado mencionado lo tuvo custodiado mucho tiempo, de día y de noche, para que no pudiese acercarse al mar. Comía ansiosamente todo lo que se le ponía delante. Devoraba el pescado tanto crudo como cocido, pero el crudo lo apretaba fuertemente entre sus manos, para poder consumir todas las partes húmedas y así las comía. Sin embargo, no sacaba la lengua, o más bien no podía, porque le colgaba hasta los pies y estaba terriblemente retorcida. Cuando le llevaron a la iglesia no mostró señal alguna de veneración o de creencia, pues ni doblaba la rodilla ni inclinaba la cabeza cuando veía alguna cosa sagrada. Se apresuraba a buscar el lecho al ponerse el Sol y permanecía acostado hasta que el Sol salía. Sucedió también que cuando una vez lo llevaron al puerto, volvieron a ponerlo en el mar; delante de él colocaron tres hileras de redes muy resistentes. Pronto buscó las profundidades del mar y se abrió paso rompiendo todas las redes. Volvió a emerger de las profundidades del mar y otra vez estuvo contemplando un buen rato a los espectadores de la orilla. Muchas veces se sumergía y al cabo de un rato volvía a asomar la cabeza, como si se burlase de aquellos de cuyas redes había escapado. Largo rato estuvo así retozando en el mar, y cuando ya habían perdido todas las esperanzas de que volviese, él vino a ellos voluntariamente, nadando a través de las olas y permaneció de nuevo con ellos por espacio de dos meses. Pero en un momento en que se le custodiaba con descuido y él se sentía incómodo, huyó en secreto hacia el mar y ya

no volvió a aparecer nunca más. Sin embargo, si existió este hombre mortal, o si algún pez fingió ser una criatura humana, o algún espíritu maligno se escondía en otro cuerpo de un hombre oculto, como se lee en la vida del bienaventurado Audón, no es fácil de decir. Podrían contarse un montón de maravillas y sucesos de este género.»

### *El temido Mala Cosa*

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien tomó parte en la terrible y desdichada expedición que en el año 1527 emprendiera Narváez a la Florida, y que fuera el primer blanco que recorrió el sur de los actuales Estados Unidos, refiere en sus *Naufragios* otra historia de un hombre curioso que decía vivir debajo de la superficie terrestre. Así cuenta en el capítulo XXII de su mencionada obra, respecto a este ser al que los indios temían:

«Éstos y los de más atrás nos contaron una cosa muy extraña, y por la cuenta que nos figuraron parecía que había quince o diez y seis años que había acontecido, que decían que por aquella tierra anduvo un hombre, que ellos llaman Mala Cosa, y que era pequeño de cuerpo, y que tenía barbas, aunque nunca claramente le pudieron ver el rostro, y que cuando venía a la casa donde estaban se les levantaban los cabellos y temblaban, y luego parecía a la puerta de la casa un tizón ardiendo; y luego, aquel hombre entraba y tomaba al que quería de ellos, y dábales tres cuchilladas grandes por la ijada con un pedernal muy agudo, tan ancho como una mano y dos palmos en luengo, y metía la mano por aquellas cuchilladas y sacábales las tripas; y que cortaba de una tripa poco más o menos de un palmo, y aquello que cortaba echaba en las brasas; y luego le daba tres cuchilladas en un brazo, y la segunda daba por la sangradura y desconcertábaselo, y dende a poco se lo tornaba a concertar y poníale las manos sobre las heridas, y decíannos que luego quedaban sanos, y que muchas veces cuando bailaban aparecía entre ellos, en hábito de mujer unas veces, y otras como hombre; y cuando él quería, tomaba el buhío o casa y subíala en alto, y dende a un poco caía con ella y daba muy gran golpe. También nos contaron que muchas veces le dieron de comer y que nunca jamás comió; y que le preguntaban dónde venía y a qué parte tenía su casa, y que les mostró una hendedura de la tierra, y dijo que su casa era allá debajo.»

En estas dos últimas circunstancias, la de que no aceptaba comida y que surgía de una hendidura en la tierra, coincide con la historia de los niños verdes. Pero continuemos leyendo a Cabeza de Vaca:

«De estas cosas que ellos nos decían, nosotros nos reíamos mucho, burlando de ellas; y como ellos veían que no lo creíamos, trujeron muchos de aquellos que decían que él había tomado, y vimos las señales de las cuchilladas que él había dado en los lugares en la manera que ellos contaban. Nosotros les dijimos que aquél era un malo, y de la mejor manera que podimos les dábamos a entender que si ellos creyesen en Dios nuestro Señor y fuesen cristianos como nosotros, no tenían miedo de aquél, ni él osaría venir a hacelles aquellas cosas; y que tuviesen por cierto que en tanto que nosotros en la tierra estuviésemos él no osaría parecer en ella. De esto se holgaron ellos mucho y perdieron mucha parte del temor que tenían.»

Todavía, en el contexto de los posibles habitantes no maniestados del planeta Tierra que viven debajo del manto oficialmente habitado, quiero recordar las menciones a ciudades submarinas que vimos citadas por ejemplo concretamente en el *Vanaparvan*, que forma parte del *Mahâbhârata*, y que ya detallé en el capítulo «El arquitecto del universo».

Igualmente el «Monstruo de los nueve abismos» decidió, después de pensarlo largo tiempo, salir de los antros subterráneos y mezclarse con los hombres.

Para finalizar ya este breve resumen, más anecdótico ciertamente que indicativo, y con respecto al pigmento verde de los hermanos de la *Historia Rerum Anglicarum* o del hombre marino del *Chronicon Anglican*, quiero señalar aún que por ejemplo el maestro o guía espiritual que los iniciados islámicos conocen bajo el concepto de *Khezr*, y que en la sura XVIII del Corán —precisamente la titulada *La caverna*— aparece (v. 59-81) enseñándole a Moisés la virtud de la paciencia, significa etimológicamente, en su acepción fonética *Khadir*, «el que verdea». El verde es el color litúrgico espiritual del islam —y ya vimos la importancia del fenómeno Mahoma en el contexto de este ensayo—. El verde es el color chiíta por excelencia, y en la fisiología sutil instaurada en el siglo XIV por el gran sufí iraní Semnânî el centro supremo, el «misterio de los misterios», tiene por color el verde.

En su artículo «Por la cruz a la rosa», publicado en el número 56 de la revista *Mundo desconocido*, Juli Peradejordi afirma que «es curiosa la relación entre Virgilio, al-

Khezr o el Genio de los Sabios con el color *verde*. (La palabra Virgilio procede de una raíz que significa *verde*.) Pero ¿no es éste el color del sombrero del personaje que aparece en el primer arcano del Tarot de Marsella? El sombrero está sobre la cabeza, en hebreo «Rosch», palabra de la que deriva «Reshit», principio, inicio. Por otra parte, la primavera, el «primer verdor», es tradicionalmente el principio del año». Anteriormente, Peradejordi había recordado que en la *Divina Comedia* de Dante, Virgilio era precisamente el guía que conduce a Dante a través del Infierno y del Purgatorio hasta llegar al Cielo, y que *vir*, en latín, significa «hombre», «macho». Y que en el *Sueño verde*, tratado de alquimia atribuido a Bernardo el Trevisano, este arquetipo se convierte en el «Genio de los Sabios, que viste un capuz *verde*».

En mi próximo libro sobre la isla de Pohnpei aportaré más datos acerca de criaturas de color verde.

## ¿QUIÉN COMBATE EN EL CIELO?

Vimos a lo largo de este estudio algunos casos, algunas citas de textos que nos referían la presencia y el avistamiento de tropas desconocidas y de combates increíbles en las alturas, en el aire, por encima de los atónitos espectadores humanos. Seguiremos viendo ejemplos de tales movimientos bélicos no humanos en los cielos del planeta Tierra. Algún día —espero— hallaremos la explicación de tan insólito como repetido fenómeno.

El historiador Flavio Josefo nos refirió por ejemplo uno de tales movimientos bélicos aéreos en el cielo de Jerusalén durante el siglo I de nuestra era. Pues bien, el mismo fenómeno ya se había dado en el mismo lugar bastante tiempo antes, tal y como leemos en el texto bíblico del segundo libro de Macabeos (5, 1-3):

«Por aquel mismo tiempo, Antíoco envió la segunda expedición contra Egipto. Por toda la ciudad, durante una cuarentena de días, apareció la visión de unos *caballeros que corrían por el aire*, vestidos con túnicas de oro; de escuadrones armados, que formaban regimientos, que desenvainaban espadas; de compañías de caballos bien alineados, de ataques y carreras de un lado y de otro, movimientos de escudos, multitud de lanzas, lanzamiento de dardos, brillar de *armaduras de oro, corazas* de todo tipo. Al ver esto, todos rogaron que la aparición fuera de buen augurio.»

Pero para regresar a nuestro mínimo orden cronológico, observemos que algo similar refiere Mateo de París para el año 1236 en su *Historia Anglorum*:

«También hacia esta época aparecieron en el cielo, a lo largo de las fronteras de Inglaterra y Gales, portentos de soldados armados soberbia, si bien hostilmente. Esto quizá parecerá increíble a todos cuantos lo oyen a menos de que se lea lo mismo al comienzo de los Macabeos. Lo mismo, ciertamente, fue visto sin embargo reunido en Irlanda, de cuya aparición nos contó cierto pariente cercano del duque de Gloucester.»

Volveremos a ver, más adelante, a gentes de armas que se movían por encima de las cabezas de nuestros atónitos antepasados.

#### POEMA A UN OVNI

Cuarenta y un años después de este fenómeno aéreo avistado en Inglaterra, uno de los más prestigiosos poetas chinos refiere un avistamiento singular y muy concreto en los cielos del Celeste Imperio.

Sucedió el alba del 3 de junio de 1277. Liou Ying, célebre poeta de la dinastía de los Yuan y hombre recto, leal y serio, conocido y querido por todos en su país natal —el distrito de Yongcheng, cerca de la villa de Baoding, en la provincia de Hebei—, escribió un poema titulado *Suceso visto al alba*, que está reproducido en el capítulo 3.º del *Compendio de la literatura de los Yuan*. Cuenta allí el poeta —y lo que menos importa es que se trate de un poema (cosa que podría objetarse), desde el momento en que bajo dicha forma literaria se está describiendo con detalle un avistamiento real y complejo)—:

«Me levanto al alba y, a través de la ventana, veo una estrella muy brillante que atraviesa la Vía Láctea. Entonces veo tres objetos luminosos que aparecen en el cielo del sur, dos de los cuales se elevan y desaparecen súbitamente de mi vista. El que permanece posee cinco luces desiguales debajo del mismo, y sobre su parte superior advierto una cosa en forma de cúpula. El objeto desconocido comienza a zigzaguear, semejante a una hoja muerta. Al mismo tiempo, algo envuelto en fuego cae del cielo. Poco después, sale el Sol, pero su resplandor es empañado por el objeto luminoso que se desplaza rápidamente en la di-

rección del norte. En el cielo del oeste, una nube verde es repentinamente agitada por un objeto desconocido de forma ovalada, plana, que desciende rápidamente. Este objeto tiene más de tres metros de longitud, está rodeado de llamas ardientes, y vuelve a remontar poco después de su descenso. Ante este espectáculo espléndido y asombroso, corro al pueblo para alertar a los habitantes. Cuando mis amigos salen de su casa, el ingenio volante ha desaparecido. Después del acontecimiento reflexioné mucho, pero no llego a hallar una explicación razonable. Tengo la impresión de salir de un largo sueño. Me apresuro a escribir inmediatamente todo lo que he visto, para que aquellos que puedan comprender estos acontecimientos, me den una explicación.»

#### LA MISTERIOSA LUZ DE MANRESA

Continuando con nuestro orden cronológico, llegamos al 21 de febrero de 1345, jornada en la que los habitantes de Manresa, en la provincia de Barcelona, vieron aparecer en el cielo, poco antes del mediodía, y siendo el tiempo claro y sereno, una misteriosa luz (*sic*) que, procedente de las montañas de Montserrat —el gran santuario catalán—, se acercó por el aire a la citada localidad, hasta detenerse sobre la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Tan importante fue este acontecimiento aéreo, que la mencionada fecha se transformó desde entonces en la de la festividad local, conmemorándose año tras año en aquella ciudad catalana la aparición de la «santa Lluna», la venida de la «misteriosa Llum».

Es determinante observar —para comprender la amplia difusión del fenómeno religioso— cómo en épocas en que el ser humano no disponía de otros puntos de referencia válidos, semejantes apariciones quedaban automáticamente vinculadas a la fenomenología sagrada (la «santa Luna»). Es evidente que, en la óptica actual de nuestros conocimientos, los habitantes de Manresa siguen celebrando anualmente, con su fiesta mayor y su festividad del 21 de febrero, nada más que la llegada del OVNI del año 1345.

Pueden consultarse datos históricos de este avistamiento, entre otras obras, en la monografía de Olegario Miró, *La santa Lluna de Manresa*, editada en Barcelona en el año 1883.

## EL CABALLERO QUE BAJÓ DEL CIELO

Sin movernos de Cataluña ni del ámbito religioso, cabe dedicarle atención también, en este estudio, al universal patrón de los catalanes, Sant Jordi (San Jorge).

Con la actuación del misterioso personaje que se identifica con san Jorge, volvemos a hallarnos ante la imagen del guerrero que surge de las alturas, así como con el fenómeno de la intervención de algún tipo de inteligencia que, procedente del aire, interfiere en el curso de batallas decisivas, siempre a favor de la causa del cristianismo. Con lo cual repito una vez más la angustiante pregunta: ¿Quién demonios tiene interés en empuñar la palanca del curso de nuestra historia? La profusión de semejantes intervenciones de inteligencias desconocidas para nosotros en momentos importantes a lo largo de toda nuestra historia es alarmante —como vamos viendo— e igualmente alarmante es el hecho de que nadie se dé cuenta de semejante manipulación de nuestro destino por seres cuya identidad y cuyos propósitos desconocemos por completo.

Tradicionalmente, san Jorge pertenece al grupo de los santos caballeros y soldados que *desde el cielo* ayudaron a los cristianos creyentes en sus luchas, en especial cuando combatían a los infieles. Hay que contar entre ellos a san Miguel y a san Magín, que tanto protegieron los intereses de Carlomagno. Los guerreros catalanes, antes de emprender alguna lucha, se encomendaban a san Jorge y obtuvieron gran protección, particularmente en ocasiones en que luchaban contra los musulmanes. Su intervención le es atribuida históricamente en gran número de batallas, y en numerosos lugares se recuerda su milagrosa intervención en varios hechos de armas.

Cuando los árabes hubieron conquistado la ciudad de Barcelona, y ésta hubo quedado arrasada y reducida a ruinas, el conde Borrell II se refugió en Manresa, y desde allí llamó a sus gentes para que se alzasen contra la media luna. Sólo respondieron a su llamada —según la leyenda— nueve *homes de paratge*, es decir, caballeros, al frente de un menguado número de campesinos. Más animados por su fe que por la exigua fuerza que representaban, acudieron ante Barcelona, y no tardaron en fijarse en un apuesto guerrero que *galopaba entre las nubes* y que *esgrimía un rayo por arma*, con el cual sembró la muerte y el terror entre los moros que caían a millares o huían a todo correr.

Según otra variante de la leyenda, en cuanto empezó la batalla, el caballo blanco que montaba el guerrero desconocido —cubierto de ropas blancas, con una cruz encarna-



El templo de las Inscripciones en Palenque.



La losa sepulcral de Palenque, hallada en el templo de las Inscripciones. Mide 3,80 metros de largo por 2,20 de ancho y pesa cerca de cinco toneladas. Numerosos investigadores creen ver en este bajorrelieve la representación de un cosmonauta pilotando una cápsula espacial.

da sobre su pecho y otra igual en su escudo— *se convirtió en fuego*, y se lanzó furiosamente entre las filas moras repartiendo furiosas lanzadas a diestro y siniestro, que hacían caer a cada golpe docenas de moros. Aquel caballero desconocido luchó furiosamente, e hizo un tan fuerte destrozo entre los musulmanes, que éstos pronto se batieron en retirada e hicieron fácil y posible la nueva entrada de los cristianos en la ciudad condal de Barcelona, perdida pocos días antes.

Todos los bravos luchadores quedaron admirados por el coraje y valentía del joven guerrero desconocido, y entre ellos se preguntaban quién podría ser, puesto que nadie le conocía ni sabía de dónde había venido.

La hueste cristiana hizo su triunfal entrada por la puerta de Mar, situada entonces en el lugar donde hoy existe la plaza del Ángel, capitaneada por el caballero desconocido, quien, a pesar de la mucha sangre sarracena que había derramado, llevaba su vestido limpio y puro, y su escudo, en el cual figuraba una cruz encarnada, reluciente como si estuviera animado de maravillosa vida. Al llegar el caballero a la plaza de San Jaime, su *caballo de fuego* se tornó de carne, y alzando, el caballero, su lanza hacia el cielo, hizo con ella tres veces la señal de la cruz, y desapareció. Todos los caballeros y la gente que le seguían creyeron al momento que se trataba de san Jorge, que había querido defender y salvar Cataluña de las tropas musulmanas. Los caballeros y Cataluña entera lo tomaron por patrón, y su cruz pasó a formar parte del escudo de Barcelona y de muchas otras ciudades y pueblos.

También prestó este caballero su valiosa ayuda al rey Jaime el Conquistador y a su ejército durante la conquista de Mallorca. Faltos de provisiones por la desconexión de tierra firme, hallaron solamente una cabeza de ajos que comióse el rey, para luego exclamar con solemnidad: «El Rey en Jaume i el seu exèrcit han ben dinat» («El rey Jaime y su ejército han comido bien»). Dichas estas palabras invocó la ayuda de san Jorge, que atendió su súplica y apareció entre la soldadesca con su *caballo alado*, su *lanza de fuego* y su alba túnica con la gran cruz. Se lanzó decidido y valerosamente a la lucha, y la morisma no tardó en ceder, hasta tal punto que al poco tiempo el rey al frente de su ejército entró triunfalmente en la capital, Palma.

Asimismo, san Jorge ayudó a los alcoyanos en la defensa de su ciudad, cuando los moros, mal avenidos a su pérdida, intentaban apoderarse nuevamente de ella y reconquistarla a todo trance. Un poderoso ejército la atacó ferozmente por sorpresa, y habría logrado su intento, puesto que la lucha no podía ser más desigual, a no ser por la apa-

rición milagrosa del caballero san Jorge, que, a semejanza de como aconteció en Barcelona, apareció galopando *por las nubes* con su brioso caballo blanco y armado de *fulgurantes rayos*, que arrojó a diestra y siniestra contra las fuerzas agarenas, entre las cuales cundió la muerte y la confusión, que les condujeron a la mayor de las derrotas. En conmemoración de tan magna victoria, la ciudad de Alcoy, en el levante español, celebra cada año unas solemnes fiestas dedicadas a san Jorge Mártir, durante las cuales se representa la lucha de los cristianos contra los moros, el episodio final de la cual recuerda la milagrosa ayuda del santo, que, representado por un niño montado en blanco corcel, aparece entre nubes en la parte superior del gran castillo elevado en el centro de la plaza, y desde allí espasme profusión de rayos luminosos, producto de ingenioso artificio ígneo.

Uno se imagina la cara de estupor de los bravos árabes, confundidos sin duda en extremo al ver a aquel blanco caballo volador que bajaba de los cielos para combatirlos, mientras recordaban con estupefacción que el mismo jumento plateado volante fuera acaso el que transportara por los aires a su profeta Mahoma. Recuerde el lector lo apuntado con referencia a la yegua *al-Borak*, que ya en su momento comparé con el veloz carnero volador *Crisomalo*. Recuerde el lector también lo insinuado acerca del caballo de los cabalistas. Y recuerde ahora sobre todo el lector todo cuanto mencionamos ya acerca de los efectos especiales repetidas veces aplicados por los dominadores celestes para impresionar al humano terrestre y ganarse su entrega incondicional. Porque el elemento que se presenta bajo la imagen de san Jorge conoce también los favores del holograma. De ello da fe el antiguo escudo del reino de Aragón.

Efectivamente, san Jorge aparece también en los orígenes legendarios del citado reino. Invadido el país por la morisma, un grupo de valientes, mal dispuestos a someterse al invasor, se congregaron en una cueva del monte Pano, decididos a hacerse fuertes e intentar desde allí la reconquista. Ante un pelotón de hombres tan bravos y aguerridos como escasos en número, el rey García se lanzó a la lucha, desigual en fuerzas y en potencia. En cierta ocasión, la superioridad numérica de los moros era tal y tan enorme su ventaja combativa, que la moral de los cristianos peligraba, cuando de repente apareció *en la copa de un árbol* la cruz roja y dorada de san Jorge, como anuncio de victoria, cuya vista alentó a los bravos guerreros, que vencieron bravamente a la morisma. La fe movió, mueve y moverá montañas. La mente humana es el mejor arma y a la vez la mejor defensa que el individuo y la masa humana

poseen. El carácter absolutamente *real* de este recuerdo legendario queda reflejado en el hecho de que el novel reino, en recuerdo de esta celestial aparición, tomó el apelativo de *Sobrarbe*, que más tarde cambió por el de Aragón. El viejo escudo de este reino estaba integrado por un árbol con la cruz de san Jorge en la copa. Tal escudo lo usaron asimismo varios reyes de Cataluña y Aragón. La cueva sede de la reconquista aragonesa fue convertido en monasterio, tomando el nombre de San Juan de la Peña. Y así, granito a granito, el pueblo fue tejiéndose una capa de divinidad aparente a base de hechos concretos que cualquier tecnología medianamente avanzada es capaz de producir sin necesidad de intervención divina alguna. Sólo depende de quién escriba la historia.

### *Los caballeros teleportados*

Hace unos años causó cierto revuelo en España la historia de aquel automóvil que, circulando de Madrid hacia Andalucía, se detuvo en una gasolinera para repostar carburante. Allí, su conductor percibió con sorpresa que no estaba pisando suelo ibérico, sino que estaba repostando gasolina en pleno Perú. Se habían roto las fronteras entre el tiempo y el espacio, y la realidad fue una vez más acallada porque se carecía de la solución al problema. Pero el suceso tiene precedentes. Uno —si bien algo diferenciado, como más adelante veremos— lo vivió en el siglo xv el doctor Eugenio Torralba, según consta debidamente en los anales de la Inquisición. Otro lo recuerdan las gentes de Alcoraz, tal y como lo describe Juan Amades en el artículo «Leyendas de san Jorge» publicado en 1953 en el n.º 11 de la publicación *San Jorge*, editada por la Excma. Diputación Provincial de Barcelona:

«Nuestros cruzados invocaban también a san Jorge en sus luchas contra infieles que ocupaban Tierra Santa. Durante el sitio de Antioquía, en el álgido de la lucha, al caballero de Montcada le mataron el caballo. Al hallarse tendido en el suelo en el momento de más fragor bélico, invocó a san Jorge, y al momento halló junto a sí un magnífico caballo blanco, en el que rápidamente montó, sin preocuparse de su procedencia. Lanzóse contra los muros de la ciudad alzando briosamente su arma heroica, a la vez que pensaba que quizá mientras él luchaba en Tierra Santa para abatir a la morisma, ésta se cebaba con los suyos en su patria. Y dejando caer su espada con fuerza, rajó la muralla y abrió brecha, por la cual, seguido de un ingente

ejército, se abrió paso y se adentró por la ciudad. Mas ¡cuál no sería su sorpresa cuando se dio cuenta de que *no se hallaba en una ciudad oriental*, como era la de Antioquía donde luchaban, ni las gentes que le rodeaban no eran agarenas, sino que vestían y hablaban como él mismo! Rehecho de su sorpresa, vino a saber que *se hallaba en Alcoraz*, cuya ciudad sitiaba el rey de Aragón, al mismo tiempo que los cruzados atacaban Antioquía, y que, cual él había creído, mientras luchaba para defender de moros tierras lejanas y extrañas a la suya, en ésta campeaban los sarracenos. San Jorge se había hecho cargo de su inquietud y le había deparado el caballo que necesitaba, y, *rápido como el mismo pensamiento, le había transportado desde muros de Antioquía a Alcoraz*, y la espada que alzara contra los muros de la Judea, al dejarla caer rasgó los muros de la ciudad pirenaica aragonesa.

»Una variante de la leyenda supone protagonista a un caballero de la corte del rey de Alemania. Este caballero, que luchaba entre los cruzados, *apareció ante los moros de Alcoraz sin darse cuenta ni saber cómo*. El rey de Aragón preguntó por él al de Alemania, quien le aseguró que se hallaba entre su gente luchando en Tierra Santa, y que *había desaparecido sin saber cómo* y sin que sus compañeros supieran nada de él.»

Acabamos de ver unos cuantos botones de muestra de intervenciones de este ser —popularmente interpretado como san Jorge— en batallas en las que su aparición supone la victoria para los cristianos. Pero fueron muchos más, tal y como ya nos lo testimonia en el siglo XIII la *Crònica del rei Jaume*:

«Segons que els sarraïns nos contaren, deïen que viren entrar a cavall un cavaller blanc ab armes blanques; e açò deu esser nostra creença que fos Sent Jordi, car en estòries trobam que en altres batalles l'han vist de crestians e de sarraïns moltes vegades» («Según nos contaron los sarracenos, dijeron que vieron entrar a caballo a un caballero blanco con armas blancas; y creemos que fue san Jorge, puesto que en historias hallamos que en otras batallas lo vieron cristianos y sarracenos *muchas veces*»).

### *La leyenda del dragón*

Este personaje sobrehumano, defensor a ultranza de la causa cristiana frente a la islámica, se entronca oscuramente con la figura legendaria de san Jorge, popularizada en la

*Leyenda áurea* de Iacobus de Voragine, que recoge por una parte la leyenda del dragón, y por otra el martirio y la pasión del santo, que sería el descendiente de un noble linaje de la Capadocia que vivió en la época de persecución contra los cristianos decretada por Daciano. La leyenda del dragón se sitúa originalmente en la ciudad libia de Silene, bajo el reinado del monarca Silvio, siendo el nombre de la princesa el de Margarita. El monstruo tenía su guarida en un estanque inmediato, y para saciar su voracidad le entregaban dos ovejas cada día. Cuando terminaron éstas, el rey dispuso que se sacrificara un vecino elegido por sorteo. Cuando la suerte escogió a la hija del rey, éste se desesperó y ofreció todo el oro de las arcas reales para redimirla. El pueblo se alborotó, le recriminó su acción por intentar desobedecer sus propias disposiciones, y le amenazó con la muerte. En este momento el cielo envió al santo caballero para libertar a la doncella y aprovechar la ocasión para convertir al país al cristianismo. San Jorge redujo al monstruo con sólo mostrarle la cruz de sus armas y escudo y tocándolo suavemente con su lanza. Atado con su ceñidor, la princesa lo condujo aún vivo hasta la ciudad, con gran admiración de las gentes. El santo les habló y prometió acabar con el dragón si se convertían a la ley de Cristo. Más de veintidós mil personas, con el rey a la cabeza, abrazaron el cristianismo y aceptaron el bautismo. El rey mandó elevar un suntuoso templo dedicado a la virgen María y a san Jorge. Junto al altar manaba una fuente cuyas aguas virtuosas curaban toda suerte de dolencias. El santo, antes de abandonar la ciudad, hizo tres recomendaciones al nuevo rey cristiano, a fin de servir mejor a su nuevo dios: que protegiera a la iglesia y a sus ministros, que asistiera con fervor al santo sacrificio de la misa, y que protegiera y ayudara a los pobres. Y dados estos consejos, desapareció tan misteriosamente como hubo aparecido. Para júbilo y solaz de las gentes, el monstruo fue paseado por todo el país, tirado por cuatro pares de bueyes. En una combinación de papeles poco clara, el joven sería perseguido por Daciano a causa de su defensa del cristianismo. Fue encarcelado, comenzando con ello su pasión y martirio, que duró siete años, durante los cuales resucitó tres veces, bebió veneno sin que le pasara nada, resucitó muertos, destruyó a los dioses paganos con la fuerza de la oración, fue visitado en diferentes ocasiones por Jesucristo, hasta que finalmente una voz del cielo le llama. Debido a todo ello, las huestes cristianas que combatieron más tarde a los musulmanes creyeron ver en el misterioso personaje que tan contundentemente les estaba ayudando, a san Jorge. De acuerdo con la creencia generalizada de los caballeros medievales, este

enigmático personaje no humano proporcionó una milagrosa ayuda a las huestes cristianas en los momentos más críticos de la primera cruzada.

¿Quién demonios —no dejaré de insistir en ello— tiene tan descarado interés en guiar a la humanidad (o a un sector de la misma) hacia esta mentalizaciónseudodivina?

Porque recuerda además, lector, que ya muchísimo antes Cicerón nos había dejado dicho en su obra *De Natura Deorum*, tal y como lo expuse en el capítulo «La gran oleada clásica», que dos jóvenes montados sobre *caballos blancos* se le habían aparecido a P. Vatierno para anunciarle que el rey Perseo había sido hecho prisionero aquel mismo día. Y ya allí, estos blancos jinetes fueron tomados por Cástor y Pólux, o sea por divinidades. Pero la imagen del jinete blanco —muy anterior a su identificación con san Jorge, como podemos perfectamente documentar— aparece además en el año 498 a. de J.C., como ya expuse también: inopinadamente, dos extraños y apuestos jinetes de estatura superior a la humana se ponen a dirigir el combate contra los enemigos de Aulio Postumio. ¿Por qué?: para reforzar, indefectiblemente, la imagen de la divinidad. Puesto que Aulio Postumio, en su desespero al ver que estaba perdiendo la batalla, prometió un templo a Cástor —el divino— si éste intervenía en la lucha. Y Cástor —o el gracioso de turno— envió a dos jinetes enigmáticos que borrarón al enemigo.

Tras las distintas caretas divinas —de todas las épocas y de todos los lugares— se ampara una sola inteligencia que juega con nuestra ignorancia y credulidad.

## MAS CABALLOS EN EL CIELO

Leyendo así la historia, uno no acaba de salir de su asombro. Porque sin mayor esfuerzo que el de continuar con nuestro orden cronológico, la historia nos lleva de nuevo al imperio del Centro —por ende el imperio del *dragón* del que estamos hablando al citar a san Jorge— para continuar mostrándonos caballos bélicos en el cielo.

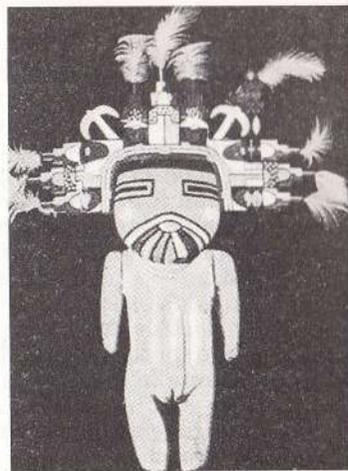
En el texto chino *Notas sobre la vida campestre*, de Tao Zhongyi, leemos literalmente en su capítulo séptimo, titulado «Cosas extrañas»:

«El 23 de enero del año 15, bajo el reinado del emperador Yuan Shun» —corresponde al 5 de febrero de 1355— «cuando el Sol se puso tras las montañas del oeste, yo me

hallaba en mi residencia en la parte noroeste de la villa de Pingyang» —corresponde a la actual Suzhou, al sur de la provincia de Kiangsu— «y repentinamente escuché un gran alboroto como de tropas que marchaban majestuosamente: caballos que galopaban sobre el pavimento y tambores de guerra que redoblaban vigorosamente. Sobresaltado, me apresuré a salir de la casa para ver lo que estaba sucediendo afuera. Pero no vi nada, ni siquiera un gato. Alcé inconscientemente mi cabeza hacia el cielo y ¡cuál no fue mi sorpresa! Vi una gran nube negra en la que se movía algo como soldados y caballos. Esta nube estuvo precedida y seguida de innumerables llamas, grandes como linternas y pequeñas como velas encendidas. La nube cargada de hombres y de caballos volaba rápidamente zigzagueando, y desapareció muy lejos en el cielo del noroeste. Después del suceso, me informé entre los transeúntes de la población y éstos me dijeron que, entre la puerta Fengmen —la puerta situada en el flanco este de la muralla— «y la puerta Qui-men» —situada en el flanco norte— «la nube había arrancado, por el impetuoso choque del aire, las tejas de las habitaciones, revolviendo las camas y los muebles en el interior de las casas. La abacería de una familia de Dong, cerca del puente Chufang, perdió más de mil libras de arroz y un tonel de queso de soja salado, absorbidos por el torbellino de aire. Este suceso del cual soy testigo escapa a la comprensión de todos. Es realmente deplorable».

Sin gobiernos de lugar ni de las imágenes simbólicas de la leyenda de san Jorge —ahora aparece el dragón volante—, leemos en un párrafo de los catorce volúmenes de los *Relatos en el jardín*, de los que es autor Quian Yong, escritor de la época de la dinastía de los Tsing:

«Nací en el campo y en él crecí. En mi país natal, se cuenta a menudo que antes del alba, un día, hacia el final del otoño, cuando madura el arroz, el viento se alzó sobre una espesa niebla que cubría el campo. Se destacaron dos o tres dragones que volaban dentro de esta niebla» —la imagen es semejante a la de Yahveh que bajó en espesa nube y en violento viento— «no poseyendo cabeza ni cola. Repentinamente, desaparecieron con la niebla. La cosecha de otoño fue destruida y los campesinos padecieron hambre. La población dice que este fenómeno aconteció ya durante la dinastía de los Ming». Los Ming dominaron el celeste imperio desde el año 1368 hasta el 1644.



Muñeca «katchina», que los indios hopi americanos elaboran recordando el aspecto de sus antiguos dioses.

Indios hopi en sus tradicionales trajes ceremoniales que imitan el aspecto de sus dioses, los katchinas.



## SIGLO XV: OBJETOS VOLANTES SOBRE ITALIA

El historiador italiano Leone Cobelli, contemporáneo de los acontecimientos que a continuación transcribiré, refleja en sus *Cronache Forlivesi* (Crónicas de Forlì) dos avistamientos de objetos voladores en absoluto identificados, que se presentaron sobre su ciudad durante el verano del año 1487:

«...en este mismo año, cierto día de junio, una *viga de fuego* procedente del monte Pogiolo fue vista *en el cielo* durante la noche y se dirigió hacia Forlì a la altura del castillo de Ravaldino [...] A la mañana siguiente, apareció otra de estas vigas de fuego. Procedente del monte Puzolo se plantó *en el cielo* justo encima de la plaza principal de Forlì. Y todos los habitantes de Forlì lo vieron...

«...en este mismo año, cierto día de agosto, una desconocida estrella apareció en el cielo dos horas antes del anochecer, procedente de las montañas —los Apeninos— y se dirigió hacia Ravena. *Flotaba en el aire* al igual que una mariposa, y yo la vi también, junto con muchos otros habitantes de Forlì. Debo decir que parecía una *rueda de carreta volando en el cielo*, y su aparición duró algunos minutos, aproximadamente el tiempo que se emplea para decir un "miserere". Algunas personas dijeron que lo habían visto más de media hora antes, sobre las montañas...»

### *Vuelan ruedas de carreta*

Esta observación última de una *rueda de carreta* que sobrevoló la villa de Forlì a finales del siglo xv es especialmente significativa por cuanto idénticas palabras a las empleadas por el cronista italiano, las emplean para describir tales objetos volantes *circulares* (para entendernos, «*platicos volantes*»), otros dos cronistas, equidistantes geográficamente de Forlì, uno en América y el otro en China.

Efectivamente, como más adelante tendremos ocasión de ver, los indios refirieron a los españoles que poco antes de que éstos llegaran, «vieron una señal *en el cielo* que era como verde y colorado y redonda como *rueda de carreta*».

Por su parte, un letrado que vivió una vida de ermitaño en el norte de la provincia china de Kiangsu, escribe en su obra *Notas sobre el cielo*:

«El 17 de julio del año Dingchou, un letrado de la villa de Yangzhou, estaba leyendo a altas horas de la noche. Sú-

bitamente vio la pared norte extrañamente iluminada como en pleno día. Pensando que los vecinos habían prendido inadvertidamente un incendio, salió apresuradamente. Pero constató que *en el cielo flotaba una bola roja* grande como una *rueda de carreta*. Lanzaba luces multicolores y desapareció entre las nubes, provocando un vago ruido. Las luces brillaron durante tres cuartos de hora y se apagaron de súbito. Al día siguiente, toda la villa estuvo en ebullición y todo el mundo habló del acontecimiento. Durante esta misma noche del 17 de julio, los habitantes de las márgenes del lago Quingyubishe comprobaron igualmente el *sobrevuelo de luces brillantes* que se dirigían del sur hacia el norte.»

En sus mismas *Notas sobre el cielo*, el citado autor escribe con referencia al día anterior:

«El 16 de julio del mismo año, una *luz* grande como una *rueda de carreta sobrevoló* la villa de Suzhou» —la misma sobre la que vimos que Tao Zhongyi refería haber aparecido aquella negra nube repleta de caballos y soldados— «de este a oeste, a la velocidad de un relámpago. Se percibió un ligero ruido. Todos los habitantes cercanos a la puerta Changmen constataron este fenómeno».

### *La Virgen del OVNI*

Finalmente, para el interesante siglo xv ufológico italiano, cabe destacar aún ahora no un documento escrito, sino un curioso cuadro de la escuela florentina de Filippo Lippi. Se titula *La Madonna e san Giovannino* (La Virgen y el niño san Juan), se halla en la Sala di Saturno del Palazzo Vecchio en Florencia, y se fijó en él —en cuanto documento ufológico— el arquitecto italiano Daniele Bedini.

Observando el cuadro podemos advertir claramente en su parte superior derecha, por encima del hombro izquierdo de la Virgen, la presencia de un *objeto aéreo de color gris plomo* aparentemente identificable como un *aparato volante* de forma circular. Un factor especialmente interesante del cuadro es que el objeto volante y netamente *artificial* —en el siglo xv el ser humano no había fabricado ningún objeto de tales características— está siendo observado por un pastor, representado por el pintor con la mano derecha sobre la frente en clara actitud de estar concentrando su mirada en el curioso fenómeno, mientras que su perro está ladrando de manera muy evidente.

Dado que una imagen explica más que mil palabras, re-

mito al lector a la fotografía que del citado cuadro se inserta en este libro, o directamente, si le es posible, a la contemplación del original en el Palazzo Vecchio de Florencia. A efectos comparativos quiero recordar aún que también habíamos comentado ya la presencia de objetos voladores en sendas representaciones pictóricas religiosas cristianas localizadas en el monasterio servio de Dečani y en la Academia Conciliar de Moscú, respectivamente.

### EXCURSIONES AÉREAS EN LOS ANALES DE LA INQUISICIÓN

Veremos ahora la curiosa personalidad de un médico español que vivió a finales del siglo xv y principios del xvi, y que fue un auténtico *contacto* que vivió en plena corte y se relacionó con toda la nobleza, no sólo cortesana, sino también eclesiástica, ya que sus misteriosas y milagrosas andanzas lo llevaron a la Roma renacentista, en donde sus inexplicables talentos fueron muy admirados.

El caso fue rescatado para la casuística extrahumana, en base a los documentos de la Inquisición, por el investigador y antiguo sacerdote jesuita Salvador Freixedo, a cuyo análisis y exposición publicados en el n.º 22 de la extinta publicación *Mundo desconocido* (Barcelona, abril 1978), remito al lector.

De acuerdo con la documentación citada, el doctor Eugenio Torralba, natural de Cuenca, desempeñaba sus actividades preponderantemente en Valladolid, en donde radicaba la corte de los monarcas españoles.

El mencionado doctor Torralba afirmaba mantener contacto con un enigmático personaje que se le presentaba en muchas ocasiones y que decía llamarse *Zequiel*. A cuyo nombre por cierto y como es fácil observar, le falta solamente una letra para identificarse con el famoso profeta ya tratado en este mismo libro, y que a su vez conectaba el fenómeno religioso con el de una avanzada tecnología extrahumana.

La descripción que el doctor Torralba hace de Zequiel coincide con lo que muchos de los modernos contactos —opina Freixedo— nos dicen de los personajes que los visitan o que los transportan en sus naves. Uno de los rasgos físicos más notables de Zequiel es que era muy blanco y muy rubio, cualidades casi normales en uno de los tipos

de extraterrestres que ocasional y supuestamente se dejan ver por aquí.

El primer contacto del doctor Torralba con Zequiel fue más bien indirecto, ya que Zequiel se comunicaba originalmente con un fraile de la orden de Santo Domingo que vivía en Roma y al que se le aparecía de ordinario en fechas que coincidían con las fases de la luna. Hasta que un buen día, el fraile le preguntó a Zequiel si tendría inconveniente en tomar bajo su protección al doctor Torralba. Zequiel manifestó no tener inconveniente y desde entonces quedó sellada la amistad que los unió durante toda su vida. Bien entendido que me refiero a la vida del médico español, ya que Zequiel, a juzgar por sus propias manifestaciones, continuaría viviendo largo tiempo después, al igual que ya vivía mucho antes de nacer el ilustre galeno.

El doctor Torralba era conocido en la corte por su gran sabiduría como médico, ya que lograba curaciones que otros médicos no habían logrado, y esto fue la causa de que tuviese ocasión de relacionarse con los personajes más importantes de su época, que lo llamaban para que los curase a ellos o a alguno de sus familiares.

Pero no sólo era conocido por su acertada aplicación de la ciencia médica, sino también por sus conocimientos en teología, siendo un gran aficionado a discutir en este campo con distinguidos teólogos, frailes en su mayoría, a pesar de que él era laico, y no se había distinguido por sus estudios en esta disciplina.

Zequiel instruía a su protegido en toda suerte de cosas, no sólo a él, sino a los amigos que se lo pedían, aunque muy raramente se dejaba ver de ellos. En cierta ocasión, un tal Camilo Ruffini, de Nápoles, le pidió a Torralba que le dijese a Zequiel que le diese una fórmula para ganar en el juego. Zequiel, que en otras ocasiones se había negado rotundamente a semejante cosa, accedió en ésta y le dio una especie de fórmula a base de números cabalísticos. Jugó Ruffini con ella y ganó la no pequeña cantidad de cien ducados.

Zequiel le enseñó igualmente a Torralba el uso y las propiedades de muchas plantas, cosa que él utilizaba con gran provecho en la medicina, lo cual le abrió por completo las puertas de la corte papal en Roma, en donde gozaba de gran amistad con alrededor de diez cardenales. Varios de éstos acudieron en más de una ocasión al doctor Torralba para que éste intercediera con su protector en favor de ellos. Un detalle curioso es que Zequiel reprendía a su protegido por el hecho de que éste cobraba, y no poco, por las curaciones que efectuaba valiéndose de los conocimientos que él le había dado. Le decía que no debería co-

brar, pues a él no le había costado nada el adquirir tales conocimientos. Al mismo tiempo le censuraba cuando le veía triste por falta de dinero. Pero curiosamente el doctor Torralba, después de tales reprimendas, solía hallar en su cama o en otro lugar inesperado cantidades de monedas que le servían para salir de los aprietos financieros en los que se encontraba.

Con el paso de los años, la confianza de Torralba en su protector y en la superioridad que en él mismo se iba operando, le llevó a mantener menos en secreto sus relaciones con Zequiél, al mismo tiempo que se atrevía a cosas mayores sin preocuparle que ello fuese a levantar sospechas entre los inquisidores acerca de la identidad de su misterioso amigo.

Con frecuencia, Torralba hacía predicciones de sucesos públicos que luego resultaban exactas. Uno de los episodios que más puso en guardia a los mentados inquisidores fue la predicción que el galeno hizo del famoso saqueo de Roma, acaecido el 6 de mayo de 1527. Torralba, ante un grupo de admirados hombres importantes de la corte, en Valladolid, describió minuciosamente los detalles del saqueo y hechos tan importantes como el degüello de Carlos de Borbón, condestable de Francia, y el encarcelamiento del Papa en el castillo de Sant'Angelo. Preguntado acerca de cómo lo sabía, dijo tranquilamente que porque él había estado allí presente. Cuando a las dos semanas llegaron a la corte española las noticias oficiales confirmando todos y cada uno de los detalles que el doctor Torralba había avanzado, la Inquisición se sintió en la obligación de llamar a Torralba a declarar. Éste fue el inicio de todos sus males. Fue encarcelado y, tras tres años de prisión, fue sentenciado a sufrir tormento, volviéndose entonces contra él o abandonándolo todos sus amigos eclasiásticos y cortesanos, algunos de los cuales, como por ejemplo el cardenal Volterra y un general de cierta orden religiosa, le habían suplicado en años anteriores que les cediese la protección de Zequiél. El propio cardenal Cisneros le pidió en cierta ocasión al doctor Torralba que le presentase a Zequiél, a lo que éste se negó.

La forma en que Torralba efectuaba sus viajes se asemeja mucho a la que nos narran los contactos actuales. En 1520 le dijo en Valladolid a Diego de Zúñiga —un noble amigo suyo que luego le acusaría ante los inquisidores— que él se iba a ir a Roma «por los aires cabalgando en una caña y guiado por una nube de fuego». No sabemos si así lo hizo, pero lo cierto es que al día siguiente estaba en Roma.

Más interesante fue la manera en que efectuó el viaje

de ida y vuelta de Valladolid a Roma en 1527. Salieron Zequiél y Torralba a las afueras de Valladolid a eso de las 11 de la noche. Allí, Zequiél le dio un palo lleno de nudos y le dijo que cerrara los ojos, que no tuviera miedo, que sujetara aquello en la mano y que nada malo le sucedería. Sintió entonces Torralba que comenzaba a elevarse por los aires y le pareció estar metido en una nube muy oscura, que pronto se iluminó hasta el punto de pensar Torralba que se iba a quemar. El viaje de ida duró una hora y el de vuelta hora y media. Antes de despedirse en aquella ocasión, Zequiél le dijo que a partir de entonces debería creer en cuanto le dijera.

Finaliza su trabajo Salvador Freixedo afirmando que en los anales de la Inquisición, en donde se narra todo el proceso, figuran muchos otros detalles que nos dan derecho a ver en Torralba a un auténtico «contacto» del siglo xv-xvi. Y que naturalmente las circunstancias de este contacto obedecen a las características de la época en que vivió, y por eso vemos en ellas menos detalles técnicos y muchos más detalles mágicos y demoniacos, como son el palo de nudos para volar, las fórmulas cabalísticas para ganar en el juego, el uso de plantas y animales, la relación con la astrología, etc.

Por mi parte quiero añadir aún —para enjuiciar la validez del testimonio de Torralba, que de cualquier forma queda ya reforzada por su conocimiento de los sucesos del saqueo de Roma dos semanas antes de llegar la comunicación oficial de los mismos— la comparación de su experiencia con la vivida muchos siglos antes por los profetas Daniel y Habacuc, tal y como ya vimos en el capítulo «Jesús y el OVNI de Belén». Tanto las características del viaje realizado por Habacuc y por Torralba, como el hecho de que el respectivo «transportador» anuncia hechos venideros, se repiten en ambas narraciones. En este capítulo el lector acaba de conocer la forma en que fue alzado Torralba al aire, la duración de su viaje, lo repentino e inesperado del mismo, y los anuncios de hechos venideros que Zequiél le comunica al médico español. Le recuerdo, por lo tanto, lo que puede leer en el libro bíblico de Daniel:

«El ángel del Señor» —recuerdo la identificación de *ángel* con *emisario*— «lo tomó por la coronilla y, asiéndole de los pelos *por los aires*, lo dejó en Babilonia sobre la cisterna, con la fuerza de su ala. Habacuc gritó: “Daniel, Daniel, toma la comida que Dios te envía.” Y Daniel dijo: “Has pensado en mí, oh Dios, y no has abandonado a los que te quieren.” Daniel se levantó y comió. Y el ángel del Señor devolvió inmediatamente a Habacuc a su lugar».

Y le recuerdo que, anteriormente, los protectores de

Daniel le revelaron a éste con pelos y señales —igual que Zequiel a Torralba— las características de los próximos reinados de la zona. Habiendo condenado a Torralba, los santos inquisidores debieron de haber condenado por igual razón también a los profetas bíblicos Habacuc y Daniel. Digo.

Y para finalizar, observar aún —en el conjunto del cachondeo que se llevan con nosotros— que el profeta Daniel tuvo junto al río Tigris una experiencia similar a la que vivió junto al río Quebar el también profeta Ezequiel, precisamente aquel cuyo nombre —como pocas páginas atrás acabamos de señalar— solamente en una letra se diferencia del nombre del protector del doctor Torralba.

En el capítulo que sigue veremos cómo solamente cuatro años antes del viaje de Torralba a Roma, empleando para ello un instrumento identificado con una *caña* y con un *palo* —circunstancia que me imagino habrá causado la hilaridad de más de un docto lector—, se notifica desde China el mismo instrumento en manos de personajes que tripulaban navíos celestes.

## LOS NAVEGANTES DE LA MUERTE

Imperativos de orden cronológico nos vuelven a remitir ahora a la literatura china. Qiu Fuzou, importante dramaturgo de la dinastía Ming, autor de *Notas sobre la aurora* y *Una pieza de moneda*, escribe en su obra *Relatos en el pabellón de las flores* este alucinante párrafo sobre un encuentro cercano acaecido en el año 1523:

«En el año dos bajo el reinado del emperador Jianjing, un maestro llamado Lü Yu habitaba el pueblo llamado Yujiu. Un día en que estaba lloviendo sin parar este maestro advirtió *dos navíos* que estaban bogando *sobre las nubes* encrespadas por encima de las ruinas, delante de su casa. Sobre estos dos navíos, que medían más de diez brazos, se movían unos hombres de dos brazos de largo, que portaban cada uno un gorro rojo y vestimentas multicolores. Todos llevaban una pértiga en la mano. Los navíos se desplazaban muy rápidamente. Se hallaban aquel día en casa del maestro Lü Yu una decena de letrados que, alertados por Lü Yu, salieron de la casa y acudieron junto a él para observar el fenómeno. Los hombres en vestimentas



Estampa de la aparición de san Jorge al rey Jaime I en la cumbre de la montaña del Puig, durante el sitio de la ciudad de Valencia, en una cabecera de una edición cincocentista de los Gozos de la imagen de Nuestra Señora del Puig.

Estampa de la aparición aérea y ayuda milagrosa de san Jorge a los cristianos de Alcoy, en su lucha por la reconquista de la ciudad (cabecera de una edición ochocentista de los Gozos de este santo caballero que se cantan en la villa de Alcoy).



multicolores pasaron entonces su mano sobre la boca de los letrados; su boca se volvió inmediatamente negra y ninguno de los letrados pudo hablar. En este momento vieron a un hombre, escoltado como un mandarín, con atuendos como un letrado retirado, que surgió sobre uno de los navíos acompañado de un bonzo. Bastante tiempo después los navíos se alejaron, como impulsados por las nubes, y volvieron a *descender* a un kilómetro de allí en un cementerio. Una vez que se hubieron alejado los navíos, los letrados notaron que sus bocas volvían a la normalidad. Pero cinco días después, Lü Yu murió, sin saberse por qué.»

Del relato se deduce una correlación de detalles —expresados en términos adecuados a los conocimientos propios de la época y del lugar, cosa que quiero de paso recalcar que hay que tener presente en cualquier descripción similar— entre este avistamiento y otros que refieren los testigos de nuestros días. Así, la aparición de naves volantes entre las nubes, la imagen del mandarín con su escolta que denota una organización de mando, la *pértiga* que portaban en la mano y que nos hace pensar en algún tipo de instrumento, y que además —insisto de paso— se asemeja sospechosamente al *palo* y a la *caña* que solamente 4 años más tarde de este episodio chino le entregó Zequiél al doctor Torralba para que éste pudiera efectuar su vertiginoso viaje *aéreo* a Roma. ¿No sería realmente necesario que nos pusieramos todos a analizar lo que hay de real detrás de tanto informe aparentemente irracional? Cada caso aislado puede parecer hasta cierto punto una fabulación. Pero cuando uno se toma el trabajo de comparar y atar cabos, la red mundial de estas aparentes locuras está muy sólidamente tramada y nos lleva a la conclusión de que más increíble es el hecho de que los muchísimos testigos diseminados por el mundo y las distintas épocas se pusieran tan puntualmente de acuerdo en los detalles de sus avistamientos, que no el hecho de que fueran efectivamente testigos de la aparición de objetos volantes que evolucionaban inteligentemente en sus inmediaciones.

## APOYO AÉREO PARA UNA CONQUISTA FULMINANTE

En un documentado trabajo inédito que titula *Operación América* (y que debió aparecer en la revista *Mundo desconocido* en el momento en que nos vimos obligados a suspender su publicación), el estudioso español Manuel Audiye sustenta la tesis de que el fenómeno de la conquista de América es inexplicable bajo la consideración de las restringidas posibilidades del invasor español, frente al potencial de los imperios asentados al otro lado del gran mar. Resultaba incomprensible —argumenta— que imperios como el azteca, de gentes acostumbradas a privaciones y luchas por la subsistencia durante cientos de años, sucumbieran ante el empuje de un puñado de hombres, aunque éstos contasen con aquellos monstruos de cuatro patas que corrían como el viento.

Pero es que alguien, desde lo alto, estaba apostando una vez más por la expansión de quienes portaban el signo de la cruz. La historia de los acontecimientos humanos, de la evolución de la raza humana, está escrita ciertamente sobre papel terrestre, pero la pluma que escribe la sostiene en demasiadas ocasiones manos que no son de hombre. ¿Quién demonios —una vez más— tiene interés en que evolucionemos de tal o de cual forma? ¿Y por qué demonios los historiadores académicos cierran sus ojos a esta realidad? Voy a limitarme a continuación a transcribir literalmente algunos pasajes extraídos de crónicas escritas referidas a la conquista y colonización del continente americano. Debo algunas de ellas a la labor de Manuel Audiye, y otras proceden de mi propio archivo. Las crónicas seleccionadas —hay bastantes más— no están escritas por cuatro ignorantes ni desconocidos, sino por cuatro prestigiosos cronistas de la historia de España, cuales son Bernal Díaz del Castillo, Pedro de Valdivia, fray Junípero Serra y Pedro de Cieza de León.

Pero ya antes que ellos, el propio Colón haría alusión a que los indios americanos parecían familiarizados con la idea de que podían bajar figuras antropomorfas de los cielos hasta la superficie terrestre. Así, leemos en su *Diario de a bordo* del primer viaje, transcrito por fray Bartolomé de las Casas, por cierto y cómo no «In Nomine Domini Nostri Jesu Christi»:

«Domingo, 14 de octubre de 1492. [...] Otros, cuando veían que yo curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos *venidos del cielo*; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos hombres y

mujeres: venid a ver *los hombres que vinieron del cielo*: traedles de comer y de beber.

»Martes, 6 de noviembre de 1492. [...] Dijeron que los habían rescebido con gran solemnidad según su costumbre, y todos así hombres como mujeres los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas; los cuales los tocaban y les besaban las manos y los pies, maravillándose y creyendo que *venían del cielo*.»

Luego, Cortés venció a los indios, entre otras razones, por tres para él afortunadas coincidencias (¿o no tanto?) que marcaron el ánimo del indígena con la propia convicción de su derrota inevitable: el emblema de Cortés era la cruz, que para el indio era emblema de Quetzalcóatl, cuya vinculación tecnológico-aérea ya vimos; los hombres de Cortés eran además blancos y barbudos como los dioses que referían las leyendas indias, y por ende Cortés desembarcó el año 1519, que era el año I Acatl, el año consagrado a Quetzalcóatl.

### 20 días bajo el OVNI

Por su parte, el cronista de Cortés, Bernal Díaz del Castillo, refiere en su obra *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, en su capítulo CI («Cómo el gran Montezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia a su majestad, y de otras cosas que sobre ellos pasaron»):

«Y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que había hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados *sabían por cierto*, por lo que sus antepasados les habían dicho, *e así lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el Sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras*, y que se había de acabar en aquella sazón el señoría y reino de los mexicanos; y que él tiene entendido, *por lo que sus dioses le han dicho*, que somos nosotros.» Así, cualquiera conquista y vence. Máxime cuando además, coincidiendo con la llegada de estos que venían de donde sale el Sol, se plantan en el aire objetos voladores que confirman que ellos son los anunciados por la tradición de los antiguos para tomar el relevo del mando en aquella zona del planeta. Así lo leemos en el capítulo CCXIII («De las señales y planetas que hubo en el cielo de la Nueva España antes que en ella entrásemos, y pronósticos de declaración que los indios mexicanos hicieron, diciendo sobre ellos y

de una señal que hubo en el cielo, y otras cosas que son de traer a la memoria») de la misma obra de Bernal Díaz del Castillo:

«Dijeron los indios mexicanos, que poco tiempo había, antes que viniésemos a la Nueva España, que vieron *una señal en el cielo que era como verde y colorado y redonda como rueda de carreta*» —el cronista español está empleando exactamente la *misma* expresión que para dicho fenómeno emplearon el historiador italiano Leone Cobelli para el objeto que sobrevoló en agosto de 1487 la villa de Forlì, y el autor chino de las *Notas sobre el cielo* para los objetos que los días 16 y 17 de julio del año Dingchou sobrevolaron las regiones orientales del imperio de los hijos del cielo, tal y como ya apunté en el capítulo: «Siglo xv: objetos volantes sobre Italia»— «*y que junto a la señal venía otra raya y camino de hacia donde sale el Sol y se venía a juntar con la raya colorada*; y Montezuma, gran cacique de México, mandó llamar a sus papas y adivinos, para que mirasen aquella cosa y señal». Más adelante, continúa: «Nosotros nunca las vimos, sino por dicho de mexicanos lo pongo aquí, porque así lo tienen en sus pinturas, las cuales hallamos verdaderas. Lo que yo vi y todos cuantos quisieron ver, en el año veinte y siete» —1527— «*estaba una señal del cielo de noche a manera de espada larga*, como entre la provincia de Pánuco y la ciudad de Tezcucuo, y *no se mudaba del cielo, a una parte ni a otra, en más de veinte días*. ¿Me quieren explicar los doctores de la ciencia, que tanto gustan de atribuir los avistamientos de OVNI a fenómenos atmosféricos inusuales y globos-sonda (en el mejor de los casos), a qué tipo de fenómeno atmosférico obedece la presencia de una forma de espada larga a relativamente baja altura (localizada entre dos puntos concretos de México) y en posición fija durante más de veinte días? Porque globos-sonda y chatarra de satélites en el siglo xvi, no cue-la. Y meteoritos en posición fija, menos. Pero no cierren los ojos, porque ahí está el testimonio. Por favor, una respuesta coherente de la comunidad científica ortodoxa. Si la tienen, tienen la obligación de comunicarla. Y si no la tienen, deberían tener la suficiente humildad y *rigor científico* como para abstenerse de negar aquello que no han investigado. Por ende, quiero recordar que esta misma espada aérea fue lo que ya notificó —encima de Jerusalén y fija durante un período de un año entero— el historiador Flavio Josefo. Lo vimos en el capítulo «La gran oleada clásica» (apartado «Después de Belén»), añadiendo allí otros casos en que se vieron formas de cruces en el cielo.

Pero continuemos con el testimonio de Bernal Díaz del

Castillo. En el capítulo XCIV («Cómo fue la batalla que dieron los capitanes mexicanos a Juan de Escalante, y cómo le mataron a él y el caballo y a otros seis soldados, y muchos amigos indios totonaques que también allí murieron») relata cómo la aparición de una enigmática figura decide la victoria a favor de los españoles (a quienes los indios llaman «teules»):

«Y preguntó el Montezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas y buen pelear; que no les pudieron hacer retraer, porque una *gran tecteciguata de Castilla* venía delante dellos, y que aquella señora *ponía a los mexicanos temor*, y decía palabras a sus teules que los esforzaba; y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora *que era santa María* y la que le habíamos dicho que era nuestra abogada, que de antes dimos al gran Montezuma con su precioso Hijo en los brazos.» Y como vamos viendo a lo largo de esta exposición, el caso de la aparición de la imagen de la Virgen no es aislado, sino que otras figuras misteriosas y caídas del cielo ayudan a convencer al indio de que no tiene nada que hacer contra el invasor. Y, ¡asómbrate, lector!, vuelve a hacer su aparición aquí en apoyo de la cruzada cristiana aquel blanco caballero que sobre corcel blanco pasaba por san Jorge en los enfrentamientos con los moros.

#### *Reaparecen los caballos voladores*

Así, el extremeño Pedro de Valdivia relata lo siguiente en carta dirigida a Carlos I de España y V de Alemania, y refiriéndose a un ataque de los nativos contra su fuerte establecido en lo que hoy es tierra chilena, en el año 1541:

«Y parece nuestro Dios quererse servir de su perpetuación para que sea su culto divino en ella honrado y salga el diablo de donde ha sido venerado tanto tiempo; pues según dicen los indios naturales, que el día que vinieron sobre este nuestro fuerte, al tiempo que los de a caballo arremetieron contra ellos, *cayó* en medio de sus escuadrones *un hombre viejo en un caballo blanco* e les dixo: “Huid todos, que os matarán estos cristianos”, y que fue tanto el espanto que cobraron, que dieron a huir.

»Dixeron más: que tres días antes, pasando el río de Biubiu para venir sobre nosotros, *cayó una cometa* entre ellos, un sábado a medio día, y desde el fuerte donde está-

bamos la vieron muchos cristianos ir para allá con muy mayor resplandor que otras cometas salir, e que caída, *salíó della una señora muy hermosa*, vestida también de *blanco*, y que les dixo: “Serví a los cristianos, y no vais contra ellos, porque son muy valientes y os matarán a todos.” E como se fue de entre ellos, vino el diablo, su patrón, y los acabdilló, diciéndoles que se juntasen muy gran multitud de gente, y que él vernía con ellos, porque en viendo nosotros tantos juntos, nos caeríamos muertos de miedo; e así siguieron su jornada.»

Con ligerísimas variaciones en la forma de exposición, se encuentra este mismo relato en la relación de hechos y noticias que Pedro de Valdivia envía a sus apoderados en la Corte:

«Informar así mismo de la buena tierra que es ésta, de buen temple, fructifera e abundosa e de sementeras e de mucha madera e de todo lo de mas que menester e se requiere para ser poblada e perpetuada de nosotros, e con razón, porque parezca tenerla nuestro Dios de su mano y servirse de nosotros en la conquista y perpetuación della» — ¡qué lúcido estuvo Pedro de Valdivia al decir con estas palabras que Dios (o quien sea) *se servía de ellos* para sus propósitos! — «pues dicen los indios naturales que el día que llegaron a la vista deste fuerte *cayó* entre ellos *un hombre viejo*, vestido de *blanco*, en un *caballo blanco* e que les dixo: “Huid todos que os matarán estos cristianos”, e así huyeron; e tres días antes, al pasar del río grande para acá, dixeron haber *caído del Cielo una Señora muy hermosa* en medio dellos, también vestida de *blanco*, e que les dixo: “No vais a pelear con estos cristianos, que son valientes e os matarán”, e ida de allí tan buena *visión*, vino el diablo su patrón e les dixo que se juntasen muchos e vienesen a nosotros, que en viendo tantos, nos caeríamos muertos de miedo, e que también él vernía; y con esto llegaron a vista de nuestro fuerte».

Pero, bueno, doctos de la ciencia, todo esto no son más que chorradas, ganas de tomarle el pelo a Carlos I de quienes se estaban dejando la piel en América. ¡Alegría! Que no pasa nada. Nunca pasa nada. ¿Que cómo los indios veían bajar ante sus narices al mismo caballo blanco que a decenas de miles de kilómetros de distancia descendía igualmente entre moros y cristianos, y que siglos antes regalaba victorias entre los romanos en beneficio de los divinos Cástor y Pólux? ¡Pero, hombre, por favor, no seas iluso! ¿Cómo van a bajar caballos blancos del cielo? ¿No ves

que esto es imposible? Pues la historia de España dice que sí: que bajan. Y así les fue a moros y a indios. Porque alguien a quien no conocemos tuvo la imperiosa necesidad de que la cruz dominara sobre parte del planeta.

### La cristianización programada

Y ya que hablamos de la cruz, qué mejor que un fraile en América para seguir explicando cosas que no pueden ser, pero que fueron.

Fray Junípero Serra fundó en la sierra de Santa Lucía, a unos cien kilómetros de Monterrey, una de sus misiones cristianas. Para dicha fundación, los misioneros contaron con una curiosa ayuda: la de una anciana indígena, bautizada más tarde y que recibió el nombre de Agueda, que se presentó a los sorprendidos misioneros pidiéndoles que le administrasen el sacramento del bautismo. Preguntada acerca de las razones que la impulsaban a esta decisión, tanto más arriesgada cuanto que existía una negativa general por parte de los nativos a aceptar las pretensiones del invasor, la futura Agueda comenzó a relatar esta fantástica historia:

Cuando ella era aún niña, oyó referir a sus padres que en cierta ocasión habían llegado a aquella tierra dos hombres *blancos* cuyas vestiduras, por la descripción que de las mismas le habían hecho sus padres, eran similares a las de los religiosos que acababan de llegar. Además, lo que dijeron aquellos dos hombres se parecía a lo que predicaban los nuevos frailes. Solamente había entre ellos una diferencia: los dos hombres que habían llegado por lo menos cien años antes que fray Junípero, no lo habían hecho a pie, ni a caballo, sino que *llegaron volando*: *cayeron de arriba*, de las alturas. Se establecieron en el poblado y permanecieron allí por algún tiempo. No dando crédito a sus oídos, los frailes recabaron cuanta información pudieron entre los demás componentes de aquel grupo de indígenas. Lo cual les llevó a verificar que aquel suceso permanecía vivo en la memoria de aquel pueblo como parte del legado histórico transmitido de padres a hijos por medios estrictamente verbales. El establecimiento por parte de los habitantes del poblado de una posible conexión entre los recién llegados misioneros y los dos hombres que según referencias de sus antepasados habían llegado *volando*, y cuya memoria fue revitalizada gracias al relato de la anciana Agueda, constituyó un factor decisivo para que todos los integrantes de aquella comunidad indígena solicitaran recibir el bautismo.



Escudo con el caballo de san Jorge, usado por los caballeros Bernat y Miró, entre otros, en recuerdo de haberles ayudado este personaje prestándoles su caballo en ocasión de haber perdido ellos el suyo en lucha contra los sarracenos.



Xilografía de la portada de los «Capítols e Ordinacions del General de Catalunya» (1534), con la imagen del enigmático caballero vengador.



La leyenda del dragón se sitúa originalmente en la ciudad libia de Silene (ilustración de Will Faber).

Más adelante, fray Junípero volvería a ser testigo de otro episodio que nos lleva a pensar que hubo una preparación previa —como aquella de la palmera mecánica y similares que ya vimos a lo largo de este estudio— del terreno para cuando llegara el momento oportuno. Resulta que el día 6 de agosto de 1772, un reducido grupo mixto integrado por fray Pedro Cambón, fray Ángel Somera y diez soldados, bajo las órdenes de fray Junípero Serra, llegaba al río de los Temblores, después de caminar cuarenta leguas al norte desde la ciudad de San Diego, en la California septentrional. Una vez elegido el sitio adecuado para erigir la cruz que presidiese aquel lugar, y en el preciso instante en que se disponían a clavarla en el suelo, un considerable número de indígenas manifestó su presencia profiriendo gritos y amenazas. La situación se estaba poniendo fea para el reducido número de cristianos, cuando uno de los misioneros tuvo una idea que les salvaría la vida. En esta ocasión, su fe movió montañas (o lo que es lo mismo, redujo a corderos a los fieros nativos). Al fraile se le ocurrió sacar del escaso equipaje que llevaban un cuadro de la Virgen de los Dolores, y exponerlo a la vista del enemigo. El resultado fue absolutamente sorprendente. Los gritos y los gestos amenazadores cesaron bruscamente. En silencio, aquel grupo de nativos fue acercándose al sitiado grupo de hombres de armas y cruz. Uno a uno, los indígenas se inclinaron, como muestra evidente de respeto y sumisión, al tiempo que fueron depositando junto al cuadro todos cuantos objetos de valor adornaban sus cuerpos, amén de sus armas, arcos y flechas que momentos antes empuñaban amenazadoramente. ¿Qué significaba para aquellos indios la visión de esta Virgen? No lo sabemos. Pero todo parece indicar que reaccionaron a un estímulo previamente inducido a la vista de una imagen similar.

#### *Exhibición paranormal*

Pedro de Cieza de León escribió en el siglo XVI *La crónica del Perú*. Escribe allí, en el capítulo CXVIII («De cómo, queriéndose volver cristiano, un cacique comarcano de la villa de Ancerma veía visiblemente a los demonios, que con espantos le querían quitar de su buen propósito»):

«Tamaracunga, inspirando Dios en él, deseaba volverse cristiano y quería venir al pueblo de los cristianos a recibir bautismo. Y los demonios, que no les debía agradar el tal deseo, pesándoles de perder lo que tenían por tan ganado, espantaban a aqueste Tamaracunga de tal manera que lo

asombraban, y permitiéndolo Dios, los demonios, en figura de unas aves hediondas llamadas auras, se ponían donde el cacique sólo las podía ver; el cual, como se sintió tan perseguido del demonio, envió a toda prisa a llamar a un cristiano que estaba cerca de allí; el cual fue luego donde estaba el cacique, y sabida su intención, lo siguió con la señal de la cruz, y los demonios lo espantaban más que primero, viéndolos solamente el indio, en figuras horribles. El cristiano vía que *caían piedras por el aire y silbaban*; y viniendo del pueblo de los cristianos un hermano de Juan Pacheco, vecino de la misma villa, que a la sazón estaba en ella en lugar del Gómez Hernández, que había salido, a lo que dicen, de Caramanta, se juntó con el otro, y vían que el Tamaracunga estaba muy desmayado y maltratado de los demonios; tanto, que en presencia de los cristianos *lo traían por el aire de una parte a otra, y él quejándose*, y los demonios silbaban y daban alaridos. Y algunas veces, estando el cacique sentado y teniendo delante un vaso para beber, veían los dos cristianos *cómo se alzaba el vaso con el vino en el aire y dende a un poco parecía sin el vino, y a cabo de un rato vían caer el vino en el vaso*, y el cacique atapábase con mantas el rostro y todo el cuerpo por no ver las malas misiones que tenía delante; y estando así sin se tirar ropa ni desatapar la cara, le ponían barro en la boca como que lo querían ahogar. En fin, los cristianos, que nunca dejaban de rezar, acordaron de se volver a la villa y llevar al cacique para que luego se bautizase, y vinieron con ellos y con el cacique pasados de docientos indios; mas estaban tan temerosos de los demonios, que no osaban llegar al cacique; y yendo con los cristianos, llegaron a unos malos pasos, donde los demonios *tomaron al indio en el aire* para despeñarlo, y él daba voces diciendo: «Váleme, cristianos, váleme»; los cuales luego fueron a él y le tomaron en medio, y los indios ninguno osaba hablar, cuanto más ayudar a éste, que tanto por los demonios fue perseguido para provecho de su ánima y mayor confusión y envidia deste cruel enemigo nuestro; y como los dos cristianos viesan que no era Dios servido de que los demonios dejasen a aquel indio y que por los riscos lo querían despeñar, tomáronlo en medio, y atando unas cuerdas a los cintos, rezando y pidiendo a Dios los oyese, caminaron con el indio en medio, de la manera ya dicha, llevando tres cruces en las manos; pero todavía los derribaron algunas veces, y con trabajo grande llegaron a una subida, donde se vieron en mayor aprieto. Y como estuviesen cerca de la villa, enviaron a Juan Pacheco un indio para que viniese a los socorrer, el cual fue luego allá, y como se juntó con ellos, los demonios *arrojaban piedras por los*

aires, y desta suerte llegaron a la villa, y se fueron derechos con el cacique a las casas deste Juan Pacheco, adonde se juntaron todos los más de los cristianos que estaban en el pueblo, y todos *vían caer piedras pequeñas* de lo alto de la casa y oían silbos. Y como los indios, cuando van a la guerra, dicen "Hu, hu, hu", así oían que lo decían los demonios muy aprieta y recio. Todos comenzaron a suplicar a nuestro Señor que, para gloria suya y salud del ánima de aquel infiel, no permitiese que los demonios tuviesen poder de lo matar; porque ellos, por lo que andaban, según las palabras que el cacique les oía, era porque no se volviese cristiano. Y como tirasen muchas piedras, salieron para ir a la iglesia; en la cual, por ser de paja, no había sacramento, y algunos cristianos dicen que oyeron pasos por la misma iglesia antes de que se abriese, y como la abrieron y entraron dentro, el indio Tamaracunga dicen que decía que vía a los demonios con fieras cataduras, las cabezas abajo y los pies arriba. Y entrando un fraile llamado fray Juan de Santa María, de la orden de Nuestra Señora de la Merced, a le ~~b~~aptizar, los demonios, en su presencia y de todos los cristianos, sin los ver más que sólo el indio, lo tomaron y *lo tuvieron en el aire*, poniéndolo como ellos estaban, *la cabeza abajo y los pies arriba*. Y los cristianos, diciendo a grandes voces: "Jesucristo, Jesucristo sea con nosotros", y signándose con la cruz, arremetieron al indio y lo tomaron, poniéndole luego una estola, y le echaron agua bendita; pero todavía se oían aullidos y silbos dentro de la iglesia, y Tamaracunga los vía visiblemente, y fueron a él y le dieron tantos bofetones, que le arrojaron lejos de allí un sombrero que tenía puesto en los ojos por no los ver, y en el rostro le echaban saliva podrida y hedionda. Todo esto pasó de noche, y venido el día, el fraile se vistió para decir misa, y en el punto que se comenzó, en aquél no se oyó cosa ninguna, ni los demonios osaron parar ni el cacique recibió más daño; y como la misa santísima se acabó, el Tamaracunga pidió por su boca agua del bautismo, y luego hizo lo mismo su mujer y su hijo.» De acuerdo con el relato, una vez bautizado los demonios ya no volvieron a hacer acto de presencia. Para acabar afirmando: «Y fue este caso tan notado de los indios, que muchos se volvieron cristianos y se volverán cada día. Esto pasó en el año de 1549 años.» ¿Hace falta recordar los «milagros preparados» en los textos bíblicos y otros que vimos? La pregunta grave es la que surge cuando uno quiere averiguar quién o qué es lo que hay detrás de estos montajes.

### *El hombre resplandeciente*

Porque las ayudas extrahumanas se prodigaron en tierras americanas. El propio Pedro de Cieza de León cuenta en el capítulo anterior (CXVII: «En que se declaran algunas cosas que en esta historia se han tratado cerca de los indios, y de lo que acaeció a un clérigo con uno dellos en un pueblo deste reino») que el clérigo Marcos Otazo, vecino de Valladolid, le narró la siguiente vivencia:

«Estando yo en este pueblo de Lampaz, un jueves de la Cena vino a mí un muchacho mío que en la iglesia dormía, muy espantado, rogando me levantase y fuese a bautizar a un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágenes, muy temeroso y espantado; el cual, estando la noche pasada, que fue miércoles de Tinieblas, metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decía haber visto a un hombre vestido de *blanco*, el cual le dijo que qué hacía allí con aquella estatua de piedra. Que se fuese luego, y viniese para mí a se volver cristiano. Y cuando fue de día yo me levanté y recé mis horas, y no creyendo que era así, me llegué a la iglesia para decir misa, y lo hallé de la misma manera, hincado de rodillas. Y como me vio se echó a mis pies, rogándome mucho le volviese cristiano, a lo cual le respondí que sí haría, y dije misa, la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban; y dicha, lo bapiticé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano, y no malo, como los indios. [...] Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones deste nuevo convertido. Contaba que el hombre que vio estando en la guaca o templo del diablo era *blanco y muy hermoso*, y que sus ropas asimismo eran *resplandecientes*.» Se parece sospechosamente a los dos que entraron —bajando del cielo— en el sepulcro previsto para Jesús.

### *La figura celestial*

Finalmente, en el capítulo CXIX («Cómo se han visto claramente grandes milagros en el descubrimiento destas Indias y querer guardar nuestro soberano Señor Dios a los españoles, y cómo también castiga a los que son crueles para con los indios»), podemos leer:

«Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no había más de ciento y ochenta españoles de a pie y de caballo. Pues estando contra ellos Mango inga, con más de doscientos mil indios de gue-

rra, y durando un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que vían algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que *junto a ellos andaba una figura celestial* que en ellos hacía gran daño, y vieron los cristianos que los indios pusieron fuego a la ciudad, el cual ardió por muchas partes, y emprendiendo en la iglesia, que era lo que deseaban los indios ver deshechos, tres veces lo encendieron, y tantas *se apagó de suyo*, a dicho de muchos que en el mismo Cuzco dello me informaron, siendo en donde el fuego ponían, paja seca sin mezcla alguna.»

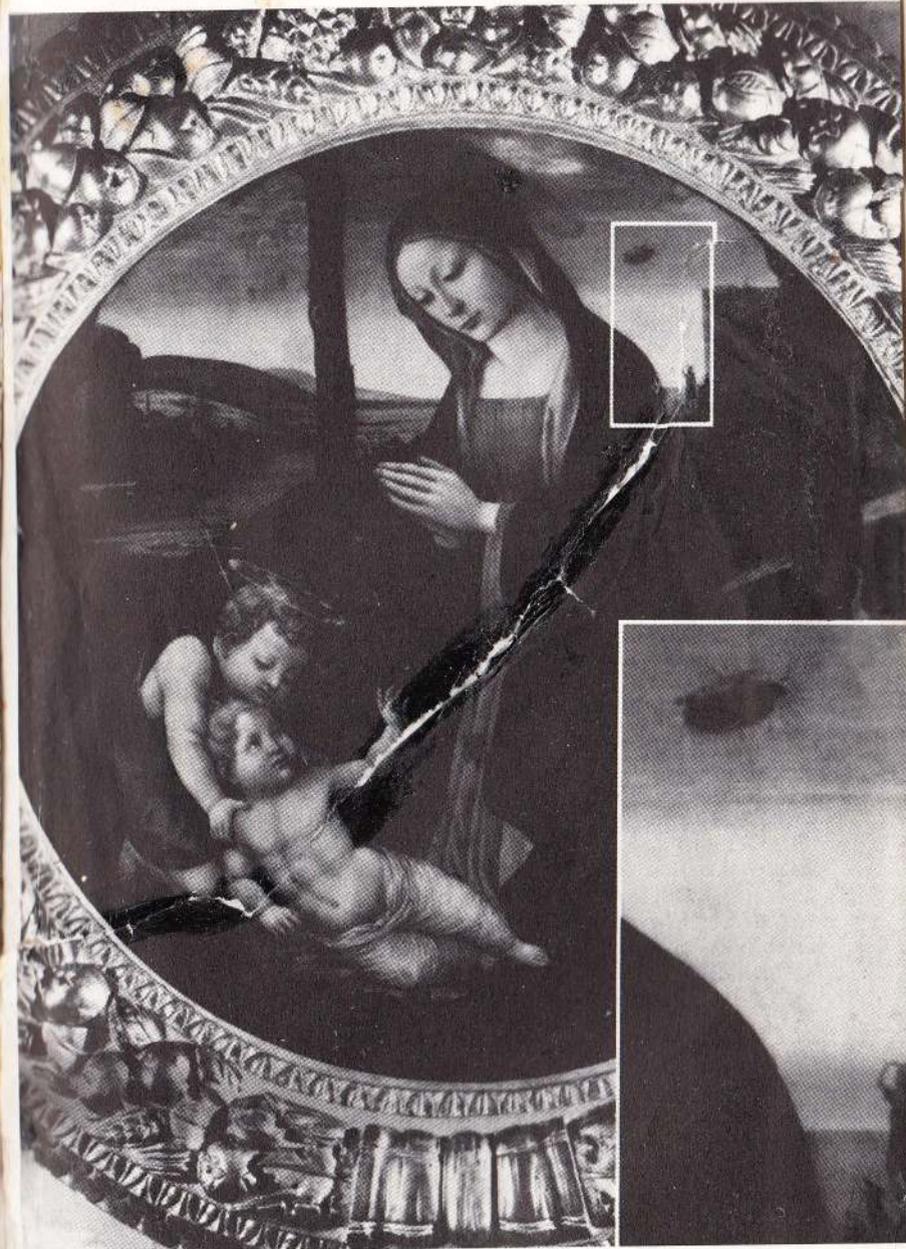
### LOS CILINDROS DE NUREMBERG

El 14 de abril del año 1561 se dio uno de los más espectaculares avistamientos de objetos volantes no identificados que tanto se prodigaron en los cielos de todo el planeta durante el siglo XVI. El artista contemporáneo Hans Glaser plasmó dicho avistamiento en un grabado en madera que refleja gráficamente lo ocurrido: en las primeras horas de la mañana, el cielo de la ciudad alemana de Nuremberg se llenó de *objetos volantes cilíndricos*, de los que surgieron *esferas y discos* negros, rojos, naranjas y azul-blancos. Estos objetos parecían estar luchando entre sí. En la parte baja derecha del grabado de Glaser se aprecia un grupo de esferas humeantes que parecen haberse precipitado contra el suelo. El incidente, comentado por Carl Gustav Jung en su obra *Platillos volantes: un mito moderno de cosas que se ven en el cielo*, fue interpretado por los distintos observadores como un fenómeno sobrenatural o religioso.

#### *La viga aérea de Benvenuto Cellini*

En relación con estos objetos volantes *cilíndricos*, cabe mencionar que por aquella misma época el orfebre y escultor italiano Benvenuto Cellini refirió un avistamiento similar en el capítulo 89 del libro 1.º de su autobiografía *La vita* (La vida):

«Montamos en los caballos y nos encaminamos rápidamente hacia Roma. Hacia el anochecer alcanzamos la cima de una colina, y, echando un vistazo a nuestras espaldas, exclamamos ambos al unísono: "¡Oh, Dios mío! ¿Qué es



«La Madonna e San Giovannino», cuadro de la escuela de Filippo Lippi (siglo XV), conservado en la Sala di Saturno del Palazzo Vecchio de Florencia, y en cuyo cuadrante superior derecho se aprecia claramente un objeto volante no identificado por nosotros.

esta cosa descomunal sobre Florencia?" Era como una gigantesca viga de fuego chispeante y resplandeciente...»

### El sable volante

Además, por aquellos mismos años, los chinos vieron algo muy similar. Así nos lo refiere el capítulo 18 («Las cosas de antaño») de la *Historia del distrito Lingui de la provincia de Guangxi*, citando un acontecimiento habido en el año 1563:

«De agosto a octubre del año 46, bajo el reinado del emperador Jiajing, los habitantes de la villa Guiling vieron cada noche en el cielo una estrella que medía más de diez brazos. Permanecía siempre suspendida en el aire, envuelta en vapor blanco. Era rectangular, parecida a un sable, y se dirigía lentamente del norte al sur.» Recuerde el lector que exactamente 37 años antes una *espada larga* estuvo suspendida en el aire durante más de 20 días sobre las huesas de Hernán Cortés.

Alguien dijo que los objetos volantes no identificados constituyen el problema número uno de la ciencia moderna. Yo pienso que constituyen uno de los enigmas más trascendentales de nuestra historia.

### Globos ígneos sobre Basilea

Tres años después de este avistamiento chino y cinco después del fenómeno múltiple de Nuremberg, exactamente el 7 de agosto del año 1566, aparecieron al amanecer en el cielo de Basilea, en Suiza, *numerosos globos ígneos de gran tamaño*, y de colores negro, rojo y naranja. Después de estar *danzando en el aire sobre la ciudad* con movimientos irregulares, fueron desapareciendo rápidamente. Recoge también este fenómeno el libro citado de Carl Gustav Jung.

### La columna brillante de Lepanto

El 7 de octubre del año 1571, don Juan de Austria, al frente de la flota cristiana, derrotó en la batalla de Lepanto a los navíos turcos, en un enfrentamiento decisivo para la civilización occidental. Pocos días antes de este importante pulso entre musulmanes y cristianos, sucedió algo maravilloso en el cielo. Así nos lo refiere el historiador oficial de la flota papal romana, el padre Alberto Guglielmotti, de

acuerdo con los relatos aportados por los testigos presentes Sereno y Caracciolo:

«La noche antes del 21 de setiembre se vio un signo en el cielo, y todo el mundo lo consideró un milagro. La noche era serena y despejada, con un viento fresco del norte y con todas las estrellas claramente visibles y brillantes. Entonces, repentinamente, fue visto por todos un *colosal* fuego en forma de *columna llameante y resplandeciente* que cruzaba el aire nocturno *durante largo tiempo*, llenando a todos los testigos de gran admiración.» [...] «Todos los testigos consideraron todo esto como de buen augurio y presintieron una gran victoria. Creyeron que esta *columna de fuego* les estaba mostrando el camino, guiando a la flota cristiana en el mar de la misma forma en que guió en tiempos bíblicos al pueblo de Israel a través del desierto...»

### EL CAMPESINO SECUESTRADO

Seis años después de hacer su aparición aquellos globos ígneos en el cielo de Basilea, Suiza volvió a estar de actualidad enigmática. Así lo registró el cronista de la ciudad de Lucerna, Renward Cysat.

El 15 de noviembre de 1572 desapareció misteriosamente el campesino Hans Buochmann, de cincuenta años, de la población de Römerswill, a quien Cysat conocía bastante bien. Aquel día Hans Bouchmann había ido a la población de Sempach. Cuando, ya entrada la noche, no hubo regresado, su mujer envió a los dos hijos, ya mayores, en su busca. Cuando los dos hijos llegaron al bosque junto al campo en el que se dio la batalla de Sempach, hallaron el sombrero, el abrigo, los guantes, el sable desenvainado y la vaina del mismo, pertenecientes a su padre, diseminados junto al camino. Se asustaron por este hallazgo, y sospecharon que Klaus Buochmann, primo y vecino del desaparecido, que desde hacía años estaba enemistado con ellos, pudiera haberle asesinado. Las propiedades del primo fueron registradas infructuosamente en busca del cadáver. La autoridad detuvo al sospechoso, pero al no poderle imputar nada, tuvo que volver a soltarlo.

Cuatro semanas más tarde se recibieron noticias del desaparecido, en las que sólo se decía que se hallaba en Milán. El día 2 de febrero del año 1573, dos meses y medio después de su desaparición, regresó a casa sin cabello ni

barba, sin cejas, con la cara y la cabeza hinchadas, de forma que en un principio no fue reconocido. Cuando las autoridades supieron de su regreso, le interrogaron, dado que había causado gran revuelo y había puesto en apuros serios a su primo. El cronista de la ciudad, Renward Cysat, estuvo presente en el interrogatorio y llevó las actas del mismo. Esto es lo que relató Hans Buochmann:

El día en que desapareció, había tomado 16 florines en moneda pequeña para llevarlas a Hans Schürmann, el hostelero de Römerswil, a quien debía esa cantidad. Pero al no encontrarlo en casa, siguió a Sempach, por otros negocios suyos. Allí había permanecido hasta el amanecer, bebiendo algo, aunque no mucho. Cuando ya se encontraba de regreso, de noche, y al pasar por el bosque junto al campo de batalla de Sempach, percibió de repente un extraño rumor y estrépito. Al principio le había parecido el zumbido de un enjambre de abejas, pero luego fue como toda una banda de música. Le embargó el miedo, ya no sabía dónde se encontraba ni qué le estaba sucediendo. A pesar de ello, logró desenvainar su espada y había dado golpes a su alrededor. Así perdió sombrero, guantes y abrigo. Antes de perder el conocimiento, todavía percibió cómo *era alzado en los aires*. Fue llevado a un país desconocido. No sabía dónde se encontraba ni sus sentidos le obedecían bien, y había notado dolores e hinchazones en el rostro y toda la cabeza. A las dos semanas de su secuestro se vio en la ciudad de Milán, pero sin saber cómo había llegado hasta allí. Puesto que no había comido ni bebido en varios días, le habían abandonado las fuerzas, pero había recobrado el sentido. Dijo que no conocía la ciudad, por no haber estado allí previamente, ni tampoco entendió la lengua de la gente, hasta que un soldado de la guardia, de origen alemán, se había apiadado de él.

En opinión de Cysat, Hans Buochmann había sido secuestrado por un duende nocturno, y narra otros secuestros de este tipo, que en consonancia con las ideas de la época achaca a los malos espíritus y al diablo. No debe perderse de vista, sin embargo, el enfoque de este secuestro de acuerdo con lo que hoy sabemos en boca de personas que dicen haber sido teletransportadas por tripulantes de naves volantes desconocidas. Como no debe perderse de vista tampoco que este mismo cronista de la ciudad de Lucerna informó igualmente de dragones que en los alrededores de dicha ciudad disparaban cual un incendio de un monte a otros objetos que ofrecen el aspecto de *vigas incendiadas*, y que cuando se detienen en el suelo dejan en él huellas o marcas de quemaduras.

## EL ALUCINANTE ESCUADRÓN NEGRO

En el libro *Historias prodigiosas y maravillosas*, escrito en francés por Pierre Bouistau, Claude Tesserant y François Beileforest, y traducido al castellano por Andrea Pescione, cuya edición fue impresa en Madrid en el año 1603 por Luis Sánchez para el mercader Bautista López, a quien el mismo rey Felipe III otorga licencia para difundirlo, aparece, en sus páginas 386 a 389, un relato que lleva el siguiente título: «De un temeroso prodigio, y maravillosa señal del cielo, que en el año de 1577, a los cinco de diciembre, se vio en Alemania, en la villa de Altorf, que es de la diócesis de Wittemberg.» Transcribo a continuación literalmente la segunda y más interesante parte de dicho relato:

«Y así ahora en este tiempo que ciertamente es pasajero, nos ha querido Dios avisar con *señales maravillosas del cielo*. Y entre las *muchas e infinitas que desde hace pocos años hasta ahora se han visto*, destaca una ocurrida en Alemania, en la villa de Altorf, que es tierra de Wittemberg, a una legua de Tubinga.

»A las siete de la mañana del 5 de diciembre de 1577, al mismo tiempo que el Sol comenzaba a mostrarse sobre el horizonte, se advirtió que no daba su acostumbrado resplandor y claridad; parecía que estaba oscuro y amarillo a la manera con que algunas veces se nos presenta la Luna, cuando estando llena aparece sobre nuestro horizonte y parece un círculo teñido. Y, como su resplandor estaba amortiguado, se podía mirar sin que la vista se deslumbrase.

»En poco tiempo se cubrió de una oscuridad, como si estuviera eclipsado, y luego se tiñó de un color rojo como sangre, y estaba tan cubierto, que no se distinguía su forma. Y de allí se mostraron *dos soles*, el uno de color rojo y el otro amarillo, y parecía que el uno estaba debajo del otro, como se pone la Luna cuando le eclipsa.

»Y después que hubieron estado así un poco, uno de ellos se disolvió y sólo quedó el que era natural, pero con el color muy amarillo y sin fuerza. Y poco después apareció una nubecita negra, de forma de una bola, la cual directamente se fue contra el Sol y le cubrió su centro, de manera que no se divisaba más que un círculo redondo y con el mismo color amarillo.

»Y estando así cubierto, se vio otra nubecita negra, algo prolongada, la que combatió con él. Y muchas veces se cubrieron el uno al otro hasta que al fin la nube se consumió y el Sol se quedó con el mismo color amarillo.

»Poco después apareció otra nubecita, que parecía como de media vara de largo, la cual salió de hacia la banda de poniente y se detuvo junto al Sol. Y estando así parada, salió de ella mucha gente, todos vestidos de negro, unos a pie y otros a caballo, y marchando en orden, se metieron por aquel Sol y formaron un escuadrón.

»Y así ordenados, se fueron hacia el Oriente. Tras el escuadrón iba un hombre de mayor estatura y brío que los demás. Y después que aquel ejército hubo atravesado por el Sol, éste se aclaró más pero no del todo; y luego volvió a teñirse de color de sangre. Y así el cielo como la tierra se mostraron de color rojo, y del Sol salieron unas nubes sangrientas, las cuales se levantaron más altas que él y se fueron hacia Oriente siguiendo el mismo camino que había llevado la gente armada, mientras que alrededor del Sol aparecían algunas nubes negras, como las que se suelen ver cuando hay gran tempestad.

»Y después se vio que del Sol salieron otras nubes, unas eran sangrientas, otras como encendidas y otras amarillas como el azafrán. Y de ellas salieron unas reverberaciones con la forma de grandes y altos sombreros, los unos rojos, otros azules, otros verdes, y la mayoría de ellos negros. Y después aquellas nubes descendieron y se convirtieron como en un torbellino, y parecía que de él llovía sangre, y que el cielo, la tierra y todo cuanto se divisaba estaba teñido de sangre y de amarillo.

»Y todo esto duró harto tiempo, y poco a poco el Sol cobró su claridad, aunque su centro parecía que estaba las diez del día quedó todo claro y desocupado, y el resto de aquel mismo día fue luminoso y sereno.

»Éste fue un prodigio del que no es difícil entender su significado, ya que es una advertencia que Dios nos envía para que corriamos nuestras vidas y hagamos penitencia. Porque si así no lo hiciéramos, él enviará sobre nosotros castigo de fuego y sangre.»

Recuerde el lector casos similares ya citados para épocas anteriores en este estudio, como por ejemplo los carros y soldados armados que actuaban entre las nubes y de los que daba cuenta Flavio Josefo en su obra *Las guerras de los judíos*.

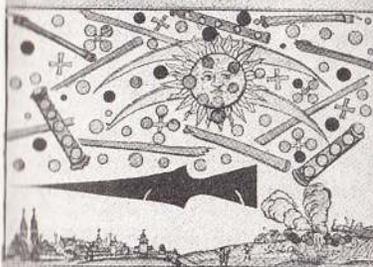
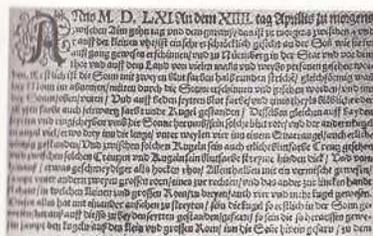
Y observe el lector cómo todas estas manifestaciones aéreas, que hoy formarían parte de la casuística OVNI, automáticamente son atribuidas en esta época aún al diablo o a los dioses.



Grabado mostrando los globos (gneos aparecidos sobre la ciudad suiza de Basilea el 7 de agosto de 1566.



Retrato contemporáneo de Hernán Cortés, cuyo cronista oficial, Bernal Díaz del Castillo, nos legó el testimonio del avistamiento, durante más de veinte días, de un objeto volador parado sobre las tropas españolas.



TRANSLATION: ...

Grabado de Hans Galser mostrando los objetos volantes vistos sobre Nuremberg, en Alemania, el 14 de abril de 1561.

## LA CUEVA DE LOS CARNEROS VOLADORES

En las páginas 400 a la 402 del libro citado en el capítulo anterior, *Historias prodigiosas y maravillosas*, figura otro capítulo con el título «De un prodigio que el año de 1579 se vio en Vizcaya, cerca de la villa de Bilbao». Se narra allí otro alucinante episodio aéreo, que se manifestó escasos dos años más tarde del recién expuesto referente al escuadrón negro. Transcribo literalmente, si bien en fiel y concienzuda adaptación moderna del texto —para hacer legible el antiguo texto— a cargo del estudioso Jesús Mosquera Armendáriz:

«Es tan profunda e inmensa la sabiduría de Dios, y sus secretos nos son tan incomprensibles que no podemos rastrear ni juzgar las causas de sus particulares obras, ni menos cuáles serán los efectos de sus significados.

»Y de que esto es así queda bien probado en todos los ejemplos que en los capítulos de todas estas *Historias prodigiosas* se han visto. Y aunque ellos bastaban, y aun sobraban, porque la verdad no necesita pruebas, he querido escribir este caso que ahora ha sucedido nuevamente en nuestra España, el cual no es inferior a ninguno de cuantos prodigios quedan relatados atrás. Y este caso es tan infalible verdad, que humanamente ninguna cosa lo puede ser más, y el ilustre y docto varón, el licenciado Diego Alvarez de Solórzano, corregidor que era entonces de Vizcaya, en Bilbao, hizo del caso bastante información con gran número de testigos, todos gente fidedigna, y de ello envió relación a la majestad del rey don Felipe, nuestro señor, de esta manera:

»«Era miércoles, 16 de septiembre de 1579. Entre las tres y las cuatro de la tarde un vecino de la villa de Bilbao, hombre rico e hijodalgo, llamado San Juan de Yssasi, estaba asomado a una ventana de su casa, que se llama Gastelu, que está en la anteiglesia de San Vicente de Abando. Desde allí miraba a unos hombres que estaban vendimiando en una viña situada al pie de su casa y como a un cuarto de legua de Bilbao.

»Y estando así, observó que los vendimiadores se habían alterado y que miraban atentamente hacia la otra banda de una hondonada, que desde donde ellos estaban se dominaba con la vista.

»San Juan de Yssasi se puso inquieto y anhelante de saber a qué podía deberse el que los vendimiadores se hubieran alterado de aquella manera. Y luego vio que con gran prisa uno de ellos le venía a llamar y le dijo que

fuese a ver un caso raro y maravilloso que desde allí se podía ver.

»Y él fue adonde estaban los vendimiadores. Y vio que en lo más hondo de un valle entre dos cerros, de los que abundan en aquellas tierras, había una caverna o cueva distante de donde él estaba como dos tiros de arcabuz. Y vio que de ella salían muchos cuerpos o bultos, como borregos o medianos carneros, unos con cuernos y otros sin ellos; unos eran de color blanco y otros tenían el color más oscuro, tirando a amarillo. Y no se paró a contar de cuál de los dos colores había más. Y conforme iban saliendo de aquella cueva, *se levantaban en el aire* a la altura de cuanto con la mano se puede tirar una piedra y, quedándose en aquel paraje, se chocaban los unos con los otros y volvían a descender hasta la boca de la cueva, y allí se desvanecían y no aparecían más. E iban saliendo otros que, conforme se iban *levantando por el aire*, chocaban con los que ya descendían.

»Y duró aquel *combate* como un cuarto de hora y, mostrando siempre la misma grandeza, al cabo de aquel tiempo todos juntos se bajaron a la boca de la cueva. Y en un instante pareció que allí uno de ellos se había convertido en buey, así en la forma como en la grandeza. Y era de color hosco, oscuro tostado. Y sin detenerse, se metió por la espesura de un robledal que allí había. E iba con tal ímpetu, que mucho ganado que había por allí de vacas, yeguas y mulas, se espantaron y corrieron en diferentes direcciones. Y el buey nunca más apareció.

»El cuerpo de aquel buey no parecía ser vano ni fantástico como lo eran los de los carneros, de los cuales fueron palpados algunos y resultaron *vacíos, no sólidos*, como asimismo lo mostraba la ligereza con que *subían y descendían por el aire*.

»Pero el buey cuando corrió parecía que iba rompiendo el suelo, y en el momento en que él hizo de sí aquella conversión, salieron de aquella cueva otros dos animales semejantes, pero de mucho menor estatura. Y también ellos se emboscaron por el monte, aunque por diversos caminos.

»Después de aquello se vio que de la cueva salió gran cantidad de langostas, las cuales subieron por el aire a la misma altura que habían subido los carneros, y allí se combatieron un poco entre sí, y después todas juntas fueron a caer en una vaguada que está frente a casa de San Juan de Yssasi, consumiéndose de tal forma que no se vieron más.

»Éste ha sido un caso sobre el que no ha habido persona que se haya atrevido a darle significado. En él no hubo otras demostraciones más de las que se han contado; el

cielo estuvo siempre claro y sereno, y el sol puro y reluciente. Y, pues, nuestro mortal entendimiento alcanza el significado de estas maravillas, hagamos lo que hicieron los que las vieron: arrodillarse en el suelo y, con lágrimas en los ojos, suplicar a Dios se sirva librar del mal y de adversidades a su Católica iglesia y pueblo cristiano y que le haga vencedor y triunfador de los enemigos de su santo nombre. Amén.»

#### CRÓNICA DE OVNIS EN 1584

Y sigue Dios cosechando temerosos fieles gracias a semejantes e inexplicables maravillas aéreas. Así, leemos —también para España y solamente cinco años después de lo de Bilbao— en la *Relación de casos notables ocurridos en la Alcarria y otros lugares en el siglo XVI*, escrita por el cronista de Almonacid de Zorita, Matías Escudero de Cobeña, lo siguiente:

«El verano y otoño de mil e quinientos y ochenta y cuatro, fueron en extremo muy grandes los calores, y así los ríos con la sequedad y calor del tiempo, eran muy pobres de aguas. Y en este tiempo sucedió a los cuatro de septiembre, a las nueve horas de la noche, salió un cometa a la parte do sale el sol, el cual fue grande a el parecer de los hombres. Pasado un rato después de lo dicho, salió por aquella parte dicha otro cometa *tan grande y espantoso*, que pareció abierto el cielo. Y paró toda la tierra muy clara, y con su resplandor privaba a los ojos de los hombres la vista. Y se hizo este fuego *muy largo y espacioso*. Y después *se paró retortijado, y con rastro de fuego*. Y después *se vino a hacer como nubecilla blanca*, en la forma que estaba de fuego. Turaría» (*sic* = "duraría") «esto como *medio cuarto de hora*. Y después de pasado lo dicho, tornó en el mismo lugar a salir otro cometa como el primero. Espantó este prodigio a muchos hombres. Sea Dios servido que su sinificación no redude» (*sic* = "redunde") «en daño de la Cristiandad, ni de los católicos».

#### COMBATE AÉREO SOBRE CATALUÑA EN 1604

También el siglo XVII se estrena con la aparición del curioso fenómeno de escuadrones armados que se mueven a baja altura en el aire.

El filólogo catalán doctor Casas Homs obtuvo en 1974 el premio Gumersind Bisbal por su transcripción y estudio de los códices inéditos del historiador también catalán Jeroni Pujades, que a partir de 1601 llevó durante 30 años un puntual diario. La Fundación Vives Casajuana publicó en 1975 el trabajo de Casas Homs en que se recogen los años 1601 al 1610 del *Diari* de Jeroni Pujades. Reproduzco a continuación de este diario en su texto original catalán, seguido de la versión castellana correspondiente, una parte de la anotación correspondiente al día 30 de setiembre del año 1604, un jueves en que se celebraba la festividad de san Jerónimo:

«Perquè en la matinada ya clara, en la vila de Pons o prop de ella, a la volta de las Belianas, tot bisbat de Urgell, se veren en la ayre però molt baxos, prop terra, grans escuadrons de gent de armas que batallavan amb gran furor y remor de armas. Y los primers que descobriren assò foren uns que treballavan en una resclosa y anaren a donar a la vila de Pons de hont hisquè gran multitud de gent que veren lo dit portento. Item aquella matexa matinada desde la ciutat de Barcelona y sobre ella, venint de la costa de llevant y tirant a la part de ponent, se veren passar en lo aire un [...] o ram de aucells així com estornells, los quals eran de la gruxa y negror de los corps, emperò de moltas camas y alas com a llagosta. [...] En la nit los de la terra descubrien sobre lo monestir de Sant Hierònim de la Vall de Hebron uns grans rays de foch com barras, molt clarjant, los de la mar lo veyan més enllà. En fi tots los qui las veren las feyan a la volta de la tremontana.»

(Versión castellana: «Porque en la madrugada ya clara, en la villa de Pons o cerca de ella, hacia las Belianas, todo el obispado de Urgell, se vieron en el aire pero muy bajos, cerca de la tierra, grandes escuadrones de gentes de armas que batallaban con gran furor y ruido de armas. Y los primeros que lo descubrieron fueron unos que trabajaban en una esclusa y fueron a comunicarlo a la villa de Pons, de donde vino una gran multitud de gente que vieron el mencionado portento. Igualmente aquella misma madrugada desde la ciudad de Barcelona y sobre ella, viniendo de la costa de levante y tirando a la parte de poniente, se vieron pasar en el aire un [...] o bandada de pájaros como

estorninos, los cuales eran del grosor y de la negrura de los cuervos, pero de muchas patas y alas como la langosta. [...] En la noche los de la tierra descubrieron sobre el monasterio de San Jerónimo del valle de Hebrón unos grandes rayos de fuego como barras, muy luminosos, y los de la mar lo vieron más allá. En fin, todos los que las vieron las situaban hacia la tramontana.»

Observe el lector que en el juego de coincidencias que tanto parece gustarles a quienes evolucionan inteligentemente sobre nuestras cabezas —también hoy, en la segunda mitad del siglo xx—, el fenómeno se dio precisamente el día de la festividad de san Jerónimo, y encima del monasterio de San Jerónimo en el valle de Hebrón barcelonés, siendo cronista del fenómeno un erudito de nombre Jerónimo (Jeroni Pujades).

### EL CIELO ABRE SUS OJOS

Cinco años después de este fenómeno aéreo en los cielos de Cataluña, vuelven los OVNIs a presentarse sobre las cabezas de los asombrados habitantes del imperio celeste. Así, el escritor Feng Mengzhen, de la dinastía de los Ming, publica en su obra *Colección de cuentos en el palacio de nieve*, la siguiente información acerca de un avistamiento que se dio en el año 1609:

«Mi amigo Yitai me dijo que a mediados de febrero del año 37, bajo el reinado del emperador Wan Li de la dinastía de los Ming, su primo hermano estudiaba en un templo deteriorado situado en una montaña Tiannin, cerca del pueblo del distrito. Una noche, este primo escuchó repentinamente a los bonzos del templo que hacían un gran alboroto fuera del mismo. Salió y vio los muros iluminados por *luces brillantes que se desplazaban*. Todo el mundo gritaba: «¡El cielo abre sus ojos!» Alzó su cabeza, dirigió su mirada hacia el sur y vio una hendidura *en el cielo* en la que había *una cosa en forma de navío o de ojo que centelleaba*. *Esta cosa lanzaba brillantes luces* que deslumbraban los ojos, pero muy rápidamente la cosa desapareció y las luces se apagaron.»

### EL BATALLÓN AÉREO DE 1621

En un opúsculo francés titulado *Los signos espantosos han vuelto a aparecer en el aire sobre las ciudades de Lyon, Nîmes, Montpellier y otros lugares circundantes, ante el gran asombro del pueblo* (París, Isaac Mesnier, copia impresa en Lyon, 1621), leemos:

«La noche del 12 de octubre último, alrededor de las ocho horas de la tarde, no habiendo en ese momento ninguna claridad y estando la Luna en su último cuarto, empezó a levantarse el aire del lado de levante y, continuando cosa de una hora y media, el tiempo se volvió tan claro y limpio como en los más hermosos días de verano, lo que causó gran asombro a los habitantes de Lyon y la mayor parte de ellos mirando al *cielo* distinguieron cosas del todo extrañas y fuera del curso de la naturaleza.

»En la gran plaza de Bellecourt vieron cómo una gran montaña, sobre la que estaba la figura de un castillo, del que salían muchos relámpagos» —observa, lector atento y atónito, cómo idénticas palabras empleara mucho tiempo atrás el redactor del ya estudiado poema indio *Ramayana*, quien escribió que Hanumat era como un monte maravilloso que brillaba como una nube, una *montaña* ascendente recamada de *relámpagos* que flotaba en el aire...— «de todas partes y perdían su luz en un instante, y esta figura de castillo se consumía a medida que los mencionados relámpagos salían de él. Ello parecía cubrir todo el barrio de la puerta del Ródano, de San Miguel, el río Saona, y daba hasta el barrio de San Jorge. Por el lado de la plaza Terreaux, fue visto por más de cuatrocientas personas, *en el aire*, como la forma de un batallón de soldados a caballo, a cuya cabeza había una estrella muy luminosa que parecía guiarlos, la cual era muy grande y brillaba con mayor claridad que las que se ven habitualmente en el cielo.

»Esta estrella como un segundo sol hacía disipar delante de ella todas las nubes, que se presentaban de diversas formas y parecían querer mantener su claridad, pero siendo sobrepasadas por su gran luz, perdían enteramente su figura y no aparecían más. Toda la ciudad y lugares colindantes fueron *cubiertos* esa noche y otras siguientes por diversos signos y prodigios, como *lanzas de fuego* ardiente, que parecían venir del lado de la Guillotière, las cuales, acercándose por el puente del Ródano, se dispersaban y no aparecían más, y ello duró hasta el amanecer. Sobre la ciudad de Nîmes, que es una de las más bellas y prósperas ciudades del Languedoc, a media jornada del Ródano y bastante cerca del levante, fue visto por los habitantes de la

HISTORIAS  
**PRODIGIOSAS**  
**Y MARAVILLOSAS**  
 De diuersos successos acaeci-  
 dos en el Mundo.

ESCRITAS EN LENGVA  
 Francesa por Pedro Bouillan, Claudio  
 Tefferant, y Francisco Belesfont.

TRADUZIDAS EN RO-  
 mance Castellano, por Andrea Felcio-  
 ni, vecino de Seuilla.

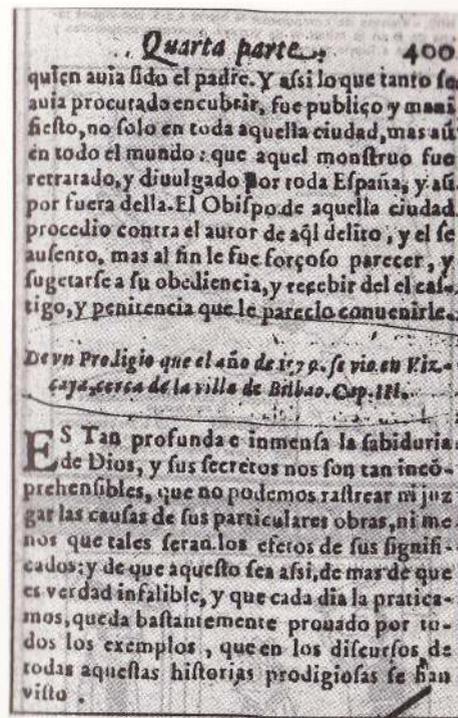
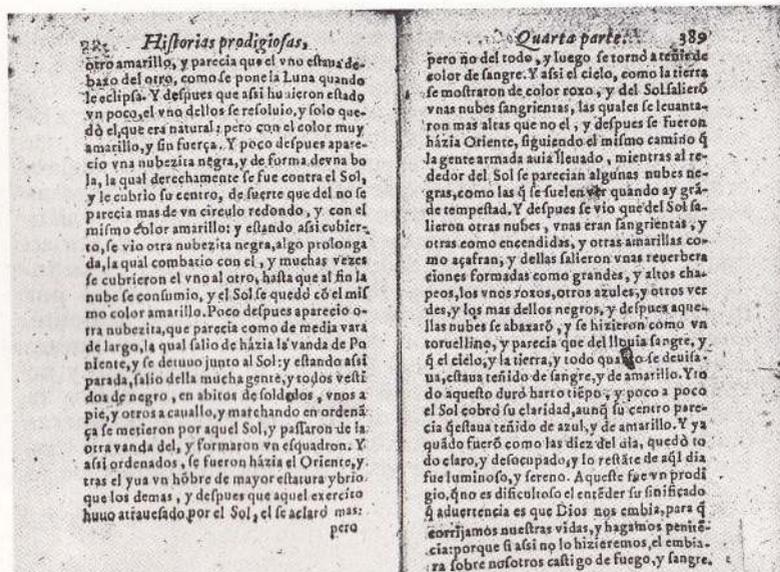
DIRIGIDAS AL LICENCIADO PEDRO  
 DIAZ de Padilla del Consejo de su Magestad,  
 Arzobispo de la Casa y Corte.



CON LICENCIA,  
 En Madrid, por Luis Sanchez, Año 1603.  
 A costa de Beatriz Lopez, mercader de libros.

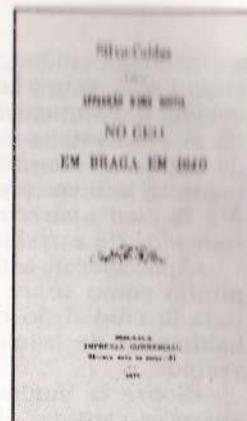
Portada de la obra  
 «Historias prodigiosas  
 y maravillosas» en las que  
 se narran dos interesantes  
 avistamientos  
 aéreos insólitos.

Reproducción de las dos  
 últimas páginas  
 del texto castellano  
 que habla  
 del avistamiento  
 del batallón negro  
 en los cielos de Altorf,  
 en Alemania.

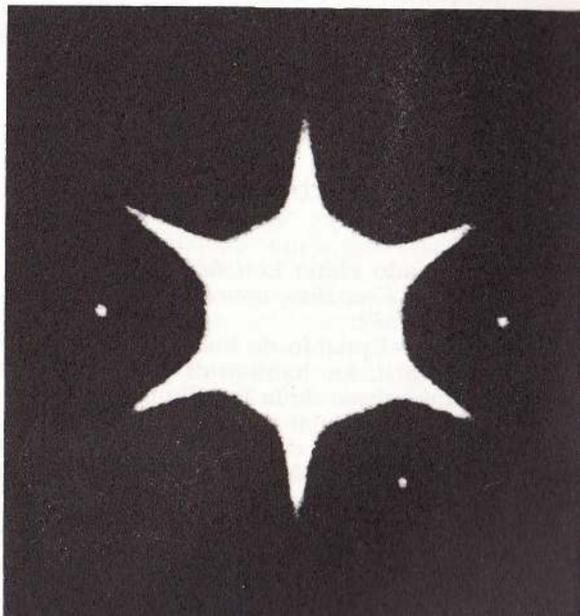


Reproducción  
 de la primera página  
 del capítulo en que  
 se habla de la cueva  
 de los carneros  
 voladores, en Vizcaya.

Primera fotografía  
 de Sirio B, obtenida  
 en 1970 en el US Naval  
 Observatory. Sirio B es  
 el punto blanco que hay  
 abajo a la derecha junto  
 a la gran estrella Sirio.  
 Ambos puntos a izquierda  
 y derecha de Sirio  
 son reflejos de ésta.



Portada original  
 de la breve obra  
 que refiere la aparición  
 de una Hostia volante  
 en el cielo  
 de Braga en 1640.



mencionada ciudad, principalmente el decimotercer día del citado mes, sobre las nueve o diez horas de la noche, y por encima del anfiteatro, como un gran sol muy resplandeciente, el cual estaba rodeado por un número indeterminado de antorchas luminosas, y parecía querer dirigirse directamente a la torre romana, que se llama la Torre Magna, sobre la cual aparecieron como carros de fuego totalmente rodeados de estrellas luminosas.

»Aparecieron asimismo otros signos tanto sobre el Capitolio como sobre el Templo, los cuales parecían cubrir toda la ciudad, lo cual asombró grandemente a todos los habitantes de la mencionada ciudad y a otros de lugares vecinos.

»Sobre la ciudad y villa de Montpellier, empezaron a aparecer cantidad de antorchas ardientes, de la luz de las cuales salían numerosas especies de lanzas de fuego que iban de un lado a otro: esto duró desde las nueve o diez de la noche hasta las tres de la madrugada, en que apareció una estrella grande y luminosa con una larga cola, otras estrellas pequeñas, las cuales parecían hacer disipar una gruesa nube mezclada con diversos relámpagos que intentaban tajarla e impedir su claridad, lo cual duró hasta el amanecer ante el asombro del pueblo.

»Todos estos signos mencionados sólo pueden predecirnos una cosa, que el gran Dios de los ejércitos hará victorioso a nuestro monarca sosteniendo en su poderosa mano las armas contra los perturbadores de su Estado y fortificará al ejército de su majestad contra los rebeldes. Es todo lo que nosotros, católicos franceses, con la asistencia de las oraciones de nuestra Santa Madre Iglesia debemos desear y decir con el salmista real: *Domine salvum fac regem.*»

### OVNI PARA UN FUNERAL

El letrado chino Lou Ao escribió en su *Historia local del distrito Fengxian*, con referencia a un suceso acaecido en el año 1639:

«En el pueblo de los Yuan, distrito Fengxian, provincia de Shansi, los habitantes presentaban sus condolencias a los miembros de la familia de Yuan Yingta, ministro de la Defensa nacional durante la dinastía de los Ming, quien se sacrificó sobre el campo de batalla resistiendo contra los soldados de los Man. Se vio entonces una cosa luminosa en

forma de estrella, de color rojo, blanco, amarillo y azul, que sobrevolaba al cortejo fúnebre. Fue un día de abril del año 12 del reinado del emperador de Chongzheng de la dinastía de los Ming. Esta cosa brillante no se posó sobre el suelo, pero *pendió sobre el pueblo durante mucho tiempo*, y luego *ascendió hacia el cielo*. Sus luces se vieron hasta a más de cinco kilómetros de allí.»

### UNA HOSTIA EN BRAGA

Una breve obrita de la que es autor Silva-Caldas y que fue editada en 1879 por la Imprensa Commercial (Rua Nova, 24, Braga, Portugal), recoge, bajo el título *Apparição d'uma hostia no ceo em Braga em 1640* (Aparición de una hostia en el cielo en Braga en 1640), un curioso fenómeno que, hasta hoy, sigue constituyendo la aparición de un objeto volante circular no identificado —o el efecto de una proyección lumínica— sobre la ciudad portuguesa de Braga, en el año 1640; o sea, al año siguiente del OVNI que se presentó sobre el cortejo fúnebre chino. He aquí la transcripción literal completa de la citada obrita:

«Aparición de una hostia en el cielo en Braga en 1640.  
»"Favorece la fortuna a la gloria lusa"  
»Correia de Melo - Joanneida  
»Cant. X Oit. 133

»Dos casos prodigiosos cuentan nuestras historias, las cuales maravillaron a Portugal en la restauración de 1640, y enforzizaron a nuestros antepasados en la creencia de la protección del cielo contra la Hispania.

»Fue el primero el desplegamiento del Brazo de la Imagen de Cristo en Lisboa, como en señal de aprobación de la liberación de nuestra autonomía, oprimida por sesenta años con las tiranías de los reyes Felipes.

»Fue el segundo la *aparición de una Hostia en el firmamento sobre Braga*, vista igualmente desde otros puntos distantes: lo que fue tomado por todos como prueba asombrosa de la asistencia divina a nuestros arrojados patrióticos.

»He aquí el documento de este prodigio bracanense, transcrito de los *Favores do Ceo* (Favores del cielo), del librero lisboeta Francisco Lopes, reimpresso en Braga en cuarto en 1871, con consideraciones preliminares del doctor

Pereira Caldas, profesor del Liceo nacional de aquella ciudad:

»"Año de nacimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo de 1641, a los 29 días del mes de enero de dicho año, en esta ciudad de Braga, en los aposentos del reverendo doctor João d'Abreu da Rocha, provisor y vicario general de esta corte, el arzobispo de Braga: ahí por don Gastão Coutinho, general de esta provincia de Entre Douro e Minho, fue avisado el reverendo provisor, de que muchas personas, yendo para la parte de Porto acudiendo a un aviso que en esta ciudad se dio, de que los enemigos venían para aquella parte, vieron unas señales en la luna, en las cuales se representaba una *Hostia*, y *dos figuras humanas* que parecían Angeles; y que el dicho provisor debía examinar este caso por las personas que lo vieron, para saber de ello la verdad: de lo que el reverendo doctor mandó hacer este AUTO, que firmó; y preguntó a los testigos siguientes. El padre Simão Alvares, notario apostólico, lo escribió:

»"Los nombres de las personas que juran el contenido de este AUTO, son los 16 siguientes:

»"El reverendo João Baptista, cura en la santa sede de esta ciudad, testimonio jurado a los Santos Evangelios: edad, 37 años.

»"El reverendo padre Domingos Leitão, morador en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 38 años.

»"El reverendo padre João de Villas-Boas, morador en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 38 años.

»"El reverendo padre João Rodrigues, clérigo de misa en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 40 años.

»"El reverendo padre Manuel Lopes, morador en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 45 años.

»"El reverendo padre Antonio de Miranda, morador en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 28 años.

»"El reverendo padre Francisco de Sá, morador en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 40 años.

»"El reverendo padre João de Guimarães, desembargador de la Relación de esta ciudad, y uno de los gobernadores de este arzobispado, abad de la iglesia de S. Pedro de Polvoreira, [...] testimonio jurado: edad, 42 años.

"Paulo de Brito, morador de esta ciudad, testimonio jurado: edad, 40 años.

»"El reverendo padre Ambrosio Rodrigues, de la Compañía de Jesús, testimonio jurado: edad, 34 años.

»"El reverendo doctor Luis Alvares Pinto [...], testimonio jurado: edad, 50 años.

»"El reverendo padre fray Nicolau Cotta [...] en el colegio de Nuestra Señora de [...], testimonio jurado: edad, 34 años.

»"El reverendo padre fray Manuel de Graça, [...] de teología en el mismo colegio, testimonio jurado: 40 años.

»"Antonio Soares, mercader y familiar del Santo Oficio, morador en esta ciudad, testimonio jurado: edad, 63 años.

»"El doctor Bento Cardoso Osorio, abad electo de la iglesia de S. Mamede de Negrellos, testimonio jurado: edad, 36 años.

»"El licenciado Gabriel Pereira de Castro, teólogo, testimonio jurado: edad, 22 años."

»Como a nuestros antepasados les animaba una fe viva en el cielo, en todos los lances a que se entregaban en favor de la libertad de la patria, fue tenido por esto por todo Portugal este prodigio de Braga, como complemento prodigio de Lisboa, de los cuales habla el epígrafe aquí adoptado.

»El profesor público visellense, A. Pereira da Silva-Caldas.

»(Extracto de la *Borboleta* de Braga, semanario literario, vol. II, núm. 8.)

*Para probar no faltó  
al milagro mucha gente;  
que luego la gente juró  
que en el cielo vio claramente  
la Hostia que el cielo mostró.*

»Francisco Lopes - *Favores do Ceo* (Favores del cielo) Estr. 11.»

## LA NAVE FANTASMA

Y volvemos con las coincidencias, con las repeticiones, con las comparaciones entre fenómenos que, si bien en ocasiones en sus manifestaciones aisladas parecen acaso diluirse, observadas en su conjunto conforman una enorme red de manifestaciones que surge vigorosa entremezclando la presencia de una inteligencia extrahumana con nuestro propio deambular sobre este planeta.

Recuerde el lector que en el capítulo «Los hijos del cielo» vimos dos citas procedentes de épocas diversas —la primera anterior a nuestra era, y la segunda de la dinastía Tang (siglos VII al X)— en que sendas obras chinas nos hablaban de enigmáticas naves que estaban provistas de potentes focos de luz. La obra *Reencuentro* mencionaba una

«inmensa nave» que flotaba sobre el mar y sobre la cual «una luz potente se encendía de noche y se apagaba de día». En cuanto a la época de los Tang, el libro *Cuentos de las cosas raras* dice textualmente que un marido refirió que navegando por el mar un 11 de agosto, «repentinamente, una gran tortuga surgió delante de mi navío. Miró en dirección al norte y como dos soles, sus ojos iluminaron hasta una distancia de 500 kilómetros de allí, pudiendo ser vistos claramente los más pequeños objetos». Queda claro que una tortuga no podía ser. En cambio, la forma de ésta sí puede sugerirla un objeto ovalado —un batiscafo, un submarino, una nave sumergible dotada de la suficiente tecnología como para navegar y poseer luz artificial propia. Pero es que en ambos casos nos hallamos en épocas anteriores al siglo XI. Y el hombre no había desarrollado esta tecnología aún. Ambos casos acaecieron a ciudadanos chinos. Y también este tercero, similar, pero de época posterior.

Entre los años 1640 y 1715, el escritor chino Pu Songling escribió una de las obras clásicas más apreciadas y leídas por sus compatriotas, los *Cuentos fantásticos del cuarto sereno*. En su capítulo «Noche iluminada» leemos textualmente:

«Un navío surca el mar meridional de China. Hacia medianoche, todo queda iluminado como en pleno día, y esto asombra en gran manera a los miembros de la tripulación. Estos constatan que sobre las olas flota algo como una montaña y la mitad de la misma parecer estar bañada por las aguas. Esta cosa tiene dos ojos que brillan como el Sol naciente y lanzan brillantes luces alrededor suyo. Todo está iluminado. Los marinos se interrogan los unos a los otros, pero nadie sabe lo que es esta cosa flotante. Los pasajeros y la tripulación la observan en silencio absoluto. Al cabo de un momento, la cosa brillante desaparece lentamente bajo el agua y todo vuelve a sumirse en la noche negra. Algunos días más tarde, los pasajeros arriban al centro de la provincia de Fujian les explican que una noche vieron el cielo y la tierra iluminados, volviendo luego la oscuridad. Esta noche de la que hablan estos habitantes es justamente aquella en que los pasajeros del barco vieron la cosa extraña sobre el agua.»

Hay siglos de diferencia entre cada una de estas tres narraciones de avistamientos de objetos flotantes y submarinos que lanzaban potentes focos de luz. Pero los tres están localizados en los mares del Pacífico occidental, y cerca de las costas chinas, en cualquier caso antes del siglo XIX. Algo inteligente no humano se movía en aquellas aguas.

## EL DRAGÓN ROJO

Wang Pu, autor chino que vivió en la segunda mitad del siglo XVII, escribió en su obra *Asuntos insignificantes en el palacio Yingan*:

«A cinco kilómetros de la villa, hacia el oeste, había un gran alcanforero cercano a un estanque, que medía varias decenas de metros de altura. Bajo este árbol se hallaba la casa de Zhang. A mediodía, el 16 de julio del año 17, bajo el reinado del emperador Chong Zheng, se vio a un dragón en forma de *espiral*, todo rojo e incandescente, girando sin cesar por encima de la copa del árbol. Después del rato que dura un almuerzo, se dirigió lentamente hacia el noroeste y fue advertido por todos los habitantes de la villa. Tal y como lo explica Hu Shaoshan, un sabio del campo, las hojas del alcanforero» —para quienes no lo sepan, el alcanforero es un árbol siempre verde— «comenzaron a volverse amarillas y a caer algunos días después del fenómeno».

## LA BOLA VOLANTE DE ROBOZERO

El sábado 15 de agosto del año 1663, los fieles del distrito de Belozero, en Rusia, habían ido en gran número a la iglesia de la aldea de Robozero. Una vez en el interior de la misma, se escuchó en las alturas un enorme estruendo y muchas personas se precipitaron al exterior para averiguar de qué se trataba. Entre estas personas se hallaba el agricultor Levka Fedorov, quien vio lo sucedido y lo interpretó como un signo divino. Su testimonio fue recogido por Ivatchko Rievskoi, quien a su vez corroboró los datos con las declaraciones de los sacerdotes del distrito de Belozero, enviando luego el correspondiente informe a sus superiores eclesiásticos. Éste es el párrafo principal del mismo:

«Al dar las doce del mediodía, descendió sobre Robozero una gran bola de fuego desde un cielo muy despejado, sin una sola nube. Venía de donde llega el invierno y se desplazaba desde encima de la iglesia hacia el lago. La bola de fuego medía unos cuarenta y cinco metros de uno a otro borde y a la misma distancia, por delante, se extendían dos rayos ardientes. De pronto desapareció, pero alrededor de una hora más tarde reapareció, sobre el lago, donde antes había desaparecido. Iba del sur al oeste y es-

taba a unos 500 metros de distancia cuando desapareció. Pero regresó una vez más, llenando de gran temor a todos los que la veían, yendo hacia el oeste y *permaneciendo una hora y media sobre Robozero*. A un kilómetro y medio de distancia, unos pescadores que se hallaban en su barca, en el lago, sufrieron graves quemaduras por el fuego. El agua del lago se iluminó hasta su mayor profundidad, nueve metros, y los peces huyeron a las orillas. Bajo el resplandor, el agua parecía cubierta de herrumbre.»

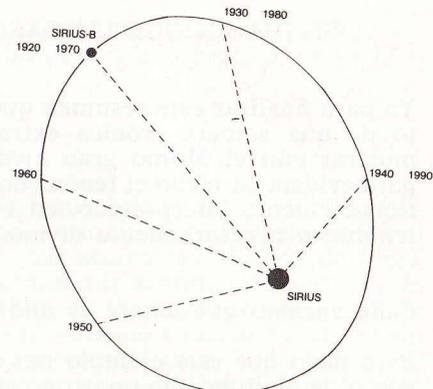
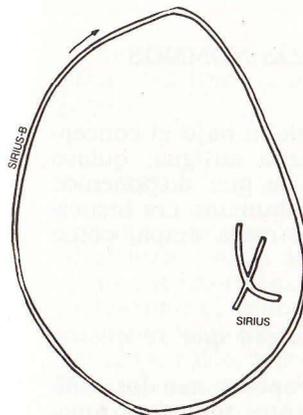
### LA TAPADERA VOLADORA

Un nuevo avistamiento prolongado se dio en China en el año 1680. El ya citado capítulo 18, titulado «Las cosas de antaño», de la *Historia del distrito Linggui de la provincia de Guangxi*, contiene esta información:

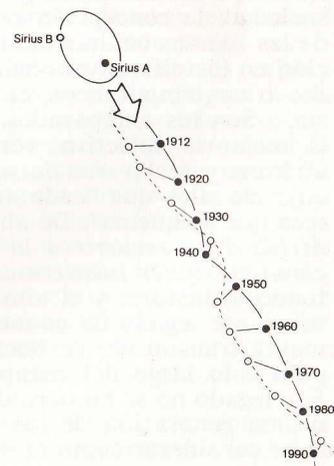
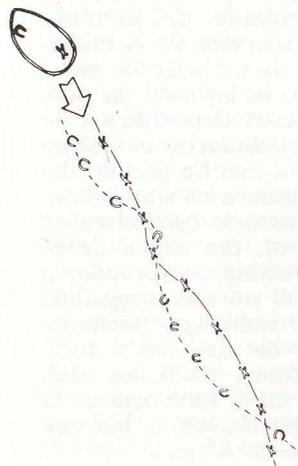
«En octubre del año 19, bajo el reinado del emperador Kangxi, los habitantes de la villa del distrito Linggui vieron cada noche *en el cielo* del norte un *artefacto volador* y fuertemente luminoso. Tenía una longitud de *varias decenas de metros*. Este fenómeno duró *un mes entero*.»

Ocho años más tarde, un nuevo ingenio volante, con la forma típica de lo que hoy en día se ha dado en llamar «platillo volante», se dejó ver por los atentos observadores del celeste imperio. Así, Niu Xiu, hombre de letras, cuenta esta historia en el capítulo VI de su colección de notas *Gu-Sheng*:

«Entre los últimos días de la primavera y el comienzo del verano del año veintisiete, bajo el reinado del emperador Kangxi, mi cuñado Bixilin se dirigía hacia su casa, en las montañas, a veinte kilómetros de la villa de Kunmin, provincia de Yun'nan. Durante su viaje vio cada mediodía, cuando hacía buen tiempo, *una gran tapadera amarilla* como un paraguas que *ascendía lentamente* desde una cresta. Esta cosa *lanzaba brillantes luces* que él no se atrevió a mirar de frente. *Ganaba altura y se metía entre las nubes*. Poco después *descendía*, siempre lentamente, para volver a ascender y a redescender de la misma forma. Al anochecer, el objeto volante perdía el brillo de su color amarillo y se hacía más pálido y vaporoso. Desaparecía completamente cuando el cielo ya estaba totalmente oscuro.»



A la izquierda, dibujo realizado por los dogones para describir la órbita de Sirio B alrededor de Sirio. A la derecha, el moderno diagrama astronómico de la situación de Sirio y la órbita que alrededor de ella describe Sirio B.



Los diagramas de las trayectorias de Sirio y Sirio B. A la izquierda, en interpretación de los dogones. A la derecha, de acuerdo con los conocimientos de la moderna astronomía.

## EL DÍA EN QUE LLEGARON LOS NOMMOS

Ya para finalizar este resumen que englobo bajo el concepto de una somera crónica extrahumana antigua, quiero mostrar aún el último gran ejemplo de que disponemos para evidenciar cómo el fenómeno extrahumano era incuestionablemente interpretado, en esta primera etapa, como fenómeno necesariamente divino.

*Cada anciano que muere es una biblioteca que se quema*

Pero dado que este ejemplo nos lo proporcionan los indígenas de Mali, estimo oportuno citar antes todavía a Amadou Hampate Ba, escritor y diplomático maliano, quien fuera miembro del Consejo Ejecutivo de la UNESCO de 1962 a 1970, y se dedica actualmente a investigar la historia, la literatura y la etnología de África. Es fundador y director del Instituto de Ciencias Humanas de Bamako, en Mali. Autor de numerosos artículos y libros, obtuvo en 1974, con *El extraño destino de Wangrin*, el Gran Premio de Literatura del África Negra. Pues bien, Amadou Hampate Ba escribió, refiriéndose al poder de la palabra:

«Cualquier adjetivo resultaría débil para calificar la importancia que en las civilizaciones y culturas africanas tiene la *tradición oral*. En ellas es mediante la palabra hablada como se transmite de una generación a otra todo el patrimonio cultural de un pueblo: la suma total de conocimientos sobre la naturaleza y la vida, los valores morales de la sociedad, la concepción religiosa del mundo, del dominio de las fuerzas ocultas del hombre, los secretos de la iniciación en los diferentes oficios, *el relato de los sucesos pasados* o contemporáneos, el canto ritual, la leyenda, la poesía... Son los antepasados o mayores esos depositarios de la memoria colectiva, verdaderos modeladores del alma africana y *archiveros de su historia*. Por eso ha podido decirse de ellos que "cada anciano que muere es una biblioteca que se quema". De ahí que *toda historia verdadera de África deba recurrir a la tradición oral, tan digna de fe como cualquier fuente escrita*. Es imposible comprender a fondo la historia y el alma africanas si no nos apoyamos sobre ese legado de conocimientos de todo tipo pacientemente transmitido de boca en boca y de maestro a discípulo a lo largo del tiempo que llamamos tradición oral. Ese legado no se ha perdido aún: vive en la memoria de la última generación de los grandes depositarios, a los que cabe considerar como *la memoria viva* de África.»

Me parecen palabras importantes para este último capítulo del libro, y aplicables además a todo él en su conjunto.

### *El enigma de los dogones*

Los dogones son una tribu que habita en la actual república africana de Mali. Su antiquísima mitología encierra datos astronómicos concretos acerca del sistema de Sirio, incluyendo el conocimiento, desde tiempos remotos, de la posición, la masa y la órbita de la estrella enana acompañante de Sirio, y que el ojo humano es incapaz de ver sin la ayuda de instrumentos astronómicos.

Los primeros datos acerca de estos conocimientos los procuró el antropólogo francés doctor Marcel Griaule, quien en el año 1931 visitó la tribu de los dogones, que hoy viven en los montes Hombori y en la meseta de Bandiagara, en la citada república de Mali. Halló allí una interesante mitología absolutamente vinculada al conocimiento de las estrellas. Fascinado por lo que allí había conocido, Griaule regresó a tierras de los dogones en 1946, acompañado en esta ocasión de la doctora Germaine Dieterlen, que fuera secretaria general de la Société des Africanistes, dependiente del Musée de l'Homme en París.

Ambos etnólogos publicaron los resultados de sus investigaciones en el año 1951 en el *Journal de la Société des Africanistes* (tomo XXI, cuaderno 1, París, 1951), bajo el título «Un système soudanais de Sirius» (Un sistema sudanés de Sirio). Exponen allí Griaule y Dieterlen que interrogaron a cuatro núcleos tribales sudaneses para averiguar el alcance de sus conocimientos ancestrales acerca del sistema estelar de Sirio. Estos cuatro núcleos tribales fueron los dogones en la altiplanicie de Bandiagara, cerca de la frontera con el Alto Volta, los bambara y los bozo en el distrito de Segu, y los minianka en la región de Kutiala.

«Por nuestra parte, no hemos querido que los documentos recogidos diesen lugar a ninguna hipótesis o averiguación relativa a los orígenes. Nos hemos limitado a ordenarlos, a fin de poder reunir en una sola exposición los testimonios de estas cuatro tribus más importantes. En ningún momento se decidió ni se exploró el *problema de cómo unos individuos que no poseen ninguna clase de instrumentos han sido capaces de averiguar la marcha y las características importantes de unos astros que son prácticamente invisibles.*»

Esta consideración de Marcel Griaule y Germaine Dieterlen, vertida en la introducción de su trabajo citado, da

fe de la seriedad y objetividad de sus investigaciones y conclusiones, seriedad que es preciso tener presente al enjuiciar la validez de los conocimientos que trajeron de África.

### *La ciencia confirma*

«Los dogones tenían en su poder información referente al sistema de la estrella de Sirio que resultaba tan increíble que me sentí empujado a investigarla. Al cabo de siete años de trabajo, los resultados me han llevado a demostrar que la información que poseen los dogones tiene realmente más de cinco mil años de antigüedad y la poseían ya los egipcios antiguos en los tiempos predinásticos de antes del año 3200 a. de J.C.» Con estas palabras introduce el lingüista americano Robert Kyle Grenville Temple al lector en la fascinante temática de su libro *The Sirius Mystery*, originalmente editado en el año 1976 en la editorial londinense Sidwick and Jackson. Es el estudio más exhaustivo realizado y publicado acerca de este enigma que presentan los conocimientos ancestrales de los dogones, y a él remito al lector que desee ampliar conocimientos al respecto. En lengua castellana —e insisto en esta documentación porque el caso de Sirio y los dogones me parece uno de los más importantes de que disponemos en cuanto a la actuación de una inteligencia que sobrepasa las posibilidades humanas— publicamos las primeras noticias de este enigma en agosto de 1977 en el número 14 de la revista *Mundo desconocido*, y yo mismo lo expuse someramente en el mismo año 1977 durante el Primer Congreso Nacional de Ufología, celebrado en Barcelona. Cinco años más tarde, en 1982, Ediciones Martínez Roca editó por fin la versión castellana del libro de Temple, con el título *El misterio de Sirio*. Aquí, en este capítulo final de la presente crónica extrahumana antigua, presentaré, por lo tanto, únicamente un escueto pero imprescindible resumen del enigma.

Para ello, hay que partir del hecho de que los dogones conocen la existencia de una estrella que es imposible ver a simple vista. Dicen que, desde siempre, el elemento para ellos más importante en el firmamento es una estrella pequeña que gira alrededor de la gran estrella Sirio, el brillante astro —el más brillante de todo el firmamento— que luce en la constelación del Can Mayor. Cabe dentro de lo normal el que precisamente por ser la estrella más brillante que se ve, Sirio fuera considerado por cualquier tribu indígena como el elemento más importante de la bóveda celeste. Pero ellos dicen que no es esta estrella, sino *otra* que gira alrededor de ella, la que es centro de su interés

ritual. Conocen la existencia de esta pequeña estrella compañera de Sirio desde por lo menos —como luego veremos— el siglo XII. Mientras que la ciencia no la descubrió hasta el siglo XIX. Y no la descubrió nadie antes porque su brillo queda totalmente absorbido por el brillo fulgurante de Sirio. Juntas no ofrecen al ojo humano más que un solo y potente foco de luz en el firmamento, lo que hace *imposible* distinguir una estrella de otra. La ciencia oficial comenzó a intuir algo acerca de un posible acompañante de Sirio cuando en el año 1834 el astrónomo Bessel descubrió que el movimiento de Sirio era irregular. Durante diez años su asistente fue midiendo regularmente las posiciones de Sirio, confirmándose así la sospecha original de que algo alteraba la trayectoria de Sirio. Este cuerpo intuido, pero no visto, recibió el nombre de Sirio B. Dado que este cuerpo no era visible ni con los mejores telescopios de la época, se supuso que no disponía de luz propia. Para distinguirlos, a la gran estrella Sirio se le dio el nombre de Sirio A. En el año 1862, el astrónomo americano Clarke logró por fin ver a Sirio B con un refractor con objetivo de 47 cm de diámetro. Así, la ciencia oficial confirmó en 1862 lo que los dogones ya sabían desde muchos siglos antes, sin poseer instrumentos ópticos capaces de permitirles ver a dicha estrella.

Tenemos, pues, la circunstancia de que los dogones *conocían* a Sirio B, siendo conscientes además de que era *invisible*. La ciencia oficial confirma la exactitud de sus conocimientos. Pero además, el dibujo ritual que ellos trazan para mostrar la *órbita* en que Sirio B gira alrededor de Sirio A, es absolutamente *idéntico* al dibujo que ofrece el moderno diagrama astronómico de la órbita de Sirio B alrededor de Sirio A.

Los dogones saben más cosas: saben, por ejemplo, que Sirio B es un cuerpo celeste *extraordinariamente pequeño*. La llaman Po Tolo, significando Tolo «estrella», y siendo Po el nombre que ellos dan a la gramínea más pequeña que conocen, gramínea que los especialistas conocen por el nombre de *Digitaria*. Pues bien, la astronomía oficial confirmó que Sirio B es una *enana* blanca, una estrella pequeña.

Pero los dogones saben además desde siempre que Po Tolo es una estrella muy pesada: es la estrella *más pesada* que existe. Según ellos, está constituida de «sagala», que es un metal un poco más brillante que el hierro y tan pesado «que todos los seres de la Tierra juntos no podrían levantarlo». Según ellos, la estrella pesa el equivalente de todas las semillas, o de todo el hierro de la Tierra juntos. Y una vez más la ciencia confirma: Sirio B (o sea, Po Tolo)

es —en cuanto «enana blanca»— una estrella extraordinariamente densa, o sea, extraordinariamente pesada.

Si el dibujo ritual que los dogones trazan de la órbita de Po Tolo alrededor de Sirio coincide asombrosamente con el trazo del moderno diagrama de la órbita de Sirio B alrededor de Sirio A, igualmente curiosa resulta la identidad entre el dibujo que resulta de los conocimientos de los dogones, comparado con el diagrama que la moderna investigación astronómica proporciona acerca de las trayectorias de Sirio A y Sirio B en el firmamento.

Hay más: de acuerdo con la mitología de los dogones, Po Tolo da una vuelta alrededor de Sirio cada 50 años. Y de acuerdo con las modernas mediciones astronómicas, Sirio B describe una órbita alrededor de Sirio A cada 50 años (para ser exactos, la órbita de Sirio B es de  $50,04 \pm 0,09$  años).

Más: los dogones saben que Po Tolo gira sobre su propio eje, al afirmar que, además de su movimiento en el espacio, gira también sobre sí mismo a lo largo de un período de un año, y que a esta revolución se le rinden honores durante la celebración del rito bado. ¿De dónde demonios podían saber —no los dogones, sino nadie— desde hace siglos que las estrellas giran sobre su propio eje?

¿Y por qué sabemos que su conocimiento no es de ayer ni anteayer, sino que forma parte de un legado que ellos poseen desde por lo menos el siglo XII? Porque los dogones celebran cada 50 años (que por razones rituales excesivamente complejas para ser detalladas aquí, pero que quedan ampliamente expuestas en el libro de Temple, no son absolutamente exactas) su fiesta «sigui», con cuya celebración expresan el deseo de renovación del mundo. La periodicidad de dicha celebración queda determinada por Po Tolo; o sea, por el tiempo de su rotación alrededor de Sirio, 50 años. Desde los tiempos más remotos, cada hogon o jefe de poblado tenía que confeccionar para dicha ceremonia un recipiente impermeable de fibras de algarrobo, en el que se hacía fermentar la primera cerveza ritual. Esta primera cerveza se repartía en pequeñas dosis entre todas las familias del poblado, que la añadían a la elaborada por ellos mismos. Para cada celebración el jefe u hogon elaboraba única y exclusivamente un solo recipiente ritual común, que una vez finalizadas las celebraciones «sigui» se colgaba de la viga principal de la vivienda del hogon, en donde se sumaba a las ya allí conservadas de celebraciones precedentes, y así sucesivamente. Pues bien, sumando los recipientes rituales existentes, se ha podido establecer que las festividades «sigui», relacionadas directamente con la noción de la órbita de 50 años de Po Tolo alrededor de

Sirio y con todos los conocimientos básicamente astronómicos enumerados en el presente capítulo, ya eran usuales entre los dogones en el siglo XII. Doctores de la ciencia académica: ¿lo pueden explicar?

Los dogones lo explican afirmando que un día llegaron unos seres anfibios procedentes del sistema de Sirio con la finalidad de instaurar la sociedad en la Tierra. De ellos proceden sus conocimientos. Estos seres se llamaban *nommos*. De acuerdo con el testimonio de los etnólogos doctores Marcel Griaule y Germaine Dieterlen, en base a la información recogida entre los dogones, estos *nommos descendieron* a la Tierra en un arca que, al aterrizar, giraba o volteaba en el aire. Eran instructores que vivían en el agua. Las descripciones del aterrizaje del arca son extremadamente precisas: aconteció en el nordeste del país de los dogones, y produjo un ruido importante al descender. Los dogones describen el aterrizaje de forma muy gráfica: «el arca se posó en la tierra seca del Zorro y desplazó polvo, levantado por el remolino que causó», y «la violencia del impacto dejó el suelo rugoso [...] patinó sobre el suelo». Del arca afirman además que «es como una llama que se apagó al tocar la tierra». Era roja como el fuego y se volvió blanca cuando aterrizó.

A lo que parece, por lo menos el día en que llegaron los *nommos* el hombre no fue el único ser dotado de inteligencia que se movía sobre el planeta Tierra. Al igual que la brillante estrella Sirio, contó con la compañía de alguien a quien no vemos, pero que parece empeñado en marcar nos nuestra senda.

En este libro intenté sintetizar sus apariciones en un marco en el que se le confunde con la noción de la divinidad. En *Fuera de control*, que toma el relevo de la crónica extrahumana a partir del siglo XVIII, queda ya lejos el oscuro juego de nuestra creación. Los dioses han dejado de dar la cara como tales porque nosotros hemos crecido. Les podemos quitar la máscara y enfrentarnos a una tecnología y a un saber que rehúye aún nuestro análisis y nuestra comprensión, mas no así nuestra atenta observación.

## Índice onomástico

*Las cifras en cursiva remiten a las ilustraciones*

- Abiathar: 60.  
Abraham: 55, 69, 81, 105, 106, 116, 188, 190. — 107.  
Abreu de Rocha, João: 264.  
Agobardo: 199.  
Agripina: 159.  
Agueda: 240.  
Agustín de Hipona, san: 36, 208.  
Aharón: 77.  
Alejandro Magno: 119.  
Alvares, Simão: 264.  
Alvares Pinto, Luis: 264.  
Alvarez de Solórzano, Diego: 254.  
Amades, Joan: 220.  
Ana: 56, 57, 58, 60, 109.  
Anderson, Roger A.: 88, 89.  
Antioco: 78, 213.  
Antonio, cónsul: 158.  
Antonio, n.: 142.  
Apolodoro: 142.  
Audije, Manuel: 235.  
Audón: 211.  
Augusto, emperador: 46, 142.
- Banks, Dennis: 166.  
Barooah, T. K.: 127.  
Batista, Fulgencio: 164.  
Beauvais, Vicente de: 70.  
Bedini, Daniele: 227.  
Beileorest, François: 251.  
Berkeley, Deborah: 167.  
Bernat: 241.  
Bessel (astrónomo): 273.  
Bharadjava: 122.  
Bhasa: 126.  
Bhoja: 122.  
Bixilin: 268.  
Blakley, Philip: 170.  
Blumrich, Josef F.: 88, 89, 92, 97, 98, 191, 194, 195, 196. — 93, 99, 209.
- Borbón, Carlos de: 230.  
Borrell II, conde: 216.  
Bouistan, Pierre: 251.  
Bradley, Thomas: 172.  
Brito, Paulo de: 264.  
Brown, Edward: 172.  
Brushnell, John: 170.  
Bruto, Décimo: 158.  
Buda: 108, 109.  
Buochmann, Hans: 249, 250.  
Buochmann, Klaus: 249.  
Burke, John: 171.  
Burkley, doctor: 184.  
Buzi: 82.
- Calcidio: 41.  
Calno, Ricardo da: 203, 204.  
Cambón, Pedro: 242.  
Caracciolo: 249.  
Cardoso Osorio, Bento: 265.  
Carlomagno: 177, 178, 191, 192, 199, 216.  
Carlos I de España y V de Alemania: 238, 239.  
Carter, Hodding: 170.  
Carter, Jimmy: 171, 172.  
Carter, Rosalyn: 166, 172.  
Casas, fray Bartolomé de las: 235.  
Casas Homs, Josep Maria: 257.  
Castellanos, Mercedes: 199, 202.  
Castro, Fidel: 164.  
Cayo Scribonio: 155.  
Cellini, Benvenuto: 246.  
César, Cayo Julio: 155, 156, 158.  
Cicerón, Marco Tulio: 143, 144, 146, 147, 223.  
Cieza de León, Pedro de: 235, 242, 245.  
Cisneros, Gonzalo Francisco Jiménez de: 230.

Clarke: 273.  
Claudio, emperador: 142, 158.  
Clemente de Alejandria: 36.  
Cneo Octavio: 155.  
Cobelli, Leone: 226, 237.  
Colón, Cristóbal: 25, 235.  
Cómodo: 160.  
Constantino el Grande: 161.  
Cornelio Orfite: 142, 158.  
Cortés, Hernán: 108, 159, 236, 248.  
— 187, 253.  
Cotta, Nicolau: 264.  
Coutinho, Gastão: 264.  
Cysat, Renward: 249, 250.

Chamberlain, profesor: 183.  
Chao Wang: 130.  
Cheu, los: 130.  
Chong Zheng, emperador: 263, 267.

Daciano, emperador: 222.  
Daniel: 42, 43, 231, 232.  
Dante Alighieri, llamado el: 213.  
Davi: 69.  
Davis, Angela: 166, 172.  
Díaz del Castillo, Bernal: 235, 236, 237, 238. — 253.  
Dídimo Judas-Tomás: 19.  
Dieterlen, Germaine: 271, 275.  
Dio Cassius: 143, 149, 156, 160.  
Diodoro de Tarso: 41.  
Disraeli, Benjamin: 16.  
Dolabella, P.: 142.  
Domicio, Gn.: 143.  
Drake, W. Raymond: 146, 199, 202, 203.  
Dulles, Allen: 173.  
Durán, fray Diego: 188, 189.  
Durant, Georges: 91.  
Duval: 91.  
Dwyer, Richard: 168, 170.

Edmundo, san: 205.  
Einstein, Albert: 72. — 79.  
Eliás (profeta): 69, 72, 116.  
Eldoro: 206.  
Elio Lampridio: 160.  
Eneas Silvius: 132, 146.  
Enoch: 69, 116.  
Enrique II de Inglaterra: 210.  
Escalante, Juan de: 238.  
Escudero de Cobeña, Matías: 256.  
Esteban de Inglaterra: 205.  
Estrabón: 156.  
Euger: 69.  
Eurípides: 141.  
Eusebio de Cesárea: 161.

Ezequiel (profeta): 81, 82, 83, 84, 85, 86, 88, 89, 90, 92, 96, 97, 100, 101, 102, 191, 232. — 93, 99, 209.

Faber, Will: 241.  
Fannio, G.: 143.  
Fedorov, Levka: 267.  
Felipe II: 254.  
Felipe III: 251.  
Feng Mengzhen: 258.  
Fessard, esposos: 182.  
Flamel, Niclaus: 92.  
Flexner, profesor: 183.  
Freixedo, Salvadór: 185, 186, 189, 190, 228, 231.  
Fulcanelli: 91, 92.

Gabriel: 102, 104, 105, 106. — 107, 113.  
Galeno: 141.  
García, rey: 219.  
Germánico: 158.  
Gibbon, Edward: 161.  
Giraldus Cambrens: 206.  
Glanville, Bartolomé de: 210.  
Glaser, Hans: 246. — 253.  
Gloucester, duque de: 214.  
Goethe, Johann Wolfgang von: 102.  
Gómez Hernández: 243.  
Graça, Manuel de: 265.  
Griaule, Marcel: 271, 275.  
Grimaldus, duque de Benevento: 199.  
Guang Hua, emperador: 135.  
Guglielmotti, Alberto: 248.  
Guimarães, João de: 264.

Haag, Herbert: 65.  
Habacuc: 42, 43, 231, 232.  
Halil Eldem, B.: 24.  
Hampate Ba, Amadou: 270.  
Hapgood, Charles H.: 24.  
Hauser, Kaspar: 199.  
Herodes: 44, 45, 48, 52.  
Herodiano: 160.  
Hitler, Adolf: 77.  
Homero: 108.  
Hrodgaudus: 177.  
Hu Shaoshan: 267.  
Humes, James: 183.

Iacobus de Voragine: 222.  
Ignacio, san: 41.  
Isaac: 55, 57, 69, 190.  
Isachar: 56.  
Isaías (profeta): 71. — 79.

Ismael: 105.  
Ivashutine, Piotr Ivanovich: 176.

Jackson, George: 166.  
Jacob: 55, 57, 69.  
Jaume I el Conqueridor: 218. — 233.  
Jefté: 190.  
Jerónimo, san: 208.  
Jesús de Nazaret: 31, 40, 43, 44, 46, 48, 51, 52, 54, 55, 56, 57, 60, 61, 62, 63, 64, 66, 68, 69, 70, 71, 72, 109, 111, 116, 130, 161, 164, 186, 190, 222, 244.  
Jia Yu: 197.  
Jianjing, emperador: 232, 248.  
Jianxig, emperador: 131, 132.  
João Baptista: 264.  
Joaquín: 56, 57, 58, 60, 82.  
Jones, James Warren, llamado Jim: 165, 166, 167, 168, 170, 171.  
Jorge, san: 218, 220, 221, 222, 223, 224. — 233, 241.  
José de Nazaret: 45, 52, 54, 55, 57, 60, 61, 71, 108, 186.  
Josefo, Flavio: 159, 213, 237, 252.  
Jourdain: 91.  
Juan (evangelista): 70, 72.  
Juan de Austria: 248.  
Juliano, Didio: 160, 161.  
Julio Africano: 41.  
Jung, Carl Gustav: 246, 248.

Kai Yuan: 134, 135.  
Kalidasa: 124.  
Kangxi, emperador: 268.  
Kanjalil, Dileep Kumar: 111, 112, 117, 126, 127. — 139.  
Kautilya: 127.  
Ke Yang: 131, 134.  
Keller, Werner: 50, 51.  
Kennedy, John F.: 182, 183, 184.  
Kilduff, Marshall: 167.  
Koosaka, Katsumi: 157.  
Kurtis, mayor: 87.

Langevin, Paul: 72.  
Le Lionais, François: 72.  
Leitão, Domingos: 264.  
Lepido, M.: 142.  
Lewis, Marvin E.: 168, 170.  
Lhote, Henri: 23, 29. — 39, 59.  
Lifton, David S.: 183, 184.  
Lineham, padre: 25.  
Liou Ying: 214.  
Lippi, Filippo: 227. — 247.  
Lopes, Francisco: 263, 265.

Lopes, Manuel: 264.  
López, Bautista: 251.  
Lorenzo (monje): 177.  
Lou Ao: 262.  
Lü Yu: 232, 234.  
Lucas (evangelista): 66.  
Lucius Scipio: 146.  
Lúculo: 154.  
Lycosthenes, Conradus: 144, 146, 149, 150, 152, 160, 161.

Macklin, John: 199, 202.  
Machado, Gerardo: 164.  
Magin, san: 216.  
Mahoma: 19, 63, 72, 102, 104, 105, 106, 148, 162, 179, 212, 219. — 107, 113.  
Majencio, emperador: 161.  
Mallery, Arlington H.: 25.  
Man, los: 262.  
Mangoinga: 245.  
Manilio, Octavio: 147.  
Manson, Charles: 165.  
Marcio, Q.: 142.  
Marco Aurelio: 160.  
María Magdalena: 64, 65.  
María de Nazaret: 44, 52, 54, 55, 56, 57, 60, 61, 63, 64, 65, 69, 70, 71, 77, 106, 108, 109, 179, 185, 186, 222.  
Mario, Cayo: 144, 153.  
Mateo de París: 162, 214.  
McCoy, Richard: 170.  
Mehmet, Hachi: 24.  
Mentelin: 70.  
Mercedes: 9.  
Mervyn-Dymally: 167, 172.  
Mesnier, Isaac: 259.  
Midszentv, Josef: 172.  
Migne: 177.  
Miguel, san: 216.  
Ming, los: 129, 224, 232, 258, 262, 263.  
Miranda, Antonio de: 264.  
Miró: 241.  
Miró, Olegario: 215.  
Mitrídates: 154.  
Moisés: 46, 54, 69, 72, 74, 75, 76, 77, 116, 132, 184, 185, 186, 188, 212. — 87.  
Mondale, Walter: 166, 172.  
Monika: 9.  
Montezuma o Moctezuma: 236, 237, 238.  
Moscone, George: 166, 172.  
Mosquera Armendáriz, Jesús: 254.  
Mucio, Q.: 142.  
Muhammad ed-Dhib: 35.  
Mulholland, John: 173, 174.

Narada: 125.  
Narváez, Pánfilo de: 211.  
Nerón: 159.  
Newbury, William de: 162, 205.  
Newton, Huey: 172.  
Niu Xiu: 268.  
Norbanus: 146.  
Numa Pompilio: 147.  
Núñez Cabeza de Vaca, Alvar:  
211, 212.

Obsequens, Julio: 143, 144, 149,  
150, 152, 153, 154, 155.  
Ofito, Cornelio: 142.  
Ohlmeyer, Harold Z.: 24.  
Oliver, George: 30.  
Olson, Frank: 171.  
O'Neill, Gerard: 111.  
Orteguilla, paje: 236.  
Oswald, Lee Harvey: 184.  
Otazo, Marcos: 245.  
Ovidio: 158.

Pablo de Tarso: 66.  
Pacheco, Juan: 243, 244.  
Pānini: 120.  
Papirio, Cayo Cecilio Cneo: 153.  
Pedrajo, Manuel: 12.  
Pedro, san: 69, 72.  
Peradejordi, Juli: 212, 213.  
Pereira Caldas, doctor: 264.  
Pereira de Castro, Gabriel: 265.  
Pereira da Silva-Caldas, A.: 265.  
Perseo, rey: 147, 223.  
Pescione, Andrea: 251.  
Pilatos: 65.  
Planco, L.: 142.  
Plinio el Viejo: 132, 142, 143, 149,  
150, 152, 153, 155, 158, 160.  
Plutarco: 141, 143, 146, 147, 148,  
149, 153, 154, 156, 198.  
Pompeyo: 155, 156.  
Porcio, M.: 142.  
Postumio, Aulio: 147, 148, 156,  
223.  
Postumio, Sp.: 142.  
Preston, William: 30.  
Prisceano: 208.  
Próculo, Julio: 143.  
Pu Song-ling: 266.  
Pujades, Jeroni: 257, 258.

Qiu Fuzou: 232.  
Qui Jingye: 132.  
Quiang Young: 224.  
Quiang-fu: 134.

Rachewiltz, Boris: 34.  
Radulph o Ralph: 203, 210.  
Ralph of Coggeshall: véase Ra-  
dulph.  
Raquel: 57.  
Reagan, Ronald: 77.  
Reis, Piri: 24, 25, 26, — 47.  
Rievskei, Ivatchko: 267.  
Rodrigues, Ambrosio: 264.  
Rodrigues, João: 264.  
Roze, abate: 91.  
Rubén: 56.  
Ruffini, Camilo: 229.  
Ruskin: 91.  
Rutledge, Harley D.: 22.  
Ryan, Leo J.: 167, 168, 170. —  
169.

Sá, Francisco de: 264.  
Salomé: 65.  
Salomón: 109, 206.  
Samuel: 57.  
San Juan de Yssasi: 254, 255.  
Sánchez, Luis: 251.  
Santa María, fray Juan de: 244.  
Santiago (apóstol): 72.  
Sara: 57.  
Sayanáçaryya: 120.  
Scribonio, Cayo: 155.  
Scholz: 69.  
Schürmann, Hans: 250.  
Schwartz, L.: 30.  
Semnāni: 212.  
Séneca, Lucio Anneo: 143, 144,  
158, 159.  
Serenio: 249.  
Sergi: 9.  
Serra, Junípero, fray: 235, 240,  
242.  
Sheen, Fulton J.: 130.  
Sheng Qua: 196.  
Sila: 154, 155, 199.  
Silva-Caldas: 263.  
Simeón: 44.  
Soares, Antonio: 265.  
Somera, Angel: 242.  
Song, los: 131, 196.  
Suetonio, Cayo: 155.

Tamaracunga: 242, 243, 244.  
Tang, los: 131, 132, 134, 135, 196,  
265, 266.  
Tang Peiyo: 135.  
Tao Zhongyi: 223, 227.  
Taranatha, lama: 121.  
Tarquino: 147, 156.  
Tate, Sharon: 165.  
Temple, Robert Kyle Grenville:  
272.

Teodosio, emperador: 144, 161.  
Tesserant, Claude: 251.  
Tian Yu, emperador: 135.  
Timoleón: 148.  
Tito Livio: 143, 144, 146, 149, 150,  
160.  
Tomás (apóstol): 66, 70.  
Torralba, Eugenio: 220, 228, 229,  
230, 231, 232, 234.  
Tracy, Phil: 167.  
Trevisano, Bernardo el: 213.  
Tsing, los: 224.  
Tulli, Alberto: 34.  
Turner, Stansfield: 171, 172.  
Tutmosis III el Grande: 34.

Valdivia, Pedro de: 235, 238, 239.  
Valerio, Lucio: 144, 153.  
Valmiki: 114, 116.  
Varrón: 51.  
Vatieno, P.: 147, 223.  
Vignati, Alejandro: 9.  
Vignay, Jean de: 70.  
Villas-Boas, João: 264.  
Virgilio: 143, 212, 213.  
Volterra, cardenal: 230.

Walters: 25.  
Wan Li, emperador: 258.  
Wang Jia: 131.  
Wang Pu: 267.  
Wekh, profesor: 184.  
White Bear: 191, 192.  
Wolffhart, Karl: véase Lycosthe-  
nes, Conradus.  
Wright, -hermanos: 122.

Xia Ji: 131.  
Xizhong, emperador: 134.

Yan Zun: 131, 196.  
Yao, emperador: 131.  
Yitai: 258.  
Yuan, los: 214.  
Yuan Shun, emperador: 223.  
Yuan Yingta: 262.

Zhang Zuo: 132, 134.  
Zhao Xigu: 131, 196.  
Zúñiga, Diego de: 230.

Impreso en el mes de mayo de 1984

Talleres Gráficos DUPLEX, S. A.

Ciudad de la Asunción, 26

Barcelona-30

Antonio Ribera  
En el túnel del Tiempo

¿Qué es el Tiempo? Este libro tiene como tema central el Tiempo: contiene manipulaciones, cambalaches, prestidigitaciones, escamoteos, imposibilidades, posibilidades, teleportaciones, apariciones, reapariciones y desapariciones, todo ello relacionado con, sobre, bajo y cabe el Tiempo.

Desde el riguroso y profundo estudio que los ummitas dedican al Tiempo, en unas páginas que en parte son totalmente inéditas, hasta casos alucinantes en que el Tiempo desempeña el papel de protagonista, como la mujer que recordó su contacto con unos ovninautas treinta años después, o el avión que tenía veinticinco minutos de más —no explicados— en su vuelo, hasta el caso del matrimonio que fue llevado en un santiamén con su coche a miles de kilómetros, tras meterse en una misteriosa niebla, Antonio Ribera pasa revista a un documentado anecdotario procedente de su documentación recogida durante más de treinta años de investigación de "hechos condenados" por la Ciencia.

El libro recoge además algunos relatos y leyendas significativos, como el del soldado español que en el siglo XVI apareció de pronto en la plaza Mayor de Ciudad de México, pese a hallarse la víspera de guarnición en Manila; la leyenda de Rip van Winkle, el hombre que "durmió" veinte años, la fábula del pescador Urachima, la historia de los Siete Durmientes, casos de islas que aparecen y desaparecen, no sólo del mar, sino de los mapas, junto con muchas cosas más. Libro ameno y documentado, como todo lo que escribe Antonio Ribera, que reúne una profunda erudición, un gran dominio del estilo y unas extraordinarias dotes de escritor. La obra termina con una traca final inesperada..., pero deliciosa, en la que el autor "juega con el Tiempo" a través de una serie de personajes míticos, a los que hace regresar a nuestra época, con el consiguiente anacronismo que es pretexto para una aguda sátira social.

Casi desde el momento en que adquiere su propia conciencia, desde los albores de la humanidad como tal, el hombre acepta como lógica la existencia de fuerzas inteligentes, de seres supuestamente no humanos —dioses, ángeles, demonios y un sinfín de intermediarios— que intervienen directamente en el curso de nuestra vida sobre este planeta. Sin necesidad de recurrir a testigos dudosos, los textos que en el curso de los tiempos han ido reflejando el acontecer de la historia de la humanidad están salpicados de testimonios que ilustran la presencia permanente de objetos volantes que evolucionan de forma inteligente a baja altura sobre la superficie terrestre. La lista de tales avistamientos en todo el mundo y en todas las épocas prueba que la actuación y la intervención de una o de varias inteligencias distintas a la nuestra forman parte integrante y continuada de la historia de la humanidad.

Tras veinticinco años de estudios dedicados a esta temática, Andreas Faber-Kaiser aporta las pruebas suficientes en cantidad y en valor documental probado que demuestran la presencia en nuestro hábitat planetario de seres inteligentes no pertenecientes a nuestra comunidad humana. Yendo más allá de la pura prueba documental, el autor busca la razón de esta presencia extraña. Comparando y relacionando entre sí los datos que la historia nos ofrece, llega a la conclusión de que, bajo el disfraz de la divinidad, otras razas cósmicas vienen empuñando desde siempre las riendas de nuestro destino, en un juego que el ser humano —siendo elemento clave del mismo— solamente es capaz de atisbar, sin llegar a comprender ni su real dimensión ni su significado. Personajes como Jesús, Buda, Mahoma, Carlomagno, Hernán Cortés y tantos otros pierden su carisma individual divino o heroico para mostrarse como simples piezas en el engranaje de una descomunal manipulación planetaria.

Colección Documento

Andreas Faber-Kaiser  
Las nubes del engaño

M.A.O.

LC  
618

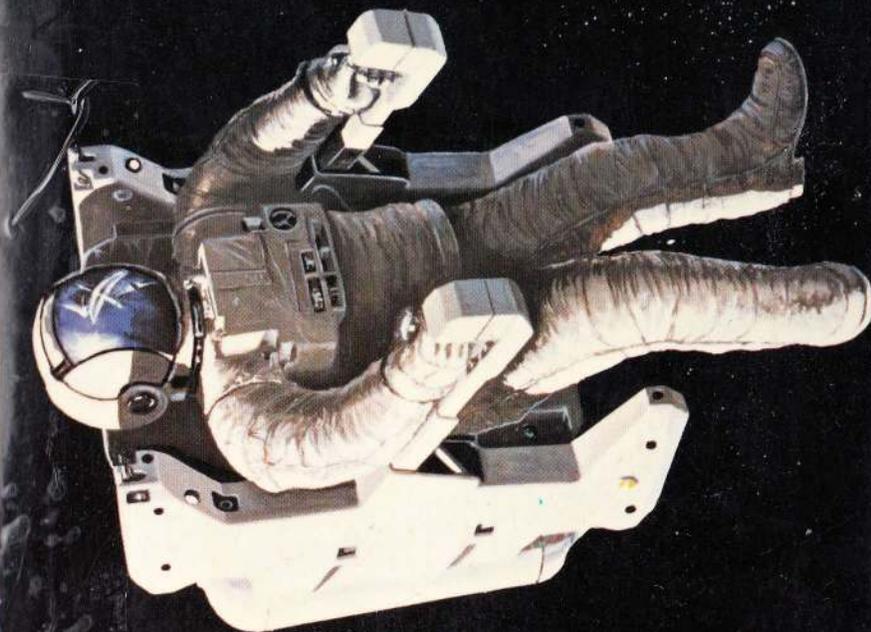


FAB  
las

**Andreas Faber-Kaiser**

Crónica extrahumana antigua

# Las nubes del engaño



Planeta